



**Instituto**

**Mora**

Instituto de Investigaciones  
“Dr. José María Luis Mora”

LA IZQUIERDA CERCADA: EL PARTIDO COMUNISTA Y EL  
PODER DURANTE LAS COYUNTURAS DE 1955 A 1960.

TESIS

que para obtener el grado de Maestro en Historia Moderna y  
Contemporánea

presenta:

Antonio Rousset

Directora de tesis:

Dra. Carmen Collado Herrera

Diciembre de 1998.

La realización de esta investigación fue posible gracias al apoyo del CONACyT.



Instituto

Mora

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN,	3
Presentación: vigencia del problema,	3
Elección del objeto de estudio, actores sociales y delimitación temporal,	5
Un punto de partida en la investigación, la crisis estructural del Partido Comunista,	7
Contextualización internacional, 1940-1956,	8
La coyuntura soviética y la renovación del partido, 1956-1960,	12
La aportación de la investigación,	14
Distribución del estudio,	15
PRIMERA PARTE: LAS TRANSFORMACIONES DEL PARTIDO COMUNISTA MEXICANO FRENTE AL ESTADO Y LA SOCIEDAD EN LA DÉCADA DE 1950,	20
CAPÍTULO I: EL ESTADO Y EL PARTIDO COMUNISTA,	20
Presentación general,	20
Un leviatán cerca al Partido Comunista Mexicano,	27
Ideología del Estado, ideología de la izquierda,	34
CAPÍTULO II: LOS MOVIMIENTOS SOCIALES DE LA DÉCADA DE LOS CINCUENTA Y EL PARTIDO COMUNISTA MEXICANO,	50
Presentación,	50
Antecedentes, crisis y coyuntura,	55
Los movimientos y el Estado,	61
Los movimientos y el Partido Comunista Mexicano,	73
SEGUNDA PARTE: 1957-1960, LAS TRANSFORMACIONES INTERNAS DEL PARTIDO COMUNISTA MEXICANO,	83
CAPÍTULO III: EL PARTIDO, LAS COYUNTURAS Y LAS DIFERENTES OPOSICIONES,	83
1. Introducción,	83
2. El Informe Secreto,	89
3. El Comité del Distrito Federal contra la Dirección Nacional: ¿Enfrentamiento de una oposición crítica o lucha por el poder?,	92
4. José Revueltas y la célula Carlos Marx o el intento de la recuperación del sujeto frente a la estructura,	115
5. La vanguardia,	121

6. La vanguardia y el movimiento ferrocarrilero,	126
7. Centralismo democrático: ¿Centralismo o democracia?,	134

CAPÍTULO IV: DEL NACIONALISMO OFICIAL AL NACIONALISMO INDEPENDIENTE,  
150

1. Introducción y periodización,	150
2. La problemática ideológica del Partido Comunista Mexicano en su primera fase: 1940-1957,	154
3. La problemática en la segunda fase: avances y obstáculos, 1957-1960,	159
4. El nacionalismo oficial del Partido Comunista Mexicano entre 1940-1955,	160
5. Factores sociales del cambio,	170
6. Hacia el nacionalismo independiente,	173
7. La aportación y la crítica de Revueltas,	182

TERCERA PARTE: A MANERA DE CONCLUSIÓN, 191

CAPÍTULO V: DEFINICIÓN DE LA IZQUIERDA A PARTIR  
DE SU TRAYECTORIA HISTÓRICA, 191

El problema de definir el concepto,	191
1940-1956,	199
1956-1960,	217
El Partido Comunista Mexicano después de 1960,	225

APÉNDICE: CLASIFICACIÓN CRONOLÓGICA DE LOS PRINCIPALES  
ACONTECIMIENTOS DEL PARTIDO COMUNISTA, 1940-1960, 230

BIBLIOGRAFÍA, 237

Entrevista,	237
Archivos,	237
Bibliografía,	237
Artículos,	240

## INTRODUCCIÓN.

*Presentación: vigencia del problema.*

La izquierda es un término volátil. Como cualquier gran estructura mental de larga duración, los ámbitos que abarca son casi inagotables. Para el historiador que se interesa en el estudio de los procesos concretos significa un reto aprehender una o varias partes de esta alternativa histórica sin perder la complejidad de su contenido. Por tal motivo, tanto la delimitación como la selección de nuestro objeto de estudio han implicado vencer una serie de obstáculos develados en la larga ruta de nuestra investigación.

Hablar de la izquierda resulta algo pretencioso cuando siempre ha existido una amplia gama de variaciones dentro de los grupos y las ideologías afines a esta visión del mundo. Es por eso que hemos escogido observarla mediante las organizaciones políticas, concentrando nuestra atención en la actuación del Partido Comunista Mexicano (PCM) entre 1956 y 1960. Son estos órganos sociales quienes han proporcionado una dimensión histórico-social a las teorías políticas. Ofrecen elaboraciones racionales y sistematizadas orientadas por un fin y una posición dentro de la colectividad.

Hemos intentado abordar el estudio de la izquierda sin dejarnos llevar por las pasiones. Gracias a las ciencias sociales, hoy sabemos que detrás de cada testigo se presentan una serie de valores, los cuales alteran la información. Sabemos que toda toma de partido implica el peligro de caer en un maniqueísmo apologético o reduccionista. Para nuestra fortuna, nos hemos desprendido ya de aquella historia política decimonónica que, al mismo tiempo que la reducía a un relato donde los grandes hombres eran magnificados, limitaba la explicación a unas cuantas

causas voluntarias y reglas preestablecidas e ignoraba el complejo entramado de las fuerzas sociales.

Por estas razones hemos decidido desentrañar la parcialidad y las alteraciones producidas por la ideología de la izquierda en este periodo mediante la comparación con, por una parte, la sociedad y el Estado y, por otra, a través de su ubicación en el momento de evolución mental y política de la comunidad.

Promover un distanciamiento entre el pasado y el presente, entre el científico social y su objeto de estudio parecería fácil de lograr porque, a primera vista, la izquierda entre 1940 y 1960 se presenta como una concepción muy diferente a la actual. Nada tendrían que ver las teorías leninistas, marxistas o estalinistas –en especial sus proposiciones radicales– con la izquierda reformista y democrática que, inducida por la caída del muro de Berlín y el consecuente “desprestigio” de las teorías socialistas, trata de olvidar este pasado molesto y, al mismo tiempo, intenta evitar la pérdida de su identidad mediante proposiciones reformistas un poco más enérgicas que los partidos liberales.

Lo anterior resulta una apreciación equivocada. En realidad, el periodo estudiado conserva una vigencia desusual. Por una parte, el estalinismo de esta época consistió en un proceso de adaptación del leninismo al reformismo liberal. Hasta 1956 –momento del inicio en México de los cuestionamientos al culto a la personalidad–, hallamos pocos aspectos que indiquen el carácter crítico o la perspectiva de clase del Partido Comunista Mexicano. Por otra, la izquierda incorporó su teoría socialista (por etapas) al nacionalismo oficial. Tanto su desprendimiento con el radicalismo como su identificación con el nacionalismo y la lucha por la independencia y la democracia –también características de la actual izquierda– significaron el primer paso hacia la

construcción de la izquierda liberal. Incluso después de la lucha interna desplegada entre 1956 y 1960, la cual dio como resultado un cambio ideológico palpable, el PCM no se apartó de su nacionalismo reformista. Presenciamos la primera etapa de marginación de las teorías marxistas, definida por su adaptación al liberalismo. Antecede a otros dos cambios importantes: una crítica enérgica efectuada a las concepciones clásicas de la izquierda difundida en 1968 y, casi 20 años después, la marginación definitiva de la tradición marxista ortodoxa llevada a cabo por la mayoría de los partidos socialistas y comunistas. Es el inicio de una tendencia todavía vigente y hegemónica.

*Elección del objeto de estudio, actores sociales y delimitación temporal.*

En ese sentido, no es fortuita la elección del PCM como punto de observación de la difusión de la izquierda. Este partido representaba la más antigua tradición ideológica autorizada por el sistema soviético, todavía considerado hasta 1960 como el paradigma más importante a seguir. En él convergieron varios intelectuales, preparados para ejercer la crítica social dentro de uno de los pocos medios que el Estado autoritario dejaba a su alcance. Refugio de la disidencia, esta organización formó la matriz de donde se derivaron los demás partidos de la misma tendencia. Tanto por su durabilidad –rasgo que contrasta con la efímera vida del Partido Obrero Campesino de México, el cual desaparecería después de la represión del movimiento ferrocarrilero– como por la combatividad de sus bases –a diferencia del Partido Popular, quien se caracterizó por su incondicionalidad a la política oficial– el PCM fue el único partido que permitió realizar el seguimiento más inteligible de las estructuras de la izquierda.

El tema central de mi tesis se define por el estudio de las luchas internas en el PCM. Provocaron un cambio ideológico programático importante en el momento de su culminación, a raíz del XIII Congreso celebrado en 1960. Dos aspectos destacan en esta tensión. Por una parte las coyunturas. El proceso de desestalinización, los estallidos sociales del segundo lustro de la década de los años cincuenta y el cambio en ciertas variables del modelo de acumulación capitalista constituyeron factores fundamentales para el fortalecimiento y crecimiento de la oposición interna. Por otra, el carácter extraordinario del acontecimiento: por primera vez en 16 años se cimbraron los cimientos monolíticos de la organización. Como se comprenderá, no se hubiera podido valorar el alcance de esta mutación sin explicar y definir la acción de la izquierda en el periodo anterior (1940-1956).

El PCM estaba conformado por los miembros de la dirección dividida en el Comité Central y la Comisión Política, por los cuadros medios y las células. Entre 1940 y 1960 el partido disminuyó el número de sus militantes de cinco a dos mil miembros. En términos generales, la información relativa a las tareas que desplegaron los cuadros medios y los dirigentes es accesible para el investigador. Empero, poco se conoce de la actividad de las bases. Sobre todo aquellos sectores que, sin desprenderse de la organización, se apartaron en la práctica de algunos de sus lineamientos fundamentales. ¿Quiénes eran estos individuos y cómo se articularon con la organización? Por una parte, la disgregación y la falta de cohesión en el ámbito nacional constituyeron serios obstáculos para obtener esta información. Por la otra, el monolitismo y el hermetismo de la Dirección Nacional, interesada más en conservar el poder que en establecer un vínculo con las clases menesterosas, silenció y marginó en los documentos esta información.

En el capítulo III esbozamos la manera en que se entretejió una red de solidaridad entre los grupos de trabajadores en protesta y la oposición del partido. Se sabe que las bases del partido cobraron fuerza y ejercieron una influencia particular en el proceso de transformación iniciado en 1957 encabezado por algunas células así como por el Comité del Distrito Federal a partir de las condiciones generadas por las coyunturas. Empero, fue mucho más difícil obtener una visión detallada de cómo estos actores sociales se vincularon con los movimientos sociales o la manera en que llegó a efectuarse la comunicación entre las células que consolidaron un bloque organizado dentro de la organización en contra de las autoridades. Es por eso que, sin descuidar el papel fundamental representado por las bases, los protagonistas fundamentales de nuestra historia son aquellos grupos de intelectuales más destacados que aglutinaron la opinión partidaria en torno a sus propuestas. Falta por realizar una investigación más amplia que explique con detalle las redes y espacios de sociabilidad construidas durante este proceso.

*Un punto de partida en la investigación: la crisis estructural del Partido Comunista.*

Al iniciar este trabajo, partíamos del conocimiento de que mucho antes del despliegue de las pugnas internas, el PCM se encontraba en una crisis estructural. Esta no implicaba necesariamente un desequilibrio definitivo ya que el partido logró subsistir durante muchos años sin alterar los mecanismos de su acción. Empero, destacaban ya con claridad las señales de su deterioro: una organización estática y doctrinaria daba como resultado la disminución paulatina de sus integrantes, hasta convertirla en un grupúsculo más dentro del panorama fragmentado de las organizaciones de izquierda.

Nos sorprendimos al revisar los postulados programáticos pues jamás se nos hubiera ocurrido que un partido de izquierda hubiera llegado a semejante grado de incondicionalidad con la política oficial del Estado y la burguesía. Sin embargo, tanto la postergación del socialismo como la política de unidad nacional para conseguir el desarrollo económico y la independencia, las cuales llevaron a promover el sacrificio de las demandas inmediatas de los trabajadores, formaron los argumentos predilectos de la organización para promover la entrada de los trabajadores al Partido de la Revolución Mexicana (PRM) y después al Partido Revolucionario Institucional (PRI), así como apoyar las medidas de los programas gubernamentales. A partir de estas constataciones revalorizamos nuestras hipótesis generales y reformulamos la definición de la “izquierda” de este periodo (descrita en el capítulo V).

Todo inducía a pensar que tanto la ideología como los desaciertos de la Dirección Nacional del partido definían a los responsables de un estancamiento, que bien puede ser catalogado como una crisis de identidad. Empero, eso resultó parcialmente verdadero. La contextualización y ubicación del partido con respecto al Estado, la sociedad, y el grado de desarrollo económico y democrático –temas examinados en los dos primeros capítulos– demostraron que la acción de la izquierda se hallaba limitada por una sociedad tradicional, integrada por una opinión pública todavía muy débil, una democracia formal que anulaba la posible participación de la oposición y un modelo de crecimiento económico desigual, el cual ensanchaba las distancias sociales pero estaba apoyado por los mecanismos de control encargados de contener la inconformidad de los sectores laborales.

*Contextualización internacional, 1940-1956.*



La Guerra Fría reforzó este clima desfavorable para la actividad comunista. Las fluctuaciones económicas difundidas después de la Segunda Guerra Mundial se encargarían de rebatir el programa de la Unión Soviética para América Latina y, al mismo tiempo, deteriorar la concepción estalinista sobre el capitalismo, ya en desfase ante el nuevo panorama internacional.

Las teorías colonialista e imperialista sostenían la tesis relativa a la crisis inevitable del capitalismo propiciada por una disminución de los mercados provocada tanto por la independencia de los países colonizados como por la expansión soviética. Por una parte, estas aseveraciones se derrumbaron ante el inusitado avance del capital estadounidense y la increíble reconstrucción de Europa en el periodo inmediato a la conflagración mundial.<sup>1</sup> Por otra, la nueva forma de exportación del capital internacional –particularmente la del periodo del “desarrollo estabilizador” en México– no frenó, como lo sostenía el PCM, el crecimiento nacional. Al contrario, generó un aumento de la interdependencia y reformuló las bases de la tensión entre la burguesía nacional y extranjera a partir de las nuevas exigencias nacionales jurídico-legales y económicas para la inversión. La balanza de este juego se equilibraría aún más con la entrada de la competencia europea durante los años sesenta.<sup>2</sup>

Después del segundo conflicto bélico mundial, el reparto de las zonas de influencia por las dos potencias dio inicio a la Guerra Fría y aceleró la antítesis ya existente entre los sistemas capitalista y socialista. Los Estados Unidos aplicaron una política de contención más que de confrontación directa para detener el despliegue del poderío soviético, demostrado por sus

---

<sup>1</sup> Pierre Souyri, “Queques aspects du marxisme aujourd’hui”, en *Annales*, París, núm. 6, 1970, p. 1450.

<sup>2</sup> Pierre Souyri, “La crise de 1974 et la riposte du capital”, en *Annales*, París, núm. 4, 1983, pp. 818-819. Que resulta ser el capítulo final de su última obra, *La dynamique du capitalisme au XXème siècle*.

incursiones en el este de Europa, sus intentos en Irán, la invasión a Corea y el apoyo ofrecido a la revolución china.<sup>3</sup>

La teoría de la contención fue formulada en 1947 por George Kennan. Se proponía frenar la expansión “socialista” mediante el fortalecimiento económico y político de aquellas naciones que el Departamento de Estado consideraba amenazadas por el comunismo. Tales fundamentos inspiraron la doctrina propuesta por el presidente Harry S. Truman (1945-1952), así como constituyeron una guía en la elaboración del plan Marshall.<sup>4</sup> Esta estrategia pretendía también llevar a cabo una serie de acciones orientadas a convencer a la Unión Soviética a aceptar la heterogeneidad ideológica y política como medios favorables para sus propios intereses nacionales. La idea se quedó en el papel porque entre 1947 y 1950 se agudizaron las tensiones militares entre las dos potencias. Tanto los castigos económicos como la supremacía nuclear de los Estados Unidos no conseguían detener el avance soviético que ampliaba cada vez más las zonas afines a su poderío. Tampoco el relativo equilibrio atómico o la amenaza de un holocausto impidieron establecer guerras de menor intensidad en la periferia.<sup>5</sup>

La intensificación de los conflictos, la reticencia de la colectividad de los Estados Unidos para ir a la guerra, así como la amenaza de una posible recesión obligaron al presidente Dwight David Eisenhower (1952-1960) a cambiar la política de contención por una medida menos costosa pero más enérgica: la amenaza de respuesta contundente mediante el armamento nuclear

---

<sup>3</sup> Marcelo García, “La política exterior en los años de la hegemonía (1945-1961)”, en *EUA, síntesis de su historia*, vol. 10, México, Alianza Editorial-Instituto Mora, 1991, pp. 343-350.

<sup>4</sup> Programa elaborado por el secretario de Estado estadounidense George Catlett Marshall dirigido a impulsar la recuperación industrial de Europa mediante la ayuda incondicional para contener el avance de la expansión soviética. Los principios liberales de los Estados Unidos fueron subordinados a su estrategia geopolítica. Víctor Godínez, “La economía en la posguerra”, en *EUA, síntesis ...*, op. cit., p. 411.

<sup>5</sup> Marcelo García, op. cit., pp. 354-358.

cuando el Estado se considerara afectado en sus intereses vitales. La política de “represalia masiva” o de “respuesta asimétrica” fue acompañada por otras tácticas como la de las alianzas militares, el apoyo a las dictaduras en Sudamérica, la negociación y la interferencia de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en las regiones consideradas estratégicas para la Seguridad Nacional.<sup>6</sup>

La competencia entre los imperios afectó la acción práctica de los partidos comunistas. Los Estados Unidos intentaron fomentar el panamericanismo y el intercambio militar con los países latinoamericanos para que asumieran su programa de contención de la expansión soviética.<sup>7</sup> El surgimiento del macartismo a finales de los años cuarenta –paralelo al aumento de la tensión entre los dos sistemas– encajó de forma natural con la actitud conservadora del gobierno mexicano que, para ese entonces, ya había olvidado tanto el lenguaje populista como la política redistributiva difundidos por el general Lázaro Cárdenas. El Estado y las corporaciones oficiales adoptaron así un maniqueísmo que oponía el totalitarismo soviético a la defensa de la democracia occidental. Asociado a la ideología nacionalista, el anticomunismo justificó las represiones al PCM y a cualquier movimiento de trabajadores sospechoso de poseer filiaciones con el socialismo. Con una imagen deteriorada y bajo la constante amenaza de ser acusado bajo el delito de disolución social (artículo 145 del código penal), el partido sobrevivió los veinte años iniciados con el

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 363-372.

<sup>7</sup> Después de la Segunda Guerra Mundial, el apoyo económico de los Estados Unidos se concentró en Europa y el descuido de no contemplar a América Latina dentro del proyecto de recuperación fue una de las causas de la agudización de los conflictos sociales y de la penetración comunista. La revolución cubana fue en parte el producto de esta estrategia errónea. Sin embargo, por sus características y su posición geográfica, México constituyó una excepción a la regla y continuó su crecimiento inalterado desde 1940 hasta 1970, en colaboración con la inversión de los Estados Unidos. *Ibid.*, p. 370 y Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, México, Alianza Editorial, 1989, tercera reimpresión, pp. 412 a 415 y 480.

Congreso extraordinario de 1940 en una intermitente clandestinidad y bajo condiciones sociales y mentales restringidas para llevar a cabo su labor de proselitismo y educación.

La justificación de la ideología del Estado por el programa del PCM se muestra aún más paradójica si tomamos en cuenta este contexto mundial. Empero, puede entenderse a partir de la vinculación y de la adaptación de la teoría soviética del desarrollo por etapas a la concepción del nacionalismo oficial. Ambos se proponían la meta de la expansión económica y el de la independencia nacional. Tanto la figura de la Revolución Mexicana como el recuerdo de la actuación del gobierno cardenista convencieron al PCM para suscribir sus objetivos a una política reformista decidida desde arriba y a un discurso que llenaba las aspiraciones liberales del programa estalinista para completar el ciclo del “desarrollo de las fuerzas productivas”, condición previa a la meta del socialismo (aspectos abordados en el IV capítulo). La Dirección Nacional utilizó todos los recursos autoritarios a la mano para mantener esta doctrina desfasada. La jerarquía y la burocracia se impusieron hasta 1956 sobre las bases inconformes, el diálogo y la discusión fueron erradicados. Como resultado se notó la palpable disminución de sus miembros, la fragmentación y el aislamiento de un partido que se ubicaba en la retaguardia del Estado.

*La coyuntura soviética y la renovación del partido, 1956-1960.*

A partir de lo anterior, podemos comprender por qué el inicio de la transformación del PCM se originó en el proceso de desestalinización efectuado en el XX Congreso del PCUS. La autoridad incondicional a la Unión Soviética se resquebrajó y las bases aprovecharon este nuevo clima para cuestionar a la dirección.

La reforma de Jruschov iniciada en 1956 transformó los postulados de la táctica internacional de la Unión Soviética –preparó así la distensión de principios de los años sesenta– aunque no propició un cambio en la postura reformista del PCM. En efecto, tanto el reconocimiento del avance del capitalismo como del equilibrio atómico relativo justificaron la nueva política socialista de coexistencia pacífica. Se aceptó que, ante el peligro de un apocalipsis, las dos potencias estaban condenadas a rivalizar sólo en el plano de sus capacidades y a influir en las fuerzas de la producción y el bienestar colectivos.<sup>8</sup> La teoría del imperialismo y la crisis inevitable del sistema occidental fue marginada por los mismos hechos. En cambio, las proposiciones de la coexistencia y de la vía gradual y democrática hacia el socialismo reafirmaban la táctica practicada ya por los partidos comunistas desde 1940.<sup>9</sup> La única diferencia consistía en que los conflictos de expansión y las guerras locales periféricas, paralelos a estos discursos, disminuirían a finales de los años cincuenta. Salvo este breve periodo, los movimientos armados y la confrontación violenta se acelerarían durante la siguiente década en América Latina, impulsados más por la pobreza y los regímenes antidemocráticos que por el programa de la Unión Soviética. Este último, en contraste, llegaría a plantear en los años sesenta –siguiendo los fundamentos expuestos por Jruschov y ante la aceptación de la intervención gubernamental para regular la sociedad– que el capital monopolista de Estado daría como resultado en occidente una democracia avanzada, la cual realizaría el socialismo de manera progresiva. Acontecimientos

---

<sup>8</sup> Pierre Souyri, *El marxismo después de Marx*, Barcelona, Editorial Península, 1971, p. 74.

<sup>9</sup> En el XX Congreso de 1956 se rompen los antiguos postulados del Kominform: se esboza la vía parlamentaria al socialismo, la coexistencia “pacífica” sustituye a la Guerra Fría, se plantea los vínculos con la socialdemocracia y la pluralidad de vías al socialismo. Lilly Marcou, *El movimiento comunista internacional*, Madrid, Siglo XXI, 1981, p. 47.

como la invasión a Hungría, la Revolución Cubana o la preparación de la disidencia china, en pocas palabras, el resquebrajamiento del socialismo monolítico, no afectarían la tendencia renovadora del PCM culminada en 1960. Tendrían que esperar la siguiente década para ofrecer una gama de alternativas que los historiadores todavía no han sabido apreciar en su verdadera dimensión.<sup>10</sup>

La apertura soviética abrió la posibilidad de transformar ciertos puntos programáticos del PCM como el de la política de alianzas o la caracterización del país, al mismo tiempo que le permitió conservar sus principales objetivos de paz, democracia e independencia nacional. Las medidas de enfrentamiento propuestas por el partido en el XIII Congreso de 1960 deben verse más, en ese sentido, como un recurso extraordinario ante la represión y el autoritarismo del régimen mexicano que como un proceso de radicalización –como así lo plantearon algunos escritores– y alejamiento de la línea soviética.

#### *La aportación de la investigación.*

Cuando iniciamos esta investigación ya teníamos conocimiento de los alcances logrados por el proceso de renovación efectuado entre 1956 y 1960. Empero, la literatura existente no proporcionaba una idea del sorprendente grado de radicalización alcanzado durante la lucha interna. En parte porque la magnitud de ésta no quedó registrada en el XIII Congreso, en parte porque los documentos y la actividad de los grupos más contestatarios, como las células Carlos Marx y Federico Engels, fueron excluidos de los debates preparatorios para la realización de tal

---

<sup>10</sup> El partido se mantuvo firme en conservar su proceso de renovación dentro de los marcos de las reformas de Jruschov. Aunque, desde luego, acontecimientos como los de Hungría, o el rechazo del Partido Comunista Chino en contra de la nueva política de coexistencia pacífica y de la vía pacífica hacia el socialismo afectaron a

evento. Poco a poco descubrimos a través de las lecturas de estos testimonios, desconocidos o descuidados por los actuales historiadores, cómo las proposiciones de un leninismo democrático o de un movimiento proletario independiente concentrado en las tensiones internas del país y no preocupado por la independencia nacional –la cual ya era considerada desfasada por cuadros como Guillermo Rousset o José Revueltas– encabezaron las simpatías de amplios sectores de base, aunque fueron frenadas desde la cúpula por una coalición formada por la nueva y la antigua dirección del partido. A partir de este conocimiento, reconsideramos nuestra visión inicial y, como resultado, construimos una historia del PCM muy diferente a las demás (expuesta en los capítulos III y IV).

El fracaso de esta corriente del partido se explica también por los límites de las reformas jruschovianas. Estas barrieron en forma definitiva con el despotismo estalinista pero, en realidad, no trataron de deshacerse del totalitarismo y de la fuerte burocracia jerarquizada, esencias mismas del sistema soviético. Es por eso que tanto la crítica a la organización como a la posición doctrinaria del partido difundidas por el grupo encabezado por José Revueltas y otros más no lograron consolidarse. Pretendían un cambio de fondo y rebasaban con mucho el alcance de lo propuesto por el PCUS.

#### *Distribución del estudio.*

El primer capítulo de este trabajo está dedicado a ubicar la función y la posición del PCM con relación al Estado, la sociedad y la evolución económica hasta 1956. La intención de este apartado consistió en exponer las determinaciones que estructuras colectivas más amplias

---

las oposiciones más radicales, quienes, por este mismo hecho, serían expulsadas del partido. *Ibid.*, pp. 49-74.

ejercieron sobre el partido. Delimitaron tanto la difusión de su actividad como los alcances de su programa. Explicamos cómo los mecanismos de control gubernamental redujeron el campo de acción de la oposición; cómo el sindicalismo oficial, el poder ejecutivo o las reformas electorales obstruyeron a una organización que intentaba insertarse en una sociedad caracterizada por un bajo nivel de evolución de la democracia.

También analizamos en este apartado la filiación de la ideología nacionalista con la izquierda a partir de ciertos vínculos históricos o de creencias tales como la Revolución Mexicana y la constitución de 1917. Destacamos las coincidencias de este discurso con el del PCM en función del examen de la caracterización del país y de metas comunes como el impulso al desarrollo. Asimismo, señalamos las consecuencias prácticas y teóricas de esta política, obstáculos que tratarían de ser erradicados a partir de 1956.

Nuestra intención se definió por evitar concebir la actuación del partido como una simple consecuencia de su ideología y por dilucidar los límites de su acción más allá de sus contradicciones internas.

Los movimientos sociales difundidos en la segunda parte de la década de los cincuenta y su relación con la izquierda integran nuestro segundo capítulo. Abordamos su explicación a partir de la coyuntura, así como con relación a tendencias de más larga duración. Intentamos evitar la concepción economicista de clase bajo la cual han sido estudiados en primera instancia. Para ello, registramos la trayectoria de los sectores en lucha, las implicaciones políticas de sus demandas, paralelas a las fluctuaciones económicas que desde 1940 conformaron el modelo de acumulación. Destacamos en este estudio la relación asimétrica entre los grupos de trabajadores inconformes y el PCM. Era clara la superioridad ideológica sobre un partido que apenas estaba despertando de

su letargo estalinista. En ese sentido, tuvimos el cuidado de poner de relieve la manera en que las demandas radicales de los asalariados fortalecieron a la oposición interna del partido y constituyeron un factor definitivo en la elaboración de su nuevo programa. Con estos dos capítulos termina la primera parte de la obra, dedicada a examinar los vínculos del partido con el mundo externo. La segunda parte –compuesta por otros dos capítulos– aborda el mundo interior de la actividad militante.

En el tercer capítulo examinamos a la organización, tema fundamental en el proceso de renovación protagonizado por diferentes grupos. Pusimos especial interés en evitar una concepción funcionalista del partido, entendida como una unidad donde las partes se complementan para lograr un fin. Esto es sólo cierto cuando lo identificamos a partir de la ideología o de su función ideal como izquierda. Pero, “en la vida social, lo disfuncional, lo entrópico, lo no deseado y la autodestrucción son fenómenos omnipresentes”.<sup>11</sup> En realidad detrás de su aparente monolitismo y unidad, el PCM escondía todo un procedimiento para legitimar el poder. Es por eso que los mecanismos de control generaban al mismo tiempo la disidencia.<sup>12</sup> Este análisis micro fue considerado por nosotros como “una gimnástica intelectual saludable frente a un largo periodo de atención a los procesos globales y a las estructuras de conjunto”.<sup>13</sup> El descubrimiento de la

---

<sup>11</sup> Jon Elster, “Note critique: un marxiste anglais. A propos d’une nouvelle interpretation du matérialisme historique”, en *Annales*, París, 1981, 752.

<sup>12</sup> Michel Foucault propone algo similar para las prisiones: “Il faudrait alors supposer que la prison et d’une façon générale, sans doute, les châtements ne son pas destinés à supprimer les infractions; mais plutôt à les distinguer, à les distribuer, à les utiliser; qu’ils visent, non pas tellement à rendre dociles ceux qui sont prêts à transgresser les lois, mais qu’ils tendent à aménager la transgression des lois dans une tactique générale des assujettissements. La pénalité serait alors une manière de gérer les illégalismes, de dessiner les limites de tolérance, de donner du champ à certains, de faire pressions sur d’autres, d’en exclure une partie, d’en rendre utile une autre, de neutraliser ceux-ci, de tirer profit de ceux là”. Michel Foucault, *Surveiller et punir*, París, Gallimar, 1975, p. 277.

<sup>13</sup> Nueva proposición metodológica de la revista *Annales* que retomaba las proposiciones de la microhistoria italiana. Les *Annales*, “Histoire et sciences sociales. Un tournant critique”, en *Annales*, París, núm. 2, 1988, p.

heterogeneidad y la gama de posiciones de los actores sociales nos permitió apartarnos de los modelos estructuralistas para entender los procesos en términos de estrategias que implican la memoria, el aprendizaje, la incertidumbre y la negociación.<sup>14</sup> Esta es una historia donde la diferente interpretación de un lenguaje común definía las distintas posibilidades de los grupos en tensión. La polémica sobre la unidad constituyó un claro ejemplo: mientras la Dirección Nacional insistió en la recuperación de la disciplina y el mando con la intención de practicar una acción cohesionada en el exterior, la oposición encabezada por Revueltas proponía la discusión y el consenso como las medidas más importantes para ejercer una práctica consciente.

Analizamos, por igual, las principales críticas a la organización que dividieron a los miembros del PCM. La interpretación doctrinaria de la realidad, la burocracia, la concepción leninista del partido y la relación con el movimiento obrero fueron cuestionados por subordinarse al poder y no estar al servicio del conocimiento.

La dinámica interna implicó ver cómo los actores redefinieron el proceso según lo que pensaban e ignoraban de su actuación.<sup>15</sup> En el transcurso de las pugnas, se cambiaron los papeles como lo demostró parte de la oposición quien pactó con la antigua dirección y contribuyó a la marginación del sector más radical.

Gracias al seguimiento del grupo de José Revueltas –descuidado en su estudio por los historiadores– nos fue posible poner a prueba varias hipótesis generales y descubrir una historia ocultada por los resultados. En efecto, tanto el relato apologético como la nueva dirección (parte

---

752.

<sup>14</sup> Les *Annales*, “Histoire et sciences sociales: tentons l’expérience”, en *Annales*, París, núm. 6, 1989, pp. 1317-1323.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 1320.

de la antigua oposición) eliminaron en el XIII Congreso los documentos y minimizaron la participación de los sectores disidentes más avanzados. Intentamos evitar el anacronismo producido por la atracción de seguir a la corriente hegemónica y victoriosa. Después de todo, la siguiente década daría la razón a muchas de las proposiciones de Revueltas rechazadas durante la confrontación.

El cuarto capítulo relata tanto la transformación ideológica del partido como sus limitaciones. Por una parte, hemos explicado los vínculos del PCM con el nacionalismo oficial durante 1940 y 1956, así como las implicaciones negativas para su práctica. Por otra, examinamos los beneficios de la mutación programática iniciada en 1956. Destaca en ésta cierta superación de un maniqueísmo simplista que oponía a términos como el nacionalismo a la lucha de clases, el capitalismo al socialismo o el desarrollo frente al imperialismo. A partir de esta fecha tales nociones dejarían de ser excluyentes y serían el punto de partida para elaborar un análisis más complejo. En forma paralela, notamos que el partido pudo deshacerse del determinismo económico y, al mismo tiempo, recuperó el sentido de acción política. Para concluir este apartado, señalamos las aportaciones de José Revueltas con respecto a los mismos temas, las cuales nos sirvieron para enfatizar los límites de las reformas ideológicas del partido.

Para finalizar, la tercera parte compuesta por el capítulo V fue aprovechada para intentar definir a la izquierda mediante su trayectoria histórica, para plantear ciertos problemas teórico-históricos, así como para señalar algunos de los retos que la izquierda tendría que enfrentar en la siguiente década.

## PRIMERA PARTE: LAS TRANSFORMACIONES DEL PARTIDO COMUNISTA MEXICANO FRENTE AL ESTADO Y LA SOCIEDAD EN LA DÉCADA DE 1950.

### CAPÍTULO I: EL ESTADO Y EL PARTIDO COMUNISTA.

#### *Presentación general.*

La década de los años cincuenta, especialmente el periodo que va de 1956 a 1960, resultó ser una época trascendental para la vida del Partido Comunista Mexicano (PCM). En tan sólo cuatro años, éste intentó transformar de manera radical sus estructuras más profundas. El XIII Congreso fue en cierta forma el resultado de este singular proceso. Ciertamente, los intentos para dar un perfil nuevo a la organización no constituían una novedad; aunque la importancia de los resultados obtenidos se agiganta si tomamos en cuenta que, cuando menos desde los años cuarenta, importantes personalidades, grupos y corrientes en su interior habían tratado de renovar al partido. Por lo general, estos ensayos lograron ser marginados por el mecanismo preferido de la dirección nacional: la expulsión. Nuestro propósito, entonces, no es limitarnos a describir algo que no resultaba una novedad como las tensiones dentro del partido. Consideramos necesario explicar las causas que las originaron en este periodo, pero, sobre todo, aquellas que permitieron a los miembros de la oposición interna penetrar el cerco autoritario establecido por el Comité Central.<sup>16</sup> Fueron ellos quienes cambiaron el rumbo del partido.

---

<sup>16</sup> La dirección del partido estaba concentrada en dos órganos: el Comité Central que tenía por funciones orientar el rumbo político del partido; discutir los acuerdos efectuados en las asambleas de los militantes; dictaminar sobre las relaciones de sus diferentes órganos; y la Comisión Política encargada de ejecutar en la práctica los acuerdos del primero. Al respecto Carr señala: “La estructura formal de toma de decisiones del PCM, en particular las sesiones plenarias del Comité Central, funcionó de una manera altamente irregular a lo largo de esta década. [...] El poder fue usurpado por la Comisión política y el Comité Central se convirtió en un mero membrete al calce de las decisiones tomadas por Encina y una pequeña cúpula”. Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México, Ediciones Era, 1996, 1ª edición en español, pp. 198-199.

Para nosotros, existen cuatro conjuntos estrechamente interconectados –en los cuales hemos dividido nuestra investigación– que explican la historia de la organización durante el segundo lustro de este decenio. Desde luego, en primer término, se trata de las condiciones internas del partido. Ante todo el papel activo jugado por la oposición a partir de 1956, el cual será abordado en la segunda parte del actual estudio. Pero, en segundo término, es necesario examinar los cambios en las condiciones sociales y económicas que alteraron hasta cierto punto la casi inquebrantable estabilidad del sistema político mexicano consolidado a finales de los años treinta. El tercero, en parte como resultado del anterior, consiste en el seguimiento del estallido social que se propagó como una onda generalizada a partir de 1958. Paradójicamente, el rol activo de las masas se convirtió en un significado insustituible dentro de los cuestionamientos de un partido que todavía, para aquel entonces, se proponía “inyectar” la conciencia desde fuera a los trabajadores, considerándolos como limitados por sus “intereses económicos inmediatos”.<sup>17</sup> Por último, en cuarto término, es necesario entender que el partido durante esta coyuntura trató de desligarse de su principal atadura ideológica y orgánica: el Estado corporativo sostenido por la concepción de la Revolución Mexicana. Antes de iniciar nuestro análisis, quisiéramos decir algunas cuantas palabras referentes a cada uno de estos apartados.

---

<sup>17</sup> La aportación de la conciencia a los trabajadores “desde fuera” es parte de la concepción leninista del partido. Lenin consideraba a los trabajadores limitados por sus necesidades económicas inmediatas. Este es el motivo por el que Enrique González Rojo, compañero de José Revueltas, enfatizaba este aspecto del pensamiento de Karl Kautsky, sistematizado por Lenin: “El líder alemán (Kautsky) escribió en el proyecto de programa del partido social demócrata de 1901-1902 que es falso creer que el desarrollo económico y la lucha de clases creen automáticamente, además de las premisas de la producción socialista, la conciencia de su necesidad”. El mismo autor señalaba más adelante: “La clase obrera tiende al socialismo (y por esto es conveniente para todo partido, y en especial para el nuestro, reclutar obreros) pero no es socialista. El socialismo, la conciencia de clase, le viene de fuera, se lo proporcionan los intelectuales proletarizados (y he aquí su función pedagógica) y un partido bolchevizado”. *Intervención de Praxis en la VII Convención del Distrito Federal*, marzo de 1959, p. 2 y p. 13. Documento mimeografiado del Archivo personal de Guillermo Rousset Banda, en adelante AGRB.

La crítica –o autocrítica– aceptada por el Comité Central en diciembre de 1956, en el documento oficial más importante de la época,<sup>18</sup> *Sobre la situación política actual y las tareas de los comunistas mexicanos*,<sup>19</sup> podría ser considerada como una rareza si tomamos en cuenta la terquedad con que los miembros del alto mando del partido habían defendido hasta esta fecha su criterio dogmático así como su rígida práctica organizativa. Ellos sabían que la aplicación de estas proposiciones significaba la supresión de los fundamentos de su poder. El proceso de desestalinización iniciado en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) a partir de febrero de 1956 presionó al Comité Central para emitir tal declaración.<sup>20</sup> Las turbulencias provenientes de este país cuestionaban por primera vez el sistema autoritario estalinista, uno de los pilares de su legitimidad. Con esta cuasiconfesión, la dirección nacional intentaba más preservar la autorización del centro de mando internacional que ejercer un verdadero cambio.<sup>21</sup> Sin embargo, los aspectos centrales del escrito fueron recuperados por una oposición identificada con una nueva generación de comunistas. Esta corriente alternativa en el partido concentraba al Comité del Distrito Federal, parte del Comité Central –el cual estaba dividido–, así como a las células Carlos Marx y Federico Engels encabezadas por José Revueltas. En esta oposición se agruparon los miembros de las bases conectadas a los movimientos que

---

<sup>18</sup> Así lo considera Gerardo Unzueta en su ensayo titulado “Crisis en el partido, crisis en el movimiento” en Arnoldo Martínez Verdugo, (Ed.), *Historia del comunismo en México*, México, Ed. Grijalbo, Col. Enlace, 1985, p. 230.

<sup>19</sup> PCM, *Sobre la situación política actual y las tareas de los comunistas mexicanos. Informe de la Comisión Política al pleno del CC del PCM, celebrado el 1º de diciembre*, México, Fondo de Cultura Popular, 4 de diciembre de 1956.

<sup>20</sup> En el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) efectuado del 14 al 25 de febrero de 1956 destaca el decisivo informe secreto efectuado por Nikita Kruschef –secretario general– donde denunció el “culto a la personalidad” y los crímenes de José Stalin. Llevado a cabo en sesión secreta el día 25 de febrero, con seguridad este informe presionó a los miembros de la dirección del PCM para realizar meses después un primer intento de autocrítica. Asistieron a este importante evento Dionisio Encina (secretario general), Manuel Terrazas y J. Encarnación Pérez.

luchaban por el aumento de salarios y la democracia sindical, quienes cuestionaban con vigor las tácticas y la ideología del partido. Para ser más precisos, apoyaban lo que quedaba de esta corriente democrática después de la represión efectuada en la década de los cuarenta y principios de los años cincuenta.<sup>22</sup>

Una serie de circunstancias se encargaron de cambiar esta dispar correlación de fuerzas a favor de aquellos que pugnaban por una mayor autonomía del movimiento obrero. Por una parte, el “giro de derecha” que realizó el Estado a partir de la presidencia de Manuel Ávila Camacho (1940-1946), consistente en favorecer en forma privilegiada al sector industrial, así como en disminuir las alternativas económico-sociales de los trabajadores, significó una ruptura con la política redistributiva desplegada por Lázaro Cárdenas a mediados de los años treinta. Su consecuencia más importante para los grupos pauperizados resultó ser el deterioro del poder adquisitivo del salario. Por otra, en la segunda mitad de la década de los cincuenta, convergieron dos crisis –una de carácter agrario y otra internacional– que limitaron el juego del Estado, disminuyeron el crecimiento económico y motivaron una inflación concentrada en los productos básicos. De tal manera que el surgimiento de la agitación social de 1956, generalizada en 1958, fue el resultado del inicio de una pérdida de legitimidad que se inició en el estómago de las familias mexicanas.

Pero estas condiciones explican más la magnitud de los movimientos que sus características. Porque, si bien fue cierto que la mayoría de estas protestas reclamaban una mejora en el nivel de vida, también lo fue el carácter político de sus implicaciones que, en algunas

---

<sup>21</sup> La autoridad se obtenía más por la autorización de las jerarquías que por el consenso.

<sup>22</sup> Barry Carr sostiene que fue un periodo de represión, secuestro y purga contra obreros de izquierda por parte del gobierno. Carr, *op. cit.*, pp. 196-197.

de sus demandas, cuestionaron directamente el sistema autoritario del Estado mexicano. Diagnosticar su carácter puede ser engañoso si nos atenemos a la forma como estas mismas luchas se autopresentaron. Es necesario tomar en cuenta el clima anticomunista fomentado por los organismos oficiales que calificaban a todo movimiento político ajeno al control corporativo como comunista. En el marco de la Guerra Fría y el énfasis cada vez más conservador del Estado, este argumento llegó a ser un pretexto suficiente para efectuar represiones fulminantes. Casi todos los grupos contestatarios –electricistas, petroleros, mineros, etc.– se cuidaron de aceptar la ayuda explícita de los partidos de izquierda o el apoyo entre sí por miedo a proporcionar argumentos que justificaran la represión. A pesar de este obstáculo, la solidaridad llegó a darse entre los diferentes sectores en lucha así como también los partidos influyeron en éstos a través de los líderes más que en las bases. La sutil forma en que esto se llevó a cabo ha provocado la discusión sobre la magnitud y la importancia con que la izquierda afectó a las protestas. Sea cual fuera la forma, el contenido de estas agitaciones resquebrajó los fundamentos corporativos del Estado ya que su actividad partió de las bases y, por lo tanto, pretendió ser autónomo. Algunos se atrevieron a reclamar esta autonomía en forma más explícita. Tal fue la cruzada de los trabajadores ferrocarrileros.

Para el PCM esto significó una pequeña revolución. Cuestionó su contenido de vanguardia y su línea política fundamentada en la conciliación con el Estado, así como fortaleció las bases opositoras a la dirección quienes, por cierto, aprovecharon para denunciar el aspecto anacrónico

de su política, inaplicable a las nuevas experiencias. En cierto modo los papeles se invirtieron: el sector obrero se situó a la vanguardia del partido.<sup>23</sup>

En lo inmediato, la organización fue beneficiada a pesar de la derrota del movimiento ferrocarrilero. Gracias a las movilizaciones, la oposición fundamentó sus demandas y, por fin, logró cierto cambio definitivo en 1960. Después de la represión y la crisis interna, el partido perdería consistencia en la siguiente década pero preservaría –con algunos otros grupos formados por la oposición expulsada– una función importante: conservar y difundir una memoria que a la larga reforzaría el proceso desencadenado en 1968. La experiencia crítica de la clase obrera, así,

---

<sup>23</sup> La misma dirección cuestionaba su carácter de vanguardia ya que planteaba seguir los lineamientos del Estado para lograr su objetivo programático fundamental: el desarrollo económico y la independencia de México frente al imperialismo. La táctica del frente común supeditaba los objetivos de la clase obrera y la lucha de clases al nacionalismo. Por tanto, el partido no podía constituirse como vanguardia si se luchaba en lo inmediato por los intereses del desarrollo burgués.

Mientras tanto, por su parte, la oposición interna planteó el problema de la falta de un partido de vanguardia. Para ella, el partido no representaba los intereses de la clase trabajadora a causa de su posición programática fundamentada en la unidad a toda costa. De igual forma, vertió su crítica hacia la incapacidad del partido por constituirse como un verdadero representante de la clase obrera dado que los mecanismos de organización interna le impedían funcionar como un verdadero líder: la falta de discusión, el autoritarismo, la aplicación de las ideas estalinistas y leninistas en forma doctrinaria impidieron que el partido llevara a cabo dos de sus funciones principales. Por una parte, no cumplía con la actividad de reflexionar mediante la discusión y el debate la caracterización de la sociedad para dilucidar el camino más pertinente en la práctica militante. Por otra, se veía impedido en establecer un intercambio con los movimientos sociales, enriquecerse con ellos y proporcionar una educación. Tanto la política autoritaria de la dirección, como la falta de preparación reflejada en el débil nivel teórico de los militantes –como lo señaló con mucha pertinencia el camarada G. Unzueta en su importante artículo escrito en 1958, *La debilidad esencial del movimiento revolucionario de México*, que le valió la expulsión de la redacción del periódico del partido– obstaculizaron a la organización para que llevara a cabo sin trabas sus principales funciones como vanguardia. Es en este sentido que González Rojo planteó: “Lo que nos lleva a pensar que estas características del obrerismo vulgar constituyen una de las causas –junto con la carencia de un programa leninista y una línea política concreta, junto con una Dirección General inepta (que, entre otras cosas, no ha organizado el estudio del marxismo en todo el partido), etc.– del estancamiento, e incluso, retroceso de nuestro partido”. *Intervención de ...*, op. cit., p. 6, AGRB.

Sin embargo, más allá de estas dificultades y de las tensiones en su interior, el PCM mantenía en su conjunto una concepción leninista del partido. Por una parte esto implicaba considerar a la clase obrera limitada en sus condiciones económicas para adquirir una “conciencia de clase”. Por otra, se veía al partido como la vía real –formado por intelectuales profesionales dedicados a ello– para reflexionar a la sociedad más allá de los intereses inmediatos que enajenaban a los trabajadores.

transmitiría su soplo contestatario y creador a los sectores medios y a los intelectuales, los nuevos protagonistas revolucionarios del siguiente decenio.<sup>24</sup>

Se suele decir que la derrota de los ferrocarrileros fue el resultado de una mala decisión.<sup>25</sup> Esto puede ser cierto, pero es necesario recordar que la represión practicada en su contra era sólo una muestra de las numerosas limitaciones que las fuerzas ajenas a la voluntad de los trabajadores ejercían en su contra. Porque, sin un apoyo suficiente, ¿cómo afrontar la represión física y la coacción ideológica puestas en marcha por un gobierno conservador presionado por la corriente macartista de los Estados Unidos de América? Dentro de un nivel estructural, los grupos autónomos partidarios o simpatizantes del PCM luchaban en contra de algo más que una serie de medidas ocasionales y oportunistas: se opusieron al Estado corporativo mexicano que, bien que mal, había conseguido un amplio grado de consenso voluntario en amplios sectores de la población gracias a sus mecanismos de control, así como había logrado que la izquierda disminuyera su influencia al mínimo.

---

<sup>24</sup> Revolucionaria para la época ya que propusieron una alternativa más democrática para el ejercicio de la política, basado en la participación activa de una opinión pública que practicaría plenamente los derechos civiles del ciudadano. Si constatamos que apenas hoy, 1998, este proceso democrático de participación está culminando en los hechos, podemos valorar con más justeza cuan adelantada resultaba la proposición de este gran cambio que tuvo que esperar la combinación de múltiples factores para llegar a ser una realidad tangible.

<sup>25</sup> Así lo abordó José Revueltas en su documento, *Enseñanzas de una derrota*, publicado en 1959. Pero esta polémica es retomada entre otros por Barry Carr, “La insurgencia obrera y la recomposición de la izquierda”, en *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México, Ediciones Era, 1996, pp. 193-229; Ilán Semo, “El ocaso de los mitos”, en Enrique Semo (coordinador), *México un pueblo en la historia*, vol. 6, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990, segunda edición corregida y aumentada, pp. 13-66; Alejo Méndez, “Por la renovación del partido”, en Arnoldo Martínez Verdugo (Ed.), *Historia del comunismo en México*, México, Ed. Grijalbo, 1985, pp. 239-273; Antonio Alonso, *El movimiento ferrocarrilero en México, 1958-1959*, México, Ediciones Era, 1975, pp. 139-152.

Empero, la capacidad de control corporativo del sistema político mexicano no integró el único elemento que afectó al partido. Su ideología penetró profundamente el pensamiento de la organización. Desde finales de los años treinta, el PCM se apropió del ideario de la Revolución Mexicana así como asumió para sí la táctica de unidad nacional. La crisis de los cuatro años que transcurrieron de 1956 a 1960 significó un intento por parte de los miembros de la organización para desligarse del Estado tanto práctica como ideológicamente y así recuperar, al mismo tiempo, una identidad propia que los constituyera como una verdadera alternativa. En la liberación interior del PCM se jugaba su emancipación exterior y, a la inversa, de su deslinde con el gobierno dependía la posibilidad de su renovación. Dado el carácter envolvente y determinante del Estado, comenzaremos por el examen de este punto.

*Un leviatán cerca al Partido Comunista Mexicano.*

Desde la segunda mitad de la década de los treinta se consolidó un sistema político en el país que trajo consecuencias decisivas para la izquierda y los partidos de oposición. Éste bloqueó la difusión de las organizaciones políticas en la colectividad de los trabajadores, así como impidió su real competencia igualitaria (en las condiciones legales). Además, la penetración de la ideología oficial en el interior de las organizaciones de izquierda provocó una crisis permanente y una pérdida de identidad. Los cuatro años transcurridos entre 1956 y 1960 significaron el intento del PCM por luchar en contra de esta estructura casi omnipresente, fue el ensayo por deslindarse del programa oficial del Estado y por recuperar una perspectiva crítica de la sociedad.

El régimen político mexicano se ha caracterizado hasta fechas recientes por ser un sistema autoritario sustentado por el corporativismo.<sup>26</sup> Cuando admitimos el calificativo de autoritario aceptamos que ha implicado tanto la reducción de la libertad ciudadana como la imposición de un proyecto político desde arriba, sin la previa consulta de las masas. Esto es verdad hasta cierto punto ya que el funcionamiento de estos mecanismos ha presentado en el país un amplio grado de legitimidad, rasgo que lo ha diferenciado de otros sistemas autoritarios. La peculiaridad de este régimen ha sido que, por una parte, se ha sostenido en una democracia “formal” que garantiza los derechos civiles del ciudadano y, por otra, gracias a las características del Estado benefactor, distribuidor de la riqueza, impulsado por el crecimiento económico sostenido y la ideología nacionalista de la revolución –que ha establecido los símbolos de unidad social– ha conseguido ser aceptado en amplios sectores de la colectividad. En este período, el cual abarca hasta 1960, tanto el carácter corporativo del sistema como la casi nula competencia entre el partido oficial y

---

<sup>26</sup> Esto no quiere decir que las bases del autoritarismo hayan desaparecido todavía. En la actualidad –1998– presenciamos un momento de transición caracterizado por cierta apertura democrática. No cabe duda que los partidos de oposición han adquirido un mayor margen de acción política que se ha manifestado en la Cámara de Diputados por la pérdida de la mayoría absoluta del Partido Revolucionario Institucional (PRI), y en otras instancias, como las regionales, por el aumento en el número de cargos que han obtenido mediante procesos electorales cada vez menos corruptos.

Sin embargo, la liberalización política no ha llegado a su término. El sistema corporativo, aunque mermado, sigue en pie y tanto el presidente como el poder ejecutivo ejercen todavía un peso desproporcionado frente al legislativo y el judicial.

sus rivales aseguraron el control del Estado sobre las organizaciones de obreros y campesinos, así como garantizaron el sometimiento relativo de la opinión pública y de la oposición.<sup>27</sup>

El crecimiento económico de una sociedad con rasgos tradicionales y un fuerte atraso cultural ha fomentado las condiciones de un Estado autoritario que se ha legitimado en función de su carácter corporativo, su capacidad para movilizar a las masas y para satisfacer ciertas demandas económicas. El poder ejecutivo –sustentado en el presidencialismo– ha establecido su hegemonía sobre los otros dos autorizados por la Constitución –el poder legislativo y el poder judicial– y ha garantizado la supremacía de la élite gobernante agrupada, a pesar de su heterogeneidad, en torno a un proyecto y un partido comunes.<sup>28</sup>

---

<sup>27</sup> De hecho en este lapso temporal el gobierno mexicano presenta rasgos característicos del régimen populista y del régimen autoritario. En el primer caso, como lo plantea Carlos M. Vilas, el Estado es el promotor de la estrategia populista. El avance de la industrialización y el nuevo papel de los industriales en las fuerzas del bloque dominante se apoya en las masas populares a través del gobierno. La estrategia populista, promovida desde el Estado como política económica, fue una forma de afianzar la industria en la estructura de la producción y consolidar el poder del capital industrial. El populismo no es una alianza de clases, según este autor, sino un sistema de equilibrios inestables de compromisos entre las clases y las fracciones de clase. Este sistema de equilibrio es impuesto desde fuera de las clases por el Estado. Al cumplir esta función el Estado adquiere un ensanchamiento de su autonomía frente a las clases. Véase Carlos M. Vilas, “El populismo latinoamericano: un enfoque estructural”, *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, México, CNCA, 1994, pp. 119-149. En el ámbito ideológico, Portantiero e Ipola plantean que el Estado, por una parte, se disocia de la sociedad y, por otra, recompone la unidad social en forma ilusoria mediante la nación. Nación y Estado producen la legitimación del capitalismo, ya que este último se presenta como una forma universal donde los conflictos pueden ser resueltos en nombre de la totalidad. El corporativismo puede ser un ejemplo. Su función principal es la reconciliación de diversos intereses fragmentados. Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero, “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”, Julio Labastida (comp.), *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea*, México, Siglo XXI, 1986.

En el segundo caso, el poder ejecutivo y el PRI se apropiaron en los hechos del poder político. En un marco formal de competencia de los partidos y una legislación favorable al partido dominante, las masas practicaron una acción legitimadora, subordinada y marcada por el bajo nivel de politización. Para estudiar el caso del autoritarismo mexicano y compararlo con el de otros países de América Latina puede consultarse a Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, XIII edición; Guillermo O’Donnell, Philippe C. Schmitter, Laurence Whitehead (comps.) *Transiciones de un gobierno autoritario, 2. América Latina*, Argentina, Paidós, 1988, 1º ed.; Jorge A. Tapia Valdés, *El terrorismo de Estado*, México, Nueva Imagen, 1980; Luis Maira, “Notas sobre las nuevas dictaduras militares en América Latina” en *La militarización del Estado latinoamericano*, México, UAM; Alicia S. García, *La Doctrina de Seguridad Nacional*, Argentina, Centro Editor de América Latina, 1991.

<sup>28</sup> Sin embargo, pueden distinguirse dos tácticas dentro del bloque de poder. Aquellos que pugnan por desplegar una táctica autoritaria hacia las clases subalternas y aquellos que desean impulsar el desarrollo social como eje estabilizador del proceso de acumulación capitalista. 1938 fue un año que dividió la primacía de

La Constitución de 1917 sancionó este sistema asimétrico entre los poderes y auspició su institucionalización.<sup>29</sup> Las diferentes reformas electorales que se sucedieron hasta 1963 también han contribuido a la estabilización de este régimen: posibilitaron la monopolización del poder político mediante la transformación de las elecciones legislativas y presidenciales en una demostración formal de legitimación (y corrupción), más que en un acto democrático.<sup>30</sup>

En términos del largo plazo puede decirse que el crecimiento económico mexicano acelerado entre la década de 1940 y principios de la de 1970 fortaleció substancialmente la posición de la coalición gobernante,<sup>31</sup> quien ha tenido por objetivo –sobre todo desde esta época– lograr la independencia y autonomía frente a los países más desarrollados, a partir del impulso de la rama industrial. El Estado ha sido un factor decisivo en el modelo de crecimiento y en torno a su proyecto se han agrupado tanto los sectores empresariales pertenecientes a la “familia revolucionaria” como el capital privado en general. Si el presidente y su gabinete han conseguido encabezar las decisiones de la colectividad cada sexenio ha sido en parte gracias a que desde su nacimiento el gobierno trató de fungir como un árbitro de las diferentes clases sociales y entre los diferentes grupos en pugna por el poder. Con mucha justicia Lorenzo Meyer ha planteado que “teóricamente, los regímenes surgidos de la revolución definieron su papel como

---

cada una de estas dos alternativas. Después del régimen cardenista (1940) los proyectos se inclinarían hacia la primera. Véase Enrique de la Garza Toledo, *Ascenso y crisis del Estado social autoritario*, México, El Colegio de México, 1988, p. 28.

<sup>29</sup> El poder ejecutivo, que en un inicio fue un factor de equilibrio entre los diferentes grupos pertenecientes a las élites y entre los diferentes sectores sociales, se transformó cada vez más en un obstáculo a partir de que la sociedad demandaba –influenciada por los cambios estructurales surgidos después de los sesenta– una forma diferente de ejercer la democracia.

<sup>30</sup> Juan Molinar Horcasitas, “Vicisitudes de una reforma electoral”, en *La vida mexicana en crisis*, México, El Colegio de México, 1987, p. 27.

<sup>31</sup> Kervin J. Middlebrook, “La liberalización política en un régimen autoritario: El caso de México”, en Guillermo O’Donnell, Phillippe C. Schmitter, Laurence Whitehead (comps.), *Transiciones de un gobierno autoritario*, 2, *América Latina*, Argentina, Paidós, 1988, 1º ed., p. 192.

el de mediadores entre las diversas clases y grupos que formaban la sociedad”.<sup>32</sup> El medio de control y negociación del Estado con los sectores más importantes de la sociedad –trabajadores asalariados, campesinos, obreros y empresarios– ha resultado ser la corporativización y el apoyo de los dirigentes de estas agrupaciones a su mandato. Esta centralización de voluntades en dichos organismos ha facilitado la unificación de criterios, la exclusividad de la comunicación, así como el sometimiento de la disidencia. En este sentido, “[...] los controles estatales sobre los movimientos contribuyeron substancialmente al rápido crecimiento económico del periodo ulterior a 1940”.<sup>33</sup>

Este proceso de sometimiento ha tenido consecuencias definitivas para la izquierda. En primer término, ha limitado su potencial para movilizar a amplios sectores.<sup>34</sup> Desde el punto de vista histórico, la entrada del movimiento obrero, organizado como un sector de la oficialidad, significó una de las peores derrotas para el Partido Comunista Mexicano, ya que perdió, de esta manera, toda capacidad de autonomía e independencia:

Quando la corriente encabezada por Vicente Lombardo Toledano decide incorporar la Confederación de Trabajadores de México (CTM) al Partido Revolucionario Mexicano (PRM) y deja la iniciativa de la Confederación Nacional Campesina (CNC) en manos del poder ejecutivo de los años treinta, el corporativismo nacionalista inflige una de las derrotas más severas al socialismo mexicano: en el lapso de dos años disuelve su influencia ideológica y reduce al mínimo sus vínculos orgánicos con trabajadores y campesinos.<sup>35</sup>

Los pocos y escasos intentos de independencia sindical antes de 1960 fueron obstaculizados por el aparato gubernamental.<sup>36</sup> La mayoría de la población no sindicalizada no se

---

<sup>32</sup> Lorenzo Meyer, “La encrucijada” en *Historia general de México*, vol. IV, México, El Colegio de México, 1976, 1ª edición, p. 240.

<sup>33</sup> Middlebrook, *op. cit.*, p. 187.

<sup>34</sup> Como lo plantea Middlebrook: “no obstante, extensos controles estatales sobre las organizaciones obreras y campesinas restringen substancialmente sus acciones y limitan significativamente las oportunidades de los líderes opositores para movilizar competitivamente grupos masivos”. *Ibid.*, p. 190.

<sup>35</sup> Ilán Semo, “El ocaso de los mitos (1958-1968)”, Enrique Semo (Coord.), *México, un pueblo en la historia*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990, p. 36.

<sup>36</sup> Lorenzo Meyer aclara: “Las organizaciones obreras que actuaron al margen del partido oficial fueron pocas y

encontró en condiciones de expresar sus demandas en forma organizada. La monopolización de la vía sindical, las limitaciones legales de los partidos políticos y los rasgos tradicionales constitutivos de la sociedad mexicana formaron un muro de contención en contra de la democracia. Empero, es importante subrayar que, a pesar de su debilidad, los intentos de autonomía llevados a cabo por reducidos grupos de trabajadores –ferrocarrileros, maestros, electricistas, petroleros, mineros, telefonistas, entre los más destacados– llegaron a ser significativos en el resurgimiento del movimiento obrero y en la renovación de una izquierda más radical a finales de la década de los cincuenta.

La fuerza del poder ejecutivo y el presidencialismo se han consolidado como una de las bases de la estabilidad de la élite gobernante. A pesar de su heterogeneidad ésta ha logrado un criterio homogéneo gracias al consenso en torno a las normas concernientes a la acción política y a la meta del desarrollo económico nacional.<sup>37</sup> Este sector privilegiado se ha sostenido a partir de “la negociación y la transacción, la rotación de la élite, la cooptación de líderes opositores y el empleo selectivo de la represión contra opositores políticos, la élite gobernante se ha comprometido en fraudes generalizados para negar la victoria electoral a los partidos de la oposición en las oportunidades en que ésta amenazó el dominio del PRI”.<sup>38</sup> El sometimiento del poder legislativo y judicial ha coartado las posibilidades legales de la izquierda y de la oposición. La armonía relativa conseguida a partir del control presidencial ha conducido a una franca

---

sin importancia. El Partido Comunista continuó sin tener la fuerza necesaria para establecer una base obrera de alguna significación. La Central Única de Trabajadores (CUT) en la que ingresó un grupo insatisfecho de trabajadores ferroviarios en la década de los cuarenta, fue una de las pocas organizaciones que pretendieron ofrecer un camino a la izquierda obrera, pero el régimen nunca le permitió desarrollarse. En 1949, Lombardo Toledano creó la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), pero el gobierno de Miguel Alemán le puso los obstáculos necesarios para que su empresa no llegara muy lejos”. Meyer, *op. cit.*, p. 235.

<sup>37</sup> Middlebrook, *op. cit.*, pp. 189-190.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 196.

asimetría, la cual ha deteriorado fuertemente los mecanismos democráticos.<sup>39</sup> ¿Quién detiene, entonces, o equilibra las decisiones tomadas desde arriba, si no existe un parlamento o un poder judicial con suficiente autonomía relativa?

Si la capacidad de movilización del Estado y el control sobre las formas organizadas del trabajo limitó la acción de la izquierda entre 1940 y 1960, esta tendencia fue ratificada, igualmente, por la regulación legal de la competencia electoral. Durante la década de los años cincuenta, el PCM, como otros partidos, fue frenado legalmente para constituirse en una oposición viable ya que los requisitos estipulados por la legislación no correspondían a la realidad numérica y de competencia entre los partidos.<sup>40</sup> Sin embargo, la oposición, aunque fuera formal, se constituyó en una fuente de legitimación. Fue el motivo por el cual durante las elecciones de 1946, por ejemplo, el Partido Comunista Mexicano logró su registro sólo con 10,000 miembros. La ley electoral que exigía un mínimo de 30,000 adscritos permitió sólo por esa vez ese número reducido.<sup>41</sup> La reforma política impulsada después de las movilizaciones de finales de los años cincuenta estableció en 1963 mayores márgenes para la competencia de los partidos. A pesar de esto, no logró transformar a los partidos minoritarios en una oposición política creíble.<sup>42</sup> Lo que implicó que “la desilusión con las tácticas electorales fraudulentas del PRI y la imposibilidad de

---

<sup>39</sup> Así lo explica Meyer: “Durante todo nuestro período (1940-1960) las dos Cámaras del Congreso estuvieron enteramente dominadas por el PRI. [...] La misma situación de dependencia del Congreso la tuvo el poder Judicial. En ningún momento las cortes actuaron en contra de disposiciones presidenciales importantes, [...]” Meyer, *op. cit.*, pp. 243-244.

<sup>40</sup> Middlebrook expone: “La legislación electoral puesta en vigencia en 1946, 1949, 1951 y 1954 estableció requerimientos concernientes a los procedimientos de inscripción partidaria y al mínimo caudal y a la distribución de los afiliados, requerimientos que reforzaban la posición del Partido Revolucionario Institucional (PRI) al dificultar la formación de partidos políticos locales y regionales”. Middlebrook, *op. cit.*, p. 196.

<sup>41</sup> Unzueta, “Crisis en el partido, crisis en el movimiento”, *op. cit.*, p. 214.

<sup>42</sup> Middlebrook, *op. cit.*, p. 197.

alcanzar cargos nacionales limitaron los intereses de esos partidos a la competición [sic] en elecciones estatales y locales”.<sup>43</sup> De esta manera, la izquierda en las elecciones fungió como un actor formal más que como un real opositor del gobierno. El Estado resultó ser el más beneficiado ya que utilizó a las elecciones como instrumento de legitimación y movilización de las masas.<sup>44</sup> Seguro de sí mismo, extendió el voto a la mujer en 1957. Es necesario reconocer, a pesar de todo, que la actividad del PCM y las protestas sociales marcarían el inicio de una nueva tendencia que consistiría en la pérdida de legitimidad del gobierno proyectada en el incremento del abstencionismo de la siguiente década. Finalmente, este proceso culminaría con la liberalización legal del sistema político en los años setenta y con ello, el comienzo del derrumbe de una de las estructuras clave para la estabilidad del sistema político mexicano.

*Ideología del Estado, ideología de la izquierda.*

La ideología gubernamental fue aceptada muy lentamente por la sociedad mexicana, caracterizada durante mucho tiempo por sus rasgos tradicionales. Sin embargo, la influencia de ésta fue creciendo conforme el país se modernizaba y proliferaban los grupos organizados, como las grandes confederaciones de trabajadores, donde el Estado ha extendido su radio de influencia.<sup>45</sup>

---

<sup>43</sup> *Ibid.*, pp. 194-195.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 190.

<sup>45</sup> A grandes rasgos, la modernización consiste en el desarrollo significativo del sector industrial; el predominio de la ciudad sobre el campo y el aumento de los niveles de vida y de cultura en la población.

La década de los años cuarenta se caracterizó por el fomento de la industria privada nacional mediante una política proteccionista, facilidades de crédito e inversión pública en la infraestructura. De esta forma, en el siguiente decenio ya se había consolidado una burguesía nacional otrora incipiente y dependiente del Estado. Precisamente, fue en este momento que se aceleró la inmigración del campesino a las ciudades, las cuales, por cierto, se convirtieron en los núcleos poblacionales más importantes del país. Los años sesenta presenciaron un cambio más en la tendencia hacia la modernización: la transición de una sociedad industrial hacia una sociedad industrial avanzada, lo que implicó el aumento significativo del sector terciario, del capital financiero, así como de las clases medias.

Existe una relación entre el proceso de modernización y la corporativización. Si bien bajo el gobierno de

Esta concepción se ha basado en dos mitos fundadores: el nacionalismo y la Revolución Mexicana que han hecho ver al Estado como si estuviera por encima de las clases sociales.<sup>46</sup> Una serie de consideraciones, influencias externas y coyunturas produjeron la coincidencia ideológica entre el programa del PCM y las posiciones del Estado. A veces éstas se plantearon como objetivos tácticos, algunas otras como metas estratégicas. Tal coincidencia multiplicó varios efectos perversos en el vínculo entre la izquierda y la sociedad durante las décadas de los cuarenta y los cincuenta. En primer término, fue el motivo de una pérdida de identidad: por una parte, el PCM diluyó su carácter radical y se alineó a las reformas emitidas por el Estado y, por otra, se despojó de las características que lo distinguían al asumir la ideología oficial. Influidos por las tesis lombardistas, el PCM no supo o no quiso deslindarse de su concepción colaboracionista hasta 1956. En segundo término, esto contribuyó a la disminución de su capacidad de cooptación. A los límites impuestos por el sistema corporativo del Estado, se agregó un cerco ideológico que mantuvo al PCM como un partido corpuscular y dividido en estos años. Comenzaré el análisis de este apartado por el estudio de la ideología gubernamental para después vincularla con el programa del PCM.

Desde sus inicios, la fuerza de la imagen de la Revolución Mexicana ha sido proporcionada por su carácter incluyente. La Constitución pretendió garantizar los intereses de los grupos

---

Cárdenas se crearon las bases institucionales de esta última, es necesario reconocer, en cambio, que el poder corporativo se consolidó en las décadas de los cuarenta y los cincuenta gracias a las tendencias de integración modernizadora descritas más arriba, pero también a una estrategia de control estatal basado en la cooptación de los líderes (charrazos) y la represión selectiva de los movimientos independientes. Bajo el criterio desarrollista, uno de los fundamentos en la expansión capitalista fue el constante deterioro del poder adquisitivo del salario entre 1940 y 1955. Sólo a partir de esta fecha se inició un pequeño repunte. La función del control corporativo consistió en contener el descontento generado por esta tendencia.

<sup>46</sup> Al respecto pueden señalarse los 2 capítulos de Arnaldo Córdova, “¿Revolución o reforma?” y “Colaboracionismo de clases y populismo”, de su libro *La formación del poder político en México*, México, Ediciones Era, 1981, pp. 24-44.

protagonistas del movimiento revolucionario. El ordenamiento y distribución de funciones efectuados por el Estado hasta 1940 lo proyectó como una entidad por encima de las clases.<sup>47</sup> Lo cierto es que las bases institucionales de esta ideología fueron establecidas de 1917 a 1940 tanto mediante la puesta en marcha de la reforma agraria, la elaboración de la Ley Federal del Trabajo y la corporativización de los sectores sociales más importantes, como por medio de la inclusión de los sectores obrero, campesino y popular al Partido Revolucionario Mexicano (PRM).

Los métodos fundamentales de la “familia revolucionaria” han sido el desarrollo económico, el nacionalismo y la justicia social.<sup>48</sup> El primero de los objetivos estaba dirigido a obtener la modernidad en el sentido en que lo marcaban los países desarrollados en la década de los cincuenta: industrialización efectiva y crecimiento sostenido. Desde 1940 el “desarrollismo” constituyó uno de los principales propósitos tanto de la burguesía como de un Estado que se dedicó a apoyar el capital privado nacional mediante su política crediticia de subsidios y las grandes inversiones en infraestructura. Los dos objetivos restantes se hallan estrechamente relacionados. Por una parte, el desarrollo se planteó en esta etapa de la historia como un medio para fortalecer a la burguesía nacional y adquirir independencia con respecto al capital y el gobierno extranjeros, en particular los Estados Unidos. Por otra, se aseguraba que el crecimiento económico era compatible con los postulados de justicia expuestos en el ideario revolucionario en

---

<sup>47</sup> Así lo constata Octavio Rodríguez Araujo: “La Constitución política mexicana es democrático burguesa, pero le da a la élite política atribuciones suficientes para obligar al capital a establecer negociaciones con el trabajo. Esta situación posibilita a la élite política a mantener una posición en apariencia equilibradora, y la hace aparecer en ocasiones como si estuviera por encima de la lucha de clases”. Octavio Rodríguez Araujo, “La disidencia política organizada del henriquismo y la imposición de Ruiz Cortines”, Carlos Martínez Assad (Coordinador), *La sucesión presidencial en México 1928-1988*, México, Nueva Imagen, ed. corregida y aumentada, 1992, p. 138.

la medida que, en forma automática, generarían más empleos y oportunidades para el ciudadano. Si en los siguientes sexenios se hubiera seguido la generosa práctica redistributiva y el discurso cercano a la ideología socialista –como en el cardenismo–,<sup>49</sup> el Estado se hubiera encargado de equilibrar en forma equitativa la riqueza producida por la bonanza.<sup>50</sup> Sin embargo, esto no fue así. Entre 1940-1960, a partir del gobierno de Manuel Ávila Camacho, se estableció un “giro derechista”:<sup>51</sup> “la tarea histórica de la administración de Ávila Camacho consistió en estabilizar el sistema social y político, resquebrajado por las rápidas reformas cardenistas, eliminar los resabios de radicalismo y conducir al país por la senda del desarrollo industrial, aprovechando la coyuntura económica y política creada por la Segunda Guerra Mundial”.<sup>52</sup> Giro continuado por el gobierno de Miguel Alemán (1946-1952), como lo sostiene Lorenzo Meyer:

---

<sup>48</sup> Meyer, *op. cit.*, p. 242.

<sup>49</sup> Aunque es necesario señalar que la idea de un Estado regulador de la economía no constituyó una política exclusiva de los países del bloque socialista. La política aplicada por F. D. Roosevelt, por ejemplo, denominada el “Nuevo Trato” consistió fundamentalmente en practicar una estrategia de intervención directa del Estado, tanto para regular las relaciones económicas como para ayudar a la población afectada por la crisis y las posteriores depresiones que asolaran a los Estados Unidos hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Las relaciones del Estado mexicano con estas concepciones se tornarían más ambiguas después de 1940, cuando comenzaría a utilizar en su lenguaje términos como el de “economía mixta”.

<sup>50</sup> Frank Brandenburg establece en *The Making of Modern Mexico*, Nueva Jersey, Prentice Hall, 1964, pp. 7 y 8, que el credo revolucionario consiste en: “1) mexicanismo (en realidad debería entenderse nacionalismo), 2) constitucionalismos, 3) justicia social, 4) liberalismo político, 5) tolerancia racial 6) tolerancia religiosa, 7) libertad intelectual y educación pública, 8) crecimiento económico, 9) integración económica, 10) propiedad de iniciativa privada y pública, 11) defensa de los derechos laborales, 12) estabilidad financiera, 13) liderazgo mundial compartido (por lo que se refiere a los países de habla hispana), 14) prestigio internacional”. Citado por Octavio Rodríguez Araujo, *op. cit.*, p. 137.

<sup>51</sup> De la Garza Toledo sostiene que a partir de 1940 el desarrollo social y redistributivo encontró su límite en el atraso económico del país. De esta forma, el autoritarismo –entendido como el control coactivo institucional y jurídico– habría sido impuesto por la necesidad de acelerar la acumulación capitalista, en el marco de gobiernos sin capacidad para ser consecuentes con las demandas sociales, incluso de los sectores institucionalizados. Por nuestra parte, pensamos que esto dependió más de la elección en la estrategia de acumulación y las presiones de ciertos grupos de la burguesía que de la capacidad del Estado para que el crecimiento fuera compatible con la redistribución social, como ya lo había demostrado el régimen de Cárdenas. Véase De la Garza Toledo, *op. cit.*, p. 29.

<sup>52</sup> Meyer, *op. cit.*, p. 228.

La tónica de la administración de Alemán fue la de acelerar de manera espectacular el proceso de industrialización apoyando incondicionalmente la acción de la gran empresa privada. Al concluir su periodo de 1952, la herencia cardenista había quedado definitivamente desprovista de todos los elementos que obstaculizaban la rápida capitalización del país a través de una vía capitalista más o menos ortodoxa. [...] La otra consecuencia del progreso económico alemanista fue acentuar la desigual distribución del ingreso con la baja del poder adquisitivo de los grupos populares.<sup>53</sup>

De esta manera quedaron en el olvido tanto el lenguaje populista como los propósitos de justicia social del periodo cardenista.<sup>54</sup> Si el sistema mexicano se encaminaba fundamentalmente hacia el desarrollo y la estabilidad del capital, en cambio, el descuido del bienestar social sería una de las causas de las protestas generalizadas en 1958, así como del resurgimiento del PCM que se alejó, en ese momento, de su política de apoyo gubernamental. ¿Cuál era la posición de la izquierda durante este lapso con respecto a la ideología nacionalista del Estado?

La concepción del partido acerca de la sociedad mexicana se caracterizó por una inalterabilidad desde finales de los años treinta hasta el momento del XII Congreso en 1954. Fue

---

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 228.

<sup>54</sup> Esto no quiere decir que deba analizarse a los sexenios posteriores a 1940 como una ruptura con el régimen de Lázaro Cárdenas. Es más coherente verlo como dos etapas del desarrollo capitalista. En la primera, Cárdenas habría movilizó a las masas para establecer las condiciones de independencia relativa favorables a la expansión de la burguesía nacional. Es en este sentido que pueden entrelazarse las medidas como la expropiación petrolera. En la segunda, se habrían utilizado las organizaciones y la política reformista establecidas antes de 1940 para fomentar el desarrollo del capital.

Lo cierto es que la coyuntura internacional, el nacionalismo y el crecimiento económico facilitaron a Cárdenas establecer los mecanismos de control sobre las masas que serían utilizados por los siguientes presidentes para obtener la estabilidad adecuada para la expansión de la burguesía nacional.

El giro “derechista” expresa una inversión en los términos desarrollo-reformas, favorable para el primero y en detrimento del segundo, causado más por el cambio de circunstancias y las modalidades de los proyectos que por los objetivos –el proceso de acumulación industrial– y por los medios –los mecanismos de control. En este sentido Arnaldo Córdova afirma: “Por su parte, muchos estudiosos mexicanos, sobre todo de orientación política cardenista, sostienen la tesis de que entre Cárdenas y sus sucesores se da una verdadera ruptura. Sin embargo, si se reconoce que en diferente medida e intensidad los presidentes posteriores a Cárdenas continuaron llevando adelante las reformas sociales, es difícil demostrar que tal ruptura haya sido de fondo. En realidad, todo parece indicar que tanto Cárdenas como los demás presidentes de México quedan englobados dentro del mismo propósito nacional de desarrollo”. Córdova, *op. cit.*, pp. 65-66.

Sin embargo, aunque desde el punto de vista del capital haya existido más una continuidad que ruptura entre los gobiernos posteriores a 1940, es necesario reconocer que la inversión de los términos descrita más arriba derivó en un deterioro del poder adquisitivo del salario. Por eso la tendencia a subordinar las reformas al proceso de acumulación –característica del “giro de derecha”– no debe subestimarse si queremos entender

una visión proveniente de la década de los treinta y cuarenta. Definía al país como una sociedad semicolonial y feudal. Por tanto, se creía que la burguesía estaba frente al peligro de capitular ante las fuerzas feudales o el imperialismo.<sup>55</sup> De esta forma, se trataba de colaborar con la burguesía nacional y el Estado burgués porque la sociedad no había desarrollado todavía las fuerzas productivas suficientes para, por una parte, lograr su independencia con respecto al imperialismo y, por otra, llevar a cabo la revolución socialista. Por tanto, esta última fue relegada como un objetivo posterior. Las metas inmediatas del PCM convergían plenamente con las del Estado: conseguir una independencia nacional para emanciparse del imperialismo, así como obtener un crecimiento económico, requisito para lograr la madurez suficiente de la autonomía y condición indispensable para alcanzar el socialismo. Bajo la influencia de la Internacional Comunista, esta idea se consolidó desde el Congreso extraordinario del PCM efectuado en 1940 y fue sistematizada teóricamente por Lombardo Toledano en la Mesa Redonda de los Marxistas llevada a cabo en 1947.<sup>56</sup> Allí se planteó la idea del necesario desarrollo del capitalismo para

---

dos cuestiones fundamentales como lo son el estallido social de 1958 y el clima anticomunista y antidemocrático que limitó la actuación de los partidos de izquierda.

<sup>55</sup> En cuanto al imperialismo, el partido sostenía: “Para obtener los máximos beneficios, el gran capital financiero monopolista de los Estados Unidos explota y saquea a nuestro país, transformándolo en su vasto campo de inversiones, acentuando su carácter de país semi-colonial y dependiente y agudizando la miseria y la pobreza de nuestro pueblo”. En referencia al carácter semi-feudal se decía: “El imperialismo yanqui y la reacción nacional se esfuerzan para que esta situación se siga manteniendo, ya que los restos del latifundismo y los remanentes semi-feudales se constituyen en bases de apoyo a sus fines reaccionarios de explotación y opresión”. *Material de discusión para el XII Congreso Nacional del Partido Comunista*, septiembre de 1954, pp. 5 y 13. Centro de Estudios para el Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS), Caja 26, Fondo 10.

<sup>56</sup> Fundador de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), Vicente Lombardo Toledano era uno de los personajes más influyentes en la izquierda por su trayectoria política, su capacidad teórica y su prestigio internacional. Su posición programática coincidía plenamente con la política del Partido Comunista Mexicano (PCM). El partido apoyó su candidatura presidencial en 1952 y mantuvo relaciones con el Partido Popular (PP), fundado por Lombardo en 1948, hasta 1959, momento en el que este último se separó de las posiciones de la izquierda “radical” y apoyó plenamente las medidas represivas del gobierno. Sobre el programa del PP y su similitud con el del PCM, Barry Carr señala: “Ninguno de esos objetivos difería de los del PCM. Esto no resultaba sorprendente ya que la idea de Lombardo tenía por base los conceptos de Frente Popular y de Unidad Nacional desarrollados por la Comintern desde mediados de los treinta”. Carr, *op. cit.*, p. 203.

pasar, sólo después, hacia un régimen socialista más evolucionado.<sup>57</sup> Sostenía, “la burguesía internacional representa un peligro creciente para el futuro de la nación. Es hora de limar nuestras diferencias y la lucha de clases para no poner en peligro ese futuro”.<sup>58</sup>

Se trató de convencer al proletariado para que se solidarizara con el desarrollo capitalista y democrático patrocinado por la revolución.<sup>59</sup> El apoyo a la burguesía nacional y al Estado se originaba en el ideario de la Revolución Mexicana que sintetizaba las aspiraciones del partido. Cuando menos hasta 1960, éste se definió en torno a ella. En cierta forma se identificaba con la “familia revolucionaria” en los niveles de su ideología y de parte de su práctica política.

La política de unidad con el Estado, elaborada en los años cuarenta a partir de la concepción estalinista de la necesaria constitución de un frente amplio y popular, así como un poco después, por la perspectiva soviética de una coexistencia pacífica entre los dos sistemas, se consolidó en el Congreso extraordinario de 1940. Ahí se ratificó el propósito de llevar a la práctica tres objetivos sugeridos por la Internacional Comunista: impulsar las relaciones con la Confederación de Trabajadores de México (CTM); transformar al Partido Revolucionario Mexicano (PRM) en un “frente popular y democrático”, así como expulsar a aquellos que se oponían a la línea del partido (como lo fueron en efecto expulsados Hernán Laborde y Valentín Campa por oponerse al asesinato de Trotsky!).<sup>60</sup> En la mesa redonda de 1947 Lombardo ratificaba la siguiente posición: la vía revolucionaria es la coalición de las fuerzas sociales junto con el gobierno. La colaboración con las corporaciones y la unidad nacional eran indispensables para

---

<sup>57</sup> Se trata de la *Mesa redonda sobre objetivos y tácticas del proletariado y del sector revolucionario de México en la actual etapa de la evolución histórica del país*, celebrada los días 13, 16, 17, 18, 20, 21 y 22 de enero de 1947. Citado por G. Unzueta, *op. cit.*, pp. 223 y 224.

<sup>58</sup> *Siempre!*, enero de 1957. Citado por Semo, *op. cit.*, p. 28.

<sup>59</sup> Unzueta, *op. cit.*, p. 201.

no sucumbir ante el imperialismo. Sin embargo, el “giro de derecha” de los gobiernos de Manuel Ávila Camacho, Miguel Alemán Valdés y Adolfo Ruiz Cortines se caracterizó por el fomento del crecimiento industrial, por un claro retroceso en las reformas sociales y la política redistributiva, así como por un creciente clima anticomunista.<sup>61</sup> Ante este cambio, el Congreso extraordinario planteó desde 1940 que la Revolución Mexicana “se encuentra en una encrucijada”.<sup>62</sup> Ya en el X Congreso del PCM en 1947 se decía que “la encrucijada ha ido desenvolviéndose por la vía reaccionaria”.<sup>63</sup> Y en 1954, en el XII Congreso, se insistía en que las masas debían hacer posible que la Revolución Mexicana presentara su verdadero sentido y su verdadero carácter como “revolución democrático burguesa de nuevo tipo, que luche resueltamente contra el imperialismo y por la liberación nacional de México”.<sup>64</sup> Por lo tanto, no era cuestionado el sistema o la ideología de la Revolución Mexicana como tampoco el carácter progresista de la burguesía nacional. En esta etapa, se inició una crítica a los gobiernos, aunque no al Estado y a la burguesía. En el XI Congreso de 1950 se consideró que el gobierno de Alemán ya no era representativo de la burguesía progresista y que “se adentra cada vez más por el camino reaccionario”.<sup>65</sup> El partido abandonó, por tanto, su táctica de unidad nacional, pero la sustituyó por el establecimiento de un Frente Nacional Democrático y Antiimperialista. En el XII Congreso se volvería a insistir, aunque

---

<sup>60</sup> *Ibid.*, pp. 190-195.

<sup>61</sup> Meyer menciona: “[...] pero las políticas de Ruiz Cortines continuaron insistiendo en el desarrollo industrial a través de la protección arancelaria al empresario privado sin modificar los mecanismos de distribución del ingreso, excepto por un cierto control de precios sobre los artículos de consumo popular”. Meyer, *op. cit.*, p. 228.

<sup>62</sup> *!Fuera el imperialismo y sus agentes!*, p.64. Citado por Unzueta, *op. cit.*, p. 198.

<sup>63</sup> PCM, *La lucha interna en el Partido durante los años de 1939 a 1948. Características principales. Informe al Pleno de mayo del Comité Central sobre el segundo punto del orden del día*, 1957, p. 67. CEMOS, Caja 28, Fondo 14.

<sup>64</sup> *Material de discusión ...*, *op. cit.*, p. 4.

<sup>65</sup> Comisión nacional de educación del PCM, *Guión desarrollado para el tema sobre el partido*, 15 de noviembre de 1955, p. 18. CEMOS, Caja 27, Fondo 13.

de manera ambigua, sobre el carácter conservador del gobierno de Ruiz Cortines. Se hablaba del peligro que siguiera un “camino reaccionario y antipopular”.<sup>66</sup>

Esta concepción que aceptaba “el potencial progresista de la revolución” tuvo consecuencias desastrosas.<sup>67</sup> Por una parte, el PCM fomentó, cuando menos hasta 1949-1950 de forma clara, una política de coalición con el Estado que proponía a los trabajadores afiliarse con la CTM y al partido oficial.<sup>68</sup> Aun reconociendo la encrucijada que caracterizaba al Estado desde 1940, la organización continuó con el objetivo de establecer una política de alianzas con la burguesía nacional dentro de un frente progresista y bajo los preceptos de la Revolución Mexicana. Estos últimos tendrían que ser resguardados por la clase obrera, de tal forma que presionara al Estado para que no se desviara o traicionara el ideario que lo había visto nacer. Aun después de la autocrítica efectuada en 1956, la dirección del partido seguía proponiendo en forma ambigua la unidad nacional contra el imperialismo y se cuestionaba de esta forma si eran la vanguardia del proletariado.<sup>69</sup> Esto se explica porque las tensiones de los trabajadores con la burguesía o el Estado se posponían en pro de alcanzar los objetivos de desarrollo económico, la democracia y la liberación nacional. Incluso durante 1957, en pleno movimiento ferrocarrilero, la dirección del partido calificaba de provocadores y agentes del imperialismo a los obreros en

---

<sup>66</sup> *Material de discusión ...*, *op. cit.*, p. 15.

<sup>67</sup> Carr, *op. cit.*, p. 201.

<sup>68</sup> Debe entenderse que esta fue la propuesta oficial de la dirección. Sin embargo, muchos militantes se apartaron de esta postura en la práctica aunque siguieron conservando vínculos con la organización. Por otro lado, el apoyo a la política oficial no implicaba la aceptación del PCM por parte del Estado. Éste llegó a reprimir a la organización con más frecuencia en la medida en que se incrementaron los movimientos sociales y aumentó el clima anticomunista. La relación fue tensionándose a partir del giro de derecha tomado por los regímenes después de 1940.

<sup>69</sup> La respuesta de la Comisión Política al preguntarse, “¿Es el PCM la vanguardia del proletariado mexicano?”, fue: “El PCM, siendo la vanguardia revolucionaria de la clase obrera de México, todavía juega muy débilmente ese papel de vanguardia”. En Dionisio Encina, *Sobre la situación política actual y las tareas de los comunistas mexicanos*, México, Fondo de Cultura Popular, 1957, pp. 79-80. Citado por Carr, *op. cit.*, p. 214.

lucha. La teleología dogmática de un marxismo nacionalista basado en los recetarios soviéticos, como *Dos tácticas de la social democracia en la revolución democrática* de Lenin<sup>70</sup> y *Fundamentos del leninismo* de Stalin,<sup>71</sup> coartó toda opción crítica y de autodefensa de la clase trabajadora, todo intento de democracia y autonomía.

Por otra parte, los dirigentes del PCM no advertían el grado de desarrollo de la sociedad mexicana y la caracterizaban como semifeudal, semicolonial o industrial dependiente.<sup>72</sup> ¿Acaso

---

<sup>70</sup> Es necesario recordar que esta obra fue elaborada a raíz de la insurrección de 1905, cuando Lenin defendía las ideas del partido socialdemócrata, en el sentido de apoyar un gobierno provisional revolucionario antizarista que garantizara la instauración de la república burguesa. Tal posición era justificada por el insuficiente grado de desarrollo del capitalismo en Rusia. Lenin condicionaba la lucha en esta etapa a formar parte de un proceso hacia el socialismo en el cual deberían emplearse medidas jacobinas para extender los derechos democráticos a los trabajadores. En 1917, el líder ruso cambiaría su análisis y vería ya la posibilidad de llevar a cabo una revolución socialista a partir del análisis de las condiciones extraordinarias que rodeaban a Rusia en los ámbitos externo e interno. V. I. Lenin, “Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática”, en *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1969, pp. 45-147.

<sup>71</sup> La obra, escrita en 1924, es una síntesis de las principales tesis leninistas. El problema radica en cómo estos manuales fueron utilizados por los partidos comunistas latinoamericanos para una labor de adoctrinamiento, sobre todo a partir del ascenso de Stalin al poder. José Stalin, *Los fundamentos del leninismo*, Pekín, Ediciones de Lenguas Extranjeras, 1975, pp. 1-129.

<sup>72</sup> No resulta extraño que el término “dependiente” fuera utilizado antes de la aparición de las teorías sobre la dependencia y el subdesarrollo difundidas en los años sesenta, las cuales pretendían explicar las condiciones de atraso de los países latinoamericanos mediante el análisis de su especificidad histórica.

Tales teorías fueron elaboradas en forma institucional, con cambios sucesivos importantes, por el economista Raúl Prebisch entre finales de la década de 1940 y principios de los años sesenta. Al mando de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) este investigador trató de formular una estrategia para el desarrollo de estos países que diera cuenta tanto de la creciente internacionalización de la economía como del declive del modelo basado en las exportaciones acaecidos después de la Segunda Guerra Mundial. Su proposición, el modelo de sustitución de importaciones adoptado por la mayoría de los estados latinoamericanos, pretendía fortalecer la autonomía económica de estos países mediante medidas proteccionistas arancelarias, el aumento del mercado interno y la intensificación de la industria nacional.

Menos estudiada ha sido la filiación del modelo de la dependencia con la teoría sobre el imperialismo y la concepción de la III Internacional sobre el colonialismo, difundidas por los partidos comunistas de todo el orbe. La primera sostenía que el capital de los países más industrializados necesitaba del resto de las naciones menos desarrolladas como mercados alternativos que pudieran evitar las eventuales crisis de superproducción provocadas por la saturación de los mercados nacionales. Las teorías de izquierda también consideraban que estos países podrían proporcionar, dentro de una desigual división internacional del trabajo y de la producción, materias primas baratas y necesarias para los grandes emporios industriales. Otra explicación aducía que estas naciones podían compensar la tendencia señalada por Marx hacia la baja en la cuota general de ganancia, producida por el incremento del “capital constante” (medios de producción), gracias a que en ellos se encontraban salarios bajos (capital variable).

La segunda –conformadas por las doctrinas internacionalistas de la Unión Soviética– asumía la tesis del

ignoraban el crecimiento sostenido y espectacular efectuado desde la Segunda Guerra Mundial que había transformado a la nación en una colectividad inmersa en pleno proceso de industrialización? ¿Desconocían la preponderancia del capital nacional sobre el extranjero tanto en el crecimiento como en la inversión?<sup>73</sup> Parecía que se encontraban atrapados en una visión inmóvil del pasado, tal vez fomentada por los grandes contrastes del país. Sin embargo, en los años cincuenta el partido no era el único que compartía este análisis de la sociedad.<sup>74</sup> En todo caso, esta doble concepción –tanto la necesidad de la liberación nacional como de la industrialización para salir del “atraso”– distorsionó por completo, ante los ojos del PCM, la capacidad creadora y crítica de los sectores laborales.

---

colonialismo fundamentada en la experiencia del dominio del capital extranjero ejercido sobre Rusia antes de 1917 y de las teorías sobre el imperialismo de Lenin basadas en estas condiciones históricas, en sus observaciones sobre el desarrollo del capital internacional –en particular el fenómeno de los monopolios y el significado de la guerra– así como a partir de su lectura del libro de J. A. Hobson, *Estudio del imperialismo*. El concepto de colonialismo –el dominio económico acompañado a veces del político y a veces de la coacción militar– se derivó entonces de esta teoría e implicaba la subordinación material de los países menos desarrollados a los designios de los grandes imperios económico-financieros.

El término de dependencia fue utilizado por los partidos comunistas en este último sentido. Podemos aseverar que éste no sólo precedió sino también proporcionó parte importante del marco teórico general para la formulación de las teorías de la dependencia difundidas en la siguiente década y elaboradas, en buena medida, por diversos científicos sociales con filiaciones de izquierda.

Puede consultarse a Jaime Osorio, “Actualidad de la reflexión sobre el subdesarrollo y la dependencia: una visión crítica”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coordinadores), *La teoría social latinoamericana, cuestiones contemporáneas, tomo IV*, México, UNAM-El Caballito, 1996, pp. 25-46. Sobre los cambios efectuados en esta concepción acerca del partido pueden verse los documentos: *Material de discusión ..., op. cit.*, pp. 1-5. PCM, *XIII Congreso: Resolución general. Encausar a la nación por el camino democrático e independiente. Comunicado de la Comisión Política acerca del XIII Congreso*, México, Ediciones del Comité del Distrito Federal del PCM, 1960, AGRB.

<sup>73</sup> Así lo expresa Lorenzo Meyer: “En las primeras décadas del siglo la acumulación interna de capital apenas cubría el 50% del total; pero la situación cambió dramáticamente a partir de la expropiación petrolera y el capital externo quedó en un segundo plano. De 1940 a 1970 únicamente entre 5 y 8% de la inversión total efectuada en el país fue hecha directamente por consorcios extranjeros: en principio la responsabilidad del desarrollo recayó, pues, sobre los hombres de la élite política y la iniciativa privada nacional”. Meyer, *op. cit.*, p. 207.

<sup>74</sup> Lorenzo Meyer señala cómo 2 estudiosos, por diferentes razonamientos, veían con escepticismo la posibilidad del desarrollo mexicano: “En la década de 1950 era un hecho aceptado internacionalmente que la economía mexicana había entrado ya en un proceso de cambio cualitativo irreversible. Sin embargo, a los observadores que vieron los inicios de este cambio no les fue fácil percatarse de ello. Por ejemplo, al final de la guerra mundial Frank Tannenbaum consideraba que México no podía aún –ni le convenía– crear una industria propia. Sanford Mosk, al examinar en esta misma época el incipiente proceso de industrialización, concluyó que éste era en buena medida un fenómeno puramente ocasional y que en el futuro no se mantendría el mismo

El proceso de renovación iniciado en 1956, a partir de la crítica en el escrito oficial titulado, *Sobre la situación actual y las tareas de los comunistas mexicanos*, elaborado por la Comisión Política del Partido Comunista Mexicano, proponía ya un cambio importante tanto en la caracterización de la sociedad, como de la burguesía y la revolución.<sup>75</sup> La concepción de una colectividad semifeudal y semicolonial era puesta de lado para reconocer que en las últimas dos décadas las transformaciones del país habían fortalecido a la burguesía nacional en detrimento del capital extranjero. Se aceptó que las “ilusiones” de la burguesía habían encaminado al PCM hacia una política claudicante de conciliación. Por último, se propuso la discusión para aclarar las características de la revolución. Esto resultó de vital importancia ya que se iniciaba un desplazamiento teórico del cuestionario: del enfoque de la nación contra el imperialismo a la perspectiva de la conciencia obrera en contra de la ideología burguesa. Se abría la puerta para recuperar una de las esencias del comunismo: la teoría de la lucha de clases.

Sin embargo, estos cuestionamientos no fueron respetados por la dirección y las bases tardaron mucho en reformular aquellas categorías que habían acompañado al partido durante un largo trecho en el camino. No existieron, hasta después del XIII Congreso (1960), elementos para abandonar la clasificación que separaba a la burguesía nacional de la imperialista como el elemento clave para fijar la táctica del partido. Hasta la segunda asamblea plenaria del Comité Central (1960) –bajo la presión de la oposición formada en torno a Guillermo Rousset y Mario Rivera– se planteó que el gobierno estaba coludido con el imperialismo. Como lo sostenía Revueltas con justeza, eran obsoletas las divisiones entre la burguesía para definir la política

---

ritmo de crecimiento”. *Ibid.*, pp. 205-206.

<sup>75</sup> PCM, *Sobre la situación política actual y las tareas de los comunistas mexicanos. Informe de la Comisión Política al pleno de CC del PCM, celebrado el primero de diciembre*, México, Fondo de Cultura Popular, 4 de

concreta del Estado, el cual, de todas formas, representaba los intereses de la burguesía en general y dejaba en última instancia los de los trabajadores.<sup>76</sup> En cambio, propuso diferenciar, después de su expulsión en 1960, una burguesía nacional de la industrial. La primera se habría encargado de elaborar y dominar el proceso ideológico a partir de 1917, mientras que la segunda se habría situado al margen y en oposición al gobierno.<sup>77</sup> En todo caso ya desde 1959, el partido caracterizaba al gobierno de López Mateos como gran burgués.<sup>78</sup>

Por lo tanto, en 1956, cuando el partido emprendió la cruzada para llevar a cabo una discusión a fondo sobre estos problemas, no sólo pretendía renovarse y saldar cuentas con los viejos vicios del pasado. Estaba luchando en contra de todo un sistema social de control institucional e ideológico que durante varios años lo había cercado, manteniéndolo casi al borde del colapso. La empresa resultaba gigantesca si tomamos en cuenta que implicaba, necesariamente, un cambio en la mentalidad de los militantes, acostumbrados a funcionar mediante un sistema que reproducía en su interior el autoritarismo emanado por todos los poros de la sociedad. El partido requería redefinir sus vínculos con el exterior al mismo tiempo que le era indispensable transformar sus procedimientos internos para recuperar su significado de “vanguardia”.

---

diciembre de 1956.

<sup>76</sup> Al margen de la imagen progresista proporcionada por la ideología nacionalista, Revueltas sostenía la necesidad de fomentar un movimiento proletario independiente del Estado representante de la clase burguesa porque la clase obrera “no debe hipotecar su independencia ni caminar a remolque de otros intereses que no sean los suyos”. José Revueltas, “Autocrítica del movimiento comunista en su conjunto y abierta discusión ideológica entre comunistas”, en *Escritos políticos II, Obras completas, vol. 13*, México, Ediciones Era, 1984, p. 175.

<sup>77</sup> Con este análisis, Revueltas trataba de diferenciar los distintos procesos históricos, el económico y el político, de dominación de la burguesía.

<sup>78</sup> Comisión organizadora del XIII Congreso, “Proyecto de plataforma política del Partido Comunista Mexicano”, en *Boletín de Discusión*, núm. 2, 15 de noviembre de 1959, pp. 5 a7. AGRB.

Ciertamente, a pesar de este panorama adverso, convergieron en el despliegue de la oposición interna una serie de fuerzas que la robustecieron lo suficiente como para lograr su legitimación en el XIII Congreso.<sup>79</sup> Desde luego, el aspecto más visible ha sido para muchos analistas la influencia de la crítica al estalinismo, consolidada a partir del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) celebrado en 1956. Tanto la dirección como la oposición fueron sensibles a esta coyuntura por diferentes razones. Para la primera, implicaba un cambio en la autoridad que sancionaba su poder. Aspecto no despreciable, si tomamos en cuenta que su permanencia y su práctica –manifestada por lo general mediante la aplicación de la expulsión– obtuvieron cierta legitimidad tan sólo porque eran ratificadas, y en algunos casos fomentadas, por el centro de mando internacional. Para la oposición significó la confirmación de sus críticas, muchas de ellas ya añejas, así como la posibilidad de ejercer cierta presión “extraordinaria” dentro de la coyuntura.

La política de reconocer los cambios resultó ser el recurso de la dirección para conservar su autoridad. Ensayó una vieja estrategia que había demostrado en el pasado su plena eficacia. Consistía en aparentar un cambio para que todo permaneciera igual. Pero, proponerse encabezar el movimiento crítico para legitimarse era ya una opción tardía en 1956. Las nuevas generaciones opositoras representaban, por una parte, viejas tensiones acumuladas durante largos años y, por otra, el cambio que defendían significaba la alteración, en cierta forma, de los fundamentos del poder burocrático. A pesar de esto, la dirección intentó modificar sólo la forma para procurar conservar la esencia de su poder. Así lo parece indicar la persistencia de la Comisión Política por

---

<sup>79</sup> En los 2 últimos capítulos explicamos cómo, en realidad, no fue toda la oposición, sino una parte de ella, la que logró llegar al poder. Mientras, el resto fue eliminado antes y después del XIII Congreso.

postergar el XIII Congreso e insistir, ignorando la autocrítica hecha, en las viejas consignas desgastadas.

Con seguridad esta estrategia hubiera sido concretada de no haberse cruzado en el camino el inicio primero, y el estallido después, de los movimientos sociales en la segunda mitad de los años cincuenta. A partir de ellos el proceso de renovación tomó consistencia. Los trabajadores demostraron al partido que la democracia, la independencia y la conciencia política constituían algo más que un proyecto teórico, confinado a los rincones de una secta. La batalla que los obreros realizaron en contra del autoritarismo del Estado mexicano resultó ser el ejemplo y el argumento para combatir el autoritarismo dentro de la organización, para cuestionar la calidad revolucionaria del partido, así como su carácter de pretendida vanguardia.

## CAPÍTULO II: LOS MOVIMIENTOS SOCIALES DE LA DÉCADA DE LOS CINCUENTA Y EL PARTIDO COMUNISTA MEXICANO.

### *Presentación.*

El estallido y la generalización de los movimientos sociales en 1958 cuestionaron la imagen benefactora del Estado mexicano y, al mismo tiempo, constituyeron una pieza insustituible en el proceso de transformación del Partido Comunista Mexicano (PCM). Recuperaron los intentos de autonomía y democracia obrera que fueron apagados por el corporativismo y las medidas gubernamentales coercitivas de los sexenios anteriores.<sup>80</sup> Es necesario valorar la derrota de estas

---

<sup>80</sup> De la Garza Toledo sostiene que el Estado confrontó el dilema de satisfacer las necesidades sociales mediante una política social o aplicar el autoritarismo coercitivo para favorecer la acumulación de capital. Lo último sucedió entre 1940-1960 porque el crecimiento se fundamentó en la baja del salario real, mientras que después de esta fecha se da, para el autor, el inicio del sistema de producción basado en la exacción de la plusvalía en forma relativa y, por tanto, la capacidad de fomentar un desarrollo compatible con un alza de los salarios. Enrique de la Garza Toledo, *Ascenso y crisis del Estado social autoritario*, México, El Colegio de

huelgas –particularmente la de los trabajadores ferrocarrileros– como un fracaso parcial, ya que en el largo y mediano plazo la presión que ejercieron sobre el Estado y la sociedad contribuyó al proceso real de democratización.<sup>81</sup> Al terminar la injustificada represión, el gobierno sería inducido a llevar en la práctica una serie de programas sociales, como la reforma electoral de 1963<sup>82</sup> y otras más inmediatas, las cuáles correspondían en buena parte a las demandas y reclamaciones de los grupos en protesta.<sup>83</sup> No por casualidad, las crueles e inconstitucionales medidas que desembocaron en el despido y el encarcelamiento de centenares de trabajadores constituyeron un precedente que contribuyó al aumento generalizado del abstencionismo en la siguiente década.<sup>84</sup> Por tanto, esto generó –junto con otros factores– una pérdida de legitimidad<sup>85</sup>

---

México, 1988, pp. 29-31.

<sup>81</sup> Estas luchas participaban de la tendencia hacia las demandas críticas y antiautoritarias que el sector de los servicios, la clase media y los estudiantes reivindicaron en los años sesenta.

<sup>82</sup> Juan Molinar destaca: “Respecto a la periodicidad del reformismo electoral mexicano, es posible distinguir dos etapas entre 1946 y 1973: en la primera, las reformas legales introducidas hasta antes de 1963 perseguían fundamentalmente el objetivo de asegurar las victorias electorales del Partido Revolucionario Institucional y desalentar la faccionalización debilitadora de la élite gobernante; en la segunda, las reformas introducidas entre 1963 y 1973 buscaban básicamente relegitimar un sistema electoral que enfrentaba problemas de credibilidad ante los electores y de aceptación entre los opositores principales”. Juan Molinar Horcasitas, “Vicisitudes de una reforma electoral”, en *La vida mexicana en crisis*, México, El Colegio de México, 1987, p. 27.

<sup>83</sup> Semo describe: “El desmantelamiento de la democracia sindical fue el fiador de Adolfo López Mateos. Después de sembrar la ‘paz indivisible’ y obtener créditos considerables, el gobierno se dedicó a las reformas: aumentó los salarios a ferrocarrileros, electricistas, maestros, petroleros; extendió el sistema de educación primaria, creó la comisión nacional de los libros de texto gratuitos, la antigua dirección de pensiones fue transformada en el ISSSTE, se nacionalizó la industria eléctrica, se integró la comisión nacional de salarios mínimos [...]. Todo en menos de un año: indudablemente, en las ciudades, el gobierno reconquistó una gran parte de su base social”. Ilán Semo, “El ocaso de los mitos”, Enrique Semo (coordinador), *México, un pueblo en la historia*, tomo 6, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990, pp. 65-66.

<sup>84</sup> Middlebrook apunta: “Pero entre 1961 y 1976 el porcentaje de votantes registrados que no votaron en las elecciones presidenciales y parlamentarias ascendió constantemente desde el 31,7% a por lo menos el 38%”. Kervin J. Middlebrook, “La liberalización política en un régimen autoritario: el caso de México”, en Guillermo O’Donnell, Phillippe C. Schmitter, Laurence Whitehead (comps.), *Transiciones de un gobierno autoritario*, 2, *América Latina*, Argentina, Paidós, 1988, p. 195.

<sup>85</sup> El que esta pérdida de legitimidad no se haya manifestado a través de movimientos de los obreros – controlados en parte gracias al aumento del nivel de vida durante los años sesenta– no quiere decir que una

que el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el gobierno ya no pudieron recuperar empleando los viejos mecanismos de la movilización, del corporativismo o de la coacción: “[...] la creciente apatía ciudadana con respecto al proceso electoral fue vista como una amenaza significativa a la viabilidad del sistema de partidos dominados por el PRI”.<sup>86</sup> Es necesario situar los estallidos sociales de 1958-59, si no queremos caer en una interpretación elitista o inmediatista, como parte de la tendencia que contribuiría al proceso de la liberalización democrática que dio como resultado la reforma de 1977.<sup>87</sup>

La agitación de 1957-1958 fue causada en lo fundamental por el deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores, propiciado tanto por el “giro de derecha” de los regímenes posteriores a Cárdenas, como por dos crisis –una nacional y otra mundial– que cerraron sus efectos hasta después de terminado el episodio de los trabajadores ferroviarios. Nos enfrentamos a una coyuntura especial. El espacio que va de 1955 a 1960 se sitúa entre dos momentos de crecimiento económico y antecede el despliegue del famoso “desarrollo estabilizador” que caracterizaría a la siguiente década.<sup>88</sup> El deterioro de la situación económica

---

gran parte de la sociedad no se haya desilusionado del Estado a partir de la terrible represión a los ferrocarrileros. Éste, junto con otros factores, sería uno de los responsables del deterioro de la imagen del poder público.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 195.

<sup>87</sup> Como lo plantea Middlebrook: “La reforma política de 1977 procuró revitalizar el proceso electoral, revigorar al PRI e invertir la tendencia a una abstención electoral en ascenso, mediante el acrecentamiento de la eficacia de la competición [sic] electoral opositora”. *Ibid.*, pp. 195-196. Es claro que a este importante antecedente deben agregarse otros procesos y acontecimientos como el ascenso de la clase media, el movimiento de 1968 y la decisión estatal de una apertura legal para ampliar la liberalización democrática, los cuales todavía están por concretarse.

<sup>88</sup> Desarrollo que se caracterizaría en la década de los sesenta por el crecimiento sostenido, la expansión industrial de manufacturas, de bienes de capital y de artículos duraderos, así como por el ensanchamiento de sector terciario, de la clase media y del nivel de consumo masivo. También se definiría por la aplicación de reformas sociales generales y específicas. A pesar del creciente distanciamiento entre ricos y pobres causado por los altos niveles de concentración tanto de la riqueza como de la pobreza, la pasividad de la clase obrera en este período se explica por la aplicación de las reformas y el crecimiento que se hicieron patentes en el mejoramiento del nivel de vida. Véase Nora Lustig, “La desigual distribución del ingreso y de la riqueza”, en Rolando Cordera, *La desigualdad en México*, México, Siglo XXI, 1986, p. 291.

resquebrajó uno de los pilares de la estabilidad del sistema mexicano y contribuyó a la aparición generalizada de la insurgencia obrera.

Los trabajadores se lanzaron a las calles por reivindicaciones legítimas de aumento salarial.<sup>89</sup> Empero, esta no fue la particularidad más importante de las protestas. Su especificidad histórica consiste en las demandas de autonomía y democracia obreras que desafiaron al Estado corporativo y a la burocracia sindical. Se generó “la posibilidad, abierta por los movimientos de masas que entonces se desarrollaban, de que el nuevo gobierno redefiniera las formas de control del Estado sobre las bases sindicales”.<sup>90</sup> La represión corroboró, por una parte, el carácter político de las protestas y, por otra, que el gobierno mexicano todavía no estaba interesado en cambiar las bases de su legitimación hacia un sistema más liberal. Su imagen revolucionaria quedaría seriamente afectada, de la misma forma como sucedería diez años después a partir de los tristes sucesos acaecidos en Tlatelolco.

A pesar de la política conciliadora de la dirección,<sup>91</sup> amplios sectores del PCM no abandonaron su apoyo a los movimientos populares. Como lo plantea Semo: “En la década de 1950 el PCM mantuvo una línea política general similar a la del Partido Popular (PP): luchar por la liberación nacional como objetivo central. [...] a diferencia del PP, los comunistas no abandonaron las luchas reivindicatorias de asalariados y campesinos”.<sup>92</sup> La oposición jugó un papel efectivo en los movimientos sindicales a pesar de que los sindicatos contestatarios se

---

<sup>89</sup> Decimos esto a partir del fuerte deterioro del poder adquisitivo que los trabajadores habían padecido a partir de 1940 y del retroceso de las instituciones mediadoras para reclamar sus exigencias a partir de los charrazos y represiones sectoriales llevadas a cabo a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta. Véase Lustig, *op. cit.*, p. 291 y Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México, Ediciones Era, pp. 206-207 y 177 a 182.

<sup>90</sup> Aurora Loyo, “La movilización sindical, factor decisivo en la elección de López Mateos”, en Carlos Martínez Assad (coordinador), *La sucesión presidencial en México 1928-1988*, México, Nueva Imagen, 1992, p. 174.

<sup>91</sup> Carr, *op. cit.*, p. 217.

deslindaron de los partidos considerados de izquierda radical por miedo a la represión fomentada por el clima anticomunista. De esta forma, la tensión en el interior del partido entre la corriente crítica y la dirección también se proyectaría en los vínculos prácticos con los trabajadores. Mientras los cuadros disidentes se solidarizaron con las determinaciones más radicales de los sectores opuestos a las petrificadas estructuras sindicales, dirigentes como Dionisio Encina hacían llamados a la reconciliación y el retorno a las labores.<sup>93</sup> Para los grupos disidentes, miembros del PCM, los movimientos generalizados en 1958 representaron un significado decisivo. La crítica al autoritarismo sindical implicó la posibilidad de separarse de la política de “unidad a toda costa”. La colaboración y el apoyo al radicalismo expresados en muchas de las protestas plantearon la necesidad de recuperar la identidad crítica y revolucionaria del partido, recuestionar su papel de vanguardia e, incluso, su relación con los postulados de la Revolución Mexicana. La expansión de las luchas incrementó el carácter contestatario de la oposición del PCM que veía cómo sus estructuras organizativas resultaban totalmente insuficientes ante las necesidades apremiantes del momento. Se ha dicho que después de la derrota ferrocarrilera, la izquierda quedó resquebrajada en el corto plazo.<sup>94</sup> Esta es una aseveración relativa. En realidad esta acción fue un factor importante para el proceso de renovación que desembocaría en el XIII Congreso del PCM. Siguiendo estas reflexiones previas, quisiera desarrollar primero el aspecto de las crisis que

---

<sup>92</sup> Semo, *op. cit.*, pp. 29-30.

<sup>93</sup> Miembros de la oposición del partido –como por ejemplo la célula Federico Engels– protestaron enérgicamente contra el oportunismo de estas declaraciones de Dionisio Encina. *Vida del partido*, núm. 3, 10 julio 1958, p. 5, en Gerardo Peláez, *Las luchas magisteriales de 1956-1960*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1984, p. 85.

<sup>94</sup> Así lo señala Barry Carr: “Una evaluación a corto plazo de las consecuencias de la insurgencia obrera de 1958-1959 revelaría considerable desorganización: cientos de militantes obreros y de activistas partidarios languidecían en prisión, el número efectivo de miembros del Partido Comunista se había reducido a un par de centenares y los gozosos triunfos del movimiento ferrocarrilero se desvanecían de la memoria en medio de la represión sin precedentes de 1959”. Carr, *op. cit.*, p. 227.

generaron las condiciones de protesta. En segundo lugar, trataré de discernir la relación de estos movimientos con el sistema corporativo mexicano y, por último, me gustaría realizar un balance de sus implicaciones para el PCM.

### *Antecedentes, crisis y coyuntura.*

En el transcurso de los años cuarenta se fomentó particularmente el desarrollo de la industria nacional.<sup>95</sup> El presidente Manuel Ávila Camacho (1940-1946) supo potenciar las medidas cardenistas, como la incorporación del sector obrero al partido oficial, para llevar a cabo una política de unidad nacional en beneficio pleno del capital.<sup>96</sup> Aprovechó la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial para establecer un pacto obrero patronal con el fin de acelerar el proceso de industrialización.<sup>97</sup> Una vez establecidas las bases políticas de la estabilidad, Ávila Camacho aplicó los mecanismos adecuados para la expansión de este sector. Proporcionó un impulso inusitado a la infraestructura del país y ejecutó una serie de medidas proteccionistas. El crecimiento económico nacional fue acompañado, de esta manera, por un aumento del consumo interno.<sup>98</sup> El siguiente presidente, Miguel Alemán (1946-1952), continuó con esta política, aunque con ciertos cambios: de un lado generó cierta apertura a la inversión extranjera y, del otro, incrementó la intervención autoritaria en la vida interna de los sindicatos.<sup>99</sup>

---

<sup>95</sup> Los factores claves en el proceso de acumulación hasta 1960 fueron: el Estado, la producción agropecuaria de exportación y los bajos salarios. De la Garza Toledo, *op. cit.*, p. 69.

<sup>96</sup> Aurora Loyo y Ricardo Pozas H., “La crisis política de 1958”, en *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, núm. 89, julio-septiembre 1977, p. 84.

<sup>97</sup> *Ibid.*, p. 86.

<sup>98</sup> *Ibid.*, p. 87.

<sup>99</sup> *Ibid.*, p. 88.

Bajo la presidencia de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), el gobierno enfrentó ciertas dificultades como la recesión de los Estados Unidos provocada por el final de la guerra de Corea, la cual desembocó en la devaluación, así como tuvo que responder al proceso de transición hacia la producción de bienes de capital.<sup>100</sup> El gasto público continuó siendo un factor importante en la economía (sobre todo en el ámbito de la infraestructura). Para sostenerlo, los presidentes prefirieron recurrir a los préstamos internacionales en lugar de aumentar los impuestos por temor a enfrentar a los sectores empresariales. Esto fortaleció la capacidad de presión del capital internacional, lo cual, aunado a la política de puertas abiertas a la inversión foránea, pronto se reflejó en la inversión privada.<sup>101</sup>

Por otra parte, el increíble desarrollo de la burguesía nacional en la década de los cincuenta logró transformar la relación entre el Estado y el capital, en comparación a la forma en que se había establecido a principios del actual siglo. Esto lo describe muy bien Lorenzo Meyer:

La política económica de los años cincuenta continuó los lineamientos establecidos en la década anterior. La simbiosis que había empezado a surgir entre la élite política y la económica se moderó un tanto y se trató de evitar la repetición de casos escandalosos de corrupción administrativa, pero la participación de la inversión gubernamental dentro del cuadro total disminuyó: el empresario privado ganaba fuerza. Fue evidente entonces que los recursos captados por el Estado a través del fisco eran relativamente bajos, y que en cambio la empresa privada estaba llenando este vacío y aumentando su importancia estratégica.<sup>102</sup>

Pero, en cambio, esto no se reflejaba en el poder adquisitivo del trabajador que en 1955 percibía un salario semanal apenas superior al de 1950, y en 1959 ni siquiera había recuperado

---

<sup>100</sup> *Ibid.*, pp. 88-89.

<sup>101</sup> Los autores señalan: “Así fue que durante los años comprendidos entre 1955 y 1958 las inversiones extranjeras directas se incrementaron en más de cien millones de dólares anuales dirigiéndose, principalmente, a las actividades industriales”. *Ibid.*, p. 90. Esta dependencia económico-financiera con seguridad fue utilizada por los Estados Unidos como un arma para presionar al Estado mexicano con el fin de alinearlos a su política.

<sup>102</sup> Lorenzo Meyer, “La encrucijada”, en *Historia general de México*, vol. IV, México, El Colegio de México, 1976, p. 212.

los niveles de 1940.<sup>103</sup> La tendencia a la baja al salario real fue una constante de este periodo.<sup>104</sup> Sin embargo esto tiene que ser ponderado pues en la década de los años cuarenta otros factores influyeron en la mejora de las condiciones sociales. En primer término, las obras de infraestructura y de salubridad mejoraron las condiciones de vida de amplios sectores de la población.<sup>105</sup> En segundo lugar, se incrementaron las posibilidades de empleo con el despliegue de la actividad urbana, el uso extensivo del trabajo en un momento de poca innovación tecnológica,<sup>106</sup> así como la poca migración del campo a la ciudad.<sup>107</sup> Sin embargo entre 1950 y 1955 ciertos procesos empezaron a ejercer presión sobre el empleo. Por una parte, la desaceleración en el crecimiento fue acompañada por una creciente utilización intensiva y especializada del trabajo. Por otra, la falta de suficiente tierra en el campo, así como el rechazo de los Estados Unidos a la emigración de braseros mexicanos, aceleró la migración a las ciudades y la exigencia de trabajo.<sup>108</sup> ¿Por qué no se produjo un estallido bajo estas condiciones adversas? Ricardo Pozas y Aurora Loyo ofrecen dos respuestas. Por una parte, la migración creó, para estos autores, un nuevo tipo de obrero. Un trabajador con mentalidad rural, acostumbrado a vínculos patriarcales y para el cual su nueva situación significaba, a pesar de todo, una mejoría en comparación con su nivel económico anterior.<sup>109</sup> Por otra, estos autores mencionan a la estratificación y la heterogeneidad

---

<sup>103</sup> Carr, *op. cit.*, p. 206.

<sup>104</sup> Loyo y Horcasitas, *op. cit.*, p. 90.

<sup>105</sup> *Ibid.*, p. 91.

<sup>106</sup> Algunos autores sostienen que el fundamento de la acumulación en el periodo 1940-1960 no fue la productividad sino la reducción del valor de la fuerza de trabajo. De la Garza Toledo, *op. cit.*, p. 88.

<sup>107</sup> Loyo y Horcasitas, *op. cit.*, p. 92.

<sup>108</sup> *Ibid.*, pp. 92-93.

<sup>109</sup> Entre 1940-1955, 48% de los migrantes se incorporaron a la industria. Un tercio de los obreros era de origen campesino. De la Garza Toledo, *op. cit.*, p. 91.

de la clase obrera, así como la no sindicalización de la mayoría de sus componentes como factores que dificultaron la formación de una identidad común.<sup>110</sup>

Dos crisis, una nacional y otra mundial, afectarían todavía más esta situación. Se dio, en primer lugar, un colapso de la producción en el campo vinculada a la inversión de maquinaria y a la política crediticia desfavorable a los minifundistas.<sup>111</sup> En segundo lugar, una crisis internacional que afectaba la balanza de pagos. Las medidas tomadas por el gobierno como la devaluación de 1954 no ejercieron sus efectos ante el poder de las tendencias mundiales.<sup>112</sup> El Estado prefirió entenderse con la banca internacional en lugar de aumentar los impuestos: “La crisis mundial, la más intensa del periodo de posguerra, comenzaba a cobrar sus primeros saldos en la economía nacional”.<sup>113</sup>

El efecto más evidente de esta recesión fue la inflación: “La primera consecuencia de la crisis de la agricultura fue el aumento de los precios de los productos de consumo mínimo de la población urbana. La segunda, evidente, la congelación de salarios y la retracción del gasto público. [...] la crisis de la economía del país de 1957, la más intensa desde el cardenismo

---

<sup>110</sup> Loyo y Horcasitas, *op. cit.*, pp. 94-95.

<sup>111</sup> Así lo señala Semo: “En 1956, la agricultura nacional atravesaba ya por serios problemas y no precisamente de origen externo. Unos, los ‘pequeños propietarios’, preferían invertir en maquinaria e infraestructura (‘los precios de afuera no son tan buenos y los de adentro no gozan de garantía’). Otros, los minifundistas, habían sido despojados en los últimos tres años de un 30% de los créditos usuales. El resultado final fue una sensible baja de la producción total”. Semo, *op. cit.*, pp. 23-24.

<sup>112</sup> Como lo plantea Meyer: “Al terminar la guerra de Corea en 1953 el problema de la balanza de pagos volvió a surgir, pues había una recesión de carácter mundial. Al iniciarse el año de 1954 se tomó la decisión de devaluar el peso una vez más y se fijó la nueva paridad de 12.50 pesos por dólar. Esto resolvió el problema a medias, pues el aumento en el valor total de las exportaciones –que se hicieron más baratas– fue modesto, pasando de 615 millones de dólares en ese año a 709 en 1958; los precios mundiales de las exportaciones mexicanas siguieron bajando más de lo que se había previsto sin que las importaciones disminuyeran. El déficit comercial continuó creciendo y para 1958 se importaron 419 millones de dólares más de lo que se exportó. Al finalizar el gobierno de Ruiz Cortines se empezaron a contratar importantes préstamos en el exterior principalmente con el Banco Mundial y el EXIMBANK para hacer frente al problema”. Meyer, *op. cit.*, p. 213.

<sup>113</sup> Semo, *op. cit.*, p. 22.

[...].<sup>114</sup> La rama más golpeada resultó ser la del sector industrial, en particular el vinculado al sector estatal: “La recesión había cobrado sus primeros saldos en las empresas estatales y las ramas más importantes de la minería. [...] desvanecía las mejoras económicas obtenidas por los asalariados durante el sexenio de Adolfo Ruiz Cortines”.<sup>115</sup> No fue casualidad que la mayoría de los grupos en protesta perteneciera a este sector.<sup>116</sup>

Se incrementó la dependencia del gobierno mexicano con los Estados Unidos, ya que, por una parte, se necesitaban amplios capitales para solucionar el complicado acertijo iniciado desde la devaluación de 1954 y, por otra, el sistema económico transitaba por una real transformación estructural que requería de grandes inversiones: “en los últimos años, el proceso de sustitución de importaciones había llegado a un punto tal que se tornaban imprescindibles cuantiosas inversiones a fin de avanzar en la producción de bienes intermedios y de capital”.<sup>117</sup>

Bajo estas circunstancias, la quinta década del actual siglo resultó ser uno de los periodos más difíciles para la izquierda. La prioridad dada a la industrialización en el gobierno de Ruiz Cortines se complementó con un clima de anticomunismo. Todo movimiento que se saliera del corporativismo era acusado de atentar contra el desarrollo económico de la nación y de ser infiltrado por agentes comunistas. Los partidos se cuidaban de no evidenciar su participación para evitar las acusaciones gubernamentales que calificaban a cualquier protesta como un atentado a la alianza de clases necesaria para conseguir el crecimiento económico. El sacrificio del poder

---

<sup>114</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>115</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>116</sup> Loyo, *op. cit.*, p. 174.

<sup>117</sup> *Ibid.*, pp. 185-186. Esta transformación en el modelo de acumulación no pudo realizarse sin la participación de la tecnología y la inversión extranjeras. Esta última se incrementó particularmente en el lapso que nos interesa –1955-1960– del 35% al 55% en la manufactura (y del 7% al 74% entre 1940-1974). J. L. Reyna, “Estado y Autoritarismo”, en *Nueva Política*, Vol. I, núm. 2, 1976.

adquisitivo del trabajador era visto como algo natural ante el objetivo superior de la expansión industrial. El terrorismo anticomunista empalmó con la actitud de dar prioridad al capital y sirvió como arma ideológica de contención de las demandas de aumento salarial.<sup>118</sup> A partir de esto, podemos, entonces, entender cómo se aceleró esta política en el siguiente sexenio bajo los principios del “desarrollismo”, tal como lo planteaba López Mateos (1958-1964): “en esta época nuestro objetivo económico fundamental es la industrialización”.<sup>119</sup> En la conferencia de Acapulco (enero de 1959) llevada a cabo con el presidente estadounidense Dwight Eisenhower se trató el problema del comunismo en los sindicatos al mismo tiempo que el de los préstamos a México.<sup>120</sup> Con la represión del movimiento ferrocarrilero se aseguró el ambiente favorable para estos créditos así como para la inversión extranjera, aligerando una crisis que había afectado sobre todo a los trabajadores.<sup>121</sup>

El proceso de transformación del sistema económico mexicano, el deterioro del poder adquisitivo enmarcado por la disminución de la política redistributiva, así como la crisis nos permiten entender por qué la gente común más golpeada y con cierta tradición de lucha se lanzó a la huelga para intentar mejorar su nivel de vida. Sin embargo, esto no constituía una novedad para la burguesía y el Estado, el cual estaba acostumbrado a contener los emplazamientos a huelga mediante su papel de árbitro.<sup>122</sup> ¿Qué fue, entonces, lo que originó y generalizó las tensiones entre

---

<sup>118</sup> Carr, *op. cit.*, p. 219.

<sup>119</sup> Semo, *op. cit.*, p. 28.

<sup>120</sup> *Ibid.*, p. 56.

<sup>121</sup> Semo agrega: “Las inversiones internacionales habrían de venir sólo después de la huelga ferrocarrilera”. *Ibid.*, p. 25.

<sup>122</sup> Añade Semo: “En 1954, año de la devaluación, se presentaron 1902 emplazamientos a huelga en las juntas de conciliación y arbitraje; estallaron cuarenta y cinco. Los demás fueron negociados ‘con grandes

los trabajadores y el Estado hasta el punto de aplicar el inusual recurso de la represión?<sup>123</sup>

Provisionalmente, podemos afirmar que los elementos arriba analizados provocaron el descontento social al mismo tiempo que prepararon la postura inflexible a la que llegó el Estado.

Analicemos ahora las características de estos movimientos.

### *Los movimientos y el Estado.*

Era lógico que ante la adversidad económica los trabajadores demandaran aumentos salariales y mejoras en el nivel de vida. Pero lo que motivó una verdadera fricción con el Estado y las empresas fueron las demandas de democracia sindical que afectaban al sistema corporativo mexicano en su versión más acabada: el charrismo.<sup>124</sup> En cada una de las protestas, el punto de conflicto y la causa de las represiones lo constituyeron las exigencias de los trabajadores por terminar con la burocracia corrupta que había asumido la dirigencia de sus organizaciones.<sup>125</sup>

Estas movilizaciones, que llegaron a presentar una dimensión nacional, se convirtieron en “[...] uno de los momentos más álgidos de la política en México después de los años veinte [...]”,<sup>126</sup>

---

desventajas para el sector obrero’, según opinión de uno de los propios funcionarios de la Secretaría del Trabajo”. *Ibid.*, p. 40.

<sup>123</sup> A diferencia de otros regímenes autoritarios, la represión no era una medida frecuente y generalizada en México. Por una parte, el sistema basaba el consenso en el control y el adoctrinamiento nacionalista. En comparación con algunos gobiernos de América del Sur, no limitaba las garantías civiles en la ley o se establecía como un régimen extraordinario. Por otra, el recurso de la represión siempre era localizado y la autoridad se ejercía sobre todo a partir de la función de árbitro de las instituciones. La magnitud y la brutalidad de la represión demostrada en las huelgas ferrocarrileras cuestionaron, en ese sentido, la lógica de la estabilidad del sistema.

<sup>124</sup> Estas son las características que Antonio Alonso expone en su libro referentes al charrismo: “a) Empleo de las fuerzas armadas del poder público para apoyar una dirección sindical; b) uso sistemático de la violencia; c) violación permanente de los derechos sindicales de los trabajadores; d) total abandono de los métodos democráticos; e) malversación y robo de los fondos sindicales; f) tráfico deshonesto de los intereses obreros; g) connivencia de los líderes espurios con el gobierno y los capitalistas; h) por la corrupción en todas sus formas”. Antonio Alonso, *El movimiento ferrocarrilero en México, 1958-1959*, México, Ediciones Era, 1975, p. 98.

<sup>125</sup> Carr, *op. cit.*, p. 194.

<sup>126</sup> Semo, *op. cit.*, p. 19.

precisamente por su carácter democrático. En primer término en la forma: casi siempre eran grupos surgidos de las bases que se planteaban como una alternativa a la posición claudicante de los líderes charros. En segundo lugar por su contenido: pretendían formar organizaciones independientes de las controladas por las instituciones y confederaciones ligadas al PRI; respetar el voto mayoritario y generar un verdadero proceso de educación cívica. Frente a la pálida actuación de los partidos de oposición,<sup>127</sup> frente a un gobierno enfocado en lo fundamental hacia el desarrollo industrial a toda costa, parecía que la verdadera política preocupada por los derechos del ciudadano común y corriente había emergido con la defensa de las libertades democráticas de los trabajadores. Las masas daban una lección de organización y de conciencia participativa a los grupos más cultivados y preparados de la sociedad.

Desde luego, estas protestas no surgieron exclusivamente a partir de la coyuntura económica. Recuperaron una tradición de luchas independientes cuyo antecedente más inmediato había sido la creación de la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM) en el mes de junio de 1949, formada por los sindicatos de mineros, petroleros y la Alianza de

---

<sup>127</sup> La oposición se conformaba en dos sectores: a la derecha y a la izquierda. El primero incluía al Partido de Acción Nacional (PAN) –numéricamente el más importante– surgido “en 1939 como conservador y contrario a la política cardenista, defensor de los intereses creados y apoyado en la doctrina social de la Iglesia”. El Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM) que “surgió como una organización de viejos militares revolucionarios y no pudo consolidar por sí mismo una base electoral mínima”. Y, por último, la Unión Nacional Sinarquista (UNS), “que surgió en Guanajuato en 1937 (en el apogeo del cardenismo), cuando la influencia de los restos del movimiento cristero era aún fuerte”. El segundo se conformaba por el Partido Popular (PP) creado en 1948 por Lombardo Toledano; por el Partido Comunista Mexicano (PCM), y el Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM) y otros grupos minoritarios como las corrientes trotskistas y espartaquistas. Estos últimos presentaban una influencia electoral reducida que contrasta con algunos momentos donde influyeron en forma determinante en las luchas sociales. Lorenzo Meyer caracteriza de este manera a la oposición: “La única característica general de los sectores de la oposición en este periodo fue su marginalidad; los límites de su acción estuvieron siempre fijados por el grupo en el poder: la finalidad de tales límites fue simple: perpetuar su marginalismo. Controlada, la oposición pudo existir porque cumplió una función: asentar la existencia de un sistema pluralista formal. Su presencia permitió mantener el ritual electoral aunque desprovisto en buena medida del contenido propio de todo sistema liberal democrático maduro”. Meyer, *op. cit.*, pp. 256-263.

Obreros y Campesinos de México (AOCM).<sup>128</sup> Estos dos sindicatos, junto con el ferrocarrilero, salieron de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) en 1947, desilusionados tanto por la política incondicional de esta central a las medidas tomadas por el gobierno del presidente Miguel Alemán, como por las prácticas antidemocráticas y corruptas de sus dirigentes. Se inconformaron, además, por el poco peso representativo que la CTM otorgaba a los sindicatos industriales de los cuales formaban parte. En enero de 1948 firmaron un pacto tripartita para repeler la actitud derechista de Fidel Velázquez y llamaron a la huelga general, en julio del mismo año, con la intención de combatir la inflación provocada por la devaluación del peso. Junto con otras organizaciones de trabajadores, llegaron a representar un número superior al de la CTM, quien en este periodo sufrió una de las peores disminuciones de sus miembros en su historia.<sup>129</sup>

Entre 1948 y 1949 se desató una ofensiva del gobierno que minó a las principales organizaciones que habían luchado en contra del anticomunismo, de la inflación y del control corporativo. Con la desaparición de los sindicatos autónomos, el PCM –que había apoyado en 1947 a la CTM– perdió una de las oportunidades más significativas para unir fuerzas con un sector alternativo de los trabajadores.<sup>130</sup> Los sindicatos fueron erosionados poco a poco por la

---

<sup>128</sup> Carr, *op. cit.*, p. 176.

<sup>129</sup> *Ibid.*, p. 176-177.

<sup>130</sup> Finalmente, el PCM se alineó con la CTM hasta 1948, año en que se deterioraron las relaciones a partir de la actitud anticomunista de esta última. Si el PCM no apoyó a las centrales independientes como la Central Única de Trabajadores (CUT) o la Alianza de Obreros y Campesinos de México (AOCP) fue a causa de su odio por Valentín Campa y H. Laborde, exmiembros del partido expulsados por la dirección, que pertenecían a estas agrupaciones. Otro factor que fomentó esta división se debió a la política de unidad nacional a ultranza establecida por la dirección del partido. Hasta octubre de 1949, después de varias expulsiones y en medio de la división interna causada por el carácter oportunista de sus líderes, el partido decidió aceptar oficialmente el “fortalecimiento de las fuerzas proimperialistas y reaccionarias de la burguesía”, y hasta diciembre del mismo año –después del secuestro y detención arbitrarios de algunos de sus dirigentes– el Comité Central denunció al régimen de Alemán como “un gobierno de traición nacional”. El cambio de posición había llegado, como de costumbre, demasiado tarde. Para este momento la recuperación de la CTM era una realidad que contrastaba con el declive y la represión del sindicalismo independiente. *Ibid.*, pp. 171-177 y p. 189.

imposición de líderes incondicionales a los proyectos institucionales (el charrismo), el anticomunismo, la represión y el asesinato de los líderes agrarios.<sup>131</sup>

Por otra parte, la etapa de la década de los cincuenta se definió por cierta desagregación sindical, como lo plantea Antonio Alonso:

En las centrales obreras el panorama continuaba disgregado: la CTM perdía paulatinamente miembros afiliados, y, al mismo tiempo, surgían nuevas centrales cuya importancia numérica aumentaba; una de ellas fue la Confederación Regional Obrero Campesina, nacida en 1953 de una coalición de organizaciones. En 1950 los grupos que la formaron sólo representaban el 25.7 % de la sindicalización total y en 1960 reunía ya el 30.5%.

En un intento por reagrupar nuevamente al movimiento obrero (en su línea oficial) el 7 de marzo de 1955 surgió el Bloque de Unidad Obrera.<sup>132</sup>

La CTM, pese a todo, permanecía como la central obrera más importante del país. Intentó unificar a los principales sindicatos y consolidar su hegemonía como respuesta a la aparición de la competencia oficial –la Confederación Regional Obrero Campesina (CROC)– patrocinada por el Estado en 1952. De esta manera, el 7 de mayo de 1955 se constituyó el Bloque de Unidad Obrera (BUO), que en realidad era la conclusión de un proyecto elaborado 2 años antes durante el “pacto de Guadalajara”.<sup>133</sup> La disgregación sindical planteada por A. Alonso, en este sentido, no significó una pérdida del control corporativo sobre las masas trabajadoras ya que agrupaciones como la CROC pertenecían, al igual que la CTM, al partido oficial y sus líderes eran incondicionales de la autoridad pública. Más bien resultó ser una medida oficial para impedir la monopolización y la fuerza excesiva de esta central, quien continuó aglutinando a los principales sindicatos en la década de 1950.<sup>134</sup>

---

<sup>131</sup> Gerardo Unzueta, “Crisis en el partido, crisis en el movimiento”, en Arnoldo Martínez Verdugo (Ed.), *Historia del comunismo en México*, México, Ed. Grijalbo, 1985, p. 206.

<sup>132</sup> Alonso, *op. cit.*, p. 101.

<sup>133</sup> José Luis Reyna, “La negociación controlada con el movimiento obrero”, en *Historia de la Revolución Mexicana, 1952-1960*, vol. 22, México, El Colegio de México, 1988, p. 80.

<sup>134</sup> *Ibid.*, pp. 73-80.

La crisis de 1954 demostró la fuerza de este sistema al contener las protestas de los trabajadores ante la inflación y desabasto de mercancías. Los líderes obreros apoyaron plenamente las medidas de la devaluación del 17 de abril, así como el aumento del 10% ofrecido por el presidente el 14 de mayo. Empero tal inestabilidad resultó ser un llamado de alerta al sistema, premonitorio de lo que sucedería 4 años más tarde. La presión de los trabajadores descontentos influyó para que organizaciones ligadas a la CTM, como la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), exigieran un aumento proporcional a la devaluación (44%); o algunas otras como la UGOCM, vinculada a Lombardo Toledano, reclamaran un incremento equivalente al del costo de la vida. Para calmar los ánimos, el 9 de junio de 1954, la CTM emplazó a una huelga que comenzaría el 12 del siguiente mes. Proponía un alza del 24%. Once días después esta amenaza sería conjurada gracias a las diligentes negociaciones de A. López Mateos. De esta manera, el Estado y los jefes sindicales a su servicio reconocieron el carácter insuficiente de las medidas para frenar la crisis, retrocediendo ante la inconformidad de una población al borde de los límites de lo tolerable.<sup>135</sup>

No debe entenderse el repunte del poder adquisitivo del salario iniciado en 1955 solo como una decisión causada por la presión de esta coyuntura crítica. En realidad formaba parte de una política más amplia –después conocida como “desarrollo estabilizador”– con el objeto de obtener tanto la estabilidad necesaria para la inversión extranjera que comenzó a incrementarse en una escala sin precedentes a partir de esta fecha, como el establecimiento de las condiciones para el crecimiento acelerado de la industria nacional. De esta manera, la recuperación del poder

---

<sup>135</sup> *Ibid.*, pp. 83-106. El autor plantea al respecto en la página 94: “La presión de la mayoría de la clase obrera sobre sus líderes fue muy fuerte. La impresión que se desprende de todo este panorama es que si el liderazgo obrero –particularmente el de la CTM por ser la central mayoritaria– no hubiera puesto una atención mínima a

adquisitivo paralela al lento crecimiento de los precios –en contraste con la dinámica inversa de los años anteriores– fuer acompañada por una serie de medidas encaminadas a abrir la vía a la expansión económica. El Estado había comprendido que, de continuar una política que agudizara la desigualdad en la distribución del ingreso, se acercaría cada vez más hacia un estallido social. Era indispensable, entonces, reformular las bases del control. El modelo de acumulación comenzó a redefinirse y se aplicaron una serie de medidas basadas en la conciliación y apoyadas por “una política salarial más favorable unida al otorgamiento de diversas prestaciones sociales, particularmente para los sindicatos que se consideraban ‘neurálgicos’ en la producción de bienes y servicios”.<sup>136</sup>

Sin embargo, esta nueva orientación resultó ser selectiva y los beneficios económicos no llegaron ni al mismo tiempo ni a todos los sectores de asalariados. La crisis de 1957 incrementó la inconformidad de los marginados que comparaban sus ingresos ya no sólo en proporción a la curva descendente iniciada desde 1940, sino también con respecto al resto de sus compañeros privilegiados por las recientes medidas tomadas por el gobierno a partir de 1955.

La crisis política y social de 1958 no sólo constituyó la conclusión del prolongado deterioro salarial iniciado en la cuarta década de siglo, de la reactivación de los terrores provocados por la inflación y la recesión del año anterior, sino también significó el resurgimiento de la tradición independiente y autónoma de los sectores antaño más combatidos. No por casualidad los antiguos sindicatos que formularon en 1947 el pacto tripartita –antes de la represión– volvieron a la acción y esta vez no sólo por un aumento salarial. Trataron de recuperar algo que alguna vez

---

la demanda generalizada de alza de salarios, habría tropezado con problemas difíciles de controlar”.

<sup>136</sup> *Ibid.*, p. 106.

había sido suyo y que sólo mediante la violencia y la corrupción le habían arrancado a las bases trabajadoras.

De esta forma, la fricción se concentró en el aspecto que más amenazaba los intereses de la burocracia sindical. Cuando los telegrafistas en la huelga del 6 de febrero de 1958 plantearon, además de sus demandas económicas, la exigencia de obtener un reconocimiento legal para una nueva organización que los representara –la Alianza de Trabajadores de Comunicaciones–, la “flexibilidad demostrada por el Estado para negociar con los telegrafistas los puntos anteriores, se tornó en intransigencia cuando se trató de lo relativo a su desvinculación del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas (SCOP) y el reconocimiento de su recién formada organización”.<sup>137</sup> Los trabajadores se reincorporaron al trabajo a partir del arresto de su líder, Ismael Villavicencio, y del despliegue de tropas en su centro laboral.

El caso del grupo de maestros de primaria del Distrito Federal encabezado por el Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM) en contra del Comité Ejecutivo Nacional del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) proporciona un testimonio similar. Los primeros demandaban, además de las mejoras económicas, el respeto de sus agremiados para elegir a sus dirigentes.<sup>138</sup> Sólo después de arrestar a sus líderes principales –entre los cuales se encontraba Othón Salazar–, el gobierno accedió a efectuar nuevas elecciones pero bajo el requisito “para los miembros de las planillas, el hallarse en pleno ejercicio de sus derechos civiles

---

<sup>137</sup> Loyo, *op. cit.*, pp. 175-176.

<sup>138</sup> *Ibid.*, p. 177-178.

sindicales, condición que excluía a Salazar y demás líderes procesados”.<sup>139</sup> Pese a las limitaciones, en éstas triunfó en forma aplastante la planilla del MRM.

Mientras tanto, en el Plan del Sureste dado a conocer en 1958, los ferrocarrileros llegaron más allá al proponer como primera medida la sustitución de los líderes espurios.<sup>140</sup> El movimiento ferrocarrilero se gestó bajo una doble presión económica y política. En el primer caso, este sector de trabajadores fue testigo del deterioro de su condición de vida inferior en 1957 a la de 1948.<sup>141</sup> A partir de 1955, como ya se ha mencionado, la tendencia general cambió en forma favorable hacia un aumento del salario real. Sin embargo, los ferrocarrileros fueron la excepción: no sólo no incrementaron sus percepciones, sino que fueron afectados en otros rubros, como el de las prestaciones sociales.<sup>142</sup> En 1958 se calculó en un 60% la diferencia entre los salarios y el costo de la vida.<sup>143</sup> En el segundo caso, el sindicato, caracterizado por una amplia tradición de lucha y de autonomía, se plegó al sistema corporativo gubernamental a partir del “charrazo” efectuado en 1948: el gobierno sostuvo e impuso mediante la represión a su líder incondicional y acabó con los brotes de autonomía y democracia manifestados en años anteriores.<sup>144</sup> Esta doble tensión –mucha autoridad y poco bienestar económico– empezó a manifestarse incipientemente en 1954, año de la devaluación, bajo la forma de ciertos movimientos regionales que emplearon la táctica del tortuguismo como vehículo de protesta. El descontento fue catalizado cuatro años después por la creación de la Gran Comisión, encabezada por Demetrio Vallejo.<sup>145</sup> Favorecidos por la

---

<sup>139</sup> *Ibid.*, p. 183.

<sup>140</sup> Semo, *op. cit.*, p. 51.

<sup>141</sup> José Luis Reyna, “El conflicto ferrocarrilero: de la inmovilidad a la acción”, en *Historia de la revolución mexicana, 1952-1960*, Tomo 22, México, el Colegio de México, 1988, p. 168.

<sup>142</sup> *Ibid.*, p. 169.

<sup>143</sup> *Ibid.*, p. 175.

<sup>144</sup> *Ibid.*, pp. 158-159.

<sup>145</sup> *Ibid.*, pp. 173-174.

coyuntura de la sucesión presidencial y la solidaridad de otros movimientos, los trabajadores del riel lograron importantes victorias en el año de 1958: el 26 de junio el gobierno de Ruiz Cortines les ofreció un aumento de 215 pesos; el 12 de julio la convención extraordinaria reemplazó al sindicato nacional y denominó a Demetrio Vallejo como su secretario general; el 6 de agosto, tras la represión, el gobierno accedió a liberar a los detenidos y Vallejo fue electo secretario general.<sup>146</sup>

Si el Estado no reprimió y accedió a las demandas, sostiene José Luis Reyna, fue más por razones coyunturales –el cambio de presidentes– que por la decisión de generar una apertura democrática.<sup>147</sup> Lo cierto es que el movimiento planteó una política que rebasaba ampliamente lo tolerado por el sistema. En primer término, Vallejo independizó al sindicato ferrocarrilero del Bloque de Unidad Obrero (BUO), amenazando con romper el control autoritario. En segundo lugar, existía el riesgo de que el ejemplo de los ferrocarrileros motivara, como lo hizo, a otros sectores de trabajadores –maestros, telefonistas, petroleros, etc.– hacia la independencia y autonomía sindicales.<sup>148</sup> La situación llegó a generalizarse peligrosamente hasta el punto en que, incluso, Fidel Velázquez, en un intento por no perder legitimidad, criticó al gobierno.<sup>149</sup> El sistema se encontraba en jaque.<sup>150</sup> En tercer lugar la protesta ferrocarrilera se politizó aun más de lo que estaba cuando el sindicato ferrocarrilero empezó a inmiscuirse en las funciones administrativas de la empresa estatal: formuló un plan de reestructuración basado en el aumento de tarifas y escribió

---

<sup>146</sup> Carr, *op. cit.*, pp. 208-212.

<sup>147</sup> Reyna, *op. cit.*, p. 215.

<sup>148</sup> *Ibid.*, p. 193.

<sup>149</sup> *Ibid.*, pp. 196-197.

<sup>150</sup> Reyna señala: “Se había demostrado que la clase obrera, con una organización sólo relativa y en alguna forma autónoma, era capaz de poner en jaque al sistema”. *Ibid.*, p. 197.

un memorándum al gobierno proponiendo la creación de un consejo de administración particular que orientara la política de la empresa.<sup>151</sup>

Para marzo de 1959 el movimiento se encontraba aislado,<sup>152</sup> López Mateos ya había asumido su cargo presidencial y los sectores oficiales organizados de los trabajadores así como el patronal presionaban para que el gobierno ejerciera la represión. Ésta fue llevada a cabo brutalmente, estableciendo una de las páginas más vergonzosas en la historia del Estado mexicano.

Dos factores un tanto diferentes pero relacionados cuestionaron directamente el carácter democrático y el paternalismo del sistema, así como en forma indirecta la ideología de la Revolución Mexicana.<sup>153</sup> Por una parte, el movimiento gestado en las bases de los trabajadores demostró una capacidad de autoorganización y conciencia que superaba el sistema de control impuesto desde arriba. Por otra, si bien es cierto que el Estado recuperó el control corporativo después de la represión ferrocarrilera, control que formaría parte del llamado “desarrollo estabilizador” de la siguiente década, en cambio también resultó significativo que la ilegalidad, la intolerancia y el conservadurismo mostrados en la represión resquebrajaran la figura del Estado vinculada al ideario revolucionario. Se generó así un factor importante en el mediano plazo que contribuyó a su pérdida de legitimación. En la medida en que el Estado dependía más de la imagen que de otro procedimiento democrático formal, ya que:

Puesto que el régimen se había originado en una transformación revolucionaria, y no a través de un proceso electoral inclusivo y ampliamente aceptado, las percepciones públicas

---

<sup>151</sup> *Ibid.*, p. 198.

<sup>152</sup> Favio Barbosa Cano, “Las luchas obreras de 1958-1959 y la izquierda mexicana”, *Investigación Económica*, N° 163, enero-marzo, 1983, p. 101.

<sup>153</sup> Un paternalismo, por cierto, muy magro y limitado a sectores muy específicos de la sociedad durante este periodo de 1940-1960. De la Garza Toledo, *op. cit.*, pp. 93-94.

de la legitimidad del régimen dependían de evaluaciones generales del desempeño del gobierno y del cumplimiento de un abarcativo programa revolucionario, más que de la adhesión del gobierno a particulares procedimientos procesales.<sup>154</sup>

Como lo planteó José Revueltas, las protestas colectivas cuestionaban implícitamente uno de los pilares de la estabilidad del sistema político.<sup>155</sup> El recurso excepcional de la represión muestra el nivel de peligro que representaban los movimientos para un sistema incapaz de aceptar organizaciones independientes de su tutela.<sup>156</sup>

El gobierno y los grupos conservadores construyeron, además, un cerco ideológico basado en el nacionalismo anticomunista, el cual, por una parte, preparó la represión y, por otra, limitó a los movimientos. Pronto la opinión pública se convirtió en una aliada de la mentalidad conservadora. Por ejemplo, la Comisión Permanente del Congreso de la Unión se expresó así de la represión: “La resolución adoptada en el caso no significa en modo alguno una negación de los derechos de los obreros, ni a su legítima aspiración por alcanzar condiciones de vida mejores y más justas. La resolución ha sido una medida de salud pública obligada y exigida por las circunstancias”.<sup>157</sup> A nombre del Partido Revolucionario Institucional (PRI) Alfonso Corona del Rosal expresaba: “Como revolucionario lamento sinceramente que gentes que obran diciendo que sostienen ideas profundamente revolucionarias y enarbolan la bandera de la depuración sindical

---

<sup>154</sup> Middlebrook, *op. cit.*, pp. 191-192.

<sup>155</sup> Para Revueltas las consignas contra el charrismo y por la democracia sindical implicaban el posible inicio de un proceso de independencia política de la clase obrera, la cual atentaba directamente contra la hegemonía del Estado y la burguesía, centrada en el control corporativo. José Revueltas, *Enseñanzas de una derrota*, p. 5. AGRB.

<sup>156</sup> Middlebrook menciona: “El nivel comparativamente bajo de la represión en México se debe en gran medida a la eficacia del control que el régimen ejerce sobre actores masivos, como los son los sindicatos y las organizaciones campesinas, mediante una combinación de controles administrativos estatales sobre la participación política de las masas y a estas más flexibles estrategias de gobierno”. Middlebrook, *op. cit.*, p. 191.

<sup>157</sup> *El Popular*, 3 de abril de 1959, citado por Alonso, *op. cit.*, p. 154.

hayan obrado tan torpemente en perjuicio del ideal revolucionario”.<sup>158</sup> La Asociación de Banqueros exigía, ante la toma de la Secretaría de Educación Pública (SEP) por el Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM), la “limpieza total de rojos y comunistas de nuestras sacras escuelas”.<sup>159</sup> Fidel Velázquez, secretario general de la CTM, se expresaba así de los movimientos: “La maniobra parte de distintos puntos, pero con un sólo objetivo: crear el caos y la anarquía en todos los aspectos de la vida nacional”.<sup>160</sup>

La coacción ideológica impidió que los líderes expusieran de manera clara ante el público el carácter autoritario del Estado pues existía la inquietud de justificar la represión. La dirección sindical tenía claridad sobre el carácter antidemocrático y de clase del gobierno.<sup>161</sup> En la práctica, el temor de ser calificado como comunista obstaculizó la solidaridad. De hecho todas las protestas, aunque incluyeran demandas democráticas, se pronunciaban como luchas por reivindicaciones económicas.<sup>162</sup> Por ejemplo, los maestros encabezados por el MRM declaraban “que no querían que su movimiento se desviase hacia consideraciones de tipo político”, planteaban “nuestra lucha no es política, no es contra el gobierno, sólo queremos mejores salarios”.<sup>163</sup> Esto explica una de las grandes limitaciones de la insurgencia: implícitamente cuestionaron la institucionalidad del sistema pero no criticaron de manera directa la política y la ideología del Estado. Trataron siempre de llegar a un acuerdo con él.<sup>164</sup> No entendieron que la concertación era imposible porque el aparato gubernamental todavía no estaba dispuesto a

---

<sup>158</sup> *El Popular*, 31 de marzo de 1959, citado en *Ibid.*, p. 155.

<sup>159</sup> *La Prensa*, 7 de mayo de 1958, citado por Semo, *op. cit.*, p. 48.

<sup>160</sup> *Excelsior y Novedades*, 1º de septiembre de 1958, citado por Alonso, *op. cit.*, p. 131.

<sup>161</sup> Barbosa Cano, *op. cit.*, pp. 106-107.

<sup>162</sup> Semo, *op. cit.*, p. 45.

<sup>163</sup> *Excelsior*, 9 de mayo de 1958, citado en Semo, *op. cit.*, p. 48.

<sup>164</sup> Alonso, *op. cit.*, pp. 175-179.

cambiar sus formas de legitimidad. Los movimientos plantearon un “giro de izquierda” con respecto a las libertades políticas de la época,<sup>165</sup> ¿cuál fue la práctica y el aprendizaje que el PCM extrajo de todo este proceso?

### *Los movimientos y el Partido Comunista Mexicano.*

La participación de la izquierda se realizó en varios niveles, siempre procurando no hacer evidente su actividad dado el clima anticomunista de la época. Los militantes de la oposición a la dirección del partido en el Distrito Federal se solidarizaron con las protestas. Pero fue en el nivel de los dirigentes que el PCM influyó más. Muchos de los líderes sindicales habían pertenecido o pertenecían al Partido Comunista –como Othón Salazar y J. Encarnación Pérez Rivero– o eran miembros del Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM), como Demetrio Vallejo, organización formada en 1950 a partir de antiguos militantes comunistas expulsados.<sup>166</sup>

Se ha criticado con frecuencia al Partido Comunista por no haberse opuesto a la última huelga ferrocarrilera que condujo a la represión,<sup>167</sup> por no haber realizado un análisis más

---

<sup>165</sup> Los movimientos sociales proponían una participación diferente y más activa de la población que implicaba una forma más liberal de ejercer la política. Si el concepto de izquierda también es histórico, tenemos que convenir que, para aquel entonces, las demandas de democracia sindical significaban un cambio radical para un sistema que fundaba su estabilidad en el corporativismo y el control.

<sup>166</sup> El partido Obrero Campesino de México (POCM) estaba compuesto por varios de los militantes expulsados del PCM durante toda la década de los años cuarenta. Entre ellos se encontraba Valentín Campa, antiguo miembro de la dirección del PCM hasta 1940 y ex-líder ferrocarrilero, que había luchado en contra de las prácticas corruptas, el oportunismo y la antidemocracia tanto en el partido como en los sindicatos charros. Legendario ya para este entonces, resultó ser una influencia para Vallejo quien intentó reincorporarlo al sindicato en 1958. Naturalmente, el nexa entre los dos hombres fue uno de los argumentos preferidos de la propaganda anticomunista que acusaba a Vallejo de ser un instrumento de intereses extranacionales. Carr, *op. cit.*, p. 218 y Reyna, *op. cit.*, pp. 186-187.

profundo de los acontecimientos y por haberse limitado a una “política dogmática, infantil y voluntarista por considerar primero la confrontación con el Estado antes que valorar los avances organizativos”.<sup>168</sup> Ante la decisión de los tres partidos –el PCM, el POCM y el PPS– de apoyar las huelgas del Pacífico que dieron pauta a la represión de finales de marzo de 1959, Demetrio Vallejo expresó:

No me parece correcto ocultar que me di perfectamente cuenta, o cuando menos intuí el peligro que entrañaba el acuerdo de los paros, pues sólo los ofuscados con la euforia de los triunfos y los teóricos empedernidos del sindicalismo no se percataron de él. Sin embargo, y a despecho de esta certeza o intuición, *no me opuse al acuerdo*, porque sólo dos o tres de los integrantes del comité ejecutivo general y comité general de vigilancia y fiscalización, no pertenecían a ninguno de los tres partidos, y como se me informó que era un acuerdo de éstos, me pareció, ante la gravedad de la situación, muy peligroso plantear las divergencias y tratar de imponer mi criterio a la mayoría, y por eso hice todo lo posible para que fueran los propios partidos los que hicieran la rectificación.<sup>169</sup>

Por causa de esta equivocada decisión, Vallejo diría más adelante un tanto con amargura: “Ojalá que esta dolorosa experiencia sirva a los partidos revolucionarios, para que no intervengan directamente en las luchas sindicales [...]”.<sup>170</sup> La desilusión del líder ferrocarrilero no era fortuita. Su crítica expresaba las limitaciones históricas de la izquierda quien no supo cumplir con su papel de vanguardia. Tanto el PCM como los demás partidos influyeron en los dirigentes afiliados a sus ideas para impulsar una práctica de confrontación. Este esquema de enfrentamiento se llevó a cabo a ultranza en mayo de 1959, momento en que las condiciones ya no resultaban propicias

---

<sup>167</sup> Revueltas insistía sobre este punto, indicando que el sindicato ferrocarrilero se encontraba aislado en marzo de 1959. Sostenía que si el partido alentó la táctica bronca –enfrentamiento radical con el Estado y defensa sin concesiones de las demandas– en un momento de debilidad y propició un repliegue desordenado al apoyar la retirada cuando, en este punto de la lucha, era ya oportuno el compromiso de resistir hasta el final, fue precisamente por su inexistencia como vanguardia. La organización ratificó su incapacidad reflexiva y orientadora, sus funciones más importantes. José Revueltas, *Resolución sobre las huelgas ferrocarrileras*, agosto 1958-marzo 1959. AGRB.

<sup>168</sup> Barbosa Cano, *op. cit.*, p. 16.

<sup>169</sup> Demetrio Vallejo, *Las luchas ferrocarrileras que conmovieron a México*, México, Ed. del Movimiento de Liberación Nacional, 1957, p. 59, citado por Alonso, *op. cit.*, p. 162.

<sup>170</sup> Vallejo, *op. cit.*, p. 59, en *Ibid.*, p. 163.

para la lucha ya que, una vez que había terminado el delicado periodo de transmisión de poderes presidenciales y que se habían acallado el resto de las protestas que se solidarizaron con los rieleros, el gobierno preparaba una represión fulminante. La proposición de Vallejo, entonces, significaba el genuino deseo de no supeditar la lucha de clases a los esquemas ideológicos y los intereses partidarios que demostraron su ineficacia al no calcular las nefastas implicaciones derivadas de la represión.<sup>171</sup> La derrota presentó consecuencias negativas para la izquierda. Presos sus dirigentes, el POCM fue desintegrado y algunos de sus miembros se incorporaron al PCM. Mientras tanto, el Partido Popular se deslindaba de sus posiciones de izquierda.<sup>172</sup>

Empero, esto constituía el reflejo de una actitud más generalizada de los partidos de izquierda que caracterizaron así su práctica política:

[...] la aplicación de consignas era simplemente mecánica; en ella predominó la política de agitar sin hacer conciencia de la situación, esto es, fomentar el heroísmo y la combatividad de los obreros subestimando y aun negando el papel de la reflexión, necesaria para dar cualquier paso, y jamás se hacía un mediano análisis para percatarse del real lugar en el que se encontraban.<sup>173</sup>

Por tanto, “ni la dirección política ni la supradirección de los partidos participantes lograron trascender el bajo nivel de conciencia de los obreros, ni elevar las formas de organización”.<sup>174</sup>

¿Cómo podía un partido, enfrascado en la lucha interna, el inmovilismo y la falta de discusión y

---

<sup>171</sup> Aunque es difícil, en el caso de la huelga ferrocarrilera, responsabilizar exclusivamente a los líderes del desastre ya que, por una parte, hubiera resultado casi imposible contener el ímpetu de las masas acostumbradas a la victoria y, por otra, si proponían algo diferente podían caer en la división. Pese a estos riesgos es necesario establecer su grado de responsabilidad.

<sup>172</sup> Carr aclara: “La derrota de las huelgas ferrocarrileras hizo que se separaran definitivamente los caminos de los partidos de izquierda. Al defender implícitamente la brutal réplica del Estado a la etapa final de las movilizaciones, el PP consumó su ruptura con la izquierda revolucionaria y consolidó aún más su papel subordinado respecto del gobierno. En cuanto al POCM, la detención y el encarcelamiento de muchos de sus cuadros dirigentes y el colapso de la estrategia de los ferrocarrileros, que ese partido había apoyado más que ningún otro, causaron su desintegración”. Carr, *op. cit.*, p. 223.

<sup>173</sup> Alonso, *op. cit.*, p. 179.

<sup>174</sup> *Ibid.*, p. 180.

preparación emprender el apoyo como una real vanguardia a una serie de movimientos sociales que demostraban un nivel superior al de la pretendida “conciencia de clase”<sup>175</sup>

Pero si la actuación del PCM no fue muy eficaz para los movimientos, en cambio el aprendizaje y el balance de las luchas efectuadas por los trabajadores revistió una importancia fundamental en su proceso de transformación. Podemos distinguir dos reacciones diferentes –a veces coincidentes pero por lo general divergentes– dentro del PCM: la de la dirección y la de la oposición.

En el primer caso, se presentaron dos cambios significativos en el mando político del partido, en dos momentos diferentes: uno en 1956 y otro en 1958. En ambos parecía que se abandonaba la política conciliadora para adoptar una actitud más decidida de enfrentamiento con la burguesía y con el Estado. En realidad estas decisiones fueron sólo aparentes y forzadas por las circunstancias históricas. Así lo demostró la actuación de la dirección que trató de continuar, después de lo que creía una coyuntura, su política de unidad y de conciliación de clase. Sin embargo, conviene revisar estos giros oficiales porque plantearon una alternativa más crítica y más combativa que, finalmente, sería aprovechada por la oposición interna.

Como se señaló en páginas anteriores, en 1956, a partir del proceso de desestalinización planteado en la Unión Soviética y de las tensiones en el interior del partido, la dirección emitió un documento oficial que implicaba la revisión de su política realizada hasta esa fecha. Allí se reconoció que: “Las ilusiones de la burguesía sembradas entre los trabajadores y el propio PCM condujeron a que se aceptara la afiliación obligatoria de los sindicatos al PRM y después al

---

<sup>175</sup> Durante mucho tiempo el PCM permaneció bajo la paradoja de pretender ser la “vanguardia” consciente de la clase obrera, influido por la concepción leninista del partido. Mientras, en la práctica, bajo la presión de los problemas internos y doctrinarios, se mantuvo como el fantasma de este paradigma.

PRI”,<sup>176</sup> y que el partido “no fue capaz de ganar a la clase obrera para las posiciones independientes de clase, proletarias, apartándola de la burguesía”,<sup>177</sup> y por lo tanto “se hace necesario restablecer en el movimiento obrero los métodos revolucionarios de lucha, restablecer la democracia sindical y lograr la independencia del movimiento sindical respecto del Estado”.<sup>178</sup> La Revolución Mexicana de 1910, punto neurálgico que había sido base de la política de alianzas, fue cuestionada: “[...] en el sentido de que se estudie si esta revolución sólo fue burguesa y después se transformó en democrático burguesa, con motivo del surgimiento del Plan de Ayala. Por otro lado, es necesario examinar si la revolución fue burguesa y a su lado se realizó una guerra campesina”.<sup>179</sup> La discusión implicaba determinar su durabilidad para revisar su relación con la perspectiva de clase:

También es necesario esforzarnos por determinar cuando terminó esta revolución, puesto que comúnmente se habla de ella como si estuviere en marcha o desarrollo. La claridad de este problema es de gran importancia, puesto que la tesis que la revolución continúa en marcha hasta nuestros días ha causado y sigue causando daños considerables al movimiento revolucionario, por cuanto en nombre de esta revolución se obliga a la clase obrera, a los campesinos y a los trabajadores en general a sacrificar los intereses específicos de clase a favor de los intereses de la burguesía [...].<sup>180</sup>

La autocrítica de 1956 se convirtió en sólo una fachada ya que la dirección del PCM siguió defendiendo al corporativismo y al Estado. Un ejemplo de esto es las declaraciones realizadas en 1958 por el secretario general del PCM, Dionisio Encina, para que los maestros se reconciliaran con los líderes charros.<sup>181</sup> En el caso del movimiento ferrocarrilero, la dirección del partido

---

<sup>176</sup> Unzueta, *op. cit.*, p. 233.

<sup>177</sup> Dionisio Encina, *Sobre la situación actual y las tareas de los comunistas mexicanos*, México, Fondo de Cultura Popular, 1957, p. 15. Citado por Unzueta, *op. cit.*, p. 233.

<sup>178</sup> *Ibid.*, p. 18 en Unzueta, *op. cit.*, p. 233.

<sup>179</sup> *Ibid.*, pp. 36 y 37 en Unzueta, *op. cit.*, p. 233.

<sup>180</sup> *Ibid.*, p. 39 en Unzueta, *op. cit.*, p. 233.

sostenía que había que “consolidar la lucha económica para después hacerla política. No ir en contra de los líderes charros para conservar la unidad. Se coludió con el gobierno apoyando a los suplentes y la renuncia de los miembros propietarios” el 8 de julio de 1958.<sup>182</sup> Poco después, la Comisión Política del PCM apoyó la medida gubernamental de acabar con el sindicato, estuvo de acuerdo con que los suplentes remplazaran a la dirección vallejista, quien, a pesar de todo, sería elegida por una plena mayoría el 12 de julio del mismo año.<sup>183</sup>

Inesperadamente, la dirección del partido retomó la política de enfrentamiento con el gobierno al siguiente mes. El 5 de agosto de 1958, el PCM y los otros dos partidos de izquierda lanzaron un llamado de defensa para elegir nuevos dirigentes en el sindicato ferrocarrilero.<sup>184</sup> El giro de la dirección se debió, con seguridad, a la necesidad de no quedar rezagada frente a la oposición interna concentrada en el Distrito Federal y frente a los ferrocarrileros victoriosos. Trataba de no aislarse de una fuente importante de legitimidad.

Salvo estos dos cambios momentáneos y coyunturales puede decirse que, en términos generales, en esta década la dirección insistió en catalogar a México como un país atrasado y, por lo tanto, reiteró que la tarea inmediata más importante del partido consistía en su colaboración con el desarrollo económico de la nación; en apoyar a las instituciones y a la Revolución Mexicana para lograr la independencia del país. Siguió considerando pertinente no enfrentar al gobierno para no caer en el juego del imperialismo y así no romper con los principios libertarios

---

<sup>181</sup> Alejo Méndez, “Por la renovación del partido”, en Arnoldo Martínez Verdugo (Ed.), *op. cit.*, p. 249.

<sup>182</sup> *Ibid.*, p. 248.

<sup>183</sup> José Luis Reyna, *op. cit.*, p.185.

<sup>184</sup> En ese sentido, Carr señala: “Desde mediados de julio, tras la clara victoria que representó la elección de Vallejo, la dirección del PCM, junto con el POCM y el Partido Popular, se comprometieron más abiertamente con la causa del vigorizado sindicato ferrocarrilero. [...] Poco después, el 5 de agosto, los tres partidos de izquierda lanzaron un fuerte llamado a la solidaridad con los trabajadores ferrocarrileros, defendiendo su derecho a elegir a la dirección que quisieran”. Carr, *op. cit.*, pp. 218-219.

de la revolución.<sup>185</sup> La política de los años cincuenta fue de unidad a toda costa; unidad social y unidad sindical. Por lo tanto lucharon por un frente democrático común a todos los sectores de la colectividad. La idea del frente popular y la unidad nacional fue desarrollada por la Comintern en los años treinta y retomada en México por Lombardo y el PCM. Se trataba de impulsar objetivos para obtener la independencia del país como el de la industrialización.<sup>186</sup>

En el segundo caso, el de la oposición, podemos apreciar una actitud diferente tomada por este sector del PCM integrado por dos corrientes: el primer grupo formado por Manuel Terrazas, J. Encarnación Pérez (miembro de la Comisión Política), Gerardo Unzueta, Arnoldo Martínez Verdugo (estudiante de artes plásticas), Alejo Méndez y José Montenegro. Ellos controlaban la organización en el Distrito Federal. Este grupo fue el primero en realizar un examen del proceso de los comunistas chinos así como el impacto de la Revolución cubana a partir de enero de 1959. Proclamaron una mayor apertura. El segundo grupo, numéricamente menos importante, estaba concentrado en torno a las células Carlos Marx y Federico Engels. Fuertemente influido por Revueltas, basaba sus componentes en miembros pertenecientes a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Revueltas estaba convencido de la bancarrota del partido. Desarrolló la tesis de la inexistencia del PCM.<sup>187</sup>

El movimiento ferrocarrilero consolidó la oposición de las bases del partido –quienes continuaron insistiendo en las críticas planteadas en 1956– en contra de la dirección. La organización del Distrito Federal y los ferrocarrileros comunistas ignoraron las medidas del mando

---

<sup>185</sup> Semo, *op. cit.*, p. 40.

<sup>186</sup> Carr, *op. cit.*, p. 217.

<sup>187</sup> *Ibid.*, pp. 214-215.

encinista, en el sentido de apoyar la política gubernamental.<sup>188</sup> En agosto de 1958, el Comité del Distrito Federal definió su apoyo a los trabajadores “con o sin la dirección”, así como emitió su tesis sobre el trabajo sindical.<sup>189</sup> Con seguridad esto constituyó una de las medidas que presionaron a la dirección y la encaminaron a tomar una postura diferente el 5 de agosto.

Dos cambios programáticos importantes se dieron como resultado de la acción de los militantes en las revueltas contestatarias. En primer término, los sindicatos –en un nivel micro– constituyeron el lugar donde se evidenció con más incongruencia la política de alianzas de unidad sindical del partido. Allí se daban los atropellos más evidentes de la burocracia, amparada por las cláusulas de contratación y de exclusión, sobre los trabajadores inermes.<sup>190</sup> La política de conciliación del PCM resultaba contradictoria con relación a la intolerancia mostrada por los dirigentes ante cualquier brote de disidencia. Esto definió el motivo por el cual muchos de los cuadros del partido –como Othón Salazar– decidieron dejar una organización que consideraban obsoleta, tanto en su dinámica como en sus planteamientos oficiales, con relación a aquellos que pretendían ir más allá del control sindical y asumir un papel activo en la vida política.<sup>191</sup> En segundo lugar, a partir de 1956, las caracterizaciones de la sociedad, la revolución y el Estado habían comenzado a ser cuestionadas. No fue por casualidad que, en pleno auge del movimiento

---

<sup>188</sup> *Ibid.*, p. 217.

<sup>189</sup> Méndez, *op. cit.*, pp. 249-250.

<sup>190</sup> Al respecto Jeffrey Bortz señala con precisión: “La famosa ‘cláusula de exclusión’, que más tarde se usaría para imponer el ‘charrismo’ en México, se incluyó en el control de textiles de algodón. En 1931 también se incluyó en la Ley Federal del Trabajo. Aparentemente esta fue una victoria sindical, pero en realidad fue una victoria de la burocracia sindical que aprovechó al Estado para ganar control y posiciones”. Jeffrey Bortz, “Relaciones laborales en la industria textil mexicana de la rama del algodón: la convención obrero-patronal de 1937-1939”, en Marcos Tonathiu Águila (coordinador), *Perspectivas sobre el cardenismo. Ensayos sobre economía, trabajo y sociedad*, México, UAM, 1996, p. 112.

<sup>191</sup> Unzueta menciona: “Pero ya en los primeros años de la década de los cincuenta en el PCM se produjeron esfuerzos de la base partidista por romper esas concepciones, lo cual llevó a la formación de los ‘comités de lucha’ entre ferrocarrileros, metalúrgicos, huleros y petroleros”. Unzueta, *op. cit.*, p. 229.

ferrocarrilero, el partido se dividió en dos posiciones ideológicas. Por una parte, el Comité Central que proponía una colaboración crítica con el gobierno, que no consideraba al partido de “oposición sistemática” porque creía en la Revolución Mexicana como la vía para llegar al socialismo. Y por la otra, el Comité del Distrito Federal que aún defendía la alianza del proletariado con la burguesía nacional en contra del imperialismo, pero que ya señalaba la lucha en pro de la democracia. Insistía en que los obreros podían llevar a cabo este objetivo sin doblegar sus propios intereses basados en la lucha contra la explotación y por el socialismo. Esto último, que en el pasado se había relegado como un objetivo posterior, permitió asumir una postura de choque y enfrentamiento con el Estado.<sup>192</sup> Se comenzó a dar un desplazamiento importante en la medida que la lucha por la democracia y las libertades políticas se convirtió en un objetivo tan importante como el de pugnar por la soberanía nacional o el desarrollo económico. Las protestas sociales pusieron en el orden del día del PCM el nivel de lo político y el de la lucha de clases. La represión había convencido del carácter autoritario del sistema y la necesidad de la democracia como un objetivo inmediato. La acción de los trabajadores proporcionó el ejemplo para que la oposición interna recuperara la identidad crítica al comenzar por deslindar la organización del nacionalismo que la había subordinado a ser un apéndice de la oficialidad. El partido no pudo asumirse como vanguardia de los movimientos, pero gracias a ellos la disidencia

---

<sup>192</sup> Parte del Comité Central y el Comité del Distrito Federal (la antigua oposición) llegaron a afirmar: “Los sostenedores de la tesis de que el movimiento obrero no debe entrar en choque frontal y sólo debe llevar el límite de sus luchas hasta el grado de no romper con el gobierno, olvidan que aun en las condiciones de un país como el nuestro, oprimido por el imperialismo, donde la burguesía nacional en determinadas circunstancias y condiciones puede jugar un papel político de lucha definida contra el imperialismo, la táctica revolucionaria del proletariado es la de unir a todas las fuerzas nacionales, incluida la burguesía nacional, alrededor de las tareas democráticas y antiimperialistas, pero sin hacer a un lado sus propios intereses y reivindicaciones de clase explotada que lucha por mejores condiciones de vida y por el socialismo”. En *Sobre las huelgas ferrocarrileras*, México, Ediciones del Comité Central del PCM, 1960, p. 16. Citado en Semo, *op. cit.*, pp. 64-65.

interna logró una victoria parcial en 1959, cuando se destituyó a la Dirección Nacional y se aceptó la preparación del XIII Congreso como una necesidad inminente para reformar la vida del organismo en su totalidad.



## SEGUNDA PARTE: 1957-1960, LAS TRANSFORMACIONES INTERNAS DEL PARTIDO COMUNISTA MEXICANO.

### CAPÍTULO III: EL PARTIDO, LAS COYUNTURAS Y LAS DIFERENTES OPOSICIONES.

#### *1. Introducción.*

En el capítulo anterior nos hemos referido a las fuerzas externas que afectaron la vida del partido, así como hemos señalado algunas de sus respuestas más importantes frente a cada uno de estos vínculos. Quisiéramos ahora abordar la vida interna de la actividad militante en su proceso de transformación. Para explicar este cambio es necesario comprender cómo funcionaba la estructura que posibilitó que el partido permaneciera casi inalterado hasta 1956 y cuáles fueron los poderosos cimientos que equilibraron la fuerza monolítica de la dirección. La permanencia y el cambio nos remiten a vincular a esta parte de la izquierda con los aspectos analizados anteriormente, pero ahora en función de su vida y movimientos intrínsecos. ¿Cómo afectaron al partido la sociedad, el Estado y las coyunturas? ¿De qué manera contribuyeron al cambio?

Tal mutación fue auspiciada por el deseo de superar una crisis prolongada durante casi 20 años. Como hemos visto con anterioridad, el partido se encontraba cercado desde el exterior por las condiciones políticas de un Estado autoritario, antidemocrático y, en muchos casos, represor, al mismo tiempo que su acción se veía disminuida por el nacionalismo y las visiones esquemáticas provenientes de la III Internacional. De manera paralela, en su interior se consolidaban aquellos mecanismos responsables del resquebrajamiento del nexo con la clase obrera, de la reducción de sus miembros, auspiciado por el sectarismo y el dogmatismo de un rígido estalinismo “marxista-

leninista”. El reto de eliminar estos “vicios” implicó volver a cuestionar la actividad orgánica y la línea política puestas en marcha desde 1940.

Durante 18 años el Partido Comunista Mexicano no mostró interés en ampliar su radio de acción, ni en dar importancia a sus relaciones con la clase obrera. Puede definirse mucho más su verdadera función a partir de la actitud conservadora con la que permaneció leal incluso a costa de sacrificar el número de miembros. El año de 1956, en ese sentido, significó un cambio cualitativo: por vez primera en mucho tiempo las fuerzas externas –los estallidos sociales, así como la renovación soviética– iniciaron un impacto desusual en la vida de los militantes, comenzó tardíamente una apertura que dio respiro a una organización agonizante. Las nuevas élites dirigentes que emergieron de este proceso se propusieron dar un nuevo significado al “movimiento real” y al papel del partido como la vanguardia. Trataremos de verificar si esto se llevó a buen término.

Esta crisis fue el resultado de dos ámbitos: una estructura ideológica que auspició el debilitamiento práctico del partido y otra organizativa, en la cual destacó el aniquilamiento de la actividad política bajo el peso arrasador de la jerarquía burocrática. En el XIII Congreso se reconocieron estas fallas:

Pero durante un largo período ocurrieron en el interior de nuestro Partido fenómenos negativos que obstaculizaron su desarrollo y le causaron daños; errores y desviaciones de la línea proletaria justa y en la aplicación de los principios de la vida interna, que produjeron una prolongada crisis en nuestras filas. La crisis del Partido le impidió aprovechar las formidables condiciones que existieron durante todo este período para su desarrollo entre las masas y para la organización y conducción de poderosos movimientos obreros, campesinos y populares.<sup>193</sup>

---

<sup>193</sup> PCM, XIII Congreso: *Resolución general. Encauzar a la nación por el camino democrático e independiente. Comunicado de la Comisión Política acerca del XIII Congreso*, México, Ediciones del Comité del Distrito Federal del PCM, 1960, p. 13. Archivo Personal Guillermo Rousset Banda, en adelante AGRB.

Los cambios del XIII Congreso pueden sintetizarse de esta forma: una estructura lejana y de larga duración dentro del partido –la tradición de la oposición– se combinó con una coyuntura propicia para su encumbramiento. El partido se encontró ante una verdadera crisis renovadora.

Quisiéramos comenzar nuestro estudio por el análisis de la organización antes de abordar las implicaciones del nivel ideológico. Aprovecharemos el actual capítulo para seguir la actuación de nuestros protagonistas y ver las tensiones generadas entre sí hasta el XIII Congreso. El debate sobre la organización llevado a cabo por la oposición y la dirección se convirtió en un punto crucial porque de sus resultados se derivaba la crítica hacia el pasado, la renovación del presente y la perspectiva de la estrategia a seguir. Podemos ya adelantar una limitación: la polémica se circunscribe dentro del marco teórico de lo que, en aquel entonces, se llamaba marxismo-leninismo. Bajo esta concepción, el partido era concebido como una organización jerarquizada de tipo bolchevique, con pretensiones de ser una vanguardia, entendida como la cabeza que dirige a la clase proletaria, mediante el estudio “científico” de la sociedad (el leninismo), hacia el objetivo último del socialismo. Empero, esta caracterización y otras más, igual de abstractas, podían ser interpretadas de muchas maneras prácticas. Es por eso que la discusión del centralismo democrático resultó fundamental: en ella se puede apreciar que el concepto era algo más que un axioma, también presentaba una correspondencia con las diferentes perspectivas y estrategias de nuestros protagonistas.

A primera vista, parecería que lo sucedido entre 1957-1960 fue la trama –semejante a veces a una intriga palaciega, a veces a una telenovela– de un grupúsculo disputándose el poder o dirimiendo sus diferencias personales. Esto es cierto, pero nunca hay que perder la perspectiva de fondo: las disputas ideológica y organizativa construyen un paradigma a seguir por los militantes,

de sus resultados dependió, en gran parte, el alcance y los límites de uno de los órganos de la izquierda más importantes en aquella época.

El intento de renovación iniciado en 1957 no resultaba algo nuevo. Desde 1940, varios grupos disidentes habían tratado, a su manera, de desterrar, siempre sin éxito, los vicios que engendró el poder y la doctrina en el seno del partido. ¿Qué fue, entonces, lo que produjo que en el XIII Congreso cierta oposición relevara del poder a una dirección inamovible desde 1940? Desde luego, no se trata de descalificar el gran empuje de la crítica interna. Empero, pensamos que sin las coyunturas que actuaron desde el exterior sobre el hermético Partido Comunista Mexicano (PCM), hubiera sido imposible obtener un resultado favorable. Esta es la razón por la cual es importante abordar, además de la oposición, tanto el cuestionamiento al estalinismo iniciado a partir del ya legendario informe secreto de Jruschov leído ante las delegaciones comunistas de todo el orbe en febrero de 1959, así como los movimientos sociales de México que rebatieron la línea política del partido y su actitud nacionalista. El ríspido debate acerca de la función de la organización en estas protestas sociales de fines de la década de los años cincuenta puso en duda su carácter de vanguardia.

Hemos decidido separar nuestro estudio en aquellos procesos que expliquen la dinámica interna del partido. Por una parte, la coyuntura auspiciada por los cambios realizados en la Unión Soviética. Por otra, las pugnas y las tribulaciones entre la dirección y la oposición concentrada en el Comité del Distrito Federal desde el inicio de la lucha interna en 1957 hasta el XIII Congreso de mayo de 1960. Finalmente, nos parece importante señalar los alcances de este movimiento crítico mediante el seguimiento de una oposición alternativa, la más radical, que encabezaron

algunos miembros destacados como José Revueltas, David Alfaro Siqueiros o Guillermo Rousset, militantes en su mayoría de las células Carlos Marx y Federico Engels.

En cuanto al primer tema, es necesario decir que las críticas de los altos dirigentes al sistema soviético efectuadas en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) asombraron a muchos comunistas y fortalecieron la oposición interna contra la dirección del partido. Una parte de los fundamentos reales de la práctica revolucionaria se desmoronaba: el sistema (socialista) ideal reflejaba sus contradicciones, no exentas de cierto dramatismo, que acompañaron el nacimiento de la leyenda negra del régimen de Stalin. Ciertamente, la caída de este paradigma ideológico universal propició que los militantes agrupados en la oposición concentraran más sus esfuerzos en buscar un modelo para la táctica y la estrategia en las condiciones nacionales. Las críticas al culto a la personalidad reforzaron los cuestionamientos a la democracia interna y a la relación entre la dirección con sus miembros. Se discutió la caracterización de los países latinoamericanos efectuada desde la Unión Soviética. Fue puesta en duda la definición de países coloniales, así como el objetivo de la unidad nacional a toda costa.

Existen toda una serie de razones internas y nacionales que han justificado los cambios de la organización. Lo cierto es que, a pesar de esto, resalta la extremada coherencia y exactitud programática que el PCM conservó hasta esa fecha con respecto a la política soviética. El sectarismo impregnó al PCM ya que Stalin tenía la actitud paranoica de eliminar a sus rivales ideológicos. Después de su muerte, el gran acontecimiento en la izquierda fue el tímido inicio de la aparición y la aceptación del pluralismo.

Al mismo tiempo que el modelo soviético develaba sus imperfecciones, Cuba mostraba que el socialismo no sólo consistía en un modelo importado a ultranza, sino, además, resultaba una

concepción que podía adaptarse y modificarse a las condiciones de cada país. La Revolución Cubana fomentó el resurgimiento del internacionalismo proletario y el antiimperialismo, pero al mismo tiempo ayudó a pensar por cuenta propia a la izquierda mexicana. Tanto el proceso de desestalinización como la aparición de otras alternativas como la de Cuba y la de China abrieron un espacio favorable para el movimiento crítico en contra de una dirección del partido empeñada en refugiarse en un pasado insostenible ante el nuevo contexto internacional.

El segundo y tercer temas han sido delimitados a partir de la diferencia entre dos grupos. Por una parte, una corriente crítica iniciada en el Comité Central y difundida hacia la mayoría de los órganos de base en el Distrito Federal. Ésta propuso, a la larga, una estrategia de cambio gradual y de conciliación con la dirección nacional. Su actividad resultó ser decisiva en el relevo del mando. Por otra parte, un conjunto de células, caracterizadas por su radicalismo – encabezadas por José Revueltas– justificado en buena parte por la ineficiencia histórica de la organización, las cuales pretendieron legitimarse en las bases y no en el aparato, terminaron siendo expulsadas del partido unos meses antes del XIII Congreso.

La separación de estos apartados también corresponde a dos tipos distintos de documentos. En algunos se puede apreciar un proceso de transformación gradual y sin trabas donde los miembros del Comité del Distrito Federal sustituyeron a la dirección. Los otros develan cómo, paralelamente a este proceso, se estableció una competencia por el poder, reaparecieron los mecanismos autoritarios amparados bajo la consigna del centralismo democrático, así como el aniquilamiento de toda discusión. La mutación desplegada entre 1957 y 1960 fue controlada y dirigida desde arriba, a pesar de la presión ejercida por las bases.

## 2. *El Informe Secreto.*

El debate sobre la organización llevó a poner en entredicho la experiencia pasada para reformular la forma de actuación del partido. También intentó dilucidar cuál era la interpretación correcta para su buen funcionamiento. En los dos aspectos resultó decisivo el cuestionamiento del estalinismo soviético porque señalaba las deformaciones en la concepción del centralismo democrático que el XIII Congreso definió como sigue:

Artículo 19. La estructura orgánica del Partido se rige por el principio del centralismo democrático. El centralismo democrático conjuga de modo dialéctico el centralismo de la dirección con el amplio democratismo de las masas del Partido, la férrea disciplina con la iniciativa creadora de todos los militantes, el derecho de cada comunista a examinar libremente todas las cuestiones planteadas por el Partido con la obligación de aplicar estrictamente las resoluciones de los organismos.<sup>194</sup>

El 25 de febrero de 1956, una vez terminado el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), Nikita Jruschov –Secretario General– develó en sesión no programada los métodos autoritarios de José Stalin. Este informe “secreto” titulado, *Sobre el culto a la*

---

<sup>194</sup> Es interesante señalar los 2 párrafos que siguen en el documento porque en el primero se indica la posibilidad de ejercer ciertas decisiones democráticas a partir de la participación del conjunto de los miembros del partido representados en los congresos. Sin embargo, el segundo expone con claridad la argumentación predilecta de las direcciones en el poder para eliminar toda posibilidad de un movimiento crítico o democrático. El rígido sistema jerarquizado abrió la posibilidad para la captura de la organización efectuada por las élites en el poder. Lo interesante de este apartado es el relato de cómo –a partir del cuestionamiento de los métodos de organización y dirección estalinistas– se generó una coyuntura desde el exterior que difundió un clima desusual en el partido favorable a la puesta en duda de la autoridad. Estos párrafos son:

c) Obligación de los órganos del Partido de informar periódicamente en el siguiente orden: todo organismo de dirección electo, desde el Comité de Célula hasta el Comité Central responden y rinden cuentas de su gestión ante los Congresos o asambleas que los eligieron e informan periódicamente de su actividad ante los organismos que de ellos dependen; todas las comisiones designadas para atender determinados frentes de trabajo responden y rinden cuentas ante el organismo que las designó; las organizaciones inferiores del Partido deben dar cuenta de su gestión periódicamente, a las superiores y pedir con tiempo a éstas sus directivas en las cuestiones cuya solución dependa de las mismas,

d) Disciplina estricta del Partido. Las decisiones del Partido deben cumplirse incondicionalmente. El miembro del partido tiene el deber de someterse a la organización del Partido, la minoría a la mayoría, las organizaciones inferiores a las superiores, todas las organizaciones del Partido, al Congreso Nacional y al Comité Central. PCM, *Estatutos del Partido Comunista Mexicano aprobados por el XIII Congreso Nacional Ordinario, apartado III, 1960.* AGRB.

*personalidad y sus consecuencias*, por una parte, sorprendió a muchos de los participantes y, por otra, abrió una esperanza para todos aquellos militantes insatisfechos con la disciplina partidaria. Lo que allí se narró en buena medida resultó ser el drama que afectó a la mayoría de los partidos comunistas de todo el mundo, agravado en los llamados países socialistas por la represión que ejercieron las organizaciones mediante el monopolio del Estado.

Sin embargo, no sólo fue el terror, admite Jruschov, sino también una serie de cualidades, las razones que indujeron a muchos soviéticos a aceptar el estalinismo. Después de todo, este líder había demostrado ser “uno de los militantes marxistas más destacados”, había eliminado a la oposición emergente de la Revolución Rusa y sobre todo se presentaba como el gran forjador de la industrialización, de la colectivización, así como de la revolución cultural.<sup>195</sup>

A pesar de estas ponderaciones –que al mismo tiempo servían para justificar la colaboración de los dirigentes soviéticos con el estalinismo–, el discurso develó la manera en que los mecanismos partidarios y burocráticos se pusieron al servicio de un hombre y aplastaron cualquier iniciativa individual.

En el informe se demostró cómo el despotismo definió el método que caracterizó a Stalin. En primer término, estableció un mandato personal ubicado por encima de los órganos institucionales y legales. Por ejemplo, suprimió la discusión colectiva de los acontecimientos más relevantes mediante uno de sus procedimientos predilectos: ejecutar medidas burocráticas para eliminar la democracia. De esta forma, sabotó la continuidad de las reuniones más importantes para la toma de decisiones y pasaron así 18 años entre la realización del XVII y XVIII

---

<sup>195</sup> Nikita Kruschef, “El discurso secreto de Kruschef”, *Kruschef recuerda*, Madrid, Santillana, 1970, p. 618.

Congresos.<sup>196</sup> Demoró las sesiones del Comité Central y se impuso sobre el Buró Político mediante medidas administrativas.<sup>197</sup>

En segundo término, menciona Jruschov, Stalin eliminó mediante el asesinato a toda posible competencia u oposición que no fuera incondicional. Por eso se encargó de suprimir a la mayoría de los militantes más críticos e importantes, contemporáneos de Lenin. De los 139 miembros elegidos para el Comité Central en el XVII Congreso celebrado en 1934, 98 fueron acusados y fusilados. De los 1966 delegados, 1108 fueron arrestados y enviados a campos de concentración. Todos estos miembros fueron expulsados del Comité Central pasando por alto los estatutos leninistas de XVII Congreso.<sup>198</sup>

En tercer término, comenta el secretario del PCUS en su documento, la ideología constituyó el medio escogido para llevar a cabo las expulsiones, las acusaciones y los asesinatos. Cualquier persona que entrara en oposición o posición diferente a la de Stalin, era acusada de ser un “enemigo del pueblo”<sup>199</sup> o bien un espía y saboteador.<sup>200</sup> De esta manera la ideología se convirtió en un instrumento burocrático y del poder personal, en vez de ser una guía moral o científica.

En cuarto término, la prueba que inculpaba al acusado era casi siempre la confesión firmada, obtenida mediante la tortura o el chantaje.

---

<sup>196</sup> *Ibid.*, pp. 577-579.

<sup>197</sup> *Ibid.*, p. 619.

<sup>198</sup> *Ibid.*, pp. 579-585.

<sup>199</sup> *Ibid.*, p. 573.

<sup>200</sup> *Ibid.*, p. 579.

Según Jruschov, Stalin transformó al régimen en una estructura de intolerancia opuesta totalmente a los métodos más democráticos de Lenin.<sup>201</sup> Rompió con sus principios de colegialidad.<sup>202</sup> Sustituyó la participación colectiva y el debate ideológico por la violencia administrativa, la represión y el terror masivo. Las sesiones de los partidos se burocratizaron y los informes se leían por escrito bajo una línea preestablecida.<sup>203</sup>

Por último, para el individuo cotidiano y el militante, señala el informe secreto, se generó un ambiente de incertidumbre y desconfianza; la doctrina se convirtió en un aparato que suprimía la libertad de pensamiento porque tenía que ser aceptada como un acto de fe. La estructura del partido y de la burocracia se impusieron sobre las libertades individuales.<sup>204</sup> Las consecuencias fueron claras: un sistema paranoico fomentó la baja de la productividad y la aniquilación de toda iniciativa individual a causa del miedo.<sup>205</sup>

### *3. El Comité del Distrito Federal contra la Dirección Nacional: ¿Enfrentamiento de una oposición crítica o lucha por el poder?*

La principal consecuencia de este cambio en la URSS resultó ser el debilitamiento del poder de la dirección del PCM. Por vez primera su actuación no se encontraba respaldada por la ideología o la moral para emplear sus acostumbradas medidas autoritarias como la expulsión. La crítica formulada desde arriba en 1956 avalaba de alguna manera la tendencia hacia el cambio, como lo reconoció el XIII Congreso: “Esta reunión nacional reconoce que a raíz de la celebración del XX

---

<sup>201</sup> *Ibid.*, pp. 572-573 y 592.

<sup>202</sup> *Ibid.*, pp. 567 y 622.

<sup>203</sup> *Ibid.*, p. 615.

<sup>204</sup> *Ibid.*, p. 590.

<sup>205</sup> *Ibid.*, p. 615.

Congreso y con la ayuda de sus Resoluciones muchos cuadros de dirección y una parte de la base del partido pudieron encontrar el camino que buscaban para impulsar el examen autocrítico de nuestros errores y la aplicación de las urgentes rectificaciones”.<sup>206</sup> La dirección representaba lo “viejo” y se constituía en un problema que no encuadraba dentro de la línea del PCUS. A pesar del intento conciliatorio efectuado por el grupo dirigente en el Pleno del 1 al 4 de diciembre de 1956, se debilitarían las relaciones en forma paulatina.

Este primer golpe no impidió que el Comité Central aplicara el silencio y la distancia como los recursos alternativos para ejercer su autoritarismo. Se opuso a cualquier medida práctica tendiente a llevar a cabo las resoluciones de la reunión plenaria de 1956.<sup>207</sup> Mientras tanto, una cantidad cada vez mayor de militantes reclamaba el retorno de una actividad que restituyera la voz pública a las bases marginadas, enmudecidas por la inamovilidad de una maquinaria despedazadora de conciencias.

### *3.1. Un acontecimiento sin precedentes: la recuperación de la crítica y la participación de las bases.*

El inicio de la lucha interna comenzó formalmente en la Conferencia Regional del Partido Comunista Mexicano (PCM) en el Distrito Federal efectuada entre los meses de agosto y septiembre de 1957. Poco antes se habían manifestado una serie de hechos que indicaban la reticencia de la élite en el mando a continuar con el proceso de transformación orgánica. Por una

---

<sup>206</sup> PCM, *XIII Congreso ...*, op. cit., pp. 14-15.

<sup>207</sup> “[...] pero con su actitud posterior demostró que los acuerdos de esa reunión tenían un carácter puramente formal toda vez que en lugar de que la dirección encabezara la lucha por los cambios profundos que eran necesarios al Partido, la mayoría de los integrantes del Comité Central se opuso a ellos al intentarse su aplicación práctica”. *Ibid.*, p. 15.

parte, aunque durante el pleno de mayo la dirección aprobó “en sus lineamientos generales” el informe encomendado desde 1956 relativo a *La lucha interna en el Partido durante los años 1939 a 1948*, obstaculizó su distribución durante cinco meses y sólo la llevó a cabo en forma limitada.<sup>208</sup> Por otra parte, cuando algunos miembros del Comité del Distrito Federal se atrevieron a criticar ciertas prácticas cotidianas de los miembros de la dirección, la autoridad propuso su amonestación. Esto lo planteó muy bien en una entrevista uno de los integrantes de la oposición, militante de la célula Federico Engels quien llegó a ser Secretario de Organización en el Distrito Federal:

Bueno, esta oposición se empezó a configurar a mediados del año de 1957 cuando varios cuadros del Comité del Distrito Federal, Alejo Méndez, Edelmiro Maldonado, y otros empezaron a hacer unas críticas a la dirección del Partido y a los miembros del Comité Central de tipo exclusivamente orgánica. Por decir algo, sí Terrazas utilizaba una camioneta, etc. [...] de veras una crítica superficial aunque justa. Como esto se manifestó, el Comité Central planteó que se debía sancionar y como estaba convocada una Conferencia del Distrito Federal ahí se trasladó este asunto para sancionarlos.<sup>209</sup>

La Conferencia fue un verdadero acontecimiento sin precedentes. Por primera vez en muchos años las bases participaban activamente en la vida política del partido. Cuestionaron el diletantismo de la dirección y bloquearon la decisión de sancionar a los compañeros que habían formulado las observaciones en su contra.<sup>210</sup> Ante la entusiasta actitud de la mayoría, algunos miembros de la dirección, como Arnoldo Martínez Verdugo, decidieron integrarse a este movimiento crítico.

---

<sup>208</sup> PCM, *La lucha interna en el Partido durante los años de 1939 a 1948. Características principales. Informe al pleno de mayo del Comité Central sobre el segundo punto del orden del día*, 1957, 104 páginas, CEMOS, Caja 28, Fondo 14.

<sup>209</sup> *Entrevista efectuada a Guillermo Rousset Banda por Andrea Revueltas y Philippe Cheron*, 1990.

<sup>210</sup> PCM, *Resolución de la Conferencia del Partido Comunista Mexicano en el Distrito Federal. 11-23 agosto al 2- 29 de septiembre de 1957*, p. 3, Centro de Estudios para el Movimiento Obrero y Socialista, en adelante CEMOS, Caja 28, Fondo 8.

En la Conferencia la oposición no sólo logró ser escuchada, sino que planteó las principales problemáticas que afectaban la vida del partido. Allí se imputó a las deficiencias teóricas y educativas la responsabilidad de la política errónea del pasado: “la deficiente construcción ideológica es la causa fundamental del estado que guarda nuestro Partido, cuya característica esencial es su débil arraigo de masas [...] los errores cometidos [...] se derivan de la defectuosa unión de los principios generales del marxismo-leninismo con la práctica concreta de la lucha revolucionaria [...] de la falta de unión de la teoría con la práctica, del enfoque deficiente de los problemas concretos”.<sup>211</sup> También se mencionó la carencia de un vínculo con el exterior. El partido se había dedicado más a las purgas internas que en representar los intereses de los trabajadores. Por esto se señaló el carácter insuficiente de su papel como vanguardia.<sup>212</sup> Además, los participantes a esta reunión se refirieron a la falta de democracia en la medida en que se “ha casi eliminado la lucha de ideas y la participación de la base” al tiempo que “los métodos del aniquilamiento de cuadros no han sido removidos”.<sup>213</sup> Se exigió a la Comisión Política que citara a un Pleno ampliado del Comité Central en un plazo máximo de un mes, para que, a su vez, se convocara a un Congreso Extraordinario en el primer trimestre del siguiente año con el fin de debatir y dar solución a las principales dificultades de la organización.<sup>214</sup>

El informe sobre las pugnas internas en el pasado (1939-1948) dado a conocer en la Conferencia fue calificado de superficial por muchos miembros de la oposición. Sin embargo, éste ya reconocía cuando menos algunas de las principales deficiencias de la dirección. Además de los errores ideológicos, se aceptaron algunos desaciertos en el funcionamiento del aparato. Por

---

<sup>211</sup> *Ibid.*, pp. 6-7.

<sup>212</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>213</sup> *Ibid.*, pp. 10-11.

ejemplo, se explicaba cómo en el Congreso Extraordinario de 1940 (donde Dionisio Encina sustituyó a Valentín Campa y a Hernán Laborde) se había adoptado una línea política pero bajo métodos antidemocráticos: el Congreso se había preparado sin consultar a las bases y sin difundir y explicar los nuevos principios. Además se hablaba de las injustas expulsiones que se habían realizado a partir de las depuraciones colectivas.<sup>215</sup> Claro está, se precisó que éstas se llevaron a cabo inspiradas en la doctrina de Stalin, la cual consideraba como una actitud oportunista resolver la lucha interna en el marco ideológico; bastaban los adjetivos calificativos y acusar de provocadores a aquellos que se atrevían a diferir de las autoridades del partido o de la ideología hecha doctrina.<sup>216</sup> La jerarquía en el mando aceptó en 1957 que “en lugar de conducir la lucha interna en el terreno ideológico separando todo lo personal, en este período la dirección del Partido se limitó a la adopción de medidas organizativas, que resolvían sólo aparentemente los problemas quedando sin solucionar cabalmente los problemas ideológicos”.<sup>217</sup>

### 3.2. *El problema de la burocracia.*

Es por eso que en la resolución de la Conferencia se llegó a concluir que el partido “actuó en función de las tareas internas para mantener un aparato superior a sus posibilidades, contribuyó a que el Comité del Distrito Federal cayera en agudo burocratismo y agravara el aislamiento de las masas en que nos hemos mantenido desde hace tiempo”.<sup>218</sup> En pocas palabras, la burocracia se había expandido y jerarquizado anormalmente con relación a una organización insignificante en el

---

<sup>214</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>215</sup> PCM, *La lucha interna ...*, *op. cit.*, pp. 22-23.

<sup>216</sup> *Ibid.*, pp. 82-83.

<sup>217</sup> *Ibid.*, p. 80.

<sup>218</sup> PCM, *Resolución ...*, *op. cit.*, p. 9.

nivel numérico y desparramada en este y aquel lugar en el interior del país.<sup>219</sup> ¿Cuál era la lógica que causaba el ensanchamiento de esta masa parasitaria y aparentemente sin sentido? Al respecto, nuestro confidente nos proporciona una pista:

La comprensión de estos asuntos requiere tratar la estructura burocrática del partido comunista. En los años 57 a 61, el funcionamiento orgánico del PC de ninguna manera correspondía a los estatutos ni a los principios leninistas de organización, porque de hecho tanto en la República como en el Distrito Federal el funcionamiento celular era mínimo. Por decir algo, casi en ninguna parte de la República existía funcionamiento celular, ni aquí en el Distrito Federal. De hecho, aquí en el Distrito Federal sólo funcionaban unas seis células cuando mucho; los demás eran miembros del partido, pero servían para los mítines, las marchas o para cualquier otra cosa, igual que podría ser en el Partido Acción Nacional o el Partido Revolucionario Institucional, o lo que sea. En momentos de plan (de veras?) riguroso no existía, tanto que Lazcano me dijo en una ocasión que ser miembro del Partido era cotizar, comprar *La Voz de México* y acudir cuando se les llamaba para los proyectos; y con esto está dicho todo. No obstante, el partido tenía una estructura burocrática que corresponde solamente a los partidos de masas, como el francés o el italiano, es decir, había el nivel celular, el nivel estatal, el nivel del Distrito y el nivel de la dirección. Realmente para los pocos que éramos, todo esto con el nivel celular y de la dirección bastaba. Pero había todos esos cuadros intermedios. Estos intermedios también tenían una función: una función impermeable para que la dirección pudiera hacer y deshacer porque estaban filtradas todas esas cosas. Ese era el sentido fundamental y no que fueran necesarias. [...] Por otro lado, el método de la dirección era el centralismo burocrático leninista que, como discutí muchas veces con Revueltas no es que fuera malo en sí mismo, sino que para que el centralismo democrático –como ellos lo llamaban– funcionara como tal se requería pura gente honesta, cuestión que no se puede garantizar, de otro modo se convierte en una barrera impermeable para la protección indefinida de la burocracia.

Este método, por un lado, imposibilitaba a la crítica, cualquier tentativa de reforma. Desde luego, el partido no era reformable pero en fin, aceptando sin conceder que había posibilidades, generaba por otro lado grupos fraccionales que era la única manera que tenían de operar dentro de esta estructura.<sup>220</sup>

### 3.3. *Un ejemplo de la burocracia al servicio de la doctrina: las elecciones y la dirección.*

---

<sup>219</sup> Según un informe efectuado en 1957, en el Distrito Federal había 37 células y 168 miembros, el 51% del partido había canjeado su carnet. Podemos suponer que el número total de militantes era de casi 340. ¿Cuántos participaban realmente y cuáles eran los criterios para considerar a alguien como miembro activo? Es una pregunta difícil de responder. *Informe del Comité del Distrito Federal a la Comisión Nacional de Organización sobre el estado que guarda nuestro partido en el Distrito Federal y sobre el canje de carnet*, 5 de mayo de 1957, CEMOS, Caja 28, Fondo 4.

<sup>220</sup> Entrevista efectuada a Guillermo Rousset ..., *op. cit.*, 1990.

Otro punto importante debatido en la Conferencia fue el de las próximas elecciones presidenciales del país. Ahí se manifestaron tres posiciones. Una apoyaba la abstención, otra la candidatura de Adolfo López Mateos y la última se pronunciaba por una independiente. Esta última opción impulsada por Siqueiros resultó ser la que escogió la mayoría. Tanto Revueltas como Siqueiros formularon en esta reunión varias observaciones al punto de vista del Comité Central. El primero, además de rechazar su actitud nacionalista bajo la que había sometido el criterio electoral en el pasado, se preguntaba si tenía caso participar en este proceso cívico con un partido desestructurado.<sup>221</sup> Pese a estas observaciones, al mes siguiente, el 6 de octubre, el PCM llamó a una gran convención de fuerzas populares para elaborar un programa y postular un candidato a la presidencia. Ese mismo día Siqueiros denunciaba la demora del partido –retomando la reclamación de las bases en la Conferencia– en la participación electoral.<sup>222</sup> Finalmente y a pesar de haber establecido contacto desde octubre con el Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM), compuesto por ex-miembros del PCM, la aversión de la dirección hacia éstos provocó el fracaso de una candidatura conjunta de la izquierda.<sup>223</sup> Hasta febrero de 1958 el partido formuló y publicó su programa electoral y el 15 del mismo mes postuló a Miguel Mendoza como candidato independiente a la presidencia.<sup>224</sup> En los últimos meses del año, la oposición atacaría

---

<sup>221</sup> José Revueltas, “El sentido real de una línea política”, *Escritos políticos I, Obras Completas, vol. 12*, México, Ediciones Era, 1984, p. 150.

<sup>222</sup> David Alfaro Siqueiros, *Justificación pública del discurso que pronuncié contra la imposición “tapada” y nuestros deberes de comunistas frente a ella, en el mitin conmemorativo del 38 aniversario del Partido Comunista Mexicano*, 6 de octubre de 1957, p. 10, CEMOS, Caja 28, Fondo 9.

<sup>223</sup> Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México, Ediciones Era, 1996, p. 215.

<sup>224</sup> El programa electoral pugnaba por la defensa económica y política de la nación (pp. 6-8); el mantenimiento y consolidación de la paz (pp. 8-9); la democratización del régimen político (pp. 9-10); la defensa de los intereses de la clase obrera, de su derecho de huelga y por el sindicalismo independiente y, por último, las demandas campesinas como la Reforma Agraria, PCM, *Programa electoral del Partido Comunista Mexicano*, febrero de 1958, CEMOS, Caja 29, Fondo 3.

todas las obstrucciones creadas por la Comisión Política y su diletancia argumentada a partir de la expectativa nacionalista de la postulación de un candidato cardenista.<sup>225</sup>

Al finalizar el año de 1957 parecía que el grupo de Dionisio Encina se plegaba ante la crítica abrumadora de las bases, aglutinadas en torno al Comité del Distrito Federal, las células Carlos Marx y Federico Engels. En la reunión plenaria de octubre-noviembre, el Comité Central –ya dividido– incorporaba en sus resoluciones las proposiciones de la Conferencia. Reconocía su diletantismo y la obstrucción de la Comisión Política –instrumento ejecutivo de la dirección Nacional– puesta a la publicación de las resoluciones de la Conferencia en el periódico de la organización.<sup>226</sup> Aceptó las violaciones a la democracia interna y acordó iniciar la discusión de los problemas en el ámbito nacional.<sup>227</sup> Se convino en respetar el acuerdo de efectuar un Congreso Extraordinario para el mes de mayo del siguiente año.

### *3.4. La dirección y la oposición frente a los movimientos sociales.*

En 1958 se llevaron a cabo tres sesiones plenarias (enero, febrero y mayo) y una Conferencia (noviembre-diciembre), las cuales fueron testigos de la intensificación de la lucha interna. Por una parte, la dirección reinició su actividad para mantener el poder y utilizó al aparato burocrático como su arma principal. La agudización de las luchas sociales –particularmente la de los maestros y la de los ferrocarrileros– desbordó la política oficial de unidad practicada por los líderes “charros” y la dirección del PCM. Sólo después de un buen tiempo y presionada por los triunfos,

---

<sup>225</sup> J. Encarnación Pérez, *Acerca de la situación política actual y las tareas de los comunistas mexicanos, noviembre-diciembre de 1958. Informe a la Conferencia del Partido Comunista Mexicano*, pp. 37-41, AGRB.

<sup>226</sup> *Resumen de los problemas políticos más importantes, de las resoluciones del Pleno del Comité Central celebrado los días del 22 de octubre hasta noviembre de 1957*, p. 2, CEMOS, Caja 28, Fondo 12.

<sup>227</sup> *Ibid.*, pp. 4-5.

ésta cambió su actitud conciliadora hacia el apoyo franco a las protestas. Trataría de utilizar esta coyuntura para recuperar su prestigio político. Por otra parte, fue la oposición quien mantuvo la iniciativa de solidarizarse con los trabajadores. Al principio denunció la táctica de unidad del Comité Central y después su demagogia. También luchó en la Conferencia contra los actos autoritarios del Comité Central dirigidos a apropiarse de los espacios ganados por la crítica.

Ahora bien, la dirección había decidido apoyar la política de unidad nacional y sindical en evidente desfase con respecto a las luchas sociales. Tal vez pensaron que los movimientos –el del magisterio y el ferrocarrilero– terminarían derrotados. Por ejemplo, Dionisio Encina descalificó al movimiento de los maestros caracterizándolo como una protesta anarquizante.<sup>228</sup> El testimonio de nuestro protagonista y testigo de los acontecimientos, refiriéndose al plantón efectuado en la Secretaría de Educación Pública por el Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM),<sup>229</sup> muestra muy bien cual era la actitud de la oposición dentro y fuera del partido con respecto a las luchas y la unidad sindical:

Pero también se produjo el movimiento del magisterio contra los dirigentes charros encabezados por W. Sánchez, y cuyo dirigente principal era Othón Salazar. Se verificó un mitin en el hemicycle a Juárez, un mitin del magisterio (?), en donde Mónico Rodríguez miembro destacado del partido, de la oposición, y por las múltiples cuestiones que había sufrido un verdadero héroe del partido, planteó en ese mitin que se ocupara la Secretaría de Educación, y la fueron a ocupar. Durante este acontecimiento Juan Pablo Sáenz, que era un miembro del magisterio y del Comité Central del partido, y otros fueron a decirles a los maestros que abandonaran la Secretaría de Educación y se arreglaran con W. Sánchez. Y llevaron *La Voz de México* con algunos artículos en este sentido. La gente los corrió de ahí, quemaron *La Voz de México* y, contra las predicciones de la dirección del partido en el sentido de que esto estaba destinado al fracaso, el movimiento se ganó. Entonces ellos

<sup>228</sup> Carr, *op. cit.*, p. 218. Sin embargo, es necesario señalar la falta de uniformidad dentro de la Dirección Nacional: el 29 de mayo –9 días después de las declaraciones de Encina– la Comisión Política publicaría un volante llamando a solidarizarse con los maestros. Comisión Política del Comité Central del Partido Comunista Mexicano, *Es necesario rodear de mayor solidaridad a los maestros* (firmado por Encarnación Valdés), 29 de mayo de 1958, CEMOS, Caja 20, Fondo 7.

<sup>229</sup> Plantón iniciado el 30 de abril, con motivo de la marcha realizada por los padres de familia. Gerardo Peláez, *Historia del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1984, pp. 89-90.

planteaban, Encina en concreto, el asunto de la unidad sindical. Bueno, es cierto que se requiere la unidad sindical, ¿pero con quienes? Digo, la unidad sindical con los charros, pues está muy problemática, ¿verdad? Entonces Virginia Gómez Cuevas y yo hicimos un documento acerca de eso. Planteamos que unidad sindical sí, pero no con los charros [...] y ese documento se publicó en el boletín del Distrito, fue la primera crítica que se hizo en el partido a Encina. Antes nadie se había atrevido a criticar al Secretario General y menos por escrito.<sup>230</sup>

El 8 de julio se volvería a repetir la misma historia, esta vez dentro del movimiento ferrocarrilero. Tras la renuncia del Comité Ejecutivo del sindicato, la Comisión Política del PCM propuso apoyar a los suplentes antivallejistas.<sup>231</sup> De nuevo aquí hallaron el rechazo total de los trabajadores y de la organización del Distrito Federal.<sup>232</sup> En agosto el Comité del Distrito Federal fue más allá y convocó a una conferencia sindical donde definió su táctica: “unidad de acción con los dirigentes si es posible, sin ellos o contra ellos si es necesario, pero siempre con los trabajadores”.<sup>233</sup>

La victoria de los maestros, el ascenso del movimiento ferrocarrilero y el trabajo de la disidencia presionaron a la dirección al cambio de postura y hacia mediados de julio terminaron apoyando la táctica de enfrentamiento con el gobierno. Un poco antes su política reaccionaria había reforzado la tesis de Revueltas, quien cuestionaba al partido como vanguardia.<sup>234</sup> Las

---

<sup>230</sup> *Entrevista efectuada a Guillermo Rousset ..., op. cit., 1990.*

<sup>231</sup> Sustitutos del antiguo líder “charro”, Samuel Ortega, este grupo –encabezado por Salvador Quesada Cortés– fue la alternativa que apoyó el gobierno para reconquistar el sindicato. Empero fue neutralizado por el empuje de los ferrocarrileros y la solidaridad de la sección IX del Sindicato de Maestros y del Sindicato Mexicano de Electricistas. José Luis Reyna, “El conflicto ferrocarrilero: de la inmovilidad a la acción”, en *El afianzamiento de la estabilidad política, Historia de la Revolución Mexicana, 1952-1960*, México, El Colegio de México, 1988, pp. 183-185.

<sup>232</sup> Carr, *op. cit.*, p. 218.

<sup>233</sup> Alejo Méndez, “Por la renovación del partido”, en Arnoldo Martínez Verdugo (Ed.), *Historia del comunismo en México*, México, Editorial Grijalbo, 1985, p. 249.

<sup>234</sup> Encina mismo aceptaba que el Partido jugaba un débil papel de vanguardia. José Revueltas, “La disyuntiva histórica del Partido Comunista Mexicano”, *Escritos políticos II, Obras Completas, vol. 13*, México, Ediciones Era, 1984, pp. 54-57.

autoridades de la organización trataron de aprovechar este giro para demostrar exactamente lo contrario. Caracterizaron la agitación ferrocarrilera como un movimiento politizado por las ideas socialistas recibidas gracias a la labor del partido.<sup>235</sup> La oposición denunció en la Conferencia de noviembre-diciembre de 1958 esta posición oportunista del grupo dirigente.

Es necesario señalar que la iniciativa de ruptura con la unidad sindical no provino de la izquierda organizada. Fue retomada por la oposición sólo después de que los trabajadores dieron el ejemplo. Las protestas se vincularon con la lucha interna mediante un objetivo común: unos en contra del autoritarismo sindical y estatal, otros en contra del autoritarismo doctrinario del Comité Central. ¿Dónde estaba entonces la vanguardia? Resulta claro que para este período la perspectiva leninista es por completo insuficiente para delimitarla. Tanto afuera como adentro resplandecían destellos de una conciencia de clase interactuante, donde resultaba difícil discernir cual era el factor determinante y cual el determinado. La concepción acerca de los sindicatos sería cambiada definitivamente a mediados del siguiente año.

### *3.5. Una falla estructural en la organización: la autoridad sustituye a la reflexión.*

Además de esta estrategia oportunista, la dirección intentó reprimir y detener el movimiento crítico. En el pleno de enero del año de 1958, el Comité Central aprovechó para posponer el anunciado Congreso Extraordinario. Reinició, para colmo, las viejas prácticas de sanción. En noviembre destituyó a los miembros del consejo editorial del periódico *La Voz de México*, Manuel Terrazas, Gerardo Unzueta y José Montejano.

---

<sup>235</sup> Pérez, *op. cit.*, pp. 3-6.

En un artículo publicado en *La Voz de México*, “La debilidad esencial del movimiento revolucionario de México” (núm. 1665), Unzueta reconocía el bajo nivel teórico y la nula discusión como una de las causas principales de la decadencia orgánica. Al respecto, nuestro narrador de la célula Engels señala cómo este problema llegaba, incluso, a los cuadros más altos de la dirección.<sup>236</sup>

Gerardo Unzueta [...] era reportero e hizo un artículo que se publicó en *La Voz de México* sobre los miembros del Comité Central donde se precisa que los miembros del Comité Central del partido de la fracción encinista no había ninguno siquiera que hubiera leído un libro importante de Marx, y otros detalles por el estilo [...] Lo que digo no es infundado. Más adelante meses después, el Comité Central hizo un círculo de estudios para sus miembros donde asistían Terrazas, Maldonado, Unzueta, Verdugo y otros más y en donde pues como mi esposa participaba Lucy. Bueno, en este círculo no eran capaces siquiera de leer a Konstantinov [...] yo lo daba.<sup>237</sup>

Esta descripción induce a plantear dos problemas. El primero consiste en cuestionarse cómo pretendía este órgano de la izquierda enfrentarse al Estado y a la burguesía en esas lamentables condiciones de preparación teórica. ¿Cómo pretendía fungir como la vanguardia de intelectuales científicos preparados para guiar a las clases necesitadas hacia el esplendoroso camino del socialismo?

Encontramos la respuesta en la función que cumplió el conocimiento hasta esta fecha. Este es el segundo problema. El conocimiento fue concebido como una doctrina cuando menos hasta 1956 porque el partido estuvo mucho más preocupado en el control y en la autoafirmación del estalinismo que en establecer vínculos con los trabajadores, para lo cual hubiera sido necesario esquivar los esquemas y emprender un verdadero estudio de las necesidades históricas. Pero la fe

---

<sup>236</sup> La célula Federico Engels se componía hasta el 2 de abril de 1958 de los siguientes miembros: Virginia Angélica Gómez, Leonel Duran, Juan Brom, Ernesto Prado, Marcela Ocampo, Guillermo Rousset, Francisco Guerrero Garro, Javier Aguilar Villalobos y Bernardo Bader. Es necesario considerar que esta sólo es la lista formal de los registrados. *Relación de miembros al 2 de abril de 1958*, CEMOS, Caja 29, Fondo 11.

ciega que endiosaba a la autoridad tenía varias funciones: suprimir toda crítica que cuestionara al dogma; eliminar todo intento de respuesta democrática de la base que alterara las jerarquías establecidas; garantizar la incondicionalidad hacia la Unión Soviética. La dirección misma trataba de recuperar un pasado que había criticado parcialmente bajo la presión de los cambios del PCUS.<sup>238</sup> ¿Qué importaba si el partido se preservaba en una realidad aparte y se sacrificaba el nexo con las clases si, en cambio, lograba mantener el control y el poder? La ignorancia constituyó parte del dominio de los soviéticos sobre el Comité Central amaestrado bajo un verdadero adoctrinamiento, de la misma forma que fue un instrumento del grupo encinista para apoderarse de la organización. La actividad pensante y crítica fue marginada porque contradecía la lógica del partido. En estas condiciones es válido preguntarse: ¿Hasta qué punto podemos identificar a la izquierda –pretendido movimiento libertario– con este socialismo real y los partidos comunistas? Para reafirmar esta tautología doctrinaria se utilizaba el mecanismo de expulsión como el medio más efectivo de aniquilamiento. El argumento predilecto que encajaba mejor en la doctrina consistía en la conservación de la unidad. En realidad, todo esto desembocó en las sucesivas fragmentaciones del Partido Comunista. La exclusión de la conciencia fue acompañada de la exclusión del debate. La expulsión se constituyó en la vía autoritaria por la cual el dogma se impuso sobre el consenso colectivo. Tal era la lógica contradictoria que acompañó durante un largo tiempo a la organización.

---

<sup>237</sup> *Entrevista efectuada a Guillermo Rousset ..., op. cit., 1990.*

<sup>238</sup> Se aceptó en la revisión del pasado que la Dirección Nacional había cometido violaciones al centralismo democrático, sustituido la discusión por medidas disciplinarias y violado los principios estatutarios. PCM, *La lucha interna ..., op. cit., p. 73.*

### 3.6. La oposición gana terreno dentro de la organización.

En 1958 el partido presentaba ya otro semblante. Los movimientos sociales se encontraban en la cumbre contaminando a los militantes con su entusiasmo renovador. Las bases no titubearon en denunciar y reclamar la nueva embestida autoritaria del grupo que rodeaba al Secretario General. En la Conferencia de noviembre-diciembre, J. Encarnación Pérez –dirigente del magisterio y miembro del Comité Central disidente– denunció la postergación de la dirección en su tarea de postular el candidato a la presidencia, así como la obstrucción para efectuar la consulta nacional necesaria para tomar una decisión democrática.<sup>239</sup> Se le reclamó no debatir los grandes problemas nacionales y sabotear el proyecto de unificación con el Partido Obrero Campesino Mexicano.<sup>240</sup>

Las resoluciones de esta Conferencia fueron categóricas. La mayoría de los militantes repudió las expulsiones arbitrarias y rechazó los ataques de la dirección a la nueva tesis sindical elaborada por el Comité del Distrito Federal.<sup>241</sup> Se exigió abrir el periódico para la exposición de todas las ideas. Así mismo, se pidió la restitución de su puesto a los compañeros despedidos.<sup>242</sup> Se planteó cambiar la sede del Congreso al Distrito Federal (Torreón era la propuesta de Encina pues ahí conservaba el mayor número de simpatizantes). Finalmente, se emitió un voto de

---

<sup>239</sup> Pérez, *op. cit.*, pp. 36-37.

<sup>240</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>241</sup> *Resolución de la Conferencia del Partido Comunista Mexicano en el Distrito Federal: acerca de las irregularidades en la preparación del XIII Congreso y las medidas para corregirlas*, 7 de diciembre de 1958, pp. 5-6, CEMOS, Caja 29, Fondo 10.

<sup>242</sup> *Ibid.*, p. 12.

inconformidad al nuevo aplazamiento del Congreso decidido en la última reunión plenaria del Comité Central.<sup>243</sup>

### 3.7. 1959: fragmentación de la oposición y formulación de nuevas estrategias.

En 1959 se realizó la VII Convención dividida en dos sesiones, una en marzo y otra en septiembre y en medio el Pleno de julio-agosto del Comité Central. La crítica siguió avanzando, pero con un cariz más versátil y complejo. Por una parte, las reuniones fueron testigo del enfrentamiento y la ruptura entre la oposición del Comité del Distrito Federal y las células Carlos Marx y Federico Engels. Por otra, se presentó un acercamiento entre el Comité y la Dirección Nacional. Dentro de este clima se discutió la derrota ferrocarrilera por escrito (fue excluida de los debates en las reuniones) y en ella se puede apreciar una acalorada polémica sobre las responsabilidades históricas del partido con los movimientos sociales.

Al mismo tiempo que defendió la participación oficial de la organización en los movimientos de los trabajadores, el Comité del Distrito Federal se adueñó del *presidium* de la VII Convención. Tanto en el pleno, como en la Convención, Edelmiro Maldonado leyó un texto sobre las luchas internas que retomaba lo ya dicho en sesiones pasadas.<sup>244</sup> Ahí se hizo una relación pormenorizada de todas las trabas puestas por la dirección para frenar la realización del Congreso.<sup>245</sup>

---

<sup>243</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>244</sup> Méndez, *op. cit.*, p. 206.

<sup>245</sup> Estas son: violaciones a la vida interna, aceptación formal de la crítica al culto a la personalidad, rechazo de la crítica a la historia pasada, burocratismo, etc. *Ibid.*, pp. 261-263.

En el Pleno de julio-agosto se patentizó la actitud conciliatoria del Comité del Distrito Federal con la dirección, reafirmando algo que Revueltas ya había señalado desde 1958.<sup>246</sup> Esto se constató, por una parte, mediante un cambio en el lenguaje: en la reunión se insistió en restablecer las normas leninistas para retomar la unidad. Por otra, se eliminó el puesto de Secretario General el cual fue sustituido por un secretariado colectivo con una mayoría favorable para el grupo renovador. Con esto, los miembros del Comité del Distrito Federal obtenían la posesión de una parte vital del aparato. Fue sintomático que el relevo se hubiera efectuado recién llegados de la Unión Soviética –en mayo– Dionisio Encina, Encarnación Valdés y Arnoldo Martínez Verdugo. Este último miembro del Comité Central y del Comité del Distrito Federal fue también elegido para formar parte del nuevo secretariado. Se sabe que los dirigentes soviéticos retiraron el apoyo al antiguo secretario general, aunque se desconocen los acuerdos a los que llegó Verdugo, representante de la oposición, con la burocracia soviética.

Al mismo tiempo que el Comité del Distrito Federal se apoderaba de una parte importante del aparato, iniciaba el empleo de métodos antidemocráticos. La célula Carlos Marx denunció cómo, en la VII Convención, después de la derrota ferrocarrilera y cuando más urgente resultaba debatir la línea política, el *presidium* –integrado por miembros del Comité– decidió transformar el orden del día bajo el pretexto de la represión gubernamental, dejando de lado asuntos fundamentales como el de los movimientos sociales y la cuestión agraria.<sup>247</sup> El *presidium* retiraría arbitrariamente al único representante de esta célula –Eduardo Lizalde– en la Comisión de

---

<sup>246</sup> José Revueltas, *Balance de la lucha interna y las perspectivas de la misma después de la derrota del movimiento ferrocarrilero*, Mayo de 1959, p. 8. AGRB.

<sup>247</sup> Praxis (Enrique González Rojo), *Una extraña Convención*, septiembre de 1959, p. 2. AGRB.

Resoluciones.<sup>248</sup> Los calificativos de “liquidacionistas” y “lombardistas” fueron empleados y sustituyeron cualquier discusión.

Todo esto expresa un cambio claro en la estrategia del Comité del Distrito Federal. Por una parte, el pacto con la dirección le indujo a establecer la crítica al Comité Central en términos conciliadores, mediante apreciaciones generales sin referencias precisas a las responsabilidades individuales: en el XIII Congreso los dirigentes que habían empleado la expulsión de la manera más arbitraria fueron amonestados, pero les permitieron seguir en sus puestos. Por otra parte, el distanciamiento con las células Marx y Engels develaba su reticencia a llevar la discusión y la lucha interna hasta sus últimas consecuencias. Esto se agravó a partir del empleo de los mecanismos antidemocráticos, antes criticados por ellos, para deshacerse de sus rivales. En conclusión, en este año el Comité del Distrito Federal cambió su fachada y es válido preguntarse, más allá de las historias semioficialistas, si continuó ejerciendo su función como oposición. Este momento marcó el inicio del declive de la lucha interna: la crítica y la participación de las bases fueron disminuyendo poco a poco y, con su cambio de ropaje, el XIII Congreso fue organizado y controlado por completo desde arriba.

A partir de finales de 1959 y hasta 1961 se pueden observar las muestras más patentes de la contradicción entre el lenguaje y las acciones prácticas del grupo encargado de efectuar el XIII Congreso. Se aplicó la siguiente estrategia: el empleo de un lenguaje crítico –lo más abstracto posible– para legitimar los cambios en la dirección, negociación del relevo con los antiguos dirigentes y, por último, marginación y represión a las acciones democratizadoras de las células Marx y Engels.

---

<sup>248</sup> *Ibid.*, p. 3.

Estas son las razones por las que en el *Proyecto de Plataforma Política* –el cual permanecería inalterado en el informe del XIII Congreso– se reconocieron los errores de la dirección en el pasado, aunque en forma limitada: el período de 1937 a 1948 fue caracterizado como el momento en que el partido se dejó influir por una desviación derechista;<sup>249</sup> se criticó el carácter antidemocrático de la dirección,<sup>250</sup> se ratificó la lealtad al PCUS y se propuso rectificar los errores restableciendo la tradición combativa, la educación, la crítica y la autocrítica.<sup>251</sup>

Sin embargo este documento deja ver ya los calificativos que preparaban la represión hacia la célula dirigida por José Revueltas:

15. En el seno de nuestro Partido ha surgido en el último período de su actividad una tendencia liquidadora, que coincide en algunos aspectos con la posición del llamado “Frente Obrero”. Apoyándose en la debilidad actual del Partido, en determinados errores cometidos a lo largo de su historia, y en el hecho de que no desempeña en la actualidad su papel de vanguardia de la clase obrera algunos camaradas plantean la “inexistencia histórica” del Partido Comunista Mexicano y otros han desertado llamando a sus miembros a abandonarlo.<sup>252</sup>

### 3.8. *Un comentario historiográfico: el nacimiento de la historia oficial.*

Es necesario observar aquí que presenciamos el nacimiento de la historia oficial del PCM en esta etapa, la cual no ha podido ser superada hasta la actualidad. Por una parte, la nueva dirección –el Comité del Distrito Federal rodeado de la vieja guardia claudicante– cooptó para sí varias de las reclamaciones de las bases y de las células Marx y Engels. La periodización establecida por la historia oficial en este lapso indica una visión apologética: marcó el inicio de la renovación en 1957, destacó al Comité como su cabeza principal y, en cambio, omitió el hecho de que la célula

---

<sup>249</sup> Comisión Nacional Organizadora del XIII Congreso, “Proyecto de Plataforma Política del Partido Comunista Mexicano”, *Boletín de Discusión*, Núm. 2, 15 de noviembre de 1959, p. 18. AGRB.

<sup>250</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>251</sup> *Ibid.*, pp. 19-20.

Carlos Marx ya se encontraba desde antes en un proceso de enfrentamiento contra la vieja guardia. Ya lo hemos explicado pero es pertinente volver a señalar que algunos miembros del Comité Central –los que auspiciarían esta visión unilateral– pasaron a la oposición en la Conferencia de 1957 sólo después que advirtieron la inesperada correlación de fuerzas favorable a la crítica. Por otra parte, en los documentos se aplicó un recurso llevado a cabo por la mayoría de los historiadores del Partido Comunista de este período, militantes o no, que consiste en descalificar aquellos acontecimientos importantes en donde participó el grupo de Revueltas. Omitieron los múltiples artículos elaborados por esta corriente que fue uno de los pocos sectores del partido en insistir activamente en la discusión.<sup>253</sup> No resulta extraño que el *Proyecto de Plataforma Política* se legitimara en la Conferencia de julio-agosto de 1959 –donde la antigua dirección y el Comité del Distrito Federal pactaron– pero no mencionara a la VII Convención en la cual participaron las bases y se plantearon las interrogantes más apremiantes de ese momento. Siguiendo el mismo control arbitrario de la información, la Comisión Organizadora del XIII Congreso excluyó de sus *Materiales del Comité del Distrito Federal para su discusión en el XIII Congreso del Partido Comunista Mexicano* todo documento relativo al grupo formado por las células opositoras, pasando por alto el acuerdo de la VII Convención de difundir la literatura de este grupo.<sup>254</sup> De esta manera, el historiador actual ignora parte de la historia por

---

<sup>252</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>253</sup> Revueltas se queja de este mismo procedimiento historiográfico practicado por la dirección en el momento de hacer el balance de las luchas pasadas: “La cuestión es que si no se penetra *más allá* de lo que ofrecen los documentos ‘autorizados’ provenientes siempre de los ‘órganos superiores’ –informes y resoluciones oficiales de los congresos del partido y plenos del Comité Central– se corre el riesgo de que la naturaleza histórica de los errores cometidos se disimule por sí mismo, ocultándose con la propia tinta con que están impresos tales documentos, como ocurre cuando ciertos moluscos se defienden del ataque de sus enemigos”. José Revueltas, “La disyuntiva histórica del Partido Comunista Mexicano”, *Escritos Políticos II, Obras Completas*, vol. 13, México, Ediciones Era, 1984, p. 41.

<sup>254</sup> Guillermo Rousset Banda, *Informe del Responsable de la célula Gramsci sobre la situación interna del*

causa de la acelerada marginación iniciada en 1959 dedicada a borrar de la memoria todo testimonio de la presencia de un grupo destacado por su labor crítica en el ámbito intelectual y político, incómodo para la fabricación de la imagen “revolucionaria” del renovado Comité Central.

En la actualidad, los historiadores presentan las mismas deficiencias. Por ejemplo, Alejo Méndez –exmiembro del Comité del Distrito Federal– sólo menciona en su artículo los documentos oficiales y escasamente las convenciones claves donde participó la oposición más radical. No explica siquiera las razones por las cuales este grupo fue expulsado. Se contenta con retomar el lenguaje oficial, es decir, calificativos como “liquidacionistas” e “izquierdistas”. Barry Carr se limita a constatar la existencia de dos oposiciones, y presenta como su principal protagonista al Comité del Distrito Federal. De los cuantiosos documentos que utilizó para analizar este período, sólo encontramos uno de José Revueltas, ninguno de las células mencionadas. Ambos han incurrido en una historia oficial y teleológica. Como el Comité del Distrito Federal obtuvo el poder en 1960 al mismo tiempo que las células opositoras fueron expulsadas; como la dirección se encargó –violando las resoluciones– de omitir y difundir la literatura de estas células; como en sus documentos y en su relato oficial excluyó la participación real que jugaron en el proceso de la lucha interna, entonces, los historiadores conformes con los documentos, conformes con una interpretación que satisface cierto espíritu crítico, ya que el propio Comité del Distrito Federal es visto como un grupo rebelde, han decidido descalificar a una oposición que, finalmente, para ellos, no logró su propósito.<sup>255</sup>

---

*Partido Comunista Mexicano rendido el 5 de junio de 1960*, p. 1. AGRB.

<sup>255</sup> Decimos descalificar y no ignorar porque tanto Barry Carr como los demás historiadores estaban enterados de la existencia y la importancia del grupo de Revueltas.

A pesar de este “fracaso”, el estudio de la actividad de esta disidencia no sólo es significativo para “llenar” los huecos de la memoria de la izquierda o para efectuar una división tipológica de las diversas posiciones ideológicas. Resulta indispensable porque a través de él podemos observar los límites históricos de un proceso de cambio que pretendió ir más allá de una inercia histórica de decenios, pero que finalmente sucumbió bajo el peso de la maquinaria política. También es importante porque nos permite ver cómo los objetivos democráticos de una mayoría fueron relegados por los deseos de poder de una élite que ya había pactado con el régimen de Jruschov, el cual reproducía los métodos estalinistas –un poco más atenuados– en la lucha contra el grupo “antipartido” dirigido por Molotov. Después de todo el PCUS continuaba siendo el ejemplo a seguir.

### *3.9. El camino hacia la hegemonía de la nueva dirección bajo viejos procedimientos autoritarios.*

De esta manera llegamos al año de 1960, el cual fue una conclusión de todo el proceso de la lucha interna. En la VIII Convención del Distrito Federal se aplicarían ya las primeras medidas encaminadas a la marginación del grupo formado por las células Carlos Marx y Federico Engels. El resto de la oposición sobreviviente sería expulsada un año más tarde. Si el Pleno de julio-agosto de 1959 permitió establecer una dirección colectiva numéricamente favorable al grupo de Verdugo, el XIII Congreso Nacional Ordinario, realizado en mayo, le proporcionaría la hegemonía en el Comité Central y, con esto, el completo dominio del aparato. Las condiciones de clandestinidad que desde 1959 obstruyeron la actividad del Partido Comunista se prolongarían

hasta 1966 –después del XIV Congreso–, cuando por primera vez el PCM celebraría sin temor una asamblea pública.<sup>256</sup>

En la convocatoria a la VIII Convención extraordinaria de 1960 se señaló el siguiente orden del día: discutir los documentos preparatorios para el XIII Congreso; efectuar un balance de la actividad en el Distrito Federal; llevar a cabo la elección del Comité del Distrito Federal en el Partido Comunista y aquella de los delegados al Congreso.<sup>257</sup> Ninguno de estos puntos se respetó y la Convención fue dedicada por entero a debatir un documento de la dirección del Distrito Federal en contra de la célula Carlos Marx.<sup>258</sup> Se aprovechó para discutir las diferencias entre los dos opositores. El grupo de Revueltas fue acusado de infringir el centralismo democrático y dividir al partido.<sup>259</sup> El documento se aprobó por una diferencia mínima<sup>260</sup> y unos meses después –en abril– esta oposición solicitó su ingreso a POCM como un acto de protesta ante el ambiente aniquilador de toda discusión y disidencia del PCM.<sup>261</sup> El 27 del mismo mes, el partido resolvería expulsar a catorce integrantes de estas células.<sup>262</sup> Con estas medidas se cerraba un capítulo de la lucha interna. La nueva dirección, segura de su poder, se dedicaría mediante el viejo mecanismo de la expulsión, a suprimir después lo que quedaba de la oposición. El V Pleno

---

<sup>256</sup> Carr, *op. cit.*, p. 251.

<sup>257</sup> Comité del Distrito Federal del Partido Comunista Mexicano, *Convocatoria a la VIII Convención (extraordinaria) del Partido Comunista en el Distrito Federal*, enero de 1960. AGRB.

<sup>258</sup> Comité del Distrito Federal del Partido Comunista Mexicano, *¡Defendamos con firmeza los principios leninistas de la edificación del Partido! Proyecto de resolución de la VIII Convención (extraordinaria) del Partido Comunista Mexicano en el Distrito Federal*, enero 1960, AGRB.

<sup>259</sup> *Ibid.*, p. 5.

<sup>260</sup> Así lo señalan: “13 votos a favor de la resolución contra la Marx, 8 (o nueve) en contra y 8 (o nueve) abstenciones”. Células Carlos Marx y otras del Partido Comunista Mexicano, *Documento de ingreso al Partido Obrero-Campesino Mexicano*, abril 9 de 1960, p. 4. AGRB.

<sup>261</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>262</sup> Esta es la lista de los expulsados: José Revueltas, Eduardo Lizalde, Enrique González Rojo, Carlos Félix, Ernesto Prado, Alfonso Parabeles, Rosa María Phillips, Juan Brom, Andrea Revueltas, Manuel Aceves, Guillermo Mendizabal, Bernardo Bader y Jesús Rivero. Comité del Distrito Federal del Partido Comunista Mexicano, *Resolución del Comité del Distrito Federal del Partido Comunista Mexicano acerca de la*

del siguiente año disolvería al Comité del Distrito Federal por “no garantizar la aplicación de las resoluciones del XIII Congreso”. Carr explica:

Incluso después de que fueron rechazados los excesos sectarios del periodo de Encina, seguía empleándose la táctica de resolver las diferencias mediante la expulsión. Varios miembros que simpatizaban con Revueltas (entre ellos Guillermo Rousset, Mario Rivera y Augusto Velasco) fueron expulsados en 1961 debido a que creían que la burguesía mexicana en su totalidad se alineaba con el imperialismo, idea que chocaba con la creencia del partido en que el gobierno de López Mateos estaba dominado por la “gran burguesía conciliadora”.<sup>263</sup>

Después de la exhaustiva lucha interna parecía que el grupo de Arnoldo Martínez Verdugo resultaba el único ganador. El tan ansiado Congreso se efectuó en el clima de un partido fragmentado en donde todo proceso de discusión fue controlado desde arriba. No ayudaron mucho –salvo a la dirección– las estrictas medidas de seguridad y el estado de disgregación en el que se encontraba el partido. Sólo asistieron un poco más de 70 delegados: “Un estudio sobre el PCM en esas regiones (Sinaloa, Oaxaca y Chiapas) señala que algunos comunistas no habían tenido contacto con el aparato del partido desde hacía cuatro o cinco años”.<sup>264</sup> Este era un síntoma de que el partido estaba más preocupado en sus disputas internas que en su unidad nacional, delegaba cualquier objetivo para su fortalecimiento numérico. A pesar de la insatisfacción por la cerrada estructura partidaria es sorprendente como muchos militantes propusieron su reincorporación al partido. Esto sólo se explica a partir de las pocas opciones ideológicas y autorizadas que se veían como la verdadera izquierda.

---

*actividad divisionista y antipartido de José Revueltas y su grupo, abril 27 de 1960, p. 6. AGRB.*

<sup>263</sup> Carr, *op. cit.*, p. 252.

<sup>264</sup> *Ibid.*, p. 253.

#### *4. José Revueltas y la célula Carlos Marx o el intento de la recuperación del sujeto frente a la estructura.*

La célula Carlos Marx constituyó uno de los grupos más activos que impulsaron en todo momento la lucha interna. Su postura radical no le impidió elaborar una cuantiosa cantidad de documentos brillantes y a la altura de las necesidades impuestas por el endémico nivel teórico de la organización. Muchos de sus integrantes fueron o son –como José Revueltas, Eduardo Lizalde o Enrique González Rojo, para mencionar sólo algunos– intelectuales destacados. Inconformes con la dirección e, incluso, con muchas de las proposiciones del Comité del Distrito Federal, encabezaron la crítica encauzándola siempre hacia niveles trascendentes que rebasaban el deseo de un simple cambio formal. Los motivos de su expulsión son complejos. Entre ellos debemos señalar que, finalmente, su empresa pretendía subvertir una inercia organizativa y mental de la cual una parte del partido –la más burocratizada– no estaba dispuesta a desprenderse.

Hasta 1959, esta corriente fue reforzada por la crítica enérgica al estalinismo originada en la Unión Soviética y, sobre todo, por el carácter democrático y combativo de los movimientos sociales nacionales. Esto era lógico pues una de sus reclamaciones proyectaba cambiar las bases de la línea política y organizativa del partido con la intención de establecer un vínculo más creíble con el sector trabajador. Durante este año, en medio de acalorados debates, la corriente comenzó a debilitarse a partir del pacto efectuado por el Comité del Distrito Federal con la Dirección Nacional. Perdió importantes aliados. Su estrategia tal vez no logró plena efectividad en un momento en que la participación de las bases apenas se estaba impulsando y, sin ninguna experiencia, con una débil preparación política, no pudieron equilibrar la fuerza del poderoso bloque que se había adueñado de la organización. Poco a poco la dirección disminuyó la difusión

de la información y la crítica hasta que –como se verá más adelante cuando abordemos lo sucedido en la VIII Convención– fue enmudecida y borrada de la memoria oficial como un grupo significativo.

Tres fueron los temas que esta corriente consideró esenciales en el debate partidario. En primer lugar, el vínculo con el grupo de los excomunistas concentrados en el POCM, ligado a la caracterización de las luchas internas en que estos participaron durante el lapso de 1940-1948. En segundo lugar, el cuestionamiento dirigido al aparato relativo a su desempeño como vanguardia. En último lugar y en relación con lo anterior, la polémica sobre el centralismo democrático. Aunque los tres fueron debatidos durante todo el período, pensamos que es pertinente insertarlos en ciertos momentos de la lucha donde adquirieron relevancia especial.

#### *4.1. La confesión o el sometimiento del sujeto frente a la organización.*

José Revueltas se convirtió en el principal exponente y vocero de la célula Carlos Marx desde 1956, año en que se reincorporó al partido mediante el único medio posible en aquel entonces: una confesión que se ajustaba plenamente a la rígida doctrina oficial de la organización. Allí, el escritor autocrítico todas sus concepciones políticas expuestas con anterioridad en su novela *Los días terrenales*.<sup>265</sup> La confesión o el interrogatorio –como en el caso de Valentín Campa en 1940–<sup>266</sup> era la vergonzosa forma en que las autoridades sometían el individuo a su voluntad. Más

---

<sup>265</sup> José Revueltas, “Declaración política de reingreso al Partido Comunista Mexicano”, *Escritos Políticos I, Obras Completas*, vol. 12, México, Ediciones Era, 1984, p. 46.

tarde, en 1960, el mismo Revueltas consideraría inválidas las aseveraciones hechas en su forzada declaración.<sup>267</sup> Ya hemos hablado de estos mecanismos autoritarios pero, ¿cuál era la razón por la que muchos militantes guardaran silencio sobre los actos arbitrarios de esta organización, en muchos casos semejante a la Santa Inquisición? Revueltas menciona al respecto:

Pero hay que preguntarnos el porqué de nuestro silencio, pues aquí se encuentra una lección inestimable, una lección de valor extraordinario para el presente y el futuro. La respuesta, con todo, no puede ser sino de orden ético y psicológico. Los comunistas comparecemos siempre con valentía ante los tribunales del enemigo, estamos dispuestos a sufrir toda clase de vejaciones y torturas por parte de nuestros enemigos de clase, en la lucha por nuestros ideales. Pero nosotros, esos mismos hombres que no le temen a nadie, nos echamos a temblar ante la sola idea de comparecer ante el tribunal del proletariado, ante el tribunal de nuestro propio partido. En esto, en este punto psicológico y ético es donde estaba el resorte que hacía funcionar el culto a la personalidad y que permitía su existencia.<sup>268</sup>

#### 4.2. *Crítica al carácter doctrinario de la organización.*

Revueltas y la célula Carlos Marx demostraron, sin embargo, estar dispuestos a combatir este tipo de inercias a fondo. Al finalizar la Conferencia de agosto-septiembre de 1957, el Comité del Distrito Federal criticó la labor dilatoria de la dirección con respecto a las elecciones, defendió la postulación de un candidato independiente y pospuso el establecimiento de las relaciones con el POCM. Poco después, en la Conferencia Electoral del PCM (1957-1958), Revueltas cuestionaría tanto la proposición del frente electoral como la de la conformación de un frente único con el POCM. En el escrito que elaboró para el caso sostenía que el frente electoral

---

<sup>266</sup> Relata Revueltas: “Un ‘interrogatorio’ a base de burdas peticiones de principio (es decir, a base de considerar a priori, como demostrada, una premisa que mediante ese procedimiento se transformaba en conclusión, aun antes de la respuesta) y que no admitía sino contestar sí o no a las preguntas. Este ‘interrogatorio’ –entre otros procedimientos– no pudo menos que causar una impresión profundamente desmoralizadora sobre la masa del partido, la que de ningún modo podía aceptar que el dirigente de ayer fuese tratado de la noche a la mañana como un delincuente vulgar”. *Ibid.*, p. 94.

<sup>267</sup> En un borrador inconcluso de 1960 titulado como “El problema de la existencia o inexistencia histórica del Partido Comunista Mexicano, los principios leninistas de organización y el revisionismo en materia de centralismo democrático”, Revueltas afirma: “[...] en mi ‘Declaración política’ incurría yo en el reconocimiento equivocado de errores que no eran tales, [...]”. Revueltas, *Escritos Políticos ...*, *op. cit.*, p. 189.

encubría en realidad la crisis programática del partido.<sup>269</sup> Situaba el principal obstáculo en una deficiencia estructural: el partido no había podido –explicaba Revueltas– emplear una táctica eficaz para que la línea fuera aceptada<sup>270</sup> porque, sencillamente, trataba de imponer ciertos postulados ideológicos a una realidad que no había sido estudiada con anticipación: “Que hemos idealizado la realidad para adecuarla a consignas y caracterizaciones inadecuadas a efecto de darles una aparente validez a dichas consignas y apreciaciones, [...]”.<sup>271</sup> Definió la expectativa electoral como una medida diversionista ya que el problema de fondo era la crisis del conocimiento presente y pasado para elaborar un programa coherente. El partido no estaba consciente de lo que Siqueiros sostendría por esa misma fecha: “La inadecuada participación de nuestro partido en las tres últimas campañas electorales del pasado ha sido una de las causas primordiales de sus más grandes errores oportunistas. [...] el haber participado en las candidaturas de Ávila Camacho y Alemán. Contribuimos a la aplicación posterior de la política contrarrevolucionaria”.<sup>272</sup> El nacionalismo, para Revueltas, resultaba la consecuencia de la falta de una actitud científica del partido con respecto al conocimiento de la sociedad. El dogmatismo se había antepuesto a cualquier análisis concreto.<sup>273</sup>

#### 4.3. *La unificación con el Partido Obrero Campesino de México y las implicaciones del análisis de la lucha interna de 1940 a 1948.*

La negación de la actitud doctrinaria constituyó el argumento que llevó a Revueltas y a toda la célula Marx a diferir tanto de la dirección como del Comité del Distrito Federal con respecto al

---

<sup>268</sup> José Revueltas, “La crítica esta en marcha y ya nadie podrá detenerla”, *Ibid.*, p. 132.

<sup>269</sup> José Revueltas, “El sentido real de una línea política”, *Ibid.*, p. 153.

<sup>270</sup> *Ibid.*, p. 155.

<sup>271</sup> *Ibid.*, p. 157.

<sup>272</sup> Siqueiros, *op. cit.*, p. 9.

<sup>273</sup> José Revueltas “Algunos aspectos de la vida del Partido Comunista Mexicano”, en Revueltas, *op. cit.*, p.

POCM. Mientras los dos últimos apoyaban el establecimiento de pláticas y la formación de un frente común –ya fuese para las elecciones o en el Comité de Enlace Ferrocarrilero– la célula caracterizaba esta proposición como errónea y en su lugar sostenía que ambos grupos debían fusionarse inmediatamente. A primera vista, esta diferencia podía parecer algo secundario o superficial. Nada más erróneo considerarlo así. En realidad, esto implicaba la interpretación de las luchas pasadas, donde podemos apreciar la distinta forma de pensar de Revueltas con respecto a los demás sectores.

En la Conferencia de 1957, Revueltas señaló las limitaciones de la autocrítica efectuada por el alto mando de la organización. La consideró superficial por eludir las responsabilidades específicas de cada uno de los miembros del Comité Central, rechazó la generalización y la suavización de los términos que la dirección utilizaba para reconocer sus equivocaciones.<sup>274</sup> Mientras que ésta mencionaba errores parciales, Revueltas deducía un problema estructural. Recordemos un poco la conclusión a la que llegó el documento elaborado por el Comité Central sobre la lucha interna entre 1940 y 1948, relativo a las expulsiones: “El PC pese a sus debilidades, a sus errores, a pesar de haber expulsado a un número importante de sus miembros, se ha mantenido, ha sostenido los principios del marxismo-leninismo y no puede decirse que las crisis de 1939-40, 1943 y 1947-48, hayan sido divisiones del Partido”.<sup>275</sup>

Para Revueltas, en cambio, esta época se caracterizó por las expulsiones masivas llevadas a cabo sin discusión alguna.<sup>276</sup> Si, para nuestro escritor, las diferencias no habían sido dirimidas en un debate, el problema continuaba vigente. No podía avalarse como superada una problemática

---

128.

<sup>274</sup> Revueltas, “La crítica ...”, *op. cit.*, pp. 138 y 139.

<sup>275</sup> PCM, *La lucha interna ...*, *op. cit.*, p. 88.

que incumbía a toda la organización sólo porque el grupo que la representaba había sido marginado por decreto. Inconcluso y vigente para este autor “el conocimiento de la lucha interna en el pasado del partido no puede abordarse de ningún otro modo que como *una parte del proceso de la lucha interna actual* que se libra y deberá seguirse librando contra los *errores históricos de la dirección*”.<sup>277</sup> Por este camino se llegaba a un resultado totalmente opuesto a la versión de la “autocrítica”: en vez de superación de la crisis y fortalecimiento de la unidad, Revueltas sostenía que se había dado un aplastamiento masivo de la lucha interna y un proceso de escisión que formó fracciones,<sup>278</sup> descalificadas en nombre de un centralismo democrático aparente, cuando en realidad se trataba de un autoritarismo que impidió toda discusión.<sup>279</sup>

De esto Revueltas desprendía las siguientes conclusiones. Por una parte, advertía que el peligro de encargar la crítica del pasado a los propios protagonistas podía llevar al encubrimiento individual de las responsabilidades. Por otra, de este análisis se deducía que el POCM constituía una fracción del movimiento comunista dividido en dos y era inadecuado establecer un frente común que, en la práctica, sancionaba la diferencia entre dos grupos que formaban parte de una misma unidad.<sup>280</sup> Tal fracción debía reintegrarse a una lucha interna todavía vigente e inconclusa. Entre el pasado y el presente se establecía una línea de continuidad porque el partido no lograba deshacerse de sus inercias. Como vemos, este análisis resultaba mucho más profundo que el del Comité del Distrito Federal o el de la Dirección Nacional porque pretendía superar el

---

<sup>276</sup> Revueltas, “La disyuntiva ...”, *op. cit.*, p. 41.

<sup>277</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>278</sup> *Ibid.*, p. 50.

<sup>279</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>280</sup> *Ibid.*, pp. 59-61.

maniqueísmo doctrinario, la actitud sectaria e ir más allá de la superficie de aquellos planteamientos que se contentaban con señalar desviaciones o equivocaciones. Apuntaba ya una posible solución: la prioridad para que el partido pudiese cumplir una función de vanguardia consistía en restablecer una actitud científica y las condiciones favorables al ejercicio del conocimiento.<sup>281</sup>

### *5. La vanguardia.*

En términos generales, podemos decir que existía cierto consenso en todo el partido –oposición y dirección– acerca del paradigma leninista de la vanguardia revolucionaria. Esta concepción destacaba dos factores para que la organización pudiera cumplir con su papel histórico. Por una parte consideraba fundamental el que se asumiera como el líder ideológico de la clase obrera, por otra, resultaba imprescindible que conservara y ampliara su influencia sobre los trabajadores.

#### *5.1. La concepción leninista y estalinista de la organización.*

Dentro del primer aspecto, se establecía que los obreros carecían de posibilidades de adquirir una conciencia de clase por sí mismos y, por lo tanto, eran los intelectuales –grupo privilegiado por su acceso al conocimiento– quienes estarían encargados de dirigir al movimiento revolucionario. Así, se asumía que la conciencia se “inyectaba” al proletariado desde el exterior: “La ciencia del marxismo llega así a la clase obrera desde el exterior. Es la intelectualidad avanzada [...] la que llega con Marx y Engels a establecer la doctrina del socialismo científico. A los partidos comunistas y obreros les está encomendada la tarea de introducir la conciencia marxista, socialista

---

<sup>281</sup> *Ibid.*, p. 48.

en el seno de la clase obrera”.<sup>282</sup> La célula Carlos Marx estaba convencida de esta relación vertical y asimétrica –aunque no carente de reciprocidad– entre los intelectuales y la clase obrera: “la clase obrera es la vanguardia de las clases revolucionarias de la sociedad capitalista, el partido, la vanguardia de la clase obrera y los intelectuales comunistas la vanguardia del partido” mencionaba Enrique González Rojo en 1959.<sup>283</sup> Esto implicaba dos cosas. Por una parte, la incapacidad de la clase obrera de elevar su conciencia en forma autónoma y, por tanto, su dependencia de las capas intelectuales de la sociedad. Por otra, la importancia del espíritu – aunque parezca hegeliano– y de la reflexión como el fundamento organizador. Este aspecto era central porque, para este grupo, sin pensamiento y discusión no podía existir una vanguardia. Por supuesto, tal concepción retomaba las ideas de Lenin referentes a la inyección de la conciencia desde fuera de la clase, así como la crítica de éste a los planteamientos de Karl Kautsky sobre la determinación de las condiciones objetivas en la lucha revolucionaria. Su teoría aseveraba que el desarrollo del capitalismo no constituía suficiente condición para generar un cambio social ya que en muchos de los países más avanzados el sector laboral podía ser partidario de posiciones conservadoras. Además, la clase obrera desposeída de cultura y bajo el peso de las ideologías dominantes sólo podía alcanzar una conciencia elemental “tradeunionista”.<sup>284</sup> Entonces, el factor

---

<sup>282</sup> Comisión Nacional de Educación Política del Partido Comunista Mexicano, *Guión desarrollado para el tema sobre el partido*, 1955, p. 3, CEMOS, Caja 27, Fondo 13.

<sup>283</sup> Praxis (Enrique González Rojo), *Intervención de Praxis en la VII Convención del Distrito Federal*, Marzo de 1959, p. 1. AGRB.

<sup>284</sup> A este respecto es interesante ver cómo relacionaba Lenin la función política del partido con la función de defensa de las demandas económicas de los sindicatos, diferenciando la situación particular de Rusia con respecto a los países de Europa occidental. Lenin, “La organización de los obreros y la organización de los revolucionarios”, en *¿Qué hacer?, Obras completas, tomo V*, Madrid, Akal Editor, 1976, pp. 458-470.

subjetivo, el partido, resultaba una condición de la vía hacia el socialismo.<sup>285</sup> Dentro de este esquema, el intelectual se volvía tan indispensable como el obrero. Ambos eran concebidos como parte de una unidad dialéctica. El primero era necesario para elaborar las premisas teóricas y el análisis histórico que superara la conciencia inmediateista y economicista del segundo. Se encargaba de proporcionarle un examen de conjunto y de amplias perspectivas. Pero, en cambio, la clase obrera, acostumbrada en la organización del trabajo a asumir una disciplina de conjunto, aportaba la mentalidad y perspectiva adecuadas para combatir el personalismo e individualismo del intelectual.<sup>286</sup>

En el segundo aspecto, Stalin insistía en que la organización, aunque menos numerosa que la clase proletaria pero con una conciencia superior, tenía que estar estrechamente unida a las masas. Un partido dejaba de serlo si no estaba vinculado a las clases trabajadoras.<sup>287</sup>

## 5.2. *Una práctica infiel a sus postulados.*

Sin embargo, la historia del PCM contradecía estos postulados. La lucha fraccional ponía en claro algo distinto. El PCM no había dejado de presenciar la disminución de sus miembros desde 1940 y la política interna había sido considerada prioridad, marginando los nexos con la colectividad. ¿Cómo era posible que un partido autoproclamado como la vanguardia del proletariado se encontrara reducido a un grupúsculo casi insignificante? La lamentable paradoja entre teoría y realidad había impulsado a que en la “autocrítica” de 1956, Dionisio Encina aceptara que el

---

<sup>285</sup> Recordamos al lector que esta diferencia entre Lenin y Karl Kautsky (su maestro) separó finalmente a los bolcheviques de la II Internacional socialdemócrata y fundó, al mismo tiempo, la corriente de izquierda más influyente en la primera mitad del siglo XX. Pierre Souyri, *El marxismo después de Marx*, Barcelona, Peninsula, 1971, p. 46.

<sup>286</sup> Praxis, *op. cit.*, pp. 3-4.

partido cumplía muy débilmente el papel de vanguardia. Las dos causas mayores que entorpecían la función del partido consistían en, por una parte, la estrecha lógica por el poder y el control de la dirección que habían impermeabilizado al partido contra toda influencia exterior o cualquier crítica interna y, por otra, el adoctrinamiento político vinculado al nacionalismo que la había desfasado y aislado de las masas. La primera tendencia fue resquebrajada por el inicio de la lucha interna en 1957, la segunda por el estallido de los movimientos sociales, en especial del ferrocarrilero. Estas consideraciones empujaron a Revueltas a dirigir su crítica hacia los dos aspectos que consideraba los obstáculos mayores: la doctrina y la organización.

### *5.3 Primera conclusión: la doctrina como obstáculo para ser una vanguardia.*

El líder de la célula Carlos Marx juzgó insuficiente la crítica de la dirección en el ámbito ideológico porque, para él, el problema seguía planteado en forma abstracta. El Comité Central ubicaba la dificultad en la falta de convergencia de su práctica programática con los principios leninistas. En la investigación sobre las luchas del pasado había expresado que el partido tenía la fuerza para superar las desviaciones pasajeras porque se basaba en “la increíble teoría del marxismo-leninismo”.<sup>288</sup> Así, mientras la dirección creía que la dificultad resultaba cuestión de una buena o mala aplicación de la ideología, Revueltas corregía y agregaba que era necesario bajar la teoría a la realidad histórica para adaptarla a sus condiciones concretas.<sup>289</sup>

Nuestro escritor identificó el principal error estructural del partido en su carácter dogmático: “El dogma se caracteriza porque prescinde tanto de la realidad como de la práctica,

---

<sup>287</sup> Comisión Nacional de Educación Política del Partido Comunista Mexicano, *op. cit.*, p. 1.

<sup>288</sup> PCM, *Las luchas internas ...*, *op. cit.*, p. 93.

<sup>289</sup> Revueltas, “La disyuntiva ...”, *op. cit.*, p. 22.

los conceptos dogmáticos nada tienen que ver con una cosa ni con otra, no son conceptos racionales y en el sentido estricto de la palabra ni siquiera son conceptos, son ‘verdades’ indemostrables ‘reveladas’, que se remiten no a la razón humana si no a la fe’.<sup>290</sup> El partido había sustituido la realidad con la doctrina. Los conceptos generales y abstractos del leninismo se anteponian a la experiencia histórica. Su consecuencia más permanente había sido la petrificación programática y su desvinculación con la clase obrera. Esta falta de visión concreta impulsó a nuestro autor a declarar:

Este hecho no puede explicarse sino porque el partido no ha podido desempeñar el papel de conciencia y vanguardia en virtud de haberse adjudicado este papel como dogma. Esto es, el carácter dogmático de su autoconcepción *simultánea* como conciencia de la clase obrera y como vanguardia política de la misma, ha imposibilitado al partido comunista en México para ser lo uno y lo otro. La conciencia socialista general del partido comunista –dentro de la que se comprenden los principios del marxismo-leninismo que sustenta teóricamente– *no se ha transformado en una conciencia concreta, particular y específica de la clase obrera mexicana, ni ha sabido introducirse en la aplicación creadora de los principios del marxismo-leninismo a la realidad del país.*<sup>291</sup>

#### 5.4. Segunda conclusión: la organización como obstáculo para ser una vanguardia.

Si el dogmatismo había aislado al partido impidiéndole su función como verdadero laboratorio de conocimiento, el otro aspecto que frenaba toda crítica, además de la doctrina, radicaba en la constitución interna de su organización, la cual bloqueaba toda discusión y le impedía salir de la esclerosis ideológica. De esta manera, se formaba un círculo vicioso en el cual resultaba muy difícil diferenciar la causa del efecto. El centralismo democrático se había desviado de su principal objetivo y se había convertido en una disciplina dirigida a reafirmar una tautología.<sup>292</sup> Revueltas confirmaría su apreciación a partir de la derrota del movimiento ferrocarrilero.

---

<sup>290</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>291</sup> *Ibid.*, p. 23.

## 6. La vanguardia y el movimiento ferrocarrilero.

Hasta 1959, cuando se inició la VII Convención de la organización en el Distrito Federal, la dirección había logrado sostenerse y contener la crítica cada vez más generalizada a sus procedimientos, retardando el proceso de apertura iniciado por el XX Congreso del PCUS. Mientras tanto, en este lapso se libró el debate sobre el movimiento ferrocarrilero donde definitivamente se delinearón las diferencias entre las dos oposiciones formadas por la célula Carlos Marx y el Comité del Distrito Federal.<sup>293</sup>

El eje conductor de los análisis que encontramos en los diferentes documentos de esta célula se encuentra en la concepción del partido.<sup>294</sup> El partido como vanguardia del proletariado se constituyó en el prisma a partir del cual se observaron tanto las carencias y limitaciones del movimiento comunista como aquellas del conjunto de la sociedad mexicana. En ese sentido, el movimiento ferrocarrilero se convirtió en el laboratorio de estudio que finalmente cuestionó, para los futuros espartaquistas, el papel histórico de la organización. Su función de conciencia organizada fue puesta en duda por su limitada visión economicista de los hechos, por la

---

<sup>292</sup> Revueltas señalaba los elementos que han caracterizado la dirección histórica del partido: “a) Identidad, al margen de la práctica, entre el ser la conciencia de la clase obrera y ser su vanguardia política, es decir la noción de la vanguardia erigida en un dogma. b) Concepción dogmática de las normas del partido y oposición artificial de estas al proceso de conocimiento. c) Concepción liquidacionista de la lucha de tendencias y aplastamiento de la lucha interna por medio de escisiones. d) Sustitución del centralismo democrático por el autoritarismo y los métodos dictatoriales de la dirección. e) Concepción policiaca de la lucha interna y espionaje político dentro del partido”. *Ibid.*, pp. 55-56.

<sup>293</sup> Praxis (Enrique González Rojo), *Una extraña convención por Praxis*, resulta ser un documento que muestra la táctica de la dirección para evadir los problemas principales derivados de las huelgas ferrocarrileras, así como la táctica autoritaria interna para frenar las críticas de la célula Carlos Marx. AGRB.

<sup>294</sup> Praxis (Enrique González Rojo), *Intervención de Praxis en la VII convención del D.F.* De hecho es un documento que aborda tres temas: los intelectuales y el partido; la crisis del partido y la cuestión de su unidad; el análisis del informe del Comité del Distrito Federal a la VII Convención. AGRB.

fragmentación generada en la división con el POCM,<sup>295</sup> así como por la carencia de discusión y reflexión internas, las cuales fueron sustituidas por la política “liquidacionista” y de perpetuación del poder emanada de la Dirección Nacional, a partir de este año también integrada por el Comité del Distrito Federal.<sup>296</sup> Siguiendo los argumentos de esta fracción, el partido no contrarrestó las ofensivas del Estado en la larga y la corta duración. Por una parte, no opuso una estrategia definida y unificada, desmitificadora de la ideología “obrerista” y mediatizadora para la clase obrera. Por otra, no supo responder con objetividad a la inminente represión que el gobierno preparó en forma clara y con anticipación. La declaración de la “inexistencia histórica del partido de la clase obrera” constituyó un hecho demostrado tanto por la estructura misma del partido, como por su intervención y responsabilidad en el fracaso de la lucha tal vez más importante de las acaecidas a finales de la década de 1950.

#### *6.1. La caracterización del movimiento y sus consecuencias programáticas.*

La “bancarrota y quiebra del movimiento comunista” fue así un hecho consumado que las luchas ferrocarrileras se encargaron de ratificar, según los miembros de este grupo.<sup>297</sup> La deformación del partido se reflejaba en una falta de perspectivas revolucionaria y objetiva, las cuales contribuyeron en forma importante al enfrentamiento innecesario entre los obreros ferrocarrileros y el ejército enviado por el presidente López Mateos. ¿Qué es lo que el PCM y el POCM –los representantes más próximos al marxismo para José Revueltas– no supieron discernir? En primer término el carácter político de la lucha sindical. El enfoque económico de este proceso efectuado

---

<sup>295</sup> El Partido Obrero Campesino había sido formado por antiguos miembros del PC, obviamente expulsados de manera injusta. La similitud de posiciones marxistas planteaba, para la célula Marx, su inmediata reincorporación al PC. Véase, Praxis, *Una política de unidad*, Marzo de 1959, p. 1. AGRB.

<sup>296</sup> Revueltas menciona, “las direcciones nacionales del PCM y del POCM son desde ahora como el rey Midas de la muerte, que matan todo lo que tocan”. José Revueltas, *Enseñanzas de una derrota*, Abril de 1959, p. 14.

por las direcciones nacionales de ambas organizaciones disminuyó la importancia del movimiento. Olvidaron que las consignas contra el charrismo y por la democracia sindical implicaban el posible inicio de un proceso de independencia política de la clase obrera, la cual atentaba directamente contra la hegemonía del Estado y la burguesía basada en el control corporativo.<sup>298</sup> Cuando lo recordaron era porque los trabajadores ya habían asumido una táctica independiente mucho antes de que la famosa vanguardia se le prendiera la “chispa” para cambiar sus postulados. En 1958, Revueltas se concentraba todavía, aunque no en forma exclusiva, en el proceso de transformación organizativa interna con la esperanza de obtener un partido preparado para la lucha de clases. En ese sentido consideraba la Conferencia de 1957 como el antecedente más benéfico de este proceso. Pero en 1959, encontramos ya una opinión diferente. Su principal reclamación a la dirección y a la Comisión Política iba en el sentido de denunciar la carencia de una línea política. Por una parte, las protestas rebasaron pronto el programa del partido, por otra, su ejemplo imponía la revisión de muchos de los objetivos tácticos. A pesar de los propósitos de aplicar una línea justa, señala Revueltas, el Comité del Distrito Federal se quedó “a la cola” de los movimientos porque, preocupados en los asuntos internos, no discutieron los tópicos más importantes –el frente democrático o la cuestión sindical– con los cuales aplicar una política acertada.<sup>299</sup>

La célula Marx refutó con éstos y otros argumentos la posición de la dirección que caracterizó las luchas como un movimiento politizado gracias a la acción dirigente del partido.

---

AGRB.

<sup>297</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>298</sup> *Ibid.*, p. 5.

<sup>299</sup> Revueltas, *Balance de la lucha ...*, op. cit., p. 8.

Resultó exactamente lo contrario, el partido se había politizado gracias a la lucha de los trabajadores. De la misma forma, también entró en desacuerdo con la visión del Comité del Distrito Federal que definía como un movimiento económico las agitaciones sociales de este periodo. Este juicio expresaba de manera tácita la aplicación dogmática de la teoría.

El leninismo separaba el ámbito de los sindicatos, concebidos como un espacio de lucha por las reivindicaciones económicas, del político, relacionado a la actividad del partido. Para el Comité del Distrito Federal, las luchas se confinaban al nivel económico. Solo cuando se generalizaban podían llegar a cumplir una función política porque enfrentaban a las clases. En consecuencia, interpretaron la represión como producto del clima anticomunista y conservador más que como la consecuencia de las implicaciones políticas de los movimientos.<sup>300</sup>

Con esta concepción estrecha de la política resultaba imposible dilucidar las implicaciones de fondo de los estallidos. Revueltas comprendió –y esta es la concepción más difundida hasta hoy– que la autonomía y la independencia atentaban contra la hegemonía de la burguesía y el control del Estado porque existía el riesgo de difundir una mentalidad democrática contraria al corporativismo.<sup>301</sup> El Comité no logró entender la doble función de los sindicatos: cumplían el papel de un supuesto órgano de defensa de los intereses económicos de los trabajadores, pero en realidad constituían un poderoso medio de control político. La teoría de Lenin, así vista, quedaba corta frente a la diversidad social de sus instituciones. Edificados desde la base, estos movimientos cuestionaban y rechazaban la autoridad gubernamental.

---

<sup>300</sup> Presidium de la VII Convención Ordinaria del Partido Comunista Mexicano en el Distrito Federal, *Respuesta al documento de José Revueltas: Enseñanzas de una derrota*, Mayo de 1959, p. 4. AGRB.

<sup>301</sup> Revueltas, *Enseñanzas de ...*, op. cit., p. 4 y Célula Carlos Marx del Distrito Federal, *Resolución sobre las huelgas ferrocarrileras*, p. 6. AGRB.

## 6.2. *El error de la dirección en la apreciación de la coyuntura.*

La célula Marx planteó que el partido no supo ver la continuidad entre la política del gabinete saliente de Ruiz Cortines y el de López Mateos. Aquél ya había demostrado su carácter represor y éste lo anunciaba mediante una extensa campaña de prensa para legitimar el golpe. Además, sostenían los futuros espartaquistas, el partido no pudo concebir el cambio de coyuntura desfavorable para un enfrentamiento con las instituciones. Por una parte, a diferencia de las primeras huelgas, en marzo de 1959 el gobierno no se hallaba imbricado en el cambio presidencial.<sup>302</sup> Por otra, la solidaridad y el apoyo del resto de los sectores trabajadores era casi nula. El sindicato ferrocarrilero se encontraba aislado. Si el partido alentó la táctica bronca – enfrentamiento radical con las empresas y el gobierno– en un momento de debilidad y propició un repliegue desordenado al apoyar la retirada cuando, en este punto de la lucha, era oportuno el compromiso de resistir hasta el final, fue precisamente por su inexistencia como vanguardia. La organización ratificó su incapacidad reflexiva y orientadora y, con esto, la pérdida de sus funciones más importantes.<sup>303</sup>

No carecía de cierta razón la dirección cuando reclamaba a Revueltas la exagerada responsabilidad que adjudicaba al partido en la derrota ferrocarrilera. Sin embargo, para la célula Carlos Marx, el que el ímpetu orillara a las bases a no hacer caso de la posición más prudente de dirigentes como Demetrio Vallejo, o que el reto a su hegemonía hubiera desatado la liquidación

---

<sup>302</sup> Como hemos visto en el capítulo anterior, la delicada coyuntura del cambio presidencial postergó el ejercicio de la represión hacia los movimientos sociales. Ruiz Cortines trataba de evitar por una parte, el descrédito de una acción semejante y, por otra, mantener la tranquilidad suficiente para llevar a cabo unas elecciones creíbles.

gubernamental del sindicato, aun sin un enfrentamiento directo, no justificaba la ineptitud histórica del PCM. ¿Cómo, entonces, contrarrestar la política de cooptación (obrerismo) y de represión del Estado sin una mínima plataforma dentro de un partido que no producía ninguna reflexión importante más que los esquemas preestablecidos?

Cuando el grupo encabezado por Revueltas declaraba la inexistencia histórica del Partido Comunista, esto significaba:

a) Identidad, al margen de la práctica, entre el ser la conciencia de la clase obrera y ser su vanguardia política, es decir la noción de la vanguardia erigida en un dogma. b) Concepción dogmática de las normas del partido y oposición artificial de estas al proceso de conocimiento. c) Concepción liquidacionista de la lucha de tendencias y aplastamiento de la lucha interna por medio de escisiones. d) Sustitución del centralismo democrático por el autoritarismo y los métodos dictatoriales de la dirección. e) Concepción policiaca de la lucha interna y espionaje político dentro del partido.<sup>304</sup>

El partido mostró en la coyuntura sus defectos estructurales. Jamás se había situado a la vanguardia de los trabajadores y, en cambio, su malograda intervención había contribuido a la derrota a partir de un análisis subjetivo de la correlación de fuerzas.

### *6.3. Un momento heroico y romántico de la célula Carlos Marx: pretender cambiar al partido desde dentro.*

Estas eran las críticas y las proposiciones que la célula Carlos Marx emitió un año antes del XIII Congreso, con la perspectiva de llegar a él para efectuar una renovación plena del partido. ¿Por qué no formar otro partido o dar un golpe de Estado a la dirección nacional como lo proponía el grupo de Ortega Arenas? Lo primero era visto como una contradicción: utilizar el método que se combatía hubiera resultado una práctica en contra de los principios de renovación. Lo segundo

---

<sup>303</sup> Célula Carlos Marx, *Resolución sobre las huelgas ...*, *op. cit.*, anexo 4.

<sup>304</sup> Revueltas, "La disyuntiva ...", *op. cit.*, pp. 55-56.

estaba descartado en 1959, dada la doble concepción del partido comunista que elaboró la célula. Contenía una acepción estricta que aseveraba la inexistencia del partido como vanguardia de la clase obrera, dado el carácter “antihistórico” de su dirección y de su organización ocupada en querellas internas que atomizaban al movimiento comunista. Pero también una interpretación amplia que veía en la organización a un grupo marxista con las mayores posibilidades para llegar a ser una vanguardia. Es por eso que el grupo aglutinado en torno a la célula Carlos Marx, a esta altura, se proponía transformar a la organización “mediante su trascendental lucha interna” para “superar los errores y no caer en ellos de nuevo”.<sup>305</sup>

Era claro que el grupo no presentaba el interés de generar más fracciones. Si insistían en la crítica y se ubicaban en la oposición era con el propósito de crear las mínimas condiciones de democracia necesarias para que un partido funcionara como vanguardia. En ese sentido resultaban falsos los calificativos de liquidacionistas que les imputaba el Comité del Distrito Federal. Así como también lo es aquella de Barry Carr en el sentido de que rechazó el centralismo democrático.<sup>306</sup> A lo que se negó de hecho fue a aceptar la interpretación autoritaria de la dirección de dicho centralismo.

Su tenacidad en la lucha interna partía, en cuanto a la dirección, de que “el reconocimiento público de sus errores implicaría el reconocimiento de su desaparición, la autocrítica significa la

---

<sup>305</sup> Praxis (Enrique González Rojo), *Intervención ...*, *op. cit.*, pp. 10-12.

<sup>306</sup> Carr sostiene sin aclarar ni explicar en una de las escasas referencias que da de Revueltas y su grupo: “Tras rechazar el principio del centralismo democrático, que él consideraba clave para la práctica del stalinismo, desarrolló una tesis sobre la ‘inexistencia’ del PCM que fue la causa de que él y quienes le apoyaban salieran del partido en 1959”. Carr, *op. cit.*, p. 215. En primer lugar no explica que su tesis sobre la “inexistencia” no implicaba necesariamente, como ya lo analizamos, el rechazo del partido. En segundo lugar, Revueltas no rechazó en este periodo el centralismo democrático y, en tercero, no salieron en 1959, sino que fueron expulsados después de haber ingresado al POCM en 1960.

autonegación para el grupo dirigente del PCM”.<sup>307</sup> Esto implicaba una lucha sin concesiones. Revueltas advertía en 1958 que solo generalizando la lucha interna a todo el partido se podría impedir una solución centrista que “inevitablemente conduciría a la repetición, agravada, con todavía más nefastas consecuencias, de los errores cometidos en el pasado”.<sup>308</sup>

Y fue exactamente lo que sucedió. En 1959 y después de la derrota ferrocarrilera, comenzaría el declive de la corriente crítica a partir del pacto de la “oposición” del Comité del Distrito Federal y la Dirección Nacional, así como la represión que la primera, adueñándose del *presidium* de la VII Convención, comenzó a ejercer sobre la célula Marx.

Ni por su actuación interna, ni por la externa el partido había demostrado grandes avances, excepto en el lenguaje seudocrítico y, ahora, conciliatorio encaminado a encubrir los verdaderos problemas de la organización. A partir de este año la organización se sumergiría de nuevo en un aislamiento agravado por las condiciones de clandestinidad, pero sobre todo por la reincidencia en las actitudes antidemocráticas practicadas en el pasado. La VIII Convención Extraordinaria llevada a cabo en enero de 1960 patentizaría una de las muestras más evidentes: ahí la nueva dirección –el Comité del Distrito Federal y el grupo de Encina– reprimiría lo que quedaba de la corriente crítica para adueñarse definitivamente del partido.

### 7. *El centralismo democrático: ¿Centralismo o democracia?*

El enfrentamiento de la célula Marx (y otras) con el Comité del Distrito Federal en la VIII Convención planteó la disyuntiva de la organización. Mientras éste concebía la función de

---

<sup>307</sup> Revueltas, *Balance ...*, *op. cit.*, p. 11.

<sup>308</sup> Revueltas, “La disyuntiva...”, *op. cit.*, pp. 56-57.

centralismo democrático como un mando jerarquizado y de militancia disciplinada, como el único medio para lograr un comportamiento unificado y homogéneo que diera como resultado un partido fuerte y preparado para abocarse a sus tareas revolucionarias. Aquella, en cambio, argumentaba que la meta principal consistía en la democracia, fórmula que permitiría crear un consenso no autoritario en la organización. ¿Cuál es el significado de esta doble interpretación? ¿Cuál fue su importancia en ese momento? Es imposible responder a estas preguntas si, por una parte, no comprendemos la intención histórica de Lenin al elaborar la concepción de la organización y, por otra, si no tratamos de analizar las implicaciones de su teoría en la realidad nacional. Sólo así podremos discernir las diferentes perspectivas ideológicas de ambos bandos.

### *7.1. La “unidad” como argumento central del discurso del poder.*

Lo anterior no nos impide antes describir las contradicciones del Comité del Distrito Federal develadas en la VIII Convención, las cuales se constataron por el giro en la actitud teórica y en la utilización de un lenguaje diferente al del pasado. La crítica central se dirigió a señalar lo que, para él, resultaba un atentado efectuado por la célula Marx en contra de la unidad. La premisa básica de la argumentación sostenía que la esencia del modelo de organización leninista estaba constituida por la disciplina y la unidad conformadas por los militantes. No en vano el *Proyecto de Resolución* discutido en esta reunión se iniciaba con una cita de Stalin tomada de su libro *Los fundamentos del leninismo*: “la conquista y el mantenimiento de la dictadura del proletariado son imposibles sin un partido fuerte por su cohesión y su disciplina férrea. Pero la disciplina férrea en el Partido es inconcebible sin la unidad de voluntad, sin la unidad de acción completa e

incondicional de todos los miembros del Partido”.<sup>309</sup> Partiendo de este criterio, el Comité consideró que la célula había sufrido “una evolución negativa” y un “abandono paulatino del principio del centralismo democrático” causados por el excesivo acento en su defensa por la democracia desde los acontecimientos de 1957.<sup>310</sup> En particular se rechazaban dos proposiciones del grupo ligado a Revueltas. Por una parte, el Comité repudiaba la tesis que admitía la existencia de tendencias ya que consideraba a las discrepancias de fondo como factores que debilitaban la unidad del partido. Dejaba en claro su aversión hacia el pluralismo en la medida en que no podía darse el caso de que diversas tendencias representaran al proletariado. Implicaba –continuando con dicha argumentación– mantener “ideas y corrientes que no corresponden a la ideología de la clase obrera” auspiciadoras de “diversos centros de dirección” y, por tanto, la relajación de la disciplina.<sup>311</sup> Por otra, se atacó uno de los puntos más valorados por José Revueltas en su táctica para llegar al Congreso con la posibilidad de involucrar a toda la organización en un debate público: éste propuso que la dirección no pudiera tomar acuerdos hasta la celebración de la magna reunión como la única garantía para elaborar una línea política y unas elecciones de los representantes de las bases al margen del control burocrático. Tal iniciativa no infringía los estatutos del partido.<sup>312</sup> El Comité del Distrito Federal defendió exactamente lo contrario: sostuvo el derecho del Comité Central a decidir y ejecutar resoluciones aun en este periodo especial. Así la minoría debía plegarse a la mayoría representada por esta instancia.<sup>313</sup> Con tales ideas, las

---

<sup>309</sup> Comité del Distrito Federal del Partido Comunista Mexicano, *¡Defendamos...!*, *op. cit.*, p. 2. Puede verse también a José Stalin, *Los fundamentos del leninismo*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1975, p. 121.

<sup>310</sup> *Ibid.*, pp. 4-5.

<sup>311</sup> *Ibid.*, pp. 5 a 8.

<sup>312</sup> PCM, *Estatutos ...*, *op. cit.*, artículo 36.

<sup>313</sup> Comité del Distrito Federal del Partido Comunista Mexicano, *op. cit.*, p. 10.

autoridades del Distrito Federal –parte ya de la dirección– se preparaban para elaborar una serie de medidas que bloquearan en la práctica toda labor de discrepancia.

¡Que cerca se encontraba el Comité del lenguaje de la antigua élite en el poder, la cual en su “autocrítica” de 1957 (referente a las luchas de 1940-1948) justificaba las expulsiones efectuadas en el pasado, calificando de fraccionalismo a las oposiciones y acusándolas de violar el centralismo democrático!<sup>314</sup> ¡Y que lejos se hallaba de sus propias críticas dirigidas en contra de Dionisio Encina en la Conferencia de 1957, donde se refería a las “relaciones anormales violatorias de los principios de organización entre la dirección y la base”,<sup>315</sup> y donde señalaba que el predominio del centralismo sobre la democracia había aplastado toda crítica o, incluso, puntualizaba la carencia de la discusión como método de convencimiento!<sup>316</sup> ¿No era ella quien en 1958 había establecido la defensa de la nueva tesis sindical o impugnado la destitución de los camaradas de *La Voz de México*?<sup>317</sup>

Esta inconsistencia teórica sólo puede ser entendida a partir de las relaciones de poder: en 1959 el Comité trató de consolidar su posición en los órganos de dirección y delegó completamente el carácter crítico que lo había caracterizado mientras luchó en forma decidida contra el viejo mando. Los medios se convirtieron en un fin y se invirtieron las prioridades. La captura de la organización apareció como el objetivo central del nuevo grupo dirigente y las

---

<sup>314</sup> PCM, *La lucha interna ...*, op. cit., p. 74.

<sup>315</sup> PCM, *Resolución de la Conferencia ...*, op. cit., p.10.

<sup>316</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>317</sup> *Resolución de la conferencia del Partido Comunista Mexicano en el Distrito Federal: acerca de las irregularidades ...*, op. cit., p. 12.

necesidades de una línea política alternativa o de una base democrática no sólo fueron relegadas, sino consideradas peligrosas en la constitución de su reciente hegemonía.

## 7.2. *La organización aplasta a la crítica.*

La transformación quedó ratificada con la práctica empleada por el Comité del Distrito Federal en la VIII Convención realizada a principios de 1960. Ésta se caracterizó por el inicio del empleo de los mecanismos burocráticos para eliminar y marginar todo resquicio de disidencia en el interior del partido, así como por el cambio del objetivo de la crítica, la cual ahora se concentró exclusivamente hacia la célula Marx. Finalmente, las acusaciones y las respuestas plantearon la interrogante de cuál camino seguir en la organización y a partir de qué prioridades: ¿unidad centralizada o democracia?

El principal síntoma del aplastamiento de la discusión política de las bases consistió en el nuevo giro que definió a esta reunión. Sin respetar el orden del día previamente establecido,<sup>318</sup> se omitió el objetivo central característico de la lucha interna hasta 1959: la crítica a la dirección. El Comité del Distrito Federal continuó con su actitud conciliadora denunciada ya con anticipación por el grupo de Revueltas,<sup>319</sup> pero esta vez llegó, incluso, a justificarla: por una parte, defendió la alianza con la dirección bajo el pretexto de que los viejos cuadros eran necesarios en el proceso de transformación orgánica,<sup>320</sup> por otra, se encubrió la “pugna total” iniciada desde el Pleno de julio-agosto en el Comité Central.<sup>321</sup> Las consecuencias resultaron desastrosas para el proceso de renovación. En el XIII Congreso no se deslindaron las responsabilidades concretas de aquellos

---

<sup>318</sup> Células Carlos Marx y otras del Partido Comunista Mexicano, *Documento de ingreso ...*, op. cit., p. 1.

<sup>319</sup> Revueltas, *Balance de la lucha ...*, op. cit., pp. 6-8.

<sup>320</sup> Rousset, *Informe del responsable de la célula Gramsci ...*, op. cit., p. 3.

dirigentes que orillaron al partido hacia la debacle. Las expulsiones y los actos autoritarios del pasado permanecieron impunes y sin nombre. Si las bases no fueron enteradas de los fuertes obstáculos expuestos por una parte importante de la dirección, fue por causa del temor del grupo de Arnoldo Martínez Verdugo a radicalizar la lucha interna en contra del alto mando. Con medidas como estas la participación se confinaba a ratificar las decisiones de la dirección.

Esto explica los métodos organizativos aplicados por el Comité del Distrito Federal, quien en esta reunión pretendía el doble propósito de conseguir la aceptación de la *Resolución* y marginar al grupo de Revueltas. No resulta asombroso, entonces, que este documento “fijara” el Pleno de julio-agosto de 1959 como la reunión donde, según el Comité, se habían resuelto todos los problemas relativos a la unidad.<sup>322</sup> La medida descalificó cualquier otra propuesta alternativa al control oficial, así como estableció de antemano la forma y el contenido de los temas a discutir en el próximo Congreso. Legitimadas por esta reunión oficial, las autoridades del Distrito Federal consideraron justo prohibir a la célula Marx la difusión de sus ideas ya que contradecían los convenios establecidos por las altas jerarquías.<sup>323</sup> Paradójicamente, se violó el acuerdo oficial de la VII Convención, el cual estipulaba que el Comité promovería la discusión interna mediante la propagación de los materiales de la célula Marx.<sup>324</sup>

La anterior descripción nos muestra cómo se anuló la discusión, uno de los derechos más indispensables que los propios estatutos del XIII Congreso establecían como un ejercicio recomendable antes de la realización de un Congreso:

---

<sup>321</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>322</sup> Comité del Distrito Federal del Partido Comunista Mexicano, *Resolución del Comité del Distrito Federal del Partido Comunista Mexicano acerca de la actividad divisionista ...*, *op. cit.*, p. 2.

<sup>323</sup> Comité del Distrito Federal del Partido Comunista Mexicano, *¡Defendamos ...!*, *op. cit.*, p. 11.

<sup>324</sup> Rousset, *Informe del responsable ...*, *op. cit.*, p. 1.

Artículo 36. Durante el periodo preparatorio del Congreso, que abarcará los meses anteriores a su celebración desde que es convocado, los miembros del Partido tienen derecho a discutir libremente todas las cuestiones de la política del Partido en los organismos respectivos; pueden abrir discusiones sobre problemas que han sido objeto de alguna resolución; pueden, así mismo, discutir en forma responsable acerca de la labor de los organismos dirigentes. El Congreso finaliza la discusión y sus resoluciones son obligatorias para todo el partido. Los acuerdos del Congreso sólo pueden ser modificados por otro Congreso.<sup>325</sup>

La centralización y la manipulación de la información fueron los medios por los cuáles el Comité llegó a realizar sus objetivos: la base no participó en el debate entre los grupos en disputa y se votó a favor de la resolución oficial con una mayoría precaria ya que la mayor parte de los delegados se abstuvieron a causa del desconocimiento del problema.<sup>326</sup>

### *7.3. Implicaciones de las diferentes posiciones relativas al problema de la organización.*

Podemos entender los cambios teóricos y prácticos del Comité como parte de una estrategia para obtener y consolidar el control del conjunto de la organización. Sin embargo, la discusión llevada a cabo con la célula Carlos Marx planteaba un problema de fondo que las expulsiones habían postergado constantemente desde 1940, vigente porque no había podido ser solucionado en el ámbito teórico. Este consistía en la interpretación del centralismo democrático. Por una parte, la dirección divulgaba la necesidad de fortalecer a la organización mediante la unidad, el mando centralizado y la disciplina. Con ello se permitiría evitar toda división así como enfrentar como un bloque homogéneo a todo peligro externo. Por otra parte, las diferentes oposiciones reclamaban con justeza una mayor democracia interna para controlar los abusos del autoritarismo burocrático y, sobre todo, para construir un programa elaborado mediante la discusión colectiva y el análisis

---

<sup>325</sup> PCM, *Estatutos ...*, *op. cit.*, artículo 36.

<sup>326</sup> Células Carlos Marx y otras del Partido Comunista Mexicano, *Documento de ingreso ...*, *op. cit.*, p. 5.

de la realidad nacional. Se trataba de evitar que el partido se transformara en un simple instrumento de la doctrina.

De esta discusión dependían tanto la función como la vida política del partido. En ella se pretendía solucionar una profunda división –entre el centralismo y la democracia– que sólo en teoría aparecía como una unidad armónica. Tal polémica no se desplegó exenta de peligros. Si el partido se decidía por la democracia, un exceso podría conducir a la atomización y la fragmentación. Sí, por lo contrario, se ponía más énfasis en el centralismo resultaba lógico que el fantasma del autoritarismo asediara la libertad individual de los militantes. ¿Cómo pudo Lenin formular y llevar acabo su teoría de la organización sin romper el equilibrio entre los dos términos? ¿Cómo fue que el PCM redujo esta proposición hasta el punto de convertirla en un obstáculo para su existencia como izquierda?

#### *7.4. La interpretación doctrinaria y descontextualizada del centralismo democrático.*

Existen dos problemas por los cuales el partido no sólo no consiguió comprender la teoría leninista sino que, de hecho, efectuó una aplicación antihistórica de estas ideas organizativas. Por un lado, la concepción del gran líder ruso se definía por una serie de axiomas flexibles, sujetos a inclinarse hacia el centralismo o la democracia según las necesidades históricas del momento. Lenin comprendió perfectamente que una organización debía adaptarse a las circunstancias concretas.<sup>327</sup> El error que cometieron los marxistas mexicanos consistió en concebir la

---

<sup>327</sup> El sistema clandestino de organización jerarquizada fue ideado para las condiciones de un país gobernado por el absolutismo zarista. Vladimir I. Lenin, “¿Qué hacer?”, *Obras completas, tomo V*, Madrid, Akal Editor, 1976, p. 466.

proposición organizativa del partido como una doctrina rígida, así como haberla aplicado a ultranza sin un análisis previo de las condiciones históricas de la sociedad mexicana. Por otro lado, los dirigentes, influidos por el estalinismo, desplazaron los objetivos originales para los cuales fue constituida la teoría leninista de la organización. La utilizaron como la justificación de un sistema jerarquizado que pretendía antes que nada reproducir la doctrina del PCUS y mantener el control burocrático de la organización. El inmovilismo y la disminución crónica de la militancia desde 1940 demostraron cómo el contacto con las masas fue marginado a segundo término cuando menos hasta 1956.

Cuando Lenin edificó su teoría del partido en 1902, fue con el propósito de responder a las circunstancias históricas concretas del país. Rusia se caracterizaba por su atraso económico: era una nación rural con un incipiente proletariado desperdigado en un inmenso territorio. Sus relaciones políticas se definían por la existencia de la autocracia zarista, la cual dificultaba todo intento de organización y participación democráticas de las clases laborales y de los partidos políticos.

Estos rasgos constituían una diferencia sustancial entre Rusia y las sociedades de Europa occidental. Consciente del predominio del campesinado en la población, de la atomización y la relativa poca experiencia del proletariado, así como de las condiciones de clandestinidad que imponía el régimen del zar, Lenin elaboró una teoría que concebía a la organización como una élite pequeña de militantes profesionales –poseedores de una alta experiencia y capacidad teórico-práctica– que pretendía auspiciar el debate político revolucionario por medio de la agitación y la

propaganda, así como esperar el momento propicio para tomar el poder.<sup>328</sup> La concepción de un partido altamente centralizado y jerarquizado trataba de adaptarse a las condiciones de clandestinidad e intentaba suplir las dificultades de una política revolucionaria producidas por las condiciones de atraso del país. El partido bolchevique se convirtió pronto en una organización ampliamente afectiva gracias a la disciplina y preparación de sus militantes.

El PCM asumió esta concepción en una forma descontextualizada. A pesar de ciertas similitudes, la situación y la experiencia de las clases trabajadoras nacionales resultaban muy diferentes (como lo hemos analizado en el capítulo anterior) a las de la Rusia de 1902 o de 1917. En México no sólo el grado de crecimiento económico era más elevado sino que, además, existía una tradición de lucha y de organización más amplia difundida desde la Revolución y desplegada dentro de un marco jurídico, legal y político más cercano –aunque en muchos casos de manera formal– a las sociedades democráticas del primer mundo. La propuesta organizativa del partido presentaba un desfase político con respecto a las necesidades de los trabajadores. Ésta ofrecía una estructura rígida jerarquizada, casi militar, cuando los obreros demandaban formas de asociación más democráticas, correspondientes a una sociedad relativamente estable. Para los

---

<sup>328</sup> Estas eran las condiciones que daba Lenin para la organización en 1902: “1) que no puede haber un movimiento revolucionario sólido sin una organización de dirigentes estable y que asegure la continuidad; 2) que cuanto más extensa sea la masa espontáneamente incorporada a la lucha, masa que constituye la base del movimiento y que participa en él, más apremiante será la necesidad de semejante organización y más sólida tendrá que ser ésta (ya que tanto más fácilmente podrá toda clase de demagogos arrastrar a las capas atrasadas de la masa); 3) que dicha organización debe estar formada, fundamentalmente, por hombres entregados profesionalmente a las actividades revolucionarias; 4) que en el país de la autocracia, cuanto más *restrinjamos* el contingente de los miembros de una organización de este tipo, hasta no incluir en ella más que aquellos afiliados que se ocupen profesionalmente de actividades revolucionarias y que tengan ya una preparación profesional en el arte de luchar contra la policía política, más difícil será ‘cazar’ a esta organización, y 5) *mayor* será el número de personas tanto de la clase obrera como de las demás clases de la sociedad que podrán participar en el movimiento y colaborar activamente en él”. *Ibid.*, pp. 470-471.

militantes, el centralismo democrático se había convertido más en un obstáculo burocrático que en un medio eficaz para la práctica revolucionaria.

La principal diferencia que alejaba al PCM del partido bolchevique consistía en su baja preparación teórica. La débil educación de los cuadros profesionales reforzó la ineficacia y la intolerancia del partido. Pero el problema se tornó crónico a partir de la insistencia en preservar un programa nacionalista basado en una táctica de alianzas con la burguesía que en muchos casos justificaba las acciones del Estado y asumía incondicionalmente la línea política de la Unión Soviética. Tanto la postergación del socialismo como la política oficialista y reformista, insensible frente al creciente ambiente conservador iniciado después del gobierno de Cárdenas, desprestigiaron al partido y lo aislaron del movimiento real.

Son comprensibles, entonces, los resultados de esta vulgar y esquemática imitación del centralismo democrático. El partido no se proponía la toma inmediata del poder ni la conspiración. Así como tampoco trabajaba en el clima de intolerancia política que había decidido a Lenin a sacrificar algunos aspectos democráticos de la vida partidaria en 1902.<sup>329</sup> Resultaba un anacronismo implantar el rígido sistema de disciplina en un contexto diferente. Era claro, además, que uno de los principales problemas del Partido Comunista Mexicano consistía en su confuso programa nacionalista, factor principal de sus reiterados errores tácticos, así como de su descrédito. Por lo tanto, con relación a su estructura, los militantes requerían de una organización

---

<sup>329</sup> Preocupado por estas condiciones de clandestinidad, Lenin contestaba a los que señalaban la falta de democracia interna en el partido: “Es una futesa vana, porque los intentos de aplicar en la práctica un ‘amplio principio democrático’ sólo facilitan a la policía las grandes redadas y consagran por una eternidad los métodos primitivos de trabajo dominantes, distrayendo el pensamiento de los militantes dedicados a la labor práctica de la seria e imperiosa tarea de forjarse como revolucionarios profesionales”. *Ibid.*, p. 486.

que solucionara mediante la reflexión tanto el asunto de la línea política como aquel del funcionamiento interno. Esto sólo era factible mediante el debate, el estudio y la discusión. Empero, el estalinismo y el fetiche de la autoridad bloquearon todo atisbo de democracia y, con ello, la única garantía de una evolución teórica sin cortapisas.

La flexibilidad del pensamiento leninista fue demostrada a través de la permanente insistencia de su autor en señalar los peligros que aguardaban a su concepción cuando se concebía a la organización como un sistema cerrado. Estas llamadas de atención proliferaron especialmente después del año de 1917, precisamente en el momento en que el partido presentaba todas las condiciones para ser seducido por las tentaciones del poder y el autoritarismo.<sup>330</sup> Lenin indicó cómo el partido bolchevique, inmerso en la gigantesca tarea de la construcción económica de la URSS y ante la necesidad de armar una gran estructura administrativa, estaba sometido al riesgo de caer en la inercia del burocratismo y anular por esta vía la participación de las masas en las decisiones de la comunidad.<sup>331</sup> Insistió en los principios de colegialidad como forma de garantizar un consenso desde las bases.<sup>332</sup> Le preocupaba la

---

<sup>330</sup> Estas tentaciones muchas veces resultaron forzosas. Rusia se encontraba dividida entre pugnas internas, con la apremiante necesidad de salir del atraso económico y, además, cercada y bloqueada por las potencias internacionales. Resultaba casi imposible dejar de aplicar mano dura y centralización ante estas condiciones adversas.

<sup>331</sup> En esto estamos de acuerdo con Lucio Magri, quien sostiene: “Lenin fue siempre el primero en tener conciencia de estos límites del partido que construía, de estos peligros que lo amenazaban, y en dirigir una ardua lucha en el terreno teórico y en el práctico para superarlos y contrastarlos. [...] No es casual que, sobre todo después de la revolución de octubre, desarrollase una lucha política incansable contra el voluntarismo y el naciente burocratismo, contra la tendencia a transformar la dictadura proletaria en dictadura de partido, contra todo alejamiento de la vida de las masas y toda limitación arbitraria de la vida democrática en el seno de la clase y del partido”. Lucio Magri, “Problemas de la teoría marxista del partido revolucionario”, en *Teoría marxista del partido político, I*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 7, 1987, p. 46.

<sup>332</sup> Jruschov mencionaba la siguiente frase de Lenin para referirse a los principios de colegialidad de centralismo democrático: “esto significa que todos los asuntos del Partido deben ser solucionados por sus afiliados (directamente o a través de representantes), los cuales están sometidos sin excepción alguna a las mismas normas; además, todos los cargos administrativos, todas las comisiones rectoras, todos los que ocupan un cargo tienen siempre carácter electivo, han de dar cuenta de sus actividades y pueden ser

participación del conjunto de la población como una medida eficaz para frenar una posibilidad que vislumbró antes de su muerte: la dictadura del partido.

La insistencia de Lenin por auspiciar la democracia después de la revolución no resultaba fortuita. Comprendía los riesgos del centralismo en estas nuevas circunstancias históricas. Los resultados corroboraron sus temores. Después de la muerte del gran pensador, Stalin superlativizó los aspectos militares y jerárquicos del partido para convertirlo en un instrumento tautológico de su ideología.

#### *7.5. La proposición de la célula Carlos Marx.*

La célula Carlos Marx pretendió recuperar la teoría de la organización a partir de estas observaciones críticas. Intentó adaptarla al contexto histórico específico de México. Por eso resulta natural que haya asumido el estalinismo y el leninismo como términos separados, más bien opuestos, y recuperado las observaciones hechas al culto a la personalidad del XX Congreso del PCUS. Sin embargo, su posición libertaria fue más allá de lo que las estructuras democráticas permitían para esa época. Este grupo pensaba con cierta razón que en la defensa de la democracia interna –hasta aquel entonces sólo aceptada en el papel– se jugaba el futuro del partido e, incluso, hasta cierto punto el de la izquierda. De ella dependía la elaboración de un nuevo programa que restituyera la identidad crítica y analítica de la organización, así como la renovación de su relación con los movimientos sociales. De su solución se desprendía la

---

destituidos”. Kruschef, “El discurso secreto”, *op. cit.*, pp. 577-578.

posibilidad de construir una verdadera vanguardia pensante derivada de una vigorosa reflexión y participación colectivas.

Fueron estos los motivos que impulsaron al grupo de Revueltas a defender la existencia de tendencias dentro del partido. No las consideraban como un sinónimo de fragmentación.<sup>333</sup> Las asumían como una expresión de la libertad individual y participación activa del militante. En cambio, las sucesivas oposiciones y la fragmentación eran consideradas como un rasgo intrínseco del autoritarismo: la formación de fracciones era inevitable en una organización que no aceptaba la discusión para llegar al consenso unitario; su permanencia o las expulsiones eran el reflejo de la falta de una solución teórica. Por eso Revueltas planteaba que las normas y los estatutos no debían ser utilizados para reprimir sino debían ser considerados como un instrumento al servicio del conocimiento.<sup>334</sup> Repudió, en este sentido, la descalificación de todo pensamiento alternativo visto como una labor de fraccionalismo por la dirección. Se suspendía cualquier reflexión bajo el pretexto de conservar la unidad.<sup>335</sup> Las prioridades de la educación política y de la discusión puestas por encima del criterio de unidad pretendían suprimir el carácter dogmático de la organización. La célula Carlos Marx había planteado este impase en forma clara desde 1957: ¿qué pasa cuando una mayoría –adoctrinada y sin preparación– toma una decisión

---

<sup>333</sup> Células Carlos Marx y otras del Partido Comunista Mexicano, *Documento de ingreso ...*, *op. cit.*, p. 6.

<sup>334</sup> He aquí un párrafo donde Revueltas aclara cuándo deben de considerarse a las tendencias como fraccionadoras y cuándo no. Todo depende de su relación con la dinámica del conocimiento y la discusión: “La lucha de fracciones es aquella que se prosigue *después* de consumado el proceso de conocimiento y que por ello se convierte en una degeneración escisionista de la lucha de tendencias. Pero aquí no debe haber ninguna otra interpretación de lo que es la lucha fraccional. *Antes* de consumado el proceso del conocimiento de que se trate, no puede existir ni existe trabajo alguno de fracción y confundir las tendencias ideológicas y los grupos –necesariamente inestables y transitorios– que formen en derredor de tales tendencias, con grupos fraccionales, equivale a la paralización del proceso de conocimiento y a la cesación del ejercicio de la conciencia”. Revueltas, “La disyuntiva histórica ...”, *op. cit.*, p. 72.

<sup>335</sup> *Ibid.*, p. 48.

equivocada?<sup>336</sup> La única forma de superación de esta acción consistía en el ejercicio de la crítica y la autocrítica a través de la formación de corrientes de opinión y de participación activa.

Las diferencias substanciales del grupo de Revueltas con el mando del partido lo orillaron a emitir –a raíz de su ingreso al POCM poco tiempo más tarde– un balance negativo de la VIII Convención Extraordinaria. Consideraron que ésta puso fin “al desenvolvimiento de la lucha interna iniciado en 1957” y redujo a todos los camaradas “que mantienen discrepancias serias con el Comité Central y el Comité del Distrito Federal a la única perspectiva de ser aplastados y condenados en el XIII Congreso del PCM”.<sup>337</sup> El triunfo de la *Resolución* “antileninista” significó, para ellos, “la derrota de un nuevo ciclo de opiniones tendientes a corregir los métodos represivos y antidialécticos [...] representa el retorno intolerable a los procedimientos de represión interna”.<sup>338</sup>

Y por supuesto que acertaron en cuanto al XIII Congreso, donde se reprodujeron los mismos mecanismos que cercaron a la célula Marx. El Comité Central no distribuyó los documentos relativos a la lucha interna y la literatura del futuro grupo espartaquista fue considerada contraria al partido.<sup>339</sup> La discusión se restringió a los órganos superiores.<sup>340</sup> Se omitió el tema fundamental de la huelga ferrocarrilera y el papel jugado por el partido.<sup>341</sup> Se alteró de diversas maneras la elección de los miembros aspirantes al Comité Central en favor del grupo

---

<sup>336</sup> Célula Carlos Marx, *A propósito del XXXVIII aniversario del Partido Comunista Mexicano*, octubre de 1957, p. 3. CEMOS, caja 28, fondo 11.

<sup>337</sup> Célula Carlos Marx y otras del Partido Comunista Mexicano, *op. cit.*, p. 2.

<sup>338</sup> *Ibid.*, p. 2.

<sup>339</sup> Rousset, *Informe del responsable ...*, *op. cit.*, p. 5.

<sup>340</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>341</sup> *Ibid.*, p. 7.

de Verdugo.<sup>342</sup> A pesar de las críticas de algunos miembros como David Alfaro Siqueiros, Guillermo Rousset y Mario Rivera, los cuales demandaban una autocrítica severa y concreta de la actividad de la dirección en el reciente periodo de 1954-1960, el informe careció de datos concretos y se contentó con formular meras generalizaciones que eludieron la responsabilidad de sus miembros.<sup>343</sup>

El balance en el ámbito organizativo resultó desalentador. El partido había desaprovechado una serie de coyunturas únicas en su historia que abrieron la posibilidad de un cambio radical en su dinámica. Desgraciadamente, el proceso iniciado en 1956-1957 había degradado en un simple cambio de dirección. De nuevo se repitieron los errores del pasado: las oposiciones fueron aplastadas sin una argumentación de peso, mediante medidas arbitrarias. Debemos ahora tratar de responder si esto impidió o limitó el cambio ideológico. ¿Qué variantes programáticas –si es que se propusieron– aportaron la lucha interna, así como las diferentes coyunturas? ¿Por qué no fueron aceptadas las proposiciones acerca de la sociedad mexicana efectuadas por la célula Carlos Marx?.

---

<sup>342</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>343</sup> *Ibid.*, p. 8.

## CAPÍTULO IV: DEL NACIONALISMO OFICIAL AL NACIONALISMO INDEPENDIENTE.

### *1. Introducción y periodización.*

Podemos definir la evolución programática del Partido Comunista Mexicano (PCM) en este periodo (1957-1960) como el paso de un nacionalismo oficial hacia un nacionalismo independiente. Este proceso involucra a los mismos protagonistas de la lucha interna. Las ideas viejas y nuevas se enmarcan en una tensión formada por la dirección que insistió de 1940 a 1956 en sostener un discurso nacionalista muy cercano al de las instituciones gubernamentales, así como por la oposición –formada por el Comité del Distrito Federal y la célula Carlos Marx– quien de 1957 a 1960 denunció las implicaciones oportunistas y conciliadoras del programa. La importancia de esta discusión se situó más allá de las luchas internas por el poder. En ellas se jugaba la reconciliación del PCM con su sentido genuino de izquierda.<sup>344</sup> Por una parte, el intento de adquirir una identidad crítica y de clase reales al desligarse de mitos oficiales como el de la Revolución Mexicana y, por otra, reencontrarse con las masas trabajadoras en el mejor sentido, es decir, reconciliar sus objetivos trascendentales, como el de la independencia nacional, con las demandas y necesidades cada vez más apremiantes de los trabajadores. La lucha de clases, presente en estos tres años, revitalizó esta relación.

Si el punto de ruptura se encuentra señalado en 1957, no significa que desde 1940 no se cuestionara el programa establecido por la dirección. Empero, esta fecha resulta especial porque

---

<sup>344</sup> Entendemos por tradición de izquierda un discurso y una práctica crítica, independiente y libertaria, que guarda siempre la perspectiva de los intereses de las masas trabajadoras y se opone, en menor o mayor grado, al sistema de dominación capitalista.

las bases del partido participaron por primera ocasión en una crítica que se tornó cada vez más sistematizada. Se trató de develar las deformaciones y alteraciones encubiertas por una ideología<sup>345</sup> que había producido ilusiones falsas en los sectores laborales a partir de una táctica conciliadora entre las clases. Se intentó apartarse de las consecuencias prácticas negativas causadas por la coincidencia de la posición política del PCM con el nacionalismo oficial. Su posición no sólo se había diluido en un discurso ajeno a su tradición, sino que, frenada por sus disputas internas y su inmovilismo intelectual, el partido quedó opacado y a la retaguardia del Estado, institución infinitamente más poderosa y monopolizadora del prestigio y la imagen de la Revolución Mexicana.

No dudamos que el clima favorable propiciado por el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) resultó un factor decisivo para el empuje iniciado en el Congreso de agosto a septiembre de 1957 en la ciudad de México. Sin embargo, más importantes aún fueron los movimientos sociales generalizados y difundidos en el siguiente año. Estos plantearon *de facto* un nacionalismo diferente. Por una parte, las demandas económicas trataron de alcanzar en los hechos las ideas de justicia social planteadas por la Constitución, pero marginadas por el modelo desarrollista de los gobiernos posteriores a Lázaro Cárdenas. Por otra parte, la reacción contra el autoritarismo del control corporativo, así como la creciente pauperización determinaron la ruptura con parte del nacionalismo difundido desde la élite en el poder. Los obreros se organizaron en forma independiente de los líderes coludidos con el gobierno y exigieron la democracia efectiva para ejercer sus derechos. La unidad sindical “a toda costa” planteada tanto

---

<sup>345</sup> Utilizamos la categoría de ideología como una visión del mundo que encubre los intereses particulares de una clase, proyectándolos al conjunto de la sociedad como intereses comunes.

por los ideólogos del gobierno, como por los de la izquierda, fue rechazada en la práctica por una población que no soportaba ya el constante deterioro del salario iniciado desde 1940. Por lo tanto, otra vez aquí, la coyuntura fue decisiva para que el partido incorporara el ejemplo de la lucha de clases en el debate ideológico, mucho más intenso a partir de este momento, y asumiera los resultados de esta gran experiencia, la cual constituyó una influencia importante en el campo de las ideas: se rechazó este mismo año la antigua tesis que sostenía la unidad sindical, se habló por fin de una lucha llevada por la clase obrera en forma independiente, así como se amplió la demanda de democracia al ámbito más concreto del sindicalismo. En este cambio coyuntural es necesario tomar en cuenta otro factor. Nos enfrentamos a un periodo de transición entre un modelo de acumulación basado en la restricción económica de los sectores laborales, y los inicios del llamado “desarrollo estabilizador”, el cual todavía no difundía plenamente sus efectos benéficos a la sociedad, causados por un crecimiento sin precedentes. Esto sólo sucedería hasta la siguiente década. En este sentido, las protestas y los cambios en la ideología de la izquierda son más el producto del desgaste político y económico de un sistema en declive que el resultado – aunque también influyó– del impacto generado por la nueva dinámica económica.

La periodización no puede limitarse al estudio de los dos momentos divididos por el año de 1957. Las diferencias surgidas dentro del bloque de la oposición, formada por el Comité y el grupo de Revueltas a partir de 1959, en torno al problema de la organización resultaron ser menos radicales en el ámbito ideológico. Empero, existieron distintos planteamientos importantes relacionados sobre todo con la caracterización de la burguesía nacional, así como con la táctica a seguir por el partido y la clase obrera en la lucha de clases. La relativa evolución y cambio programático de estas dos corrientes no impidió que se diera una polémica profunda relativa a la

forma en que el partido aplicaba los objetivos ideológicos a su práctica política. Estos ya han sido analizados en el apartado anterior pero cabe señalarlos para recordar al lector que el debate y la ideología pueden ser utilizados e interpretados de distintas maneras a pesar de las coincidencias posibles entre los diferentes grupos. Ambas corrientes culminaron la crítica en la edificación de un nacionalismo independiente que no pudo evadirse de los límites marcados todavía por cierta expectativa oficialista –aunque muy diferente a la anterior a 1956– y por el peso de la concepción del mundo soviética, eje conductor y referencia obligada de ambos protagonistas. El programa del XIII Congreso de 1960 propuso cambios substanciales con respecto a las viejas concepciones, pero no pudo eludir la inercia mental de larga duración generada por la Revolución Mexicana y la ideología globalizante del nacionalismo.

Creemos que es importante dividir nuestro estudio en cuatro apartados. El inicial planteará de manera general las principales problemáticas en el examen de la ideología de este periodo (1940-1960). En el siguiente se expondrá en el ámbito teórico y estructural los más importantes factores que conformaron la visión del partido comunista mexicano hasta 1957. El tercero se concentrará en el análisis de las condiciones sociohistóricas que influyeron en este cambio. El último se dedicará a realizar una exposición detallada de la crítica expuesta por la oposición: el balance de las consecuencias y distorsiones de la vieja concepción política, así como la explicación de las diferentes alternativas y los límites del nuevo nacionalismo. En todos los apartados hemos desmenuzado a la ideología nacionalista en los elementos que creemos fueron claves para su elaboración: la caracterización de la sociedad, del Estado y la Revolución Mexicana resultaron ser los puntos centrales con los que se construyeron tanto las prioridades estratégicas como la táctica política del partido.

## 2. La problemática ideológica del Partido Comunista Mexicano en su primera fase: 1940-1957.

Los orígenes de la coincidencia entre el nacionalismo de izquierda y el del Estado se encuentran en la caracterización hecha por la III Internacional en la década de los años treinta, la cual definía a los países latinoamericanos como naciones coloniales carentes de un desarrollo económico suficiente, autónomo e independiente. Es por eso que el objetivo primordial del comunismo en estos lugares estaba definido por la meta de estimular la producción nacional, con la perspectiva de obtener la fuerza suficiente que eliminara la dependencia de potencias y capitales extranjeros.<sup>346</sup> Para alcanzar este nivel se propuso una alianza entre las diferentes clases sociales. Así, el PCM estipuló en el Pleno de julio de 1937 la adopción de una política de “unidad a toda costa”.<sup>347</sup> Dicho planteamiento trataba de adaptarse a los postulados nacionalistas de la Revolución Mexicana ya que el partido veía en ella la síntesis de sus aspiraciones democráticas; de la misma manera se identificó plenamente con la práctica del gobierno cardenista, basada en medidas tales como la nacionalización de productos considerados estratégicos y el fomento de una mayor distribución de la riqueza. Durante la Segunda Guerra Mundial –particularmente después de la invasión nazi a la Unión Soviética en junio de 1941– los partidos comunistas impulsaron una política de alianzas (incluyendo, en este caso, al capital extranjero) en contra del fascismo.<sup>348</sup> Después del conflicto bélico, bajo la Guerra Fría, la táctica de unidad nacional y

---

<sup>346</sup> Encarnación Pérez menciona: “La línea de ‘unidad a toda costa’, realmente acrítica ante las demás corrientes que operaban en el movimiento sindical, inauguró la crisis prolongada que sufrió el PCM, por cuanto debilitó su consistencia de clase, su independencia política y adentró a la organización hacia conductas ajenas al proletariado revolucionario”. J. Encarnación Pérez, “En el sexenio de Cárdenas”, en Arnoldo Martínez Verdugo (Ed.), *Historia del comunismo en México*, México, Editorial Grijalbo, 1985, p. 178.

<sup>347</sup> Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México, Ediciones Era, 1996, p. 68.

<sup>348</sup> “En cuanto a las inversiones extranjeras, norteamericanas, se decía: ‘Asimismo, es deseable, sin propósitos

sindical permanecerían invariables y justificarían la actitud incondicional de la izquierda frente a la burguesía y los diferentes gobiernos que se sucedieron de 1940 a 1958.<sup>349</sup>

Durante la Guerra Fría el programa varió en el siguiente sentido: el imperialismo fue visto como el enemigo principal no sólo porque se postulaba como el más importante defensor de la expansión capitalista y el más genuino opositor del bloque soviético, sino también porque estaba considerado como un saqueador que obstaculizaba el crecimiento nacional y que aprovechaba sus condiciones de superioridad económico-políticas en la defensa de sus inescrupulosos intereses. A partir de esta postura, el PCM propuso la alianza con la burguesía nacional y con el Estado, a los cuales consideró como instituciones opuestas al capital extranjero.<sup>350</sup> La revisión posterior (a partir de 1957) de la actuación de la organización en este período planteó el siguiente cuestionamiento: ¿era correcto postular al imperialismo como el enemigo principal y dejar de lado la teoría clásica marxista de la confrontación entre las clases, así como sacrificar las demandas inmediatas de los sectores laborales para luchar por un mayor desarrollo económico?<sup>351</sup> Por otra

---

de coloniaje, la inversión futura de capitales extranjeros que junto a los que hasta hoy han sido invertidos, jugarán un papel de positivo estímulo al desarrollo económico del país. No es aconsejable, por eso mismo, dentro de los marcos de la Unidad Nacional, ni la política de expropiaciones y nacionalización de los capitales extranjeros invertidos, ni de oposición a la inversión de nuevos capitales, excepto de capitales nazis' ”. Comisión Nacional de Educación Política del Partido Comunista Mexicano, *Guión desarrollado para el tema sobre el partido*, 1955, p. 15, Centro de Estudios para el Movimiento Obrero y Socialista, en adelante CEMOS, Caja 27, Fondo 13.

<sup>349</sup> Aunque Carr aclara: “En los años cuarenta y cincuenta, la retórica del Partido Comunista logró sortear más o menos ese dilema, y la dirección del PCM no vacilaba en condenar la corrupción y las prácticas antidemocráticas dentro de los movimientos obreros urbanos y rurales. En la práctica, sin embargo, a menudo se optaba por preservar ‘la unidad a toda costa’ a expensas de la independencia y de la orientación democrática del movimiento sindical. Aunque durante la época culminante de las reformas cardenistas o durante los programas de unidad sindical en la segunda guerra mundial era posible argumentar en favor de tales concesiones, el brusco giro a la derecha iniciado por el gobierno de Alemán y el ‘frenesí desarrollista’ de los años cincuenta hicieron que esa postura del PCM resultara cada vez más arcaica y abstracta”. Carr, *op. cit.*, p. 217.

<sup>350</sup> Así lo sostenía Dionisio Encina en el X Congreso. Comisión Nacional de Educación Política del Partido Comunista Mexicano, *Guión desarrollado ...*, *op. cit.*, p. 17.

<sup>351</sup> El partido consideraba que “la táctica de la lucha de clases sin cortapisas era un error porque en un país

parte, la postergación del socialismo como meta ulterior a la independencia nacional indujo a que la oposición surgida en el interior del partido durante 1957 formulara la siguiente interrogante: ¿era legítimo posponer los objetivos políticos estratégicos hasta lograr lo que se consideraban las condiciones económicas suficientes para proponerse una revolución socialista? La pregunta cuestionaba directamente el papel de la conciencia de la clase obrera y la función activa de su actuación.

### 2.1. *El partido entre dos extremos.*

Esto devela una buena parte de las fallas del partido: en su interior no existía una posición intermedia entre el economicismo y el radicalismo político. El primero se había convertido en una visión que posteriormente sería catalogada como de derecha, ya que subordinaba los intereses políticos y económicos de la clase obrera a la esperanza de un crecimiento que beneficiaría “automáticamente” al conjunto de la población y prepararía las condiciones para el advenimiento del socialismo. Salvo excepciones, la dinámica de la sociedad se encargó de demostrar lo erróneo de tener fe en la burguesía nacional y en su carácter progresista.<sup>352</sup> La lamentable subordinación de la política de la izquierda a las alianzas de clase produjo, por una parte, el alejamiento de las demandas populares y, por otra, la marginación de los intereses particulares de la clase obrera supeditándolos a aquellos más generales de la burguesía. El segundo, considerado como una posición izquierdista, trataba de adaptar el análisis de la realidad social –afirmando que la primera etapa del desarrollo capitalista se había superado y que el país ya estaba apto para proponerse el

---

atrasado como México ‘los productores nacionales son aliados de la clase obrera’”. Carr, *op. cit.*, p. 165.

<sup>352</sup> Esta aseveración resulta válida solo hasta los años 50, ya que el “desarrollo estabilizador” demostraría otra dinámica en el siguiente decenio.

socialismo— a sus deseos de recuperar el carácter independiente de los movimientos y sus ilusiones de ejercer una real confrontación de clase con la burguesía y el Estado. ¿Por qué no pudo formularse una alternativa intermedia que defendiera al desarrollo y la independencia sin sacrificar la lucha de clases? Sólo hasta el XIII Congreso se superó este dilema y se logró elaborar un nuevo proyecto nacionalista sin renunciar a la idea de un movimiento independiente.

## 2.2. *El camino del nacionalismo oficial.*

Si la conciliación con la política oficial llevada a cabo durante el periodo de la Segunda Guerra Mundial se prolongó hasta 1958<sup>353</sup> fue debido a que la izquierda mexicana, incluyendo al PCM, no se oponía al desarrollo capitalista, pero también a las expectativas de su firme creencia en la Revolución Mexicana. Por una parte, el gobierno y la burguesía nacional fueron legitimados por la historia oficial: eran considerados los protagonistas importantes en el gran cambio iniciado en 1910. Además, las acciones emprendidas durante el régimen de Cárdenas contribuyeron a reafirmar el juicio del PCM acerca del carácter progresista de ambos.<sup>354</sup> Por otra parte, el partido identificaba el ideario revolucionario sintetizado en la Constitución y el nacionalismo oficial como los objetivos a realizar en la primera etapa del desarrollo mediante una revolución burguesa considerada inconclusa. La justificación ideológica de las instituciones y el proyecto político del grupo en el poder impidió que las organizaciones de izquierda —incluyendo al PCM— vieran el carácter conservador de clase que escondían las ideas propagadas por la “familia revolucionaria”, incluso en un momento en que el Estado (1940-1960) se apartaba cada vez más de la trayectoria

---

<sup>353</sup> Carr, *op. cit.*, p. 127.

<sup>354</sup> *Ibid.*, p. 129.

populista y redistributiva acuñada por Cárdenas.<sup>355</sup> Precisamente durante este periodo los gobiernos rechazaron cualquier intento de interpretación de la Revolución Mexicana que no estuviera asociada exclusivamente con su proyecto modernizador,<sup>356</sup> así como, presionados por el clima de la Guerra Fría, endurecieron la intolerancia hacia las organizaciones comunistas. Estas condiciones adversas no fueron suficientes para que el partido se apartara del nacionalismo oficial en el que, todavía, fincaba sus expectativas (en concordancia con la línea del PCUS). De esta manera, se construyeron los argumentos para justificar la política conservadora considerada “anormal” y no como la forma de dominación estable de un sistema autoritario, específico al modelo de crecimiento histórico de ciertos países en vías de desarrollo. Fueron estos antecedentes los que indujeron a Dionisio Encina, secretario general de PCM, a fabricar la idea de que la Revolución Mexicana se encontraba en una “encrucijada”: las decisiones gubernamentales se debatían, según este personaje, entre la lealtad o la traición hacia el ideario revolucionario, presionadas por “fuerzas externas” al gobierno democrático.<sup>357</sup> Los cambios autoritarios eran considerados “ajustes comprensibles” del gobierno.<sup>358</sup> Deformado así el análisis político, las consecuencias tácticas fueron de sumisión e incondicionalidad hacia un aparato que, por su parte, siempre los había excluido de su proyecto nacionalista y cada vez los golpeaba más duro. La política de alianzas contra el enemigo externo encubrió durante este lapso las responsabilidades del Estado y la burguesía con relación a las lamentables condiciones de

---

<sup>355</sup> Fue más bien esto más que la noción de encrucijada lo que impidió analizar con objetividad el llamado “giro de derecha” iniciado a finales de sexenio del presidente Lázaro Cárdenas.

<sup>356</sup> Carr, *op. cit.*, p. 155.

<sup>357</sup> *Material de discusión para el XII Congreso del Partido Comunista*, septiembre de 1954, p. 3, CEMOS, Caja 26, Fondo 10.

<sup>358</sup> Carr, *op. cit.*, p. 90.

pauperización de los trabajadores. En conclusión, de 1940 a 1957 se presentó una actitud dogmática que omitió tanto las transformaciones económicas como el conservadurismo del Estado. Además, sacrificó las necesidades materiales y políticas de la clase obrera por respetar el nacionalismo oficial y la política del PCUS.

### *3. La problemática en la segunda fase: avances y obstáculos, 1957-1960.*

La crítica derivada de la lucha interna de 1957 permitió al partido desligarse, en lo sustancial, de las expectativas oficiales del nacionalismo. A partir de aquí se puede apreciar un distanciamiento con la vieja visión que asumía a México como un país subdesarrollado o semicolonial, así como una crítica a la idea de vigencia de la Revolución Mexicana. De la misma forma, se presenta una renovación en el análisis del gobierno y la burguesía. Sin embargo, dicha transformación no está exenta de límites. Estos están marcados por la insistencia de la organización en asumir una política nacionalista: el partido continuará considerando hasta el XIII Congreso al imperialismo norteamericano y a la gran burguesía como los enemigos principales. Persistirá en su política de alianza de clases y no descartará por completo –aunque difunda una severa crítica hacia el gobierno– la posibilidad de un entendimiento con ciertos sectores del Partido Revolucionario Institucional (PRI). La organización se apartaba del oficialismo mediante una vía intuitiva y presionado por las luchas independientes realizadas por los trabajadores ferrocarrileros, telefonistas, maestros, etc., pero carecía de un cuestionamiento estructural del sistema. La crítica parcial al nacionalismo oficial fue una de las deficiencias que provocaron la reproducción de errores importantes del pasado, responsables directos tanto de su desprestigio como de su atomización. Antes de abordar los cambios ideológicos difundidos en el año de 1957,

intentaremos dar una breve explicación del nacionalismo oficial que imperó hasta esta fecha como la doctrina de la organización.

#### *4. El nacionalismo oficial del Partido Comunista Mexicano entre 1940-1955.*

El nacionalismo de izquierda fue delimitado durante este período por tres objetivos fundamentales. En primer término la lucha por la democracia burguesa como una de las metas pendientes de una revolución inconclusa –la mexicana– y una de las condiciones a alcanzar primero antes de proponerse el socialismo. En segundo término, el desarrollo económico como la vía real para conseguir la independencia frente a los países más poderosos y para lograr el nivel suficiente de las “relaciones sociales” y las “fuerzas productivas” que posibilitaran un mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores. En tercer término, la organización trató de impulsar los postulados de la Revolución Mexicana. Consideraba que en ella confluían las aspiraciones de justicia e igualdad inconclusas, aunque en desarrollo, desde 1910. Estos son los motivos por los cuales el partido se proponía todavía en 1954 la realización de una revolución democrático burguesa.

##### *4.1. El desarrollo o la convergencia entre las ideologías comunista y capitalista.*

El propósito de conseguir un mayor crecimiento económico presenta sus orígenes en la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial, así como también se fundamenta en el análisis sobre los países coloniales y semicoloniales elaborado por la III Internacional Comunista. Entre 1941 y 1945, Dionisio Encina declaraba que era necesario un pacto entre las diferentes clases y fortalecer la

productividad para unir fuerzas en contra del fascismo, considerado el enemigo más importante.<sup>359</sup>

Pero si se insistió después del conflicto bélico en la “unidad nacional” fue sobre todo por la línea ideológica soviética adoptada por la dirección. Durante mucho tiempo la Internacional difundió la concepción de las dos etapas. Una inicial encaminada a conseguir la independencia nacional mediante el desarrollo económico por medio de una política de alianzas de clases. Una segunda etapa que lucharía por el socialismo sólo después de alcanzar estas “condiciones objetivas”. El planteamiento se mostró sumamente adaptable a la noción bipolar de la Guerra Fría y la política exterior de la Unión Soviética. Existían ciertos fundamentos objetivos que daban credibilidad a esta tesis: la tensión entre las dos potencias; el desigual desarrollo de los países latinoamericanos; la dependencia tecnológica y económica con el capital extranjero, etc. Esta interpretación retomó los planteamientos de la colectivización y la industrialización del campo y la ciudad a toda costa. La idea de sacrificar los intereses inmediatos de los trabajadores para obtener una productividad acelerada no resultaba nueva en el campo socialista: presentó sus antecedentes más inmediatos en los planes quinquenales estalinistas. En el ámbito teórico se basaba en una concepción marxista del desarrollo gradual y por etapas, fundamentada en las llamadas “condiciones objetivas”. Por una parte, esta posición estaba respaldada por la creencia de que México se encontraba en condiciones de atraso y colonización (la primera etapa). Idea que permaneció vigente hasta XII Congreso:

---

<sup>359</sup> Encina declaraba en noviembre de 1942: “la lucha por el aumento de la producción, no representa, de ninguna manera, la renuncia por parte de los obreros, a la defensa de sus intereses específicos. Pero las necesidades de guerra exigen que los trabajadores, agoten todos los recursos legales a fin de no tener que recurrir a la huelga para no interrumpir la producción, pero esto no significa que el proletariado deba permitir la supresión de este derecho”. Comisión Nacional de Educación Política del Partido Comunista Mexicano, *op. cit.*, p. 14.

México no sólo no ha alcanzado el desarrollo de una verdadera economía nacional propia, fuerte e independiente; no sólo no ha logrado su verdadera industrialización, sino que gran parte de su economía nacional se ha ido transformando en una economía deforme y complementaria de la economía de los Estados Unidos, los cuales en toda su política hacia nuestro país buscan asegurarse los máximos beneficios capitalistas a costa de la miseria, de la explotación y de la sojuzgación del pueblo mexicano.<sup>360</sup>

Por otra, el objetivo de la industrialización implicaba sostener una alianza con la burguesía nacional. Este fue el motivo por el cual en los años cuarenta se responsabilizó del alza de los precios al sector comerciante y no al industrial.<sup>361</sup> Después de la guerra se presentó una coyuntura que consolidaría esta idea. La burguesía nacional asumió una postura nacionalista en 1946.<sup>362</sup> Se propuso un pacto obrero-patronal –acorde a las creencias de Lombardo Toledano– para protegerse del plan Clayton de Libre Comercio fomentado por los EUA.<sup>363</sup> La coincidencia de tal planteamiento con estas condiciones sociales corresponde, entonces, a las necesidades históricas de legitimación de la burguesía en un estadio de su desarrollo.

Ahora bien, es necesario reconocer que varios militantes y miembros de base del PCM protestaron y se opusieron en la práctica a esta interpretación de la realidad nacional. No estaban

---

<sup>360</sup> *Material de discusión ... , op. cit.*, p. 2.

<sup>361</sup> Carr aclara: “Los lombardistas y, en menor grado, los comunistas culpaban a la esfera de la comercialización (comerciantes codiciosos y especulación) y propugnaban una mayor colaboración entre los fabricantes nacionalistas, el estado y la clase trabajadora, mientras los socialistas independientes tendían a concentrar sus ataques en la esfera de la producción y culpaban al creciente peso del capital financiero, a la ‘desnacionalización’ de los capitalistas nativos y al impacto de las crecientes concesiones del estado y al capital extranjero”. Carr, *op. cit.*, p. 162.

<sup>362</sup> “Identificada, un tanto prematuramente, por Sanford Mosk como la vanguardia de un ‘nuevo grupo’ de industriales mexicanos abocados al nacionalismo económico, la colaboración con los obreros, la alta protección y una simpatía por el papel rector del estado como promotor de la acumulación de capital, la Cámara Nacional de la Industria de la Transformación (CNIT) pronto fue vista por la izquierda como una aliada en su campaña para llevar el desarrollo económico de la posguerra en una dirección progresista”. *Ibid.*, p. 162.

<sup>363</sup> “La reunión no tuvo resultados, pero los contactos se reiniciaron a principios de 1945 alrededor del momento en que se celebraba la Confederación Interamericana sobre los Problemas de la Guerra y la Paz (la Conferencia de Chapultepec), en la que la postura de los Estados Unidos sobre el libre comercio provocó considerable enojo en los círculos obreros e industriales. La oposición de Lavín a la Carta Económica de las Américas (el Plan Clayton) fue particularmente virulenta, y recogía casi exactamente los puntos de vista de Lombardo Toledano y Dionisio Encina. De esta segunda vuelta de reuniones surgió la idea de un pacto Obrero-Patronal que sería firmado por la CTM”. *Ibid.*, p. 163.

de acuerdo en deslindarse de las necesidades y demandas de una población cada vez más empobrecida.<sup>364</sup> Existían aquellos que consideraban la primera etapa del desarrollo culminada y al país listo para un enfrentamiento radical con la burguesía nacional en la lucha por el socialismo. Este grupo formó una oposición que finalmente fue expulsada en el X Congreso.<sup>365</sup> También se presentaron aquellos que planteaban –Campa por ejemplo, quien después de su expulsión en 1940 siguió influyendo en las bases del partido– que los beneficios del crecimiento económico no necesariamente se reflejarían en el bolsillo del trabajador: para este dirigente era tan importante colaborar en la unidad como no hacer concesiones en la defensa de los intereses de los trabajadores.<sup>366</sup>

Si el partido insistió en el aumento de la producción nacional fue porque la consideraba la única vía para obtener la independencia. Sin esta última no se podría plantear el socialismo. El país carecía de un suficiente desarrollo de las “fuerzas productivas” y le hacía falta extirpar al imperialismo, considerado el responsable mayor de las condiciones de atraso: “Para obtener los máximos beneficios, el gran capital financiero monopolista de los Estados Unidos explota y saquea a nuestro país, transformándolo en su vasto campo de inversiones, acentuando su carácter de país semi-colonial y dependiente y agudizando la miseria y la pobreza de nuestro pueblo”.<sup>367</sup>

De esta forma, tanto la tesis economicista de las dos etapas como la firme convicción en la defensa de la unidad nacional se adaptaron a los intereses del PCUS y su línea ideológica. Se

---

<sup>364</sup> Como se reconoció en el XII Congreso: “Las masas obreras y campesinas están hoy más empobrecidas. La miseria y las privaciones de la gran mayoría de los trabajadores de la ciudad y del campo alcanzan grados realmente desorbitados. El hambre y la miseria se acentúan para las grandes masas”. *Material de discusión ...*, *op. cit.*, p. 1.

<sup>365</sup> Comisión Nacional de Educación Política del Partido Comunista Mexicano, *op. cit.*, p. 12.

<sup>366</sup> Carr, *op. cit.*, p. 163.

<sup>367</sup> *Material de discusión ...*, *op. cit.*, p. 5.

relegaron las contradicciones internas entre el capital y el trabajo en función de una táctica de alianzas en contra del enemigo exterior. Así, de un lado, se pudo enfrentar a la potencia rival de la Unión Soviética y al mismo tiempo mantener sus postulados de coexistencia pacífica e independencia nacional. Del otro, las concepciones del partido ayudaron sin quererlo a la política derechista del gobierno y contribuyeron directamente a un deterioro sin precedentes de la autonomía de los sindicatos obreros.<sup>368</sup> Paradójicamente, la izquierda colaboraba con los gobiernos anticomunistas. Sin embargo, por la práctica combativa de sus bases, podemos decir que el PCM se convirtió en este lapso en el sector de izquierda del liberalismo y en el principal aliado del reformismo, cuando todavía ciertas reformas y ciertos postulados liberales iban en contra del sistema político mexicano.

#### *4.2. El culto a los orígenes: la Revolución Mexicana.*

Otra pieza importante del nacionalismo de izquierda estaba constituida por el mito generado a partir del gran acontecimiento iniciado en 1910. La imagen de la Revolución Mexicana representaba los objetivos liberales que el PCM se proponía llevar a cabo en la primera fase del proceso hacia el socialismo. Su ideario sintetizaba las metas apremiantes a seguir: desarrollo económico, democracia efectiva e independencia nacional:

Para la clase obrera, para los campesinos, para las más amplias masas populares, para quienes no han recibido los beneficios de la reforma agraria, de los derechos sindicales, de las libertades democráticas, del desarrollo económico del país, el problema de la Revolución está planteado en la existencia de una revolución verdaderamente democrática y verdaderamente popular, que cumpla y lleve a cabo realmente las transformaciones democráticas burguesas, y que al plantearse y conseguir el objetivo de liberar

---

<sup>368</sup> Carr, *op. cit.*, p. 176.

completamente al país de la opresión imperialista, de destruir las bases materiales que en el interior mismo del país cuenta el imperialismo yanqui, [...].<sup>369</sup>

Al igual que la primera etapa, la Revolución Mexicana era considerada un proceso inconcluso ya que ninguna de estas tres proposiciones había llegado a su pleno desenvolvimiento. Por una parte, esto explica la adopción del partido de esta poderosa figura histórica arraigada en la mentalidad popular. Su vigencia estaba dada porque señalaba los objetivos a seguir. Por otra, el desfase entre el ideario revolucionario plasmado en la Constitución y la realidad social constituyeron los límites “progresistas” de la crítica que el PCM efectuaba en contra de la burguesía y el Estado. Esto resultó fundamental pues el modelo ideal legitimado en un pasado histórico imaginario impidió realizar el cuestionamiento de la sociedad y del poder público a partir del análisis de la realidad presente. Su lugar fue sustituido por una crítica “moral” fundada en el deber ser de la figura de la Revolución Mexicana. El presente se convertía en una hagiografía que justificaba un pasado imaginario.

Durante mucho tiempo, la Revolución Mexicana fue también caracterizada como una fuerza continua, siempre en plena realización y evolución. Porque, si su vigencia estaba justificada por su carácter inconcluso, en cambio el partido consideraba que su movimiento se legitimaba en el Estado, la burguesía, y en menor medida el proletariado y la pequeña burguesía. La participación del primero en la lucha revolucionaria, así como su política paternalista y su función de autoridad equilibradora –la cual proporcionaba la imagen de una institución por encima de las clases– influyeron para que el PCM, junto a una gran parte de la sociedad, lo viera como el depositario legítimo y el responsable de llevar a cabo los postulados de la Constitución de 1917. El naciente

---

<sup>369</sup> *Material de discusión ...*, op. cit., pp. 3-4.

desarrollo industrial manufacturero del periodo poscardenista contribuyó para que se pensara que una parte de la burguesía encajaría también en esta dirección.<sup>370</sup> Se pensaba que su despliegue no podía llevarse a cabo sin un enfrentamiento de intereses en contra de los capitales norteamericanos. De esta manera, la organización estaba convencida, entre 1940-1948, de que el Estado representaba a la burguesía progresista y los intereses de los trabajadores.<sup>371</sup> Desde 1940 y por más de 10 años el partido apoyó la afiliación al Partido Revolucionario Mexicano (PRM).<sup>372</sup>

#### 4.3. *Implicaciones de la crítica coyuntural a los gobiernos.*

Es necesario no confundir los incipientes cuestionamientos a los gobiernos, desplegados a raíz de su práctica antidemocrática y anticomunista de la organización, con una crítica al Estado. Hasta el XII Congreso, el PCM siguió considerando al poder público y a la burguesía como los legítimos representantes de la Revolución Mexicana. Los cuestionamientos se dirigían más bien a los gobiernos por no cumplir con la función idealizada del Estado, que el partido asociaba con el proyecto revolucionario. Esto explica la sustitución de la crítica estructural por un planteamiento coyuntural que no llegó a tocar los pilares del nacionalismo. Se hablaba de que “la revolución ha venido desarrollándose por un camino reaccionario”<sup>373</sup> o que el gobierno (no el Estado) había

---

<sup>370</sup> Al respecto, Leopoldo Solís afirma: “[...] la política de sustitución de importaciones, la cual surgió a consecuencia de los efectos de la segunda Guerra Mundial, y en menor medida de la gran depresión, como respuesta a los problemas de balanza de pagos de los países subdesarrollados y como un deseo de industrialización”. Leopoldo Solís, *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*, México, Siglo XXI, 1991, p. 204.

<sup>371</sup> PCM, *La lucha interna en el Partido durante los años de 1939 a 1948. Características principales. Informe al pleno de mayo del Comité Central sobre el segundo punto del orden del día*, 1957, p. 69, CEMOS, Caja 28, Fondo 14.

<sup>372</sup> *Ibid.*, p. 35.

<sup>373</sup> Comisión de Educación Política del Partido Comunista Mexicano, *La encrucijada de la Revolución*

traicionado a la Revolución Mexicana.<sup>374</sup> El partido dejaba siempre la puerta abierta para una posible conciliación, que finalmente nunca llegaría dado el carácter anticomunista y autoritario del poder en México. Sin embargo, esta política demagógica sirvió para los fines prácticos del PCM. Resulta un tanto sorprendente que la organización no haya adoptado una actitud radical en los momentos de mayor anticomunismo y de mayor represión. El haber considerado la posición conservadora del Estado como una coyuntura o un ardid de un grupo proimperialista facilitó la postura masoquista de dejarse golpear y al mismo tiempo mantener una alianza con la oficialidad. En la práctica, esto le permitió ser consecuente con la línea internacional del PCUS, mantener así la hegemonía de la dirección sobre la organización y evitar una mayor represión pública. Lo que parece extraño en el ámbito ideológico resulta coherente si se ve a partir de los intereses creados de la dirección dirigidos hacia el control y permanencia de su poder más que a ejercer la función ideal de izquierda del partido.

#### *4.4. El XII Congreso anticipa cambios programáticos importantes.*

En el XII Congreso se apreciaron cambios importantes. El persistente carácter conservador de los diferentes gobiernos influyó en el análisis del partido. Se afirmó la traición de la burguesía gobernante a la revolución. Esta última se asoció por vez primera al movimiento independiente de las masas trabajadoras.<sup>375</sup> Al igual que en los congresos anteriores, se propuso la necesidad de efectuar una revolución democrático burguesa. Pero a diferencia de aquellos, se trataba de una

---

*democrático-burguesa en México, señalada en 1940 en el Congreso Extraordinario, se ha venido desarrollando por el camino reaccionario*, 1955, CEMOS, caja 27, fondo 20.

<sup>374</sup> *Material de discusión ...*, op. cit., p. 3.

<sup>375</sup> *Ibid.*, p. 3.

revolución donde “la clase obrera desempeña el papel dirigente”.<sup>376</sup> Aquí tenemos los antecedentes más claros de la ruptura ideológica que en 1957 se formulara con mayor sistematización: desprendimiento de la concepción del cambio desde arriba, diferenciación entre el discurso oficial del gobierno –aunque todavía efectuada a partir de las distintas formas de concebir a la Revolución Mexicana– con las necesidades democráticas y económicas de la población, propuesta de un movimiento independiente encabezado por la clase obrera y, por lo tanto, distanciamiento de las expectativas burguesas.<sup>377</sup>

#### *4.5. Los límites del nacionalismo oficial del Partido Comunista Mexicano.*

A partir de esta interpretación el partido definió, por un lado, a los agentes revolucionarios –los trabajadores que debían apoyar el programa oficial, la pequeña burguesía y la burguesía nacional– y, del otro, al bloque conservador formado por la gran burguesía y el imperialismo.<sup>378</sup> El primer grupo era considerado progresista porque se ajustaba a las metas del desarrollo, la democracia y la independencia. El economicismo fue una de las primeras fallas de este criterio. Afirmaba que las masas trabajadoras tendrían que sacrificar sus intereses inmediatos para obtener los beneficios del desarrollo en un mediano plazo. Las tendencias económicas demostraron lo erróneo de esta afirmación. El crecimiento no generó un mayor bienestar social. El nacionalismo fue otro elemento que tergiversó el análisis del PCM. La oposición entre la burguesía nacional y el imperialismo impidió ver el carácter complementario de estos dos agentes del capital así como tampoco

---

<sup>376</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>377</sup> *Ibid.*, pp. 3-4.

<sup>378</sup> En cuanto a este último bloque, se especificaba: “Hoy es más grande que nunca el poder de la gran burguesía bancaria y financiera, de la gran burguesía comercial importadora y exportadora, de los grandes capitalistas ligados a los intereses del imperialismo yanqui, de las empresas imperialistas –cuya penetración y

permitió constatar la expansión nacional estimulada por el capital extranjero. Pero lo que tal vez deformó más el examen social e indujo a una táctica equivocada fue la caracterización voluntarista y reduccionista de la burguesía nacional.

Hasta 1955 se relacionó a esta burguesía con el capital industrial porque, a juicio del partido, se encontraba apenas estructurado.<sup>379</sup> Se ignoraba la increíble expansión de este sector que la había convertido en líder del crecimiento. Esta fue la causa básica por la cual desde 1940 se consideró a este grupo como opositor de los intereses del capital extranjero. Se pensó que esto sería suficiente motivo para que adoptara el programa nacionalista de independencia y democracia postulado por el PCM.<sup>380</sup> Sin embargo, tal análisis resultó falso y el partido reconoció posteriormente que se habían sobrestimado las posibilidades de la clase y de la revolución burguesas.<sup>381</sup> Los hechos demostraron dos cuestiones. En primer término, el desarrollo nacional de la burguesía no chocaba necesariamente, salvo excepciones, con el llamado imperialismo. En segundo término, su estrategia económica no resultaba la del enfrentamiento con los Estados Unidos ni estaba condicionada al despliegue democrático. Más bien creó una serie de intereses mancomunados con el capital exterior y se adaptó al sistema autoritario conservador. Las implicaciones fueron desastrosas para el PCM quien mantuvo expectativas exageradas sobre un

---

dominación se ha convertido en determinante y fundamental-, y de los grandes latifundistas y de la nueva gran burguesía agraria”. *Ibid.*, p. 1.

<sup>379</sup> El partido, tratando de adecuar la realidad a la doctrina, realizaba afirmaciones falsas y contradictorias como esta: “En otras palabras, nuestra calidad de un país dependiente y semicolonial típico exportador de materias primas, ha aumentado y se ha consolidado, pese a toda la demagogia de la burguesía en el poder acerca de la ‘industrialización’. Y por lo que se refiere a las importaciones, nuestra calidad de país semicolonial y dependiente, típico importador de artículos manufacturados, ha aumentado y se ha consolidado”. *Ibid.*, p. 11.

<sup>380</sup> Carr señala: “Al mismo tiempo el pleno (1956) retomó la idea, tradicional en el PCM, de que la tarea inmediata era la de liberar al país de la opresión del imperialismo estadounidense y de que la burguesía nacional apoyaría la nacionalización de los monopolios extranjeros y asumiría como meta la independencia económica”. Carr, *op. cit.*, p. 214.

<sup>381</sup> Comisión Nacional Organizadora del XIII Congreso, *op. cit.*, p. 18.

aliado dudoso y subordinó la mayoría de las veces los intereses de los trabajadores a su política de alianzas. El progresismo maniqueísta, voluntarista y economicista condujo al aniquilamiento de toda actitud contestataria.

Las consignas de “unidad nacional” y “unidad sindical” no fueron otra cosa más que la expresión de la política reformista y liberal del PCM. No es extraño, por lo tanto, que en muchos casos la organización –cuando menos su parte más oficial– entrara en conflicto con aquellos sectores de la clase obrera inconformes con las decisiones gubernamentales. El partido adoptó una actitud pasiva y de espera, subordinado a la iniciativa del Estado.<sup>382</sup> El sectarismo a ultranza lo desligó de los procesos sociales más críticos y radicales.<sup>383</sup>

##### *5. Factores sociales del cambio.*

Ya hemos hablado en otros apartados de la influencia de las tendencias socio-políticas en la izquierda. Nos delimitaremos aquí a señalar brevemente cómo afectaron en la ideología y el programa del PCM.

Un aspecto importante consistió en la manera en que los estallidos sociales de la segunda parte de la década de 1950 cuestionaron la visión del partido. El deterioro de las condiciones de vida –causa importante en los movimientos– invalidó la tesis del nacionalismo oficial que se fundamentaba en la expectativa de un mayor bienestar social generado por el crecimiento

---

<sup>382</sup> Carr señala esto para la década de los cuarenta, aunque esta posición se mantuvo con ciertos matices hasta el XII Congreso: “El compromiso del Partido Comunista con la ‘unidad a toda costa’ dentro de la CTM y con la integridad del Frente Popular peculiarmente mexicano (que creía ver en el PRM), no le dejó más alternativa que correr ‘a la cola’ de las decisiones de esas dos organizaciones de masa”. Carr, *op. cit.*, p. 75.

<sup>383</sup> “El Partido Comunista Mexicano se había equivocado en otra cuestión más, y había calculado mal el estado de ánimo de una parte importante de aquellos de sus miembros que eran de clase obrera, en interés de un frentismo popular que le redituó escasa influencia y que le llevó a sacrificar todavía más su precaria

material. Sin embargo, el carácter independiente y democrático de los diferentes grupos contestatarios resultó ser el punto más crucial del cuestionamiento al análisis del partido. Por una parte, develó el autoritarismo del control corporativo ejercido por el Estado. Por otra, el enfrentamiento y la lucha de clases demostraron la posibilidad de que las reclamaciones de los trabajadores pudieran ser obtenidas en forma autónoma e independiente. La unidad sindical y el apoyo al gobierno, base del programa del PCM, fueron resquebrajados en los hechos. Por vez primera, se intentó asociar de manera generalizada la democracia, el nacionalismo y la legalidad a un movimiento gestado desde los cimientos de la sociedad. Los triunfos y el resultado de protestas como la ferrocarrilera –las cuales presionaron al gobierno de Adolfo López Mateos a llevar a cabo una serie de reformas económicas y sociales después de su desenlace– convencieron a los comunistas que no era necesario el sacrificio del salario. Al contrario, pensaron a partir de este momento, que la lucha por una mejora en las condiciones de vida no era incompatible –como lo había planteado la organización y el Estado antes de 1956– con el crecimiento capitalista. Este fue el ejemplo histórico que incitó al partido a desligarse de una vez por todas del nacionalismo oficial.

El otro punto que descalificó varias de las afirmaciones de la organización se derivó de la evolución de las fuerzas sociales actuantes en el sistema económico mexicano. Los años cincuenta pueden definirse como la época de transición de algunas de las variables de una economía concentrada en el proceso de sustitución de importaciones manufactureras hacia el modelo denominado “desarrollo estabilizador”.<sup>384</sup> En un inicio basado en la contracción del salario, este

---

independencia”. *Ibid.*, p. 75.

<sup>384</sup> Algunos autores, como De la Garza Toledo, plantean este momento de tránsito como el paso hacia la forma de explotación basado en la exacción de la plusvalía en forma relativa. Enrique de la Garza Toledo, *Ascenso y*

modelo de acumulación permitió –gracias a las medidas proteccionistas y financieras de los diferentes gobiernos– la increíble expansión de una burguesía industrial ya consolidada para este periodo. El sistema intentaría ampliarse a finales de los años cincuenta hacia la producción de bienes duraderos y bienes de capital, así como expandir el mercado mediante el consumo de las clases medias y los sectores asalariados. Las protestas de los trabajadores pueden ser ubicadas en este punto de tensión que definió sus características: de un lado, se presentaron como la reacción a la tendencia pauperizadora iniciada en 1940, del otro, su actitud antiautoritaria corresponde ya al perfil de la nueva sociedad industrial contemporánea,<sup>385</sup> democratizadora de la vida cotidiana y principal responsable de liquidar las condiciones tradicionales de la colectividad.<sup>386</sup> El desarrollo de la burguesía nacional rebatió la tesis del PCM que pretendía ponerla a la cabeza de un movimiento de liberación nacional en contra del llamado imperialismo. Por un lado, el capital extranjero no frenó –como lo planteaba la organización– la expansión interna del capital nacional y, por otra, la burguesía llegó a su mayoría de edad incluyendo en su estrategia la alianza con los emporios foráneos. Además, la compatibilidad de esta clase con el sistema autoritario –principal agente a su servicio– cuestionó su carácter progresista. De esta manera, los hechos evidenciaron el erróneo examen del partido tanto sobre el modelo de

---

*crisis del Estado social autoritario*, México, El Colegio de México, 1988, p. 29.

<sup>385</sup> Sociedad en donde predomina todavía la industria, pero ya se comienzan a ver las tendencias hacia la colectividad postindustrial: desarrollo del sector de los servicios profesionales y técnicos, del conocimiento y de las clases medias. Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, México, Alianza Editorial-CONACULTA, 1991, p. 144.

<sup>386</sup> Así lo plantea Carlos Monsiváis, retomando planteamientos de la sociología norteamericana para el caso de México: “Un término preside la sustitución: *sociedad de masas*. [...] Al ampliarse tan brutalmente, una sociedad se fragmenta y abandona sus técnicas de credibilidad, multiplica a los responsables de sus estilos de vida, modifica su moral. La censura cede bajo presión y el tradicionalismo se congela en vitrinas. [...] Adviene una democratización, si se quiere forzada pero innegable, que afecta a los conceptos *sociedad* y *nación*”. Carlos Monsiváis, “Tribulaciones del nuevo nacionalismo”, en *El desafío mexicano*, México, Ediciones Océano, 1982, p. 198.

acumulación como acerca de sus expectativas burguesas. La interpretación no fue completamente superada en el XIII Congreso, ya que la organización continuó insistiendo en que el país, inmerso en la dependencia con el vecino del norte y bajo un proyecto democrático todavía inconcluso, se encontraba en la primera etapa del camino hacia el socialismo.

Finalmente, el constante anticomunismo y autoritarismo del régimen político mexicano, así como las represiones realizadas entre 1955 y 1960 presionaron al PCM para replantear el carácter progresista del gobierno. La táctica de alianzas fue transformada y se asumió un nacionalismo independiente. Además, el partido se dio cuenta que el discurso sobre la Revolución Mexicana sólo servía para legitimar a los responsables directos de la pobreza y la falta de democracia que afectaban al ciudadano mexicano. El XIII Congreso marcó un claro alejamiento de la antigua interpretación demagógica de la historia y la sociedad.

A partir de estas transformaciones sociales, además de la apertura del XX Congreso del PCUS, se desplegó la lucha ideológica y organizativa del partido en 1957. Veamos ahora como se interpretaron estas nuevas tendencias en su interior.

#### *6. Hacia el nacionalismo independiente.*

Posiblemente la novedad más importante que se dio después del año del 1957 consistió en la caracterización del país. Sus implicaciones resultaron decisivas en la evaluación de la burguesía y en la táctica a seguir. Si todavía para 1955 se llegó a definir a México como “un país dependiente y semi-colonial, típico exportador de materias primas”<sup>387</sup> que no “ha logrado su verdadera

---

<sup>387</sup> *Material de discusión ..., op. cit., p.11.*

industrialización”<sup>388</sup> y con “remanentes semif feudales”,<sup>389</sup> esto cambió de manera importante dos años después. En la Conferencia de noviembre-diciembre de 1958, el Comité del Distrito Federal aceptó que en el agro ya predominaban las relaciones capitalistas; reconoció la existencia de un desarrollo significativo del capitalismo de Estado y del capitalismo nacional.<sup>390</sup> Se declaró que México configuraba un país independiente política y económicamente –no semicolonial como se afirmaba antes– en el sentido de la expansión de sus propias fuerzas internas, aunque dependiente con relación a la penetración imperialista.<sup>391</sup> En este nuevo análisis la nación fue descrita como “dependiente, agrario-industrial, con un desarrollo capitalista medio y con fuertes residuos semif feudales”.<sup>392</sup>

El crecimiento económico restó al partido uno de los objetivos fundamentales en el que había basado su táctica nacionalista y antiimperialista. Sin otra alternativa, tuvo que reconocer que la burguesía se había expandido no sólo de manera independiente sino, además, con la ayuda del capital extranjero. Si antes se planteaba que “el gran capital financiero monopolista de los Estados Unidos explota y saquea a nuestro país, transformándolo en su vasto campo de inversiones, acentuando su carácter de país semicolonial y dependiente y agudizando la miseria y la pobreza

---

<sup>388</sup> *Ibid.*, p. 2.

<sup>389</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>390</sup> J. Encarnación Pérez, *Acerca de la situación política actual y las tareas de los comunistas mexicanos, noviembre-diciembre de 1958. Informe a la Conferencia del Partido Comunista Mexicano*, p. 19, AGRB.

<sup>391</sup> En cuanto a lo primero el Comité del Distrito Federal afirmaba: “México es un país con un desarrollo industrial medio. Su capitalismo ya no es incipiente sino que tiene un importante desarrollo. No puede decirse que dependa económica y políticamente de los Estados Unidos de una manera absoluta. El Estado mexicano responde de un modo considerable a los intereses de la burguesía nacional. Esto se prueba con algunos hechos sobre todo de su política exterior. México no es, por tanto, un país semicolonial”. Pero en cuanto a lo segundo se aclaraba: “Entonces ¿es un país totalmente independiente? No lo es porque puntos claves de su economía están en poder del imperialismo tanto en calidad de inversiones extranjeras como del comercio exterior. Económicamente, nuestro país depende de los Estados Unidos. México es política y formalmente soberano. Pero esta envuelto en una red de dependencia financiera y diplomática”. *Ibid.*, pp. 21-22.

<sup>392</sup> *Ibid.*, p. 22.

de nuestro pueblo”,<sup>393</sup> ahora se reconocía que: “Por el camino del capitalismo nacional con el estorbo del imperialismo y con la intervención misma del imperialismo norteamericano –pues éste desarrolla el capitalismo en los países coloniales y dependientes hasta el grado que le conviene y hasta el punto que le permita explotar más los recursos naturales y la mano de obra– en México tiene lugar un importante desarrollo industrial capitalista”.<sup>394</sup>

### 6.1. Desarrollo, burguesía nacional y capital extranjero.

La primera implicación de esta nueva visión resultó ser la transformación que el partido – impulsado por la oposición– efectuó en la interpretación de la burguesía nacional que antes estaba asociada al capital manufacturero. Ahora se le identificó más bien a aquel sector del capital – industrial o no– que entraba en competencia y en oposición con el llamado imperialismo estadounidense.<sup>395</sup> Se reconoció que en el pasado el partido se había equivocado al suponer que el desarrollo industrial conduciría a la independencia nacional y se afirmó que de 1940 a 1948 se sobrestimaron las posibilidades revolucionarias de la burguesía<sup>396</sup> y hasta 1952 se mantuvieron las ilusiones en la burguesía gobernante.<sup>397</sup> A partir de estas reflexiones, se dejó de pensar en este sector de clase como el grupo que encabezaría el movimiento de independencia nacional. Esto fue lo que indujo a cuestionar su carácter progresista:

---

<sup>393</sup> *Material de discusión ...*, *op. cit.*, p. 5.

<sup>394</sup> Pérez, *op. cit.*, p. 20.

<sup>395</sup> El documento aclara: “Al hablar de la burguesía nacional no nos referimos a los industriales o a los comerciantes, a los banqueros o a los agrarios, en particular, nos referimos a ese sector de la burguesía en general que es mexicana y que sufre la competencia del imperialismo y de sus agentes”. *Ibid.*, p. 25.

<sup>396</sup> Comisión Nacional Organizadora del XIII Congreso, *op. cit.*, p. 18.

<sup>397</sup> PCM, *XIII Congreso: Resolución general. Encauzar a la nación por el camino democrático e independiente. Comunicado de la Comisión Política acerca del XIII Congreso*, México, Ediciones del Comité del Distrito Federal del PCM, 1960, p. 14. Archivo Personal Guillermo Rousset Banda, en adelante AGRB.

Participan también en el Gobierno, aunque no deciden el rumbo fundamental de su política, algunos representantes de la burguesía nacional. Esta capa de la burguesía, tiene en su conjunto contradicciones con el imperialismo. Sin embargo, es preciso diferenciar, de acuerdo con su posición política real, algunos sectores dentro de esta misma capa. Una parte de esta burguesía se enfrenta a las inversiones extranjeras, a los empréstitos onerosos, a la inversión del capital imperialista en las empresas nacionalizadas, llega a pronunciarse en ocasiones contra algunas medidas antidemocráticas y antipopulares del gobierno. Otro sector apoya decididamente la política interior del Gobierno, sus medidas reaccionarias y pide tímidamente una “regulación”, un “estudio” de las inversiones extranjeras, a fin de que no invadan las actividades que cubre la burguesía nacional.<sup>398</sup>

Si bien el partido aceptó el crecimiento material del país, en cambio siguió pensando que existía una fuerte dependencia y penetración del capital estadounidense, se pensaba que “La opresión imperialista norteamericana y la política, esencialmente favorable a los monopolios yanquis, que aplica la burguesía que detenta el poder frenan el desarrollo de las fuerzas productivas de México”.<sup>399</sup> México, “país dependiente y subdesarrollado”<sup>400</sup> seguía teniendo por principal enemigo al “imperialismo yanqui”<sup>401</sup> y por lo tanto su objetivo principal consistía en lograr “la democracia y la independencia económica”.<sup>402</sup> El análisis ya no daba tanta importancia al desarrollo –el cual se terminó por aceptar– pero sí a la necesidad de erradicar la dependencia económica que era considerada –pese a los matices expuestos más arriba– como un obstáculo. Sin embargo, el diferente examen sociopolítico no impidió que se conservara la antigua estrategia.

## 6.2. *La recuperación de la perspectiva de clase: el movimiento independiente y la nueva política de alianzas.*

---

<sup>398</sup> Comisión Nacional Organizadora del XIII Congreso, *op. cit.*, p. 6.

<sup>399</sup> PCM, *XIII Congreso ...*, *op. cit.*, p. 33.

<sup>400</sup> Comisión Nacional Organizadora del XIII Congreso, *op. cit.*, p. 10.

<sup>401</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>402</sup> *Ibid.*, p. 9.

La segunda implicación consistió en la recuperación llevada a cabo por el partido de la expectativa de un movimiento proletario independiente. En efecto, tanto las huelgas de los trabajadores como las contradicciones del modelo económico mexicano habían demostrado que, en ese momento, los asalariados no obtendrían beneficios automáticos derivados del crecimiento material. Esto último y el desencanto producido por una burguesía que actuaba más en forma aislada que uniendo intereses con los sectores laborales hicieron que el partido llegara a la conclusión que “la burguesía nacional es incapaz, en nuestra época, de conducir hasta el fin la lucha por la plena liberación económica respecto del imperialismo extranjero y por la destrucción radical de las relaciones feudales. La burguesía se queda a mitad del camino y llega a la conciliación y al compromiso con los imperialistas”.<sup>403</sup> Por lo tanto, se aceptó que sólo la clase obrera (dirigida por el partido) era la que podía llevar hasta el fin la lucha por la independencia económica y política.<sup>404</sup> El partido trató de recuperar el sentido de la lucha de clases, mediante el restablecimiento del rasgo independiente de los movimientos sociales.<sup>405</sup>

Lo anterior no significa que el partido rechazara la alianza con la burguesía nacional a la que consideraba la fuerza nacionalista más influyente pero con un carácter vacilante,<sup>406</sup> un sector descontento con la política gubernamental.<sup>407</sup> La organización estaba convencida que podría aliarse con este grupo así como con el sector que lo representaba en Partido Revolucionario

---

<sup>403</sup> *Ibid.*, p. 3.

<sup>404</sup> *Ibid.*, p. 3.

<sup>405</sup> “Muchos de los errores cometidos por nuestro Partido, principalmente los de carácter oportunista de derecha, parten de que las posiciones de los diversos grupos y partidos burgueses no han sido vistos como reflejo de la lucha de clases inherente a toda sociedad de tipo explotador”. *Ibid.*, p. 19.

<sup>406</sup> Pérez, *op. cit.*, p. 26.

<sup>407</sup> PCM, XIII Congreso ..., *op. cit.*, p. 9.

Institucional (PRI).<sup>408</sup> Pero no se trataba ya de que la clase obrera se mantuviera a la expectativa de este sector burgués, sino de apoyar la alianza manteniendo la independencia de clase, de presionar y atraer a la burguesía para obligarla a luchar por un proyecto nacional y democrático.<sup>409</sup>

Por lo tanto, aunque el partido no haya cambiado sus objetivos de independencia y democracia, aunque haya persistido en mantener la alianza con la burguesía, se desligó de un análisis anacrónico que le permitió, por una parte, dejar su obsesión por el desarrollo y, por otra, recuperar el carácter independiente del nacionalismo al desprenderse de la expectativa burguesa y, con ello, plantear de nuevo un cambio desde abajo de la sociedad, ejercido por un movimiento independiente –subordinada la burguesía nacional– encabezado por el proletariado. La perspectiva de clase y la práctica activa y consciente dieron nuevo brillo al partido, pero ¿no llegaba demasiado tarde este giro dentro de una sociedad cambiante que exigía para este momento otras formas y otras interpretaciones de la lucha revolucionaria?

### 6.3. *Hacia una crítica más efectiva del Estado.*

Un tercer aspecto analizado con otro criterio fue la afirmación del carácter progresista de los diferentes gobiernos poscardenistas. Se reconoció que en el pasado (1940-1948) se mantuvieron expectativas burguesas por el apoyo derechista de la organización que invitaba a los camaradas a

---

<sup>408</sup> Pérez, *op. cit.*, p. 33.

<sup>409</sup> El documento precisa: “Sus contradicciones contra el imperialismo y con la burguesía proimperialista son contradicciones entre explotadores. No son contradicciones antagónicas pero pueden transformarse en tales, en la medida en que la clase obrera y sus aliados, los campesinos, logren atraerla al campo del antiimperialismo abierto”. *Ibid.*, p. 26.

ingresar al PRM<sup>410</sup> a pesar de la solidaridad de éste con la línea represiva del gobierno, de su anticomunismo<sup>411</sup> y de representar al imperialismo.<sup>412</sup> Entre 1957 y 1960 se aceptó que el Estado estaba dominado por la gran burguesía aliada con el imperialismo;<sup>413</sup> aunque se aclaraba que representaba sólo en segunda instancia a la burguesía nacional<sup>414</sup> y que la línea del PRI correspondía a “intereses y capas reaccionarias que controlan su dirección”.<sup>415</sup> Después de la terrible represión ferrocarrilera, el partido enfatizó más el rasgo autoritario del poder público. Se mencionaron tanto las concesiones que el gobierno de López Mateos había realizado al imperialismo, como su política reaccionaria y antiobrera.<sup>416</sup> Finalmente, se le definió como “un gobierno reaccionario, una dictadura militar y policiaca”.<sup>417</sup> José Revueltas –de acuerdo con esta apreciación– comprendía muy bien las implicaciones políticas de la ruptura con el poder público:

El resultado esencial del cuadro anterior consiste en la *estatificación* de la lucha de clases; es decir, en la casi imposibilidad de que se produzca dentro de los marcos que se les señalan sin romperlos y sin salirse de la envoltura del Estado. Por esto toda lucha independiente de las masas proletarias esta destinada de modo inevitable –aun cuando se trate de un movimiento espontáneo– a convertirse en una lucha política de clase entre el proletariado y la burguesía, donde la “revolución hecha gobierno” deja de ser el benevolente regulador, para tomar partido, de inmediato, contra la clase obrera.<sup>418</sup>

Estas características, aunadas a las diversas represiones de las instituciones oficiales, terminaron desligando al partido de uno de los principales ejes del nacionalismo oficial, y contribuyeron en su nueva cruzada por la independencia y la democracia del movimiento obrero. Se reconoció que el control de los sindicatos sólo servía –¡que diferencia con lo predicado

---

<sup>410</sup> PCM, *XIII Congreso ...*, op. cit., p. 13.

<sup>411</sup> PCM, *La lucha ...*, op. cit., pp. 28-29.

<sup>412</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>413</sup> Pérez, op. cit., p. 31.

<sup>414</sup> Comisión Organizadora del XIII Congreso, op. cit., p. 5.

<sup>415</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>416</sup> PCM, *XIII Congreso ...*, op. cit., p. 8.

<sup>417</sup> *Ibid.*, p. 4.

durante casi 20 años!– para empobrecer a los trabajadores.<sup>419</sup> Se propuso, en consecuencia, alcanzar la meta de la autonomía de las organizaciones sindicales frente al Estado.<sup>420</sup>

#### 6.4. *El partido se desprende de un lastre.*

La nueva caracterización del pasado y el presente, así como las reservas expuestas hacia el progresismo del gobierno y la burguesía nacional –en cuarto lugar– formaron los componentes necesarios para replantear en forma radical el mito de la Revolución Mexicana.

La crítica al carácter progresista de los gobiernos cuestionó la continuidad de la revolución concebida en el pasado: “no es correcto afirmar que en 1940 la Revolución Mexicana iniciada en 1910 existía todavía en esa época y no había terminado y que el período de Cárdenas fue un ascenso de esa revolución”.<sup>421</sup> En 1957, se confesó: “no teníamos claridad suficiente sobre la existencia o no de la Revolución”.<sup>422</sup> En el XIII Congreso se aceptaría que en el pasado se habían mantenido ideas erróneas como la de “la Revolución en marcha”.<sup>423</sup> El PCM trataba de separarse de la idea de continuidad de la revolución, base de la justificación del nacionalismo oficial. La proposición de una alternativa independiente implicaba necesariamente la autocrítica de la línea política practicada hasta la primera mitad de la década de 1950. Por primera vez se percibía la distorsión que había producido la imagen de la Revolución Mexicana, la cual había justificado las medidas antidemocráticas y autoritarias de gobiernos que se autoproclamaban los herederos de la justicia social revolucionaria: “La continuidad de la Revolución sirve hoy para tratar de engañar al

---

<sup>418</sup> José Revueltas, “El marxismo revolucionario y las deformaciones democrático-burguesas del socialismo en México”, en *Escritos políticos II, obras completas, vol. 13*, México, Ediciones Era, 1984, p. 165.

<sup>419</sup> PCM, *XIII Congreso ...*, *op. cit.*, p. 30.

<sup>420</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>421</sup> PCM, *La lucha interna ...*, *op. cit.*, p. 67.

pueblo y de hacerlo tragar píldoras tan gruesas como la de que la represión al movimiento obrero la hace ‘el gobierno de la Revolución’, al que es necesario apoyar’.<sup>424</sup> Así como había constituido el medio ideal para defender la alianza nacionalista entre las clases, como lo planteó Revueltas:

A lo largo de la historia de las relaciones entre clase obrera y gobierno de la burguesía, este género de solemnes advertencias para que se conserve la “alianza de todas las fuerzas” interesadas en el desarrollo de la revolución democrática, no se han traducido sino en el empeño de que se conserve la sumisión, la dependencia, el sometimiento de la clase obrera respecto a la burguesía, a pretexto de los peligros que sobrevendrían del lado reaccionario. Esta “alianza”, que de hecho no existe en otra forma que como subordinación de la clase obrera al gobierno no tiene otro propósito que el de dejarlo en libertad de hacer la política que le venga en gana, conforme a los intereses que representa.<sup>425</sup>

Si se dejó de creer en la revolución como un proceso inconcluso fue porque se aceptó la consolidación económica y el carácter conservador de la burguesía: “Los comunistas consideramos que el revolucionarismo de la burguesía no es sino demagogia, que esta clase social hace mucho volvió la espalda a las demandas populares por las que las masas fueron a la lucha armada’.”<sup>426</sup>

De esta forma, la ruptura con el culto a los orígenes se fundamentó en la separación del partido con el nacionalismo oficial a partir del reconocimiento del carácter reaccionario de la burguesía y los gobiernos, así como del aspecto encubridor del mito revolucionario. Con esta nueva apreciación, el PCM transformó el planteamiento de la revolución democrático-burguesa. Si esta última ya era aceptada como un acontecimiento concluido (para el Estado y la burguesía), ¿qué tipo de revolución debía realizarse ahora? La organización propuso una “revolución

---

<sup>422</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>423</sup> PCM, *XIII Congreso ...*, *op. cit.*, p. 13.

<sup>424</sup> *Ibid.*, p. 32.

<sup>425</sup> José Revueltas, “Los trabajadores ferrocarrileros restañarán sus eridas: ¡nada ni nadie podrá vencer jamás a la clase obrera!”, en *Escritos políticos II, Obras completas, vol. 13*, México, Ediciones Era, 1984, pp. 129-130.

<sup>426</sup> PCM, *XIII Congreso ...*, *op. cit.*, pp. 31-32.

democrática de liberación nacional”<sup>427</sup> impulsada por un “frente democrático de liberación nacional”, dirigida por la clase obrera y con el propósito inmediato de renovar las fuerzas reaccionarias del Estado.<sup>428</sup> Un síntoma importante de este cambio fue que el partido no relacionaba ya las demandas por las libertades democráticas con el ideario revolucionario, sino con la Constitución.<sup>429</sup>

Por lo tanto, el distanciamiento con el símbolo revolucionario corresponde a un proceso de renovación en el análisis social del partido y a la necesidad de construir un movimiento obrero independiente. La idea de la nueva revolución democrática de liberación nacional permitió la continuidad de los objetivos del partido, así como también significó una ruptura al proponer un proceso revolucionario desde abajo y opuesto aquellos agentes conservadores (el Estado y la burguesía), otrora considerados progresistas. Con esto la izquierda recuperó la crítica y su papel de verdadera oposición al régimen en el ámbito ideológico.

### *7. La aportación y la crítica de Revueltas.*

La célula Carlos Marx y su líder acuñaron y coincidieron con gran parte de las ideas que constituyeron el nuevo bagaje conceptual del partido expuesto en el XIII Congreso. Sin embargo, se dieron ciertas diferencias entre este grupo y el Comité del Distrito Federal. Estas son importantes porque señalan con precisión el desfase entre el pensamiento oficial de la organización y la dinámica social, aunque también significan una ruptura más profunda con el mito del nacionalismo. La proposición de Revueltas cuestionaba elementos centrales de la ideología: se

---

<sup>427</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>428</sup> *Ibid.*, p. 11.

presentó como una crítica a la concepción del Frente Democrático de Liberación Nacional, la cual indicaba una divergencia importante con respecto a la caracterización de la burguesía nacional, así como intentaba superar la definición coyuntural del poder público que el PCM insistía en conservar.

### *7.1. La discusión en torno a la dependencia, el subdesarrollo y la función del capital extranjero.*

Como se recordará, la nueva dirección del partido propuso la creación de un Frente Democrático de Liberación Nacional porque, a pesar de reconocer el desarrollo de la burguesía nacional y la autonomía relativa del país, aseguraba que el capital extranjero –particularmente el de los Estados Unidos– frenaba su crecimiento material y su independencia política. Si José Revueltas discrepaba de esta visión era porque sostenía que la proposición de este frente resultaba anacrónica e inconsistente. En su análisis explicaba cómo el crecimiento de la burguesía nacional no era incompatible con el proceso de acumulación extranjera y, si éste no frenaba las tendencias naturales hacia la independencia económica (relativa), resultaba absurdo formar una organización dedicada a pugnar por una realidad en gestación.

Para sustentar esta afirmación, Revueltas mencionaba las inversiones cada vez mayores que se presentaban en la industria de la transformación y, por lo tanto, reconocía que las contradicciones entre el capital nacional y el extranjero no eran excluyentes.<sup>430</sup> El Comité había

---

<sup>429</sup> Comisión Nacional Organizadora del XIII Congreso, *op. cit.*, p. 14.

<sup>430</sup> José Revueltas, “El problema de la organización de la conciencia y el de la conciencia organizada”, en *Escritos políticos II, Obras completas, vol. 13*, México, Ediciones Era, 1984, p. 81.

aceptado que el “imperialismo” podía permitir cierto desarrollo industrial porque así convenía a sus intereses de “saqueo”,<sup>431</sup> aunque lo seguía considerando un obstáculo para el desenvolvimiento económico nacional. Esta simplificación abusiva de un imperialismo malo y un nacionalismo por defender olvidaba, bajo la denuncia y el panfleto, elementos substanciales que hasta el propio Marx había observado en su tiempo: la tendencia de la internacionalización del capital induce a romper las barreras de los estados nacionales.<sup>432</sup>

Revueltas se adelantaba, en ese sentido, a las posteriores críticas a las teorías de la dependencia y el subdesarrollo, difundidas en la siguiente década (sesenta), las cuales argumentarían en forma más elaborada lo mismo que la dirección del PCM en 1960. Éstas explicaban el atraso de los países latinoamericanos en función de su dependencia y subordinación tecnológica y económica con respecto a las naciones más desarrolladas. Las limitaciones formuladas posteriormente por los especialistas a estas teorías se dirigieron a rechazar la tesis de la constitución de un capitalismo autónomo –sostenida por Raúl Prebisch en la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) desde principios de los años cincuenta– como posible solución para combatir el estancamiento de estas sociedades. También señalaron la negligencia de atribuir únicamente a factores externos el diferente grado de crecimiento entre los países del continente americano y los del primer mundo.<sup>433</sup> Es decir, el desarrollo del capital nacional implica

---

<sup>431</sup> Pérez, *op. cit.*, p. 20.

<sup>432</sup> Carlos Marx y Federico Engels, “Manifiesto del partido comunista”, en *Obras escogidas en dos tomos*, t. 1, Moscú, Editorial Progreso, 1971, p. 23.

<sup>433</sup> A estos cuestionamientos se agregan otros como: la visión simplista de ver al subdesarrollo como una simple etapa (menos evolucionada) del desarrollo; o las ilusiones puestas en la intervención del Estado y el proceso de industrialización como medios para superar esta crisis estructural. Jaime Osorio, “Actualidad de la reflexión sobre el subdesarrollo y la dependencia: una visión crítica”, en Ruy Mauro Marini y Mágina Millán (coordinadores), *La teoría social latinoamericana, cuestiones contemporáneas, tomo IV*, México, UNAM-El Caballito, 1996, pp. 25-46. Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, XIII edición, pp. 450-451.

necesariamente su apertura hacia el exterior dentro de un mundo interactuante. Las dependencias producto de niveles de desarrollo distintos son inevitables y el capital extranjero puede ser una de las claves para el crecimiento interno.

¿En donde estribaba el engaño de este juego maniqueo? En primer término, confundía un proceso natural en muchos aspectos –el intercambio y difusión de los capitales– como si fuera una medida política gubernamental antinacionalista. En segundo lugar omitía que, ya sea bajo un modelo librecambista o uno proteccionista, se daba un desarrollo del capital nacional, lo único que cambiaba eran los proyectos y los sectores nacionales beneficiados. En tercer lugar, la dirección del partido carecía de un análisis contextualizado: la participación del capital extranjero era clave en determinados sectores (lo que no indica que sea obligatoriamente contraproducente) de la producción, pero había disminuido su importancia con respecto a la del capital nacional.<sup>434</sup> Su acción negativa o positiva ha dependido más de la manera en que se inserta en el modelo de crecimiento que de su procedencia o intereses particulares. El análisis del comportamiento del capital, visto bajo la mirada del nacionalismo y la política soviética al mismo tiempo, proporcionó un cuadro fragmentado y limitado.

Es en este sentido que el líder de la célula Carlos Marx afirmaba –mucho más acorde a la realidad, como lo demostraron los estudios sobre el tema– que el desarrollo de México era tal que implicaba en sí una tendencia natural hacia el crecimiento y una mayor independencia

---

<sup>434</sup> Así lo señala Lorenzo Meyer, “El hecho de que la inversión extranjera directa a final de los sesenta hubiera superado a la del porfiriato no significó necesariamente que tuviera la misma importancia, pues las bases del capitalismo nacional (privado y estatal) eran relativamente mayores de lo que fueron a principios de siglo [...] Es verdad que los recursos externos totales representaron al final del periodo apenas el 15 % de la inversión total, pero también lo es que el norteamericano fue ya el capital extranjero dominante (al rededor del 80 % del total)”. Lorenzo Meyer, “La encrucijada”, *Historia general de México, vol. IV*, México, El Colegio de México, 1976, p. 268.

(relativa) económica. Esto significaba contradecir la tesis de la dependencia con respecto al capital extranjero sostenida por el Comité. Como lo sostuvo nuestro sagaz político: “La etapa histórica por la que atraviesa nuestro país es, precisamente, aquella en que las fuerzas sociales motrices tienden, de un modo objetivo, a desenvolverse por la vía de la liberación nacional. Pretender que tales fuerzas se aglutinen en un frente determinado equivale, simplemente, a que se dijera que habría que ‘organizar’ la salida del sol por las mañanas y su ocultación por las tardes”.<sup>435</sup>

### 7.2. El rechazo del carácter “progresista” de la burguesía nacional.

Otro punto de discrepancia se relaciona con el significado de la burguesía nacional y su relación con la política de alianzas. Como se ha observado anteriormente, el Comité Central reconoció el carácter ambivalente y el camino individualista utilizado por la burguesía nacional en su formación histórica, por lo cual aceptó que ésta no podía encabezar el Frente Democrático de Liberación Nacional, como tampoco llevar a cabo hasta el final los postulados de este movimiento. Empero, siguió definiendo a este sector de clase como “la fuerza más influyente entre el pueblo”,<sup>436</sup> así como pregonaba su eventual progresismo,<sup>437</sup> con lo cual sostenía la posibilidad de una alianza. Revueltas, en cambio, consideraba que esta burguesía –sin dejar de reconocer su carácter progresista en el pasado– era en esencia conservadora porque:

[...] la revolución democrático burguesa ha comenzado a detenerse en el momento mismo en que la burguesía se consolida económica y políticamente. [...] La burguesía nacional, que en un momento dado fue una burguesía revolucionaria, deviene una burguesía

---

<sup>435</sup> José Revueltas, *op. cit.*, p. 85.

<sup>436</sup> Pérez, *op. cit.*, p. 27.

<sup>437</sup> *Ibid.*, p. 26.

antirrevolucionaria en la medida en que se han superado las relaciones precapitalistas y semifeudales de producción; [...] la burguesía nacional se ha convertido en una burguesía asociada al imperialismo, sin menoscabo de mantener y exigir sus reivindicaciones capitalistas.<sup>438</sup>

Por lo tanto, el carácter conservador de la burguesía nacional quedaba ratificado tanto por la consolidación de su hegemonía económica en esta etapa del desarrollo –motivo por el cual la alianza de clases le resultaba superflua–, como por su estrategia de crecimiento en coordinación con el capital extranjero que desplazó sus objetivos nacionalistas a un segundo término. Además, Revueltas sostenía que el imperialismo estadounidense se aliaba con los capitales nacionales con el propósito de defender el sistema burgués a nivel mundial contra el bloque soviético y, al aliarse con éste, la burguesía nacional se convertía en un agente reaccionario.<sup>439</sup>

### 7.3. *Volver la mirada hacia México.*

Marcadas las diferencias, el análisis de Revueltas implicaba un cambio en las prioridades y en el contenido de los objetivos tácticos del partido. A diferencia de la dirección, este escritor ya no daba prioridad a la alianza con la burguesía, ni mantenía las expectativas en su carácter nacionalista. El saldo de esta política había sido la pérdida de la independencia obrera y la subordinación de los objetivos de clase y del partido al nacionalismo burgués. Nuestro intelectual negó el objetivo de formar un Frente Democrático de Liberación Nacional porque sabía que la independencia económica y política (relativas) se desplegaban en forma natural por medio de las tendencias de la sociedad capitalista. El principal objetivo que el partido debía apoyar, para Revueltas, era la formación de un movimiento autónomo que luchara por la democracia

---

<sup>438</sup> Revueltas, *op. cit.*, p. 81.

<sup>439</sup> Revueltas, *op. cit.*, p. 82.

(burguesa)<sup>440</sup> en primera instancia (segunda prioridad para el Comité, después de la independencia) y en contra del imperialismo (como forma de dominación del capital internacional y no porque frenara el proceso de independencia económica).<sup>441</sup> Un movimiento obrero que, en todo caso, presionara y arrinconara –y no simplemente invitara o atrajera como lo proponía el Comité– a la burguesía nacional hacia tales objetivos. En consecuencia, tanto la política de alianzas como el propósito de la independencia quedaron relegados a segundo término.

#### 7.4. *Hacia una crítica estructural del Estado.*

A pesar de que ambas corrientes reconocían que el Estado fungía como el representante de la clase burguesa,<sup>442</sup> la última diferencia importante se dio en torno a la caracterización de los gobiernos postcardenistas. La dirección había considerado durante mucho tiempo que el poder público había sido un agente progresista durante los periodos revolucionario y postrevolucionario porque se abocaba a la tarea de fomentar el progreso económico –el cual supuestamente beneficiaría a toda la población– y se proclamaba heredero de la justicia social revolucionaria.<sup>443</sup> Además, la III Internacional desde 1940 había difundido la idea que el partido y los sindicatos oficiales constituían los mejores medios para llevar a México hacia la independencia nacional.<sup>444</sup> Tanto estas justificaciones como la práctica populista del cardenismo conformaron los motivos suficientes para que el carácter conservador del Estado fuera considerado por el partido como

---

<sup>440</sup> *Ibid.*, p. 85.

<sup>441</sup> *Ibid.*, p. 82.

<sup>442</sup> Pérez, *op. cit.*, p. 28.

<sup>443</sup> PCM, *La lucha interna ...*, *op. cit.*, p. 69.

<sup>444</sup> Unzueta, *op. cit.*, pp. 189-191.

una coyuntura –adjudicada a los “agentes del imperialismo” o una “fracción conservadora en el gabinete”– o un acto de traición a los postulados revolucionarios,<sup>445</sup> pero no un rasgo estructural del sistema. Pese a la crítica realizada al gobierno de A. López Mateos, en el XIII Congreso se siguió afirmando que existía la posibilidad de devolver al Estado su esencia “progresista” mediante una revolución que removiera las fuerzas reaccionarias de su interior.<sup>446</sup> Las expectativas del progresismo nacionalista habían justificado toda clase de atropellos por parte del gobierno en contra de los movimientos de los trabajadores, así como habían encubierto un modelo de acumulación conservador basado en deterioro constante del salario. Al aceptar esta política, el PCM perdió toda perspectiva de defensa del sector laboral.

Revueltas comprendió el daño estructural que para el movimiento significaba la alianza con el poder oficial. Sin proclamar que el autoritarismo resultaba ser un aspecto permanente de dominación económica y política de las instituciones públicas, sostuvo que la vía para superar esta pseudocrítica consistía en sostener de manera permanente una perspectiva proletaria independiente frente al Estado. La autonomía obrera se propuso como la garantía en contra de cualquier mediatización enajenante del gobierno y de la burguesía:

Es evidente que la actividad política de la clase obrera no consiste, ni con mucho, única y exclusivamente en “apoyar” a los gobiernos de la burguesía o luchar en su contra. Las razones de una cosa y la otra, si no se desprenden de las necesidades e intereses históricos de la propia clase obrera, terminan por convertirse en un espejismo peligroso, en una visión distorsionada, que sólo deviene a favor de la burguesía misma y del florecimiento de su mito ideológico como “burguesía revolucionaria” en un caso, o como burguesía que “ha traicionado” los “intereses revolucionarios”, en el otro. Para la clase obrera no existe ninguna garantía de que el gobierno sea lo que él mismo pretende ser, ni tampoco lo que pretenden quienes lo apoyan ni quienes lo combaten, así se manifieste este fenómeno *en actos favorables para los intereses obreros* (determinadas concesiones, estas o aquellas

---

<sup>445</sup> Hasta el XIII Congreso se siguió considerando que el sistema autoritario de México era el producto del “imperialismo yanqui”, las fuerzas reaccionarias, y no como parte de la forma específica e histórica de un sistema de dominación económica y política nacional.

<sup>446</sup> PCM, *XIII Congreso ...*, *op. cit.*, pp. 31-32.

medidas legislativas “proteccionistas”, etcétera), pues los actos desfavorables siempre son de esperarse de un gobierno de la burguesía. En estas condiciones para la clase obrera sólo existe un imperativo ineludible: el de conservar su criterio propio como clase, el de que *no debe hipotecar su independencia ni caminar a remolque de otros intereses que no sean los suyos.*<sup>447</sup>

---

<sup>447</sup> José Revueltas, “Autocrítica del movimiento comunista en su conjunto y abierta discusión ideológica entre comunistas”, en *Escritos políticos II, Obras completas, vol. 13*, México, Ediciones Era, 1984, p. 175.

## TERCERA PARTE: A MANERA DE CONCLUSIÓN.

### CAPÍTULO V: DEFINICIÓN DE LA IZQUIERDA A PARTIR DE SU TRAYECTORIA HISTÓRICA.

*El problema de definir el concepto.*

1. La definición de la izquierda plantea dos alternativas para el investigador: delimitar su identidad por los aspectos comunes de los diferentes momentos de su práctica histórica, o caracterizarla a partir de los rasgos particulares de su actividad en una época determinada. La primera opción implica el riesgo de obtener una noción demasiado abstracta del fenómeno, inútil para desentrañar el papel histórico de esta fuerza social. Este es el camino predilecto de aquellos que desean demostrar una afirmación preconcebida. En el segundo caso, se presenta el peligro de caer en un relativismo que impida observar cómo, más allá de una posición y una práctica específicas, existen tendencias de larga duración, matrices arquetípicas y símbolos encubiertos, los cuales constituyen inercias imposibles de eludir.

2. También llega a ser tentador extraer una noción por oposición. La izquierda forma uno de los extremos –junto con la categoría de derecha– que constituyen una unidad dialéctica. Empero, esta diferencia y otras más pueden ser ineficaces cuando observamos su práctica. En este periodo, por ejemplo, el Partido Comunista Mexicano (PCM) coincidió no sólo con los objetivos de la ideología oficial, sino que, además, muchas veces justificó las medidas reaccionarias del Estado. Los límites que separan una corriente ideológica de otra pueden volverse muy flexibles cuando seguimos con detenimiento su actuación histórica. Y esto es debido a que las organizaciones representantes de estas corrientes han obedecido más de una vez a una lógica muy diferente a sus

postulados teóricos o a sus fundamentos primordiales. El riesgo de esta posición maniqueísta es reducir la realidad hasta el punto de olvidar la compleja forma en que se despliegan las fuerzas históricas.

3. Por igual, estamos conscientes de las dificultades para definir la izquierda a través de un partido limitado por un entorno autoritario y tradicional. La marcha de la democracia –que en este momento sólo puede ser entendida como una estructura formal– fue anulada por medidas extralegales en la colectividad de 1940 a 1960. En ese sentido, conformarse con el exclusivo seguimiento de la práctica del PCM así como de las organizaciones políticas hubiera implicado reducir la izquierda a un campo que fue alterado por una realidad mucho más compleja. Este es el camino preferido por aquellos que conciben la política sólo como el ejercicio del poder de las instituciones establecidas para tal función.

4. Pese a todo, las proposiciones escritas más arriba pueden constituir parámetros útiles cuando acompañan una intensión y una metodología diferentes. Trataremos enseguida de exponer los elementos de definición de la izquierda.

5. Existen una serie de vínculos generales que han proporcionado identidad y estructura a la izquierda. Estos fueron tomados en cuenta para ponerlos a prueba en nuestra investigación. Antes que nada una actitud: suele definirse al hombre de izquierda como alguien que cree en el perfeccionamiento humano, en el progreso, semejante a un liberal.<sup>448</sup> Pero, a diferencia de éste, se inclina hacia una idea del cambio radical guiada más por la noción de justicia e igualdad que por las de orden o libertad individual, tal como están establecidos en la ley. Piensa que la forma más

---

<sup>448</sup> Al respecto recomendamos leer la digresión que Raymond Aron efectúa sobre la diferencia del concepto de libertad entre liberales y socialistas en su libro, *Démocratie et totalitarisme*, París, PUF, 1965, pp. 354-356.

directa de lograrlo es mediante un cambio de sistema porque las estructuras sociales, por más perfectibles que sean, no resuelven las contradicciones fundamentales de la colectividad.<sup>449</sup> Esta visión ha sido acompañada por una serie de fundamentos orgánicos. Por una parte, una perspectiva que trata de preservar los intereses de la mayoría sobre la minoría privilegiada. Por otra, un partido que pretende representar a las clases trabajadoras como una vanguardia revolucionaria. Esto implica ciertos elementos cohesionadores como la ideología, entendida como una fuente de conocimiento racionalizado y como una crítica al orden establecido. Concebida así, la llamada conciencia formaría el instrumento para consolidar una práctica acorde a las exigencias históricas del presente y orientar los movimientos sociales hacia la meta del socialismo.

6. Estos componentes, relativamente estables hasta el año de 1989, han variado en su distribución e importancia por una serie de fuerzas que han caracterizado al desarrollo capitalista del siglo XX y que es necesario tomar en cuenta en nuestra definición ya que algunas –otras no– ejercieron su influencia durante el periodo estudiado en México. Un gran campo integrado por tendencias como la intervención del Estado regulador de la economía, de la política y de la comunidad, por el advenimiento de la sociedad de masas, por el consumo generalizado y la capacidad de mejoramiento material de una gran parte de la población ha alterado la conducta e, incluso, las metas de la izquierda. Otro factor decisivo fue constituido por el sistema democrático nacionalista que, a pesar de las eventuales etapas que han presenciado regímenes totalitarios, autoritarios o

---

<sup>449</sup> Tratamos aquí de abstraer los rasgos más generales de la izquierda, aunque pueden practicarse varias clasificaciones. No abordamos a propósito –a reserva de tratarlo más adelante– la polémica relativa a los medios para llegar al socialismo, los cuales distinguen a la izquierda moderada y radical como, por ejemplo, lo realiza Norberto Bobbio, o también la clasificación entre izquierda organizadora, liberal e igualitaria a la manera de Raymond Aron. J. Roy, “Droite”, en Sylvain Auroux (director), *Les notions philosophiques*, vol. II, tomo 1, en André Jacob (director), *Encyclopédie philosophique universelle*, París, Presse Universitaires de France, 1990, p.709; Perry Anderson, Norberto Bobbio, Umberto Cerroni, *Socialismo, liberalismo, socialismo liberal*,

populistas, se ha difundido al conjunto de comunidades cada vez más instruidas. En otro campo, podemos observar al denominado socialismo real, el estalinismo y el leninismo que, cuando menos hasta 1960, proporcionaron el respaldo y el paradigma casi exclusivo de los militantes de izquierda. Estas tendencias se han manifestado en las naciones latinoamericanas con un grado de discontinuidad, convulsiones y asimetrías mayores que en los llamados países desarrollados por causa de sus peculiares sistema de acumulación y orden político. Presenciamos la conformación de un panorama muy diferente del que Marx y los obreros del siglo pasado fueron testigos.

7. Aparte de las dificultades que hemos señalado, el estudio de la izquierda a través de una organización devela ciertas ventajas. El partido constituye un medio de observación superior a otros agentes políticos por sus características racionales y sistematizadas, fuentes de su fuerza y consistencia, ya que es un órgano estructurado y organizado para conseguir un fin determinado. Sólo así puede explicarse la longevidad y permanencia del PCM. Aunque no debemos omitir otro factor fundamental: la ideología. Esta concepción del mundo con vocación totalizadora –da cuenta de los principales fenómenos en los que participa el ciudadano– unificó, más allá de las contradicciones internas, a un grupo definido en forma voluntaria. Tal cohesión lo diferencia o identifica con otros grupos organizados. Estos elementos convirtieron a los partidos en catalizadores de las fuerzas de izquierda: intelectuales, políticos, ideas, movimientos críticos, etc. se vinculaban de alguna u otra forma con el PCM, considerado como uno de los ejes centrífugos de esta opción.<sup>450</sup>

---

Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1993, pp. 85-86.

<sup>450</sup> Estas reflexiones toman en cuenta las observaciones de Duverger sobre los grupos. Maurice Duverger, *Sociología de la política*, Barcelona, Editorial Ariel, 1980, pp. 53-60.

Cabe recordar a los lectores que, como este no es un trabajo de sociología, resulta importante observar cómo estas características generales adquirieron su especificidad al relacionarlas con la etapa de evolución sociopolítica del periodo estudiado. Como se verá más adelante, la acción del partido fue restringida por las disposiciones del Estado –órgano determinante y superior a él– en los ámbitos jurídico, legislativo y social. Aunque la penetración más efectiva consistió en la asimilación de las ideas oficiales por los órganos de izquierda. Si la función de un partido de oposición consiste en ofrecer una alternativa diferente a la existente y preservar una orientación combativa, podemos decir, sin lugar a dudas, que estas fueron anuladas en gran medida por la aceptación del nacionalismo.<sup>451</sup> En este sentido, hubiera resultado inútil tratar de comprender y explicar a la izquierda por su lenguaje. Hasta 1960, cuando menos, los diferentes gobiernos se apropiaron de gran parte de la terminología socialista, así como la izquierda se adueñó de la mayoría de los parámetros de la ideología oficial. ¿Cómo definir al partido? En todo caso, una concepción que trate de ser precisa tiene que diferenciar los distintos niveles ideológicos, así como contrastarlos con la práctica de la organización para dilucidar, no los fundamentos ideales, sino las funciones reales propias de la izquierda en estos años.

8. La penetración ideológica y el débil desarrollo democrático de la sociedad mexicana son responsables de que hayamos dedicado el espacio de nuestro trabajo a hablar más de las limitaciones que de los alcances de la izquierda. Sin embargo, existen una serie de razones por las cuales hemos escogido al PCM como el protagonista de esta historia. Por su autoridad, influencia y tradición constituye el partido más representativo en su género. Elaboró la matriz donde se originaron las demás organizaciones orientadas por la misma línea, actores importantes en el

---

<sup>451</sup> *Ibid.*, p. 56.

movimiento de oposición. Nos referimos al Partido Popular (PP) y al Partido Obrero Campesino de México (POCM).

A pesar de su ideología nacionalista –y de la influencia del estalinismo– amplios sectores de base del PCM sostuvieron desde 1940 una tradición combativa y de solidaridad con los movimientos independientes de asalariados. Esto no se produjo sin entrar en conflicto con la postura oficial de la Dirección Nacional. Este factor –aunado a la diferente concepción de la organización– lo diferenció durante los años de 1940-1956 del partido popular, quien se acercó a una posición de permanente incondicionalidad con el poder público. Además, el partido inició un proceso de radicalización a partir de 1956, así como fue el único que sobrevivió como oposición de izquierda a la represión ejercida con motivo del movimiento ferrocarrilero. La desaparición del Partido Obrero Campesino de México y la nueva orientación de derecha del grupo lombardista, así como las características descritas con anterioridad explican por qué el PCM constituyó la única organización estable que ha permitido efectuar un seguimiento de larga duración. Hubiera sido imposible exponer las características estructurales de la izquierda mediante otros órganos. Por otra parte, tanto la combatividad de sus bases como la tendencia hacia una mayor radicalización indican cómo este partido se preocupó por superar sus propias limitaciones y acercarse –hasta donde sus posibilidades le permitieron– hacia aquellos paradigmas que distinguen a la izquierda de un partido democrático liberal: la lucha de clases y el cambio social.

9. La actividad de las bases y la oposición interna no deben pasar desapercibidas. Gracias a ellas el partido conservó el escaso contacto con el mundo exterior, así como una crítica que apenas parecía un murmullo hasta 1956. Estos preciosos gérmenes explican su receptividad hacia la crisis de autoridad originada en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS)

y su apertura hacia la ideología de los movimientos sociales posteriores. Que se haya necesitado la influencia de procesos externos para producir cierto cambio demuestra la rigidez y el monolitismo del partido. Pero, la forma decisiva como estos factores afectaron su programa nos convence que, a diferencia de las demás organizaciones de izquierda, el PCM escondía detrás de su inmovilismo un gran potencial crítico.

Con las protestas de los trabajadores el partido recuperó la política como un ámbito de acción y como función de vanguardia. Después de la derrota del movimiento ferrocarrilero, el PCM sustraería para sí el programa de estos obreros dirigido a combatir por las libertades democráticas. Se replantearon los objetivos más radicales de la izquierda: autonomía, perspectiva de clase, transformación revolucionaria, oposición al régimen, etc. Esta interacción cuestiona históricamente la teoría de Lenin referente a la superioridad del partido sobre los trabajadores como representante de la conciencia organizada. Desde luego, el hecho de que el cambio programático se originara en las experiencias de los asalariados no quiere decir necesariamente que estos poseyeran mayor capacidad intelectual que los cuadros del partido. Pero, si su pragmatismo político demostró la mayoría de las veces más claridad y sensatez, esto indica, entonces, el grado de estancamiento ideológico y organizativo en el que se encontraba la autollamada “vanguardia”. Si la clase obrera ha tenido que luchar contra la inmediatez de su conciencia –en muchos casos, como lo planteaba Lenin, subyugada por sus necesidades materiales– en cambio, el intelectual y los partidos han tenido que enfrentar la tendencia a la ambición por el poder (planteada por Michels al inicio de siglo para los partidos socialistas) y el

oscurantismo ideológico que lo acompaña.<sup>452</sup> Ambos se han erigido como potentes obstáculos para que la izquierda lleve una política coherente, acorde a sus postulados. Mientras este problema siga vigente no llegará a ser clara la pretendida superioridad de los intelectuales sobre la clase. Por eso, la izquierda no puede ser definida en el periodo que va de 1956 a 1960 exclusivamente en función del partido. Nuestro análisis se ha encaminado a observar la forma en que la organización catalizó las acciones y las proposiciones de los movimientos independientes.

10. Podemos definir al partido en este momento (1956-1960) como una organización en proceso de resolver las contradicciones estructurales que le impedían cumplir con sus funciones básicas y conciliarse con sus aspiraciones ideales de izquierda, en una coyuntura social, política y económica que afectaría su destino en forma decisiva.

11. La intención de exponer tanto las condiciones generales como el enfoque para observar la izquierda no pretende elaborar una concepción a priori de ella. Un balance histórico debe comprender la elección de aquellos elementos más significativos que den cuenta de la práctica y la manera de pensar de un partido representante de esta alternativa. Tal selección nos ha proporcionado las partes necesarias, no para definir la izquierda en general, sino la izquierda de estos años, así como precisar los límites y los alcances de su intento de transformación.

En consecuencia, proponemos una definición que relacione la práctica y la ideología a partir de tres tipos de causas. Una serie de fuerzas externas como el Estado y la sociedad, factores que escaparon al control de la organización, otro tipo de tendencias provenientes del exterior pero reelaboradas y procesadas en el interior del partido, como las ideologías nacionalistas y aquellas

---

<sup>452</sup> Robert Michels, *Los partidos políticos*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1983, pp. 127 y 193.

provenientes de la Unión Soviética, o los movimientos sociales. Por último, las estructuras propias de la organización, tales como el ejercicio específico de la autoridad, las diferentes formas de utilización e interpretación del programa etc. Tales vínculos explican en un primer momento, 1940-1956, la creación de una estructura de izquierda. Parte de ella seguiría vigente hasta mucho después de efectuado el XIII Congreso de 1960. Un segundo momento marcado por una coyuntura que posibilitó un gran cambio en todos los niveles. Parte de esta transformación se diluyó a partir de la expulsión de la oposición más importante en 1960. Un tercer momento donde se sintetizan los cambios y las continuidades que formaron una nueva estructura del Partido Comunista, vigente cuando menos hasta 1968. Trataremos de exponer aquí algunas de las implicaciones que nos parecen las más importantes.

*1940-1956.*

12. Excepto el periodo de 1957 a 1960, podemos decir que la izquierda fue cercada por la sociedad y el Estado. El partido enfrentó el control ideológico y corporativo efectuado sobre una clase obrera organizada desde las cúpulas de las élites dirigentes, así como un entorno todavía cargado de fuertes connotaciones típicas de una colectividad tradicional. Ambas características dificultaron su labor de propaganda y educación en los sectores independientes y autónomos. A esto se agregaron las limitaciones legales y judiciales impuestas por el poder público para impedir a la oposición integrarse de manera efectiva en la competencia de las elecciones. Los mecanismos de elección y representación, aunados a la corrupción electoral, negaron toda opción de representación a los miembros del PCM en las instancias públicas. Cualquier posibilidad de triunfo de los eventuales movimientos independientes apoyados por los sectores más combativos

de la izquierda se veía obstaculizada por los dictámenes del tribunal de conciliación y arbitraje. La represión y el anticomunismo fomentados por los diferentes regímenes políticos anularon las iniciativas de formación de un sindicalismo independiente y mantuvieron al PCM en una precaria clandestinidad intermitente. Esto explica en parte el reducido número de sus militantes, así como su débil influencia en la comunidad. El clima de sospecha y de degradación de la figura de la izquierda proporcionada por los medios oficiales de comunicación a la opinión pública inducía a creer en un maniqueísmo que oponía las intenciones de la dictadura totalitaria de Stalin a la soberanía nacional.

13. *Dinámica*: Los medios de control descritos más arriba funcionaron hasta la primera mitad de la década de 1950 con eficacia para contener la cada vez mayor inconformidad de los asalariados. Pero la pobreza y el descuido del gobierno de ciertos sectores de trabajadores con fuerte tradición de lucha provocaron los estallidos sociales iniciados en 1957 y demostraron que la precaria estabilidad había llegado a su límite. Los tres años que siguieron constituyeron un paréntesis excepcional y atestiguaron una actuación masiva sin precedentes de la izquierda. Mientras tanto, el gobierno reajustaba su modelo de acumulación y su política de control. Parecía que el cerco se resquebrajaba en sus diferentes cimientos y que se vislumbraba la verdadera posibilidad de un cambio social.

Después de la represión de los trabajadores ferrocarrileros, la sociedad recuperaría su perfil anterior. El Estado volvería a cercar a la izquierda, aunque de manera un tanto diferente. El cambio en el modelo de sustitución de importaciones sería acompañado por una mayor distribución de la riqueza en los sectores estratégicos de la producción. El consecuente aumento de una “aristocracia obrera” contribuyó –junto con las medidas paternalistas del poder público– a

la fragmentación de los asalariados. Este nuevo contexto revitalizó los mecanismos de control corporativo.

La recuperación de la normalidad no debe impedir valorizar los efectos a largo plazo de esta coyuntura. Tanto la represión sin precedentes como la acción de la izquierda y de la clase obrera contribuyeron al descrédito del Estado, lo cual se reflejó en la tendencia al incremento del abstencionismo en la siguiente década. Hasta cierto punto, en 1968 culminaría lo iniciado en 1958. Los estudiantes y gran parte de la sociedad recuperarían la tradición, las consignas y la memoria de la izquierda.

14. *Implicaciones*: Sin legitimación legal ni fuerza social –excepto en algunos lugares específicos del país– los partidos de izquierda fueron reducidos a una opción sólo útil para acreditar la democracia formal propuesta por el Estado. Además, la izquierda aportó parte del discurso populista eventualmente utilizado en este periodo, el cual sirvió hasta 1956 para justificar ante los sectores pauperizados los costos sociales del modelo de acumulación. El partido cumplió también una función muy importante para la seguridad del gobierno: concentró en un organismo detectable y subordinado a los individuos más peligrosos para la estabilidad social, permitió que el poder público controlara a los sectores más radicalizados en forma fácil. Se convirtió en una estructura que, por su organización, resultó ser inofensiva y maleable, un medio para conservar el estatu quo.

El proceso de radicalización del partido, por lo tanto, no fue el producto exclusivo del impulso dado por los estallidos sociales de 1957 a 1959. Respondió también al constante recrudecimiento del autoritarismo y la represión. En estas precarias condiciones de lucha donde las alternativas de expresión o manifestación por la vía democrática estaban casi prohibidas para la izquierda y los movimientos independientes hubiera sido lógico aceptar como opción para

ejercer presión el recurso del enfrentamiento con el Estado. ¿Por qué no se aceptó una táctica más radical en un momento en que la coacción del gobierno reducía al PCM, la mayoría de las veces, a la clandestinidad? La respuesta, ya lo sabemos, se encuentra en la adopción efectuada por el partido del nacionalismo oficial, así como del proyecto reformista de la III Internacional. Nos limitaremos a continuación a enumerar las implicaciones de estas ideologías.

15. Para llevar a cabo esta investigación hemos decidido adoptar la concepción de la ideología propuesta por Karl Marx. Esta no es una elección arbitraria. Quisimos evitar el determinismo económico al que fue reducido el sistema de este gran pensador, así como tratamos de eludir el reduccionismo estrecho con que fue reelaborado por algunos autores. En las teorías de este escritor encontramos una riqueza y una versatilidad que han sido muy difíciles de igualar tanto por sus discípulos como por sus detractores.

La teoría de la ideología nunca fue sistematizada por Marx.<sup>453</sup> Su tratamiento, como el de muchos otros puntos, formaba parte de un proyecto más vasto. Tal vez esta característica le permitió utilizar a dicha categoría con suprema flexibilidad. Más allá de las polémicas dedicadas a desentrañar su significado, nos interesa señalar dos aspectos que nos parecen fundamentales en su planteamiento. Por un lado, su concepción de las ideas como formas que encubren y distorsionan el mundo circundante, vinculada a su investigación de las relaciones y las clases sociales. Por el

---

<sup>453</sup> Para el tema recomendamos las siguientes lecturas: Karl Marx, *La ideología alemana*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1958; Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, México, Siglo XXI, 1989. David Mc. Lellan, *Ideología*, México, Nueva Imagen, 1994. A. Altieri, U. Cerroni, H. Reichelt, etc., *Ideología, teoría y política en el pensamiento de Marx*, México, Editorial Universidad Autónoma de Puebla, 1980. Guy Bourdè, Hervé Martin, “Le marxisme et l’histoire”, en *Les écoles historiques*, París, Éditions du Seuil, 1983, pp. 271-306. Maurice Godelier, *L’idéal et le matériel*, París, Fayard, 1992.

otro, las representaciones vistas como medios de conocimiento y fuerzas actuantes en el ámbito social, relacionadas con la noción de acción política.

La interpretación inicial de Marx se refiere a una serie de implicaciones de tipo estructural, como la distorsión de la realidad por inversión de los términos, donde los valores particulares de una clase, dominante en las relaciones económicas, se presentan como los portadores del interés público. Presentados de manera ilusoria, sirven para legitimar el dominio político y desplegar el poder espiritual de una élite sobre la colectividad. El nacionalismo oficial del PCM –en especial su visión desarrollista difundida entre 1940 y 1956– como parte del discurso oficial constituye una muestra representativa de este procedimiento. Tal trastocamiento de los términos se sostiene mientras no se penetre la realidad más allá de su forma aparente. El carácter fetiche de la mercancía es un buen ejemplo: los trabajos humanos adoptan la forma material de igualdad porque las relaciones son vistas como cosas –tal es el caso del valor, el cual es atribuido a las mercancías y no a la fuerza de trabajo– y la representación fenoménica se confunde con un proceso mucho más complejo. Este mecanismo, con el que Marx elaboró su crítica de la religión, puede extenderse a otras instancias. La caracterización del Estado hecha por el PCM hasta 1956 es una de éstas. El progresismo se definió más en función de la independencia del poder público, ubicado por encima de los intereses particulares, que por representar los intereses de una clase, ya que el partido se encontraba atrapado por criterios como el de la Revolución Mexicana. Por otra parte, la organización se dejó arrastrar por un idealismo parecido al de los filósofos alemanes cuestionados por Marx. Las autoridades comunistas asumieron de manera acrítica la doctrina. Confundieron el movimiento real con el movimiento del pensamiento. La táctica fue deducida de los principios rectores del programa del PCUS y el nacionalismo oficial, sin detenerse a ver su

pertinencia con la realidad nacional. Las ideas preestablecidas sustituían el examen de las condiciones específicas de México. José Revueltas señaló de manera acertada esta deficiencia y equiparó al programa del PCM con un dogma.

Sin embargo, la ideología no se caracteriza por ser sólo una distorsión. En una concepción más amplia, Marx la identifica como una forma crítica de pensamiento, como un medio de conocimiento y como una fuerza social. Esta es la razón por la que su noción del término resulta mucho más interesante que la definición dada por Engels de “falsa conciencia”. El análisis de Marx fue siempre acompañado por la intención de un cambio revolucionario y por una perspectiva de clase. La distinción entre su visión y la del socialismo utópico radica más en la búsqueda de una estrategia libertaria dentro de las posibilidades que ofrece la sociedad a partir del estudio de sus relaciones que por la diferencia de sus objetivos. La toma de una posición política no sólo no resulta incompatible, sino puede constituir un arma del razonamiento científico o no científico en el estudio de la colectividad. En *El Capital*, Marx hablará de “formas de conciencia” y en el “Prólogo” a la *Contribución a la crítica de la economía política* se referirá a “[...] las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en suma, ideológicas dentro de las cuales los hombres cobran conciencia de este conflicto (la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción) y lo dirimen”.<sup>454</sup> La ideología, entendida como representación del mundo, se presenta, al mismo tiempo, como un medio de conocimiento (con diferentes grados de parcialidad, unilateralidad, valores, etc.). Puede interpretarse la crítica de Michel Foucault al marxismo vulgar en este sentido: “[...] las condiciones políticas y económicas

---

<sup>454</sup> Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 1987, p. 5.

de existencia no son un velo o un obstáculo para el sujeto de conocimiento sino aquello a través de lo cual se forman los sujetos de conocimiento y en consecuencia, las relaciones de verdad”.<sup>455</sup>

A partir de esta concepción hemos analizado la recepción de las teorías en los militantes de base del PCM, así como en la oposición. Algunos estudios recientes –basados en las aportaciones de la antropología cultural– han comparado la ideología del PC en estos años con una religión. Resulta cierto cuando observamos a la organización como una estructura homogénea. Pero, si tomamos en cuenta tanto la resistencia pasiva de las bases durante largos decenios de vida militante, como la más evidente crítica difundida de 1956 a 1960 por el grupo de José Revueltas, percibimos algo diferente. En el primer caso, los miembros en contacto con los trabajadores asumieron los principios estalinistas de una manera distinta a las exigencias del discurso oficial. Acomodaron la teoría a sus necesidades o, incluso, omitieron una buena parte cuando ésta era considerada una coacción para su práctica. En el segundo caso, la labor de la célula Marx consistió más en dar un nuevo significado al mismo discurso oficial que en una transformación de los términos utilizados por el comunismo. Dentro de esta lógica puede verse su proposición de recuperación del sentido leninista del partido y la teoría, así como su insistencia en tomar en cuenta las condiciones específicas del país. Este enfoque permitió concebir a la ideología como algo más que una estructura que limita la acción del sujeto. Los diferentes grupos de la sociedad pueden recuperar y reelaborar para sí un símbolo colectivo a partir de sus estrategias de actuación.

Sería factible interpretar a la ideología como una estructura limitante solo si consideráramos a los sujetos sociales como agentes pasivos y a la historia como una determinación de las fuerzas

---

<sup>455</sup> Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, México, Gedisa, 1983, p. 32.

colectivas. Pero, tanto el análisis del partido a nivel micro como la difusión y el alcance político de los estallidos sociales nos inclinan a sostener una postura contraria. En este último caso, podría caracterizarse de utópica la defensa de la democracia sindical llevada a cabo por los trabajadores, si tomamos en cuenta que la sociedad de aquel entonces no estaba preparada para producir un cambio semejante. Su fracaso tal vez así lo demuestre. Aunque también nos induce a pensar en lo planteado por Marx en el sentido de que “la teoría se convierte en un poder material tan pronto como se apodera de las masas”.<sup>456</sup> La idea de la democracia cobró una magnitud tal que “puso en jaque” al gobierno de Adolfo López Mateos, aunque no con la potencia suficiente como para derribar al sistema. Este ejemplo nos demuestra como no bastan los mecanismos de control para nulificar el espacio político del ciudadano común. Las ideas libertarias pueden llegar a ser un agente de conciencia por la fuerza misma de su significado.

En consecuencia, una definición clara de la izquierda debe de tomar en cuenta tanto las limitaciones del dogma como los alcances de las estrategias que guían los objetivos y las necesidades de los diferentes grupos. Sin perder el significado colectivo dado por su identidad, el examen del partido debe comprender también sus componentes heterogéneos, claves en su tensión y en su proceso de transformación.

16. *El estalinismo se aparta de sus fundamentos de izquierda:* En términos generales, la ideología se constituyó más en un obstáculo que en una vía para la práctica revolucionaria. Su difusión realizada por las autoridades de la dirección del partido se combinó con el bajo nivel teórico imperante para que fuera aceptada de manera incondicional. Así, no resulta extraño que

---

<sup>456</sup> Karl Marx, A. Ruge, *Los anales franco-alemanes*, Barcelona, Editorial Martínez Roca, 1970, p. 109.

las proposiciones provenientes del PCUS no correspondieran a las necesidades de la clase obrera.

El propósito de formar un Movimiento de Liberación Nacional –consigna inalterada durante todo el periodo estudiado (1940-1960)– sintetiza el programa de la Unión Soviética creado para los países latinoamericanos. Sus fundamentos se remontan a principios de este siglo, elaborados a partir de las polémicas y teorías de la izquierda sobre el imperialismo y la independencia nacional.

Para Lenin, la consecuencia más representativa del imperialismo –constituido a partir de los monopolios surgidos de los procesos de concentración y centralización del capital– consistía en la explotación impune de otros pueblos, efectuada para contrarrestar las limitaciones impuestas al capital por la saturación del mercado nacional. Sostenía que la Primera Guerra Mundial era una muestra de la aceleración de la competencia interimperialista agudizada por la culminación de la división territorial en el mundo.<sup>457</sup> El apoyo a los movimientos de liberación nacional iniciados en Asia estaba dirigido a debilitar e incrementar las rivalidades entre los imperios ya que su triunfo implicaría la reducción de los mercados necesarios para realizar el excedente de capital de las naciones industrializadas.

Pero, en 1920, Lenin condicionaba la solidaridad a los movimientos de liberación nacional siempre y cuando no impidieran organizar a los explotados dentro de un espíritu revolucionario.<sup>458</sup> Los bolcheviques creyeron en las posibilidades revolucionarias de las colonias en la coyuntura

---

<sup>457</sup> Vladimir Ilich Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1972, p. 4.

<sup>458</sup> Puede verse al respecto: Lenin, “Informe de la Comisión para las cuestiones nacional y colonial. 26 de julio de 1920”, II Congreso de la Internacional Comunista (12 de julio-2 de agosto de 1920), en *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1969, p. 629. Christopher Hill, *La revolución rusa*, Barcelona, Ariel 1967, pp. 151-152. “Tesis y adiciones sobre los problemas nacional y colonial”, en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional comunista*, primera parte, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1981, pp. 151-160.

internacional de la posguerra porque vieron que sus circunstancias eran muy parecidas a las de Rusia prerrevolucionaria: burguesía atrofiada, capital extranjero vinculado a formas de producción precapitalistas. Por tanto, pensaba que la burguesía era incapaz de realizar la liberación nacional y que el proletariado y el campesinado podrían llevar a cabo una revolución proletaria.<sup>459</sup> Pretendía romper el vínculo entre desarrollo y socialismo.

Una vez en el poder, Stalin retomó en 1929 las teorías que sostenían la inevitable crisis del imperialismo provocada por la reducción del mercado. Esta interpretación seguiría vigente después de la II Guerra Mundial, reforzada por su nuevo análisis de que “el campo socialista ha estrechado el mercado capitalista”. Predijo en 1952 una nueva guerra entre Alemania y Japón.<sup>460</sup>

Sin embargo, después de la II Guerra Mundial, los peligros de un conflicto atómico y la aceptación del reparto de las zonas de influencia de las dos potencias dieron un nuevo enfoque a la labor de los partidos comunistas en los movimientos de liberación nacional. Los objetivos de salvaguardar la paz, la democracia y la independencia nacional relegaron a segundo plano tanto el socialismo como el carácter de clase de los movimientos. La aceptación de una coexistencia pacífica –política que sería explicitada por Jruschov– eliminó el carácter radical de los programas de los partidos comunistas.

El segundo factor de este binomio fue expuesto por Stalin en 1913 en su libro, *El marxismo y el problema nacional*, escrito bajo la tutela de Lenin. Explicaba cómo la independencia resultaba necesaria para consolidar el desarrollo de un país. La unificación del mercado, la lengua y el territorio definían la condición para efectuar la expansión material de la

---

<sup>459</sup> Pierre Souyri, *El marxismo después de Marx*, Barcelona, Ediciones Península, 1971, pp. 55-56.

<sup>460</sup> *Ibid.*, pp. 72-73.

burguesía.<sup>461</sup> Además, el crecimiento económico también era visto como una de las condiciones indispensables para llegar a la meta del socialismo. Imposible “socializar la miseria” como decía Marx. La falta de una evolución económica suficiente impulsó a los bolcheviques –una vez se demostró que la revolución socialista no se extendería a Europa occidental– a plantear una etapa de transición consistente en un “capitalismo de Estado”, necesaria para centralizar e impulsar la producción como medida de emergencia impuesta ante el cerco de las potencias occidentales. Fue el motivo por el cual se impuso la “industrialización” estalinista desde arriba.

La definición de los países latinoamericanos como coloniales y semicoloniales los ubicaba en una situación muy parecida a la de Rusia de 1917. La teoría de las 2 etapas correspondía a este contenido, pero fue adaptada a los intereses de la Unión Soviética en el periodo de la Guerra Fría: lograr la independencia y el desarrollo mediante un pacífico y reformista movimiento de liberación nacional en colaboración con las burguesías progresistas. El estalinismo se apartó así de las teorías de Lenin y se acercó cada vez más al reformismo de los partidos social-demócratas.

17. Suavizado de esta manera por Stalin y por el clima de la posguerra, se comprenderá entonces cómo el programa soviético para América Latina llegó a coincidir plenamente con el discurso estatal nacionalista oficial. Bajo el objetivo común de consolidar el desarrollo y la independencia económica, el PCM y el partido oficial hermanaron su lenguaje nacionalista y populista conciliando el objetivo de la liberación nacional con el discurso de la Revolución Mexicana.

18. *Desfase y distorsiones*: Las tendencias del capital internacional manifestadas en América Latina demostraron cuan equivocadas resultaban las teorías de Stalin sobre el imperialismo. Estas últimas omitieron las advertencias realizadas por Bujarin y Lenin, los cuales habían precisado las

---

<sup>461</sup> José Stalin, *El marxismo y el problema nacional*, México, Ediciones Sociales, 1940, pp. 23-30.

medidas que el sistema podría tomar para evitar la crisis general del capitalismo. Habían señalado cómo la intervención del Estado podría revigorizar al capitalismo. Lenin, en particular, sostenía –a diferencia de Rosa de Luxemburgo y Tugan-Baranovski– que el mercado o la renovación del capital constante impuesta por la competencia no constituían necesariamente frenos estructurales a la expansión del capital. En el primer caso, las destrucciones cíclicas de las empresas en las crisis menores despejaban el panorama para la libre competencia y renovaban el mercado para las empresas sobrevivientes. En el segundo caso, la renovación tecnológica podría ser efectuada por los monopolios ajustándose a las necesidades del consumo. Todas estas contratendencias –y otras más– se aplicaron a partir de la sacudida producida por el crac de 1929. La tesis de la crisis del capitalismo sería sustituida por Jruschov ante la evidencia del pujante crecimiento del capital occidental.<sup>462</sup>

La expansión de los países latinoamericanos a partir de 1929 demostró que su atraso o progreso no estaba determinado necesariamente por la actuación del imperialismo. Naciones como México adoptaron estrategias proteccionistas para protegerse de un intercambio desigual, medida que convirtió al capital extranjero –a pesar de las dependencias tecnológica y financiera– en un factor más del crecimiento nacional. Además, a partir de la Guerra Fría, el desarrollo económico y social americano fue concebido por los Estados Unidos como un objetivo de seguridad nacional para detener la expansión soviética. Era ya muy difícil sostener en 1960 que el imperialismo configuraba al enemigo del desarrollo o de la independencia económica nacional. Pese a todo, el PCM mantuvo tal aseveración hasta cuando menos el XV Congreso.

---

<sup>462</sup> Souyri, *op. cit.*, pp. 44-45 y 72.

19. *La izquierda se margina de la política revolucionaria*: La concepción de un imperialismo opresor y explotador se justificaba en función de la calificación de las naciones latinoamericanas como coloniales y semicoloniales. En el XIII Congreso de 1960 se comenzó a hablar de países dependientes. La teoría de las dos etapas y la prioridad dada al desarrollo se adaptó más a las necesidades de coexistencia pacífica y aceptación de las diferentes zonas de influencia entre las dos potencias que a un análisis real de las condiciones económico-políticas del país.

El PCM proponía el sacrificio de la clase obrera para obtener el crecimiento material como la táctica a seguir para conseguir la independencia y las condiciones idóneas previas a la meta del socialismo. Una visión similar a la de Kautsky, quien pensaba a principios de siglo que las condiciones para efectuar la revolución serían dadas por el desarrollo económico del capitalismo y que los partidos debían ejercer sólo una función pasiva. La política como acción organizada quedaba subordinada al denominado “factor objetivo”. Esta idea de la independencia era muy diferente a la propuesta por Lenin en 1920. El líder ruso sostenía la necesidad de apoyar a los movimientos de liberación nacional en los países asiáticos siempre y cuando estos no impidieran organizar a los explotados dentro de un espíritu revolucionario. Después de la Segunda Guerra Mundial, los partidos comunistas se parecían más en dos cuestiones a los partidos socialdemócratas de la Segunda Internacional criticados por Lenin: habían perdido todo radicalismo y cimentaban las esperanzas de una eventual transformación en las fluctuaciones económicas de la sociedad. Esto significaba el fin de la política como práctica revolucionaria.

Si Lenin se había opuesto a esta interpretación, en la cual se concebía a la lucha de clases como una transición gradual y pacífica mediante las reformas parlamentarias, no era sólo porque no resultaban útiles para los países como la Rusia prerrevolucionaria o aquellos que habían sido

colonizados en forma salvaje por los imperios de Occidente. El motivo fundamental radicaba en la constatación que tanto la revolución como el socialismo se habían convertido en palabras huecas bajo el programa socialdemócrata. El mérito de Lenin fue haber recuperado el papel del partido y de la política revolucionaria como factores indispensables para generar y aprovechar la coyuntura propicia para la revolución.

Ahora bien, es necesario separar la forma del contenido. Para Lenin, el carácter radical de un movimiento no estribaba necesariamente en la acción armada o en el cambio mediante una revolución violenta. Con este criterio dirigió sus críticas a los partidos comunistas occidentales que pretendían en aquel entonces imitar a su homólogo bolchevique en los métodos de enfrentamiento contra el Estado y el capital. En su libro, *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*, este gran pensador aclaró cómo era lícito emplear todos los medios oficiales para explicar y difundir las ideas revolucionarias, así como adaptarlas a las condiciones específicas de cada país.<sup>463</sup> Consciente de las diferencias con Rusia, sostenía que cada nación alcanzaría el socialismo a su manera, según su evolución democrática y el grado de desarrollo. Por lo tanto, el radicalismo de un movimiento se fundamentaba más en su carácter independiente y revolucionario que en el enfrentamiento o la violencia como las vías para conseguir el poder.

A partir de estas consideraciones, es necesario reconocer que el México de 1940 a 1956 no se encontraba en la pobreza extrema y la intolerancia política de la Rusia de 1917, pero tampoco en la bonanza económica de los países europeos. La necesidad del desarrollo justificaba eventualmente una táctica de alianzas, la democracia formal permitía utilizar los mecanismos de

---

<sup>463</sup> Vladimir Ilich Lenin, “La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo”, en *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1969, pp. 597-602.

elección y representación como un medio de propaganda. Pero el autoritarismo anticomunista y la pobreza creciente orillaban a los trabajadores a llevar a la práctica una política de enfrentamiento, tal vez como uno de los pocos medios para ejercer presión en contra del Estado y el capital. Sin embargo, tanto las expectativas desarrollistas como la caracterización progresista de los gobiernos y la burguesía efectuada por el partido eliminaron toda justificación para la acción en defensa de las demandas de los trabajadores. La pérdida del radicalismo del PCM –la perspectiva de la lucha de clases y el socialismo– significó la eliminación formal de la acción política y, al igual que los partidos social demócratas de la II Internacional, sus expectativas se cimentaron en el proyecto económico burgués y en la táctica de cooperación. La práctica revolucionaria, el partido como vanguardia, la conciencia de clase, en una palabra, la acción política, fueron subordinados a intereses ajenos a la izquierda.

20. *Desarrollismo*: La ideología explica en gran parte el desencuentro entre la clase obrera y la izquierda. No podemos hablar de una adaptación de la organización a las particularidades del desarrollo capitalista en México porque su acción fue subordinada a la concepción estalinista del Movimiento de Liberación Nacional, así como a los preceptos del nacionalismo oficial. La definición progresista del Estado y la burguesía nacional explica la casi incondicionalidad del PCM al discurso de la Revolución mexicana, así como su crítica parcial, a destiempo, de los programas conservadores y las decisiones represivas del poder público. Las teorías provenientes de la Unión Soviética coincidieron con este nacionalismo porque así convenía a sus intereses de coexistencia pacífica, reparto de las zonas de influencia y estrategias de competencia económica en América Latina. La meta común de estas dos proposiciones consistió en obtener un desarrollo económico

que implicaba la conciliación incondicional entre trabajo y capital, incluso mediante el sacrificio de los intereses inmediatos de la clase obrera.

Las metas como la democracia o el mejoramiento de la vida tenían que aplazarse por contravenir la tendencia histórica del desarrollo de las fuerzas productivas. Se creyó, en forma equivocada, que la evolución material del país beneficiaría a un conjunto amplio de la población como en Europa o la Unión Soviética. Las expectativas económicas desplazaron a la acción política y el marxismo leninista fue relegado por una visión antihumanista, reduccionista y economicista.

Por medio de esta visión mecanicista de la historia se concibió al partido y a la clase como apéndices del movimiento económico y, por tanto, la política fue relegada a un papel pasivo, sometida a las fuerzas materiales de la sociedad. El estado de evolución social de México entre 1940 y 1956 eventualmente podía justificar algunos de los objetivos nacionalistas y reformistas del partido, pero no la incondicionalidad y la subordinación a la burguesía y al programa oficial que eliminó toda posibilidad de acción política revolucionaria de izquierda.

21. *Independencia y enemigo principal*: Bajo la concepción del imperialismo como el principal obstáculo al desarrollo y la independencia, el partido ignoró tanto la dinámica interna del capital como la compleja interrelación entre el modelo de crecimiento nacional y el papel jugado por el capital extranjero. Tal visión lo orilló a relegar las contradicciones reflejadas en el constante deterioro del salario y despreciar la perspectiva de la lucha de clases.

22. *Reformismo y radicalismo*: De 1940 a 1960, la sociedad y el Estado mantuvieron un sistema que deterioró las condiciones materiales de los trabajadores y coartó sus medios de protesta. En este momento, el radicalismo –entendido como un medio de protesta directa como la huelga–

constituía uno de los pocos recursos al alcance de los obreros para ejercer cierta presión en la defensa de sus intereses. Presionado por la doctrina, el PCM insistió en mantener una línea conciliadora y reformista porque asociaba el radicalismo con aquellos que pensaban que el país había alcanzado las condiciones para proponerse el socialismo mediante la lucha de clases. El radicalismo y el reformismo fueron concebidos como términos excluyentes hasta 1957. A partir de esta fecha la oposición y los movimientos sociales pugnaron por conciliar ambas posturas. Se demostró que se podía ser radical en la forma, enfrentarse con el gobierno, y reformista en los objetivos (como el de la democracia).

El planteamiento reformista, incondicional de la política oficial, resultó desfasado históricamente con respecto a las condiciones sociales de los asalariados. El partido impuso una línea táctica derivada de la doctrina que disminuyó, salvo excepciones, la capacidad de defensa de los trabajadores. Era un planteamiento reformista burgués, inadecuado para el estado de desarrollo democrático de la época.

Sin embargo, es necesario reconocer que la eliminación de todo radicalismo permitió a la ideología servir como una protección frente a la tendencia anticomunista del poder público. No obstante este paliativo, el Estado incrementó las medidas autoritarias y, con ello, forzó la radicalización progresiva del PCM.

23. Más que afirmar que el nacionalismo fue compatible en esta época con la izquierda, podemos decir que la redujo a su mínima expresión. Fue sometida a la condición de una oposición formal. Se convirtió, además, en un apéndice de la ideología del Estado, en muchos casos un agente práctico de su política. Un nacionalismo oficial que, desde 1940, excluyó de su proyecto de

acumulación a las masas. Y una burguesía nacional que no incluía en su estrategia el aumento de la democracia ni la ruptura con el capital exterior.

Si el modelo ideal define a la izquierda como un proyecto de carácter crítico, una explicación objetiva y una perspectiva de clase, entonces, podemos decir que el partido perdió los elementos esenciales de su identidad. La explicación fue reducida al dogma, la crítica anulada por el nacionalismo y la defensa de la clase obrera relegada por el pacto incondicional.

24. La identidad de una organización dentro de la sociedad no sólo se construye a partir de lo que pretende ser o del conjunto de relaciones que la determinan. En el caso de los partidos políticos se consolida también mediante la aceptación de las masas. Se establece así una correspondencia entre el transmisor y el receptor, donde la consistencia y solidez del primero depende del segundo. Si la mayoría de los trabajadores al margen del control sindical no se identificó con el PCM en este periodo fue porque lo percibieron ajeno a sus intereses y muy lejano en sus planteamientos a sus necesidades. La izquierda no supo adaptar sus valores esenciales, su principio de utopía, sus expectativas a largo plazo con las demandas inmediatas de estos sectores. La fuerza de una organización política se genera tanto por la identidad ideológica que la define con respecto a las demás y le proporciona un lugar en la sociedad, como por su capacidad de responder ante las reclamaciones sociales. En lo primero, el partido no supo definir una alternativa propia, en lo segundo planteó el sacrificio de la clase obrera y, con ello, se sacrificó al mismo tiempo como fuerza política real.

25. Por su proyecto ideológico y por su práctica oficial, la izquierda puede definirse como una organización burguesa, nacionalista, reformista, autoritaria, fragmentada y sin autonomía, al servicio del crecimiento industrial y de la burguesía nacional. Conservadora también por haber

apoyado el sacrificio de la clase obrera. Sin identidad, perdió todo contenido crítico o revolucionario. Conservó una imagen formal gracias a sus orígenes, su nexos con el socialismo real y un apelativo, los cuales sólo sirvieron para desacreditar aún más su deteriorado prestigio. Es por eso que debe valorarse aún más la lucha llevada a cabo por una minoría conformada por las bases y la oposición interna, las cuales trataron de resguardar su identidad –entendida como el apoyo a las clases más pobres–, de evitar diluirse en el reformismo liberal y no situarse a la cola de las decisiones estatales; en pocas palabras, por no perder su calidad de partido de oposición. El apoyo de una buena parte del partido a las demandas sociales y la esporádica crítica a los regímenes permiten definirla también como un grupo eventual de presión, pero nunca como una alternativa histórica.

*1956-1960.*

26. La impermeabilidad e inmovilidad del partido explican por qué se necesitaron de alteraciones externas para producir una transformación significativa en su interior. Esta fue el resultado de los cambios políticos y programáticos originados en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), del impacto de los movimientos sociales y de la evolución propia de la sociedad mexicana.

Como hemos visto, la ideología sirvió para legitimar la autoridad y fue utilizada por la Dirección Nacional como un mecanismo antidemocrático de marginación. Se convirtió en el parámetro a través del cual se justificaba el rechazo o la aceptación de aquellos militantes, miembros de una organización intolerante. Excepto en la débil oposición neutralizada por la burocracia, el pensamiento adoptado resultaba ajeno para este pequeño grupo no tanto porque

proviniera de la Unión Soviética, sino porque no existían los medios para apropiarse del conocimiento de manera genuina. La doctrina y el bajo nivel teórico se constituyeron en las dificultades estructurales para asumir con originalidad el análisis y la reflexión crítica de la realidad. El círculo vicioso se completaba por el desinterés del PCM en vincularse con los trabajadores y por las limitadas condiciones sociales para la acción política.

El rechazo a la ideología oficial hubiera permanecido como un germen si la desestalinización no hubiera generado una coyuntura favorable para la renovación. La dirección se vio desprovista de su principal fuente de legitimidad y la crítica incipiente cobró cada vez más consistencia, primero como una denuncia contra el autoritarismo, después como un cuestionamiento profundo al programa. La exigencia de realizar un congreso expresó la urgente necesidad de reflexión, cambio y participación.

La evolución social ayudó a este proceso en la medida que proporcionó un contexto favorable a las impugnaciones de las bases. En 1956 resultaba mucho más difícil sostener los preceptos de la concepción desarrollista. La expansión de la burguesía industrial nacional no se había llevado a cabo a partir de las alianzas de clase defendidas durante largo tiempo por el PCM y el proletariado incrementaba de manera patente sus condiciones de miseria. Además, la alianza con los gobiernos y las expectativas de un Estado de bienestar se resquebrajaban ante su conservadurismo y la práctica de la represión.

Sin lugar a dudas, los estallidos sociales constituyeron el factor más importante en la transformación de la organización. Los partidos políticos se han consolidado en el transcurso de la historia a partir de la progresiva madurez de la democracia. Se han adaptado al creciente peso de una comunidad activa e inconforme. Empero, la etapa comprendida en nuestro análisis se

caracterizó por ser un momento de fragilidad tanto de la opinión pública como del sistema democrático. Puede comprenderse, entonces, por qué los partidos en este momento funcionaron más a partir de su lógica interna que a partir de las necesidades sociales. La colectividad todavía no ejercía un peso decisivo en el proceso de legitimación.

Por ello, el impacto de las protestas de los trabajadores debe ser valorado como un hecho excepcional, producido en una sociedad que no garantizaba por completo las libertades individuales. Los movimientos sociales demostraron que se podía luchar en contra del sistema en forma independiente. Cuestionaron tanto el modelo de acumulación como el régimen corporativo, piezas clave dentro del nacionalismo. La ruptura con la consigna de unidad marcó el final de la creencia en el desarrollo como la forma de superación de la pobreza. En esta época la posibilidad de luchar mediante el parlamentarismo era sólo formal. Pero la recuperación de la independencia y el enfrentamiento como medidas de presión resultaron fundamentales para defender los intereses de los trabajadores frente a un Estado inflexible y autoritario, así como imprescindibles para la conservación de la identidad y la acción genuinas de la izquierda.

27. *Implicaciones:* La acción de estas tendencias –catalizada por la oposición– produjo una transformación ideológica en el partido. El programa eliminó gran parte de su desfase al incluir amplios aspectos de la nueva realidad social. Aunque todavía con serias limitaciones, se aceptó la independencia relativa que el país había alcanzado gracias a su desarrollo, se eliminaron buena parte de las expectativas puestas en el progresismo de la burguesía y el Estado, así como se denunció el carácter demagógico del discurso sobre la Revolución Mexicana. La ruptura con el nacionalismo oficial significó la recuperación de la autonomía teórica y práctica del partido, así

como volver a plantear la lucha por la democracia en función de una perspectiva de clase y no a partir del famoso lema de “unidad a toda costa”.

El reformismo del partido alteró su significado. No se trató de aquel practicado desde 1940, el cual se había distinguido por su incondicionalidad al nacionalismo oficial, justificado con frecuencia por una táctica de conciliación entre las clases. Un reformismo que omitía las necesidades de los sectores laborales, nulificado por el sistema autoritario. Tampoco se parecía a aquel relacionado con las demandas de las sociedades industriales avanzadas –donde la tensión entre las clases está más dada por el grado de explotación que por el grado de miseria, en el marco de un empobrecimiento creciente sectorial y un mejoramiento relativo del nivel de vida– cuya función consiste en conseguir mejoras graduales dentro de un sistema parlamentario.

El reformismo de esta época continuó siendo justificado por una concepción evolutiva y progresiva de la sociedad. Pero después de 1957, el radicalismo y la independencia no fueron considerados incompatibles con el nacionalismo, puesto que este último término también había cambiado su significado semántico. El reconocimiento de que el desarrollo había consolidado tanto a la burguesía nacional como a la independencia relativa del país sin solucionar las demandas de los trabajadores, acabó con el maniqueísmo ramplón que oponía toda confrontación entre los grupos a la política de conciliación. Además, las pocas posibilidades institucionales para concretizar una reforma orillaron al partido a aceptar medidas de enfrentamiento para obtener sus objetivos liberales. El único recurso del trabajador para ejercer cierta presión era la movilización.

Puede afirmarse, sin lugar a dudas, que la organización recuperó su función de vanguardia, entendida como la aproximación a su modelo ideal: explicación coherente y objetiva de la realidad para la acción, perspectiva de clase, crítica al sistema, defensa del socialismo (aunque esto fue

más bien formal) y de los intereses de los trabajadores. La actividad independiente devolvió el mundo de la política propia de la izquierda, aunque no la liberó de su incondicionalidad a la visión del PCUS y al sistema leninista de autoridad jerarquizada.

28. *Los movimientos sociales y el partido*: Si una de las tareas de los partidos de oposición consiste en la elaboración de alternativas racionales de interés público, podemos decir que éstas no respondieron a las necesidades sociales de finales de la década de 1960. Esto explica en parte la razón por la cual los grupos en protesta rebasaron los planteamientos iniciales del PCM. La consistencia u objetividad de la ideología no siempre se mide por su grado de aceptación social ya que muchas veces las proposiciones, incluso cuando son objetivas, pueden ser rechazadas por contravenir las creencias colectivas. Sin embargo, la aceptación constituye un indicador importante cuando la teoría no corresponde a las demandas y las tendencias de la colectividad.

La ideología de la izquierda organizada entró en crisis en el momento de situarse por debajo de los planteamientos de los obreros. El ambiente antiestalinista originado en la Unión Soviética impidió que el partido se cerrara, como en otras ocasiones, a la actividad de los movimientos autónomos.

No resultó extraño, entonces, que las protestas sociales tomaran por sorpresa a una organización por esencia reformista, la cual rechazaba toda acción que pareciera radical. El pragmatismo crítico de los trabajadores, elaborado a partir de sus exigencias económicas, manifestó más eficacia y coherencia que el dogma, las discusiones bizantinas y las peleas sectarias. La tradición y la experiencia políticas de los sectores inconformes, cimentadas a través de sus luchas en la defensa de la democracia sindical, demostraron su clara superioridad frente a una organización inmovilizada por la doctrina y la autoridad. En este momento la izquierda puede

definirse más como un movimiento social organizado que como una serie de partidos representantes de una tradición. La diferencia de capacidades explica por qué el PCM fue el principal beneficiado en esta interacción: recuperó todas las demandas y objetivos de los grupos en acción.

Tal relación asimétrica cuestionó los preceptos de la teoría leninista del partido, cuando menos en la manera asumida por el PCM. La superioridad de los intelectuales, de la organización como vanguardia, se resquebrajó ante una burocracia interna que anulaba toda capacidad de reflexión relativa a los problemas nacionales. La dinámica misma del centralismo democrático impedía toda labor de conocimiento. La denuncia de la célula Carlos Marx en contra del bajo nivel de preparación cultural de los militantes y del dogma imperante buscaba solucionar estas deficiencias estructurales. Por otra parte, con la rígida interpretación de la concepción leninista relativa a las limitaciones de la conciencia sindical se llegó a subestimar la capacidad de politización de la clase obrera. No se consideró su tradición de lucha antiautoritaria y la compleja relación sostenida con una parte de la izquierda que rechazó las tácticas y los postulados oficiales. El movimiento ferrocarrilero sintetizó en gran medida parte de esta labor sorda pero efectiva, llevada a cabo durante largos años (el caso de Valentín Campa es el mejor ejemplo). A pesar del proceso de renovación interna, el partido proyectó su inconsistencia ideológica en el movimiento, razón por la cual Demetrio Vallejo dedujo un balance negativo de la actuación de la izquierda organizada en las protestas colectivas. Al contrario de lo que sostuvo Antonio Alonso, la izquierda no fue responsable por no educar a los obreros ya que se encontraba en la incapacidad de educarse a ella misma. Su labor dedicada a la propaganda y la consigna expresó su visión

doctrinaria. En conclusión, la recuperación de una política revolucionaria no hubiera podido realizarse sin el doloroso aprendizaje que el PCM sustrajo de la clase obrera.

29. *Revoluciones y el leninismo*: Como lo hemos examinado, parte importante de las dificultades prácticas del PCM se originaban en las deformaciones teóricas de sus fundamentos. El leninismo había sido alterado tanto por la estrategia internacional de la Unión Soviética como por la subordinación del análisis de los países latinoamericanos a la concepción bipolar. Los partidos comunistas de todo el mundo se habían convertido en el ala izquierda del liberalismo reformista.

El intento de las células Carlos Marx y Federico Engels por recuperar el sentido radical del leninismo se dirigía a proporcionar al partido una genuina identidad de izquierda. Este radicalismo debe ser entendido en su sentido más profundo. Significaba dejar de lado el nacionalismo y volver a plantear a la orden del día la lucha de clases, la independencia del movimiento proletario y el socialismo, aunque no implicaba como condición indispensable el enfrentamiento, la violencia o la creencia de que la “dictadura del proletariado” se encontraba a la vuelta de la esquina.

Sin embargo, la ruptura de la célula Marx con el nacionalismo no superó la concepción leninista que subordinaba las luchas sociales a la función del partido como vanguardia. Se creía que, dado su bajo nivel intelectual, los trabajadores no podrían superar un estado de conciencia marcado por sus motivaciones inmediatas. Se negaba, hasta cierto punto, la capacidad de autoorganización y politización demostrada por los obreros. El leninismo encajaba perfectamente en una sociedad autoritaria, donde se subestimaba y se restringía la acción de la opinión pública y de las masas. La célula Marx no pudo rebasar los límites impuestos por este contexto.

La disputa se prolongó del campo ideológico al orgánico porque el leninismo había sido utilizado como un instrumento de poder. La interpretación que había prevalecido durante largos

años favorecía más a la jerarquía que a la actuación democrática del partido. Más que proponerse algo diferente, José Revueltas, David Alfaro Siqueiros y Guillermo Rousset intentaron eliminar los excesos del estalinismo que obstaculizaban la buena aplicación del leninismo. Pero, como lo hemos demostrado, la recuperación de la participación colectiva no sólo dependía de la interpretación “correcta” del centralismo democrático, sino del cambio estructural de la organización y de la sociedad. El grupo de Revueltas no percibió este problema con anticipación y, a su vez, fue víctima y testigo de la jerarquía burocratizada.

30. *Definición:* La coyuntura de 1956 a 1960 fue uno de los periodos donde se puede definir a la izquierda como un movimiento creador y en plena ejecución de sus facultades de vanguardia. No tanto porque haya encabezado o no las luchas de los trabajadores, sino porque asumió las funciones principales de un partido revolucionario. Mediante un estrecho vínculo práctico con los movimientos sociales, el PCM absorbió casi todas las consignas y demandas de los trabajadores y las constituyó en el eje de su cambio interno. Tanto en el programa como en la organización se trataba de acabar con la actitud conciliadora y democratizar al partido. Por vez primera las enseñanzas no se originaban en una doctrina o en una autoridad, sino en un proceso social vivo que cuestionaba directamente los métodos y las prácticas convencionales. El partido se aproximaría más a su modelo ideal. La izquierda llenó un vacío político en este período: reivindicó las demandas propias de un partido liberal burgués y democrático progresista. Los valores del militante fueron subvertidos ante la transformación ideológica y el ensayo de participación colectiva, sin precedentes en el PCM. Muchos de ellos aprendieron a pensar por cuenta propia y a ver el mundo bajo un prisma diferente. Empezarían otros rumbos, desilusionados por el

retorno del autoritarismo en el partido después de efectuado el XIII Congreso, esperanzados en los nuevos caminos señalados por la experiencia china o la Revolución cubana.

*El Partido Comunista Mexicano después de 1960.*

31. *Nacionalismo y radicalismo*: Se ha dicho que la izquierda se radicalizó después de 1960, que “el PCM se deslindó del reformismo y retomó su tradición de lucha e historia combativa”.<sup>464</sup>

Esta es una afirmación engañosa. Aunque el partido había supeditado la política de alianzas a un movimiento proletario independiente, aunque ya era aceptada la defensa de los intereses de los trabajadores, no pudo desprenderse del nacionalismo. Esto implicó continuar marginando los antagonismos de clase a los objetivos del desarrollo económico y la independencia del “imperialismo”. Al igual que la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), se siguió pensando que la expansión económica nacional constituía el medio idóneo para frenar la penetración del capital extranjero. Hasta el XIV Congreso se modificaron las concepciones relativas al carácter progresista de la industrialización.<sup>465</sup> En el mismo sentido, el partido insistió en caracterizar al “imperialismo norteamericano” como el enemigo principal, sin reconocer la tendencia histórica de la internacionalización del capital. En realidad, tanto la creación como el apoyo del Movimiento de Liberación Nacional desviaban la atención de la perspectiva libertaria y de clase mostrada por los movimientos sociales entre 1955-1959. Esta sería retomada hasta 1968. La oposición que sobrevivió a la expulsión del grupo de Revueltas acusaría a la organización de volver a la política nacionalista de “unidad a toda costa” y de conciliación, de

---

<sup>464</sup> Fabio Barbosa Cano, “Acción y búsqueda programática”, en Arnoldo Martínez Verdugo (Ed.), *Historia del comunismo en México*, México, Editorial Grijalbo, 1985, p. 279.

entregar la perspectiva obrera y socialista al nacionalismo.<sup>466</sup> Hasta después de varios años, en el XV Congreso, el partido propuso, junto con su antiimperialismo, una lucha contra el capital nacional que creara “las condiciones materiales para el paso al socialismo”.<sup>467</sup> El PCM recuperó el sentido de vanguardia en el XIII Congreso, así como la noción de un movimiento autónomo e independiente. Sin embargo, sus objetivos seguían siendo reformistas y su perspectiva la de un cambio gradual. Subordinaba la lucha de clases a los fines progresistas. El nacionalismo siguió siendo un freno para acercarse a una real perspectiva de clase a largo plazo y al concepto de transformación socialista.

De esto se deducen dos cuestiones. El proceso de radicalización del PCM posterior a 1960 no consistió en la recuperación de una ideología revolucionaria fundada, a la manera de Marx o Lenin, en la lucha en contra de la explotación o por un cambio social. La política extremista no significó un deslinde del reformismo porque fue impulsada desde fuera y no por una decisión interna y voluntaria de la organización. El autoritarismo de los gobiernos y el débil estado de la democracia obligaron al partido a asumir la clandestinidad y a acercarse a posiciones de enfrentamiento, las cuales incluían a la lucha armada. Nada más erróneo resulta, entonces, asociar estas medidas con un contexto y una política tan diferentes como los de Cuba. De esta manera, tanto por su ideología como por sus metas no puede asumirse un desprendimiento del partido con el reformismo.

Empero, este radicalismo, casi inexistente si lo comparamos con el objetivo del socialismo –es decir, con uno de los parámetros del modelo ideal de la izquierda–, puede apreciarse como

---

<sup>465</sup> *Ibid.*, p. 280.

<sup>466</sup> *Ibid.*, p. 293.

<sup>467</sup> *Ibid.*, p. 283.

una proposición realista si lo examinamos a la luz del grado que guardaba la evolución de la democracia en aquel entonces. El cambio en la forma de la lucha sería una de las grandes diferencias con respecto al pasado. El partido ya no asumiría incondicionalmente los métodos ideológicos y corporativos del Estado y el capital, los cuales habían demostrado su carácter conservador al vincular el nacionalismo con el anticomunismo y un modelo de acumulación que empobrecía al sector trabajador. Aunque defendía las mismas metas postuladas por la ideología oficial –burguesas en esencia– la diferencia en los métodos convirtió al partido en un militante activo de las libertades democráticas y las demandas de los trabajadores. El PCM se constituyó así en el sector político organizado más representativo del liberalismo, en un momento en que para el Estado y la burguesía, tanto la democracia como la libertad ciudadana eran utilizadas como parte de un discurso demagógico.

32. *Límites y retos:* Para asumir los nuevos compromisos ideológicos, el PCM hubiera tenido que democratizarse. Empero, ya sin la motivación y el ejemplo de las luchas sociales, el partido perdió la voluntad de cambio. La nueva dirección consolidó su poder mediante los mismos métodos basados en las jerarquías, la autoridad y la doctrina. Imitaba al gobierno soviético, quien trataba de renovar su totalitarismo bajo un cambio aparente de fachada.

La izquierda, como organización cerrada, reproducía y se adaptaba a la política elitista de una sociedad tradicional. Por eso, las transformaciones de la siguiente década le impusieron nuevos retos. Los años sesenta constituyeron un punto de partida en la medida que aparece una nueva sociedad. El famoso “desarrollo estabilizador”, la expansión de la clase media, el incremento del sector terciario y la internacionalización mostraban como un hecho certero el compromiso de la sociedad mexicana hacia la modernidad. La oposición, la crítica social

representada por nuevos sujetos sociales, así como las diferentes alternativas propuestas por los nuevos caminos emprendidos por el comunismo internacional cambiaron los parámetros clásicos de la vieja concepción marxista de la dictadura del proletariado. En ese sentido, el XIII Congreso definió un punto de llegada, una conclusión de tensiones, así como un nuevo punto de partida en donde el partido tuvo que enfrentar las nuevas realidades de la sociedad industrial avanzada.

En primer lugar, la clase obrera mejoró su nivel de vida gracias a cierta redistribución fomentada a través del gasto social de los gobiernos, así como a partir de un modelo económico que sostenía el crecimiento del salario por encima de la tasa de inflación. Tales tendencias desafiaban a la izquierda a politizar a los amplios sectores de trabajadores satisfechos por este palpable aumento en sus condiciones materiales.

En segundo lugar, los nuevos grupos en protesta, en su mayoría de la clase media, asumían su identidad no sólo en función de su posición económica, sino también a partir de sus afinidades culturales. La difusión de la televisión y al acceso al consumo igualaron y democratizaron las formas de vida. Acortaron la distancia psicológica entre las clases. El comportamiento político de una buena parte de la población ya no se ajustaba a los esquemas marxistas de definición de las clases o a los preceptos leninistas del partido de vanguardia. Estas transformaciones, antecedentes del movimiento de 1968, cuestionaban ya el sistema político mexicano.

En tercer lugar, el socialismo real, autoridad que orientaba la política del PCM, perdió cada vez más credibilidad ante experiencias revolucionarias diferentes pero más apegadas a la realidad latinoamericana, así como por las críticas a la inconsistencia de su propia política.

## ARCHIVOS.

Centro de Estudios para el Movimiento Obrero y Socialista. CEMOS.  
Archivo Personal Guillermo Rousset Banda. AGRB.

## ENTREVISTA.

Entrevista a Guillermo Rousset Banda efectuada por Andrea Revueltas y Phillipe Cheron, 1990.

## BIBLIOGRAFÍA.

- Águila, Marcos Tonathiu (coordinador), *Perspectivas sobre el cardenismo. Ensayos sobre economía, trabajo y sociedad*, México, UAM, 1996.
- Aguilar Mora, Manuel, *La crisis de la izquierda en México*, México, Juan Pablos, 1978.
- Alonso, Antonio, *El movimiento ferrocarrilero en México, 1958-1959*, México, Ediciones Era, 1975.
- Altieri, A., U. Cerroni, H. Reichelt, etc., *Ideología, teoría y política en el pensamiento de Marx*, México, Editorial Universidad Autónoma de Puebla, 1980.
- Anderson, Perry, Norberto Bobbio, Umberto Cerroni, *Socialismo, liberalismo, socialismo liberal*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1993.
- Aron, Raymond, *Démocratie et totalitarisme*, París, PUF, 1965.
- Bartra, Roger, *El reto de la izquierda*, México, Grijalbo, 1982.
- Bell, Daniel, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, México, Alianza Editorial-CONACULTA, 1991.
- Bortz, Jeffrey Lawrence, *Los salarios industriales en la ciudad de México, 1939-1975*, México, FCE, 1988.
- Bourdé, Guy, Hervé Martin, *Les écoles historiques*, París, Éditions du Seuil, 1983.
- Camp, Roderic A., *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Campa, Valentín, *Mi testimonio. Memorias de un militante comunista*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1980.
- Carr, Barry, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, México, Ediciones Era, 1981.
- , *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México, Ediciones Era, 1996, 1 edición.
- Claudín, Fernando, *La crisis del movimiento comunista, de la Cominter al Cominform*, París, Ruedo Ibérico, 1970.
- , *Eurocomunismo y socialismo*, México, Siglo XXI, 1977.
- Cordera, Rolando y Carlos Tello, *México: la disputa por la nación. Perspectivas y opciones del desarrollo*, México, Siglo XXI, 1981.
- Cordera, Rolando, *La desigualdad en México*, México, Siglo XXI, 1986.

- Córdova, Arnaldo, *La ideología de la Revolución Mexicana*, México, Ediciones Era, 1973.
- , *La política de masas y el futuro de la izquierda en México*, México, Ediciones Era, 1979.
- , *La formación del poder político en México*, México, Ediciones Era, 1981.
- Cuevas Díaz, J. Aurelio, *El partido comunista mexicano 1963-1973: la ruptura entre las clases medias y el Estado fuerte de México*, México, Línea, 1984.
- De Brody, Pellicer, Olga, *México y la Revolución Cubana*, México, El Colegio de México, 1972.
- De la Garza Toledo, Enrique, *Ascenso y crisis del Estado social autoritario*, México, El Colegio de México, 1988.
- Duverger, Maurice, *Sociología de la política*, Barcelona, Editorial Ariel, 1980.
- El desafío mexicano*, México, Ediciones Océano, 1982.
- Fernández Chriestllieb, Paulina y Octavio Rodríguez Araujo, *En el sexenio de Tlatelolco 1964-1970, vol. 13 de La clase obrera en la historia de México*, México, Siglo XXI, 1975.
- , *Elecciones y partidos en México*, México, El Caballito, 1986.
- Ferro, Marc, *La révolution russe de 1917*, París, Flammarion, 1967, (questions d'histoire, 1).
- Foucault, Michel, *Surveiller et punir*, París, Gallimar, 1975.
- , *La verdad y las formas jurídicas*, México, Gedisa, 1983.
- García, Alicia S., *La Doctrina de Seguridad Nacional*, Argentina, Centro Editor de América Latina, 1991.
- García, Marcelo, Victor Godínez, etc., *EUA, síntesis de su historia, vol. 10*, México, Alianza Editorial-Instituto Mora, 1991.
- Godelier, Maurice, *L'idéal et le matériel*, París, Fayard, 1992.
- Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, XIII edición.
- Hill, Christopher, *La revolución rusa*, Barcelona, Editorial Ariel, 1967.
- Historia general de México, vol. IV*, México, El Colegio de México, 1976, 1º edición.
- Jacob, André (director), *Encyclopédie philosophique universelle*, París, Presse Universitaires de France, 1990.
- Kruschef, Nikita, *Kruschef recuerda*, Madrid, Santillana, 1970.
- La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, México, CNCA, 1994.
- La militarización del Estado latinoamericano*, México, UAM.
- La vida mexicana en crisis*, México, El Colegio de México, 1987.
- Labastida, Julio (comp.), *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea*, México, Siglo XXI, 1986.
- Lenin, Vladimir Ilich, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1972.
- , *¿Qué hacer?, Obras completas, tomo V*, Madrid, Akal Editor, 1976.
- , *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1968.
- Lombardo Toledano, Vicente, *Frente Nacional Democrático*, México, Ediciones Lombardo, 1964.
- Los cuatro primeros congresos de la Internacional comunista, primera parte*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1981.

- Lowy, Michael (comp.), *El marxismo en América Latina*, México, Ediciones Era, 1982.
- Loyo Brambila, Aurora, *El movimiento magisterial de 1958 en México*, México, Ediciones Era, 1979.
- Magri, Lucio, etc., *Teoría marxista del partido político, I*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 7, 1987.
- Marcou, Lilly, *El movimiento comunista internacional*, España, Siglo XXI, 1981.
- Marini, Ruy Mauro y Mágina Millán (coordinadores), *La teoría social latinoamericana, cuestiones contemporáneas, tomo IV*, México, UNAM-El Caballito, 1996.
- Márquez Fuentes, Manuel y Octavio Rodríguez Araujo, *El partido comunista mexicano en el periodo de la Internacional comunista, 1919-1943*, México, El caballito, 1973.
- Martínez Assad, Carlos (Coordinador), *La sucesión presidencial en México 1928-1988*, México, Nueva Imagen, ed. corregida y aumentada, 1992.
- Martínez Natéras, Arturo, *Punto y seguido. ¿crisis en el PCM?*, México, Edición del autor, 1980.
- Martínez Verdugo, Arnoldo, *PCM: trayectoria y perspectiva*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1971.
- , (Ed.), *Historia del comunismo en México*, México, Grijalbo, 1985, (Col. Enlace).
- Marx, Karl, A. Ruge, *Los anales franco-alemanes*, Barcelona, Editorial Martínez Roca, 1970.
- Marx, Karl, *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 1987.
- , *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, México, Siglo XXI, 1989.
- , *La ideología alemana*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1958.
- Mc. Lellan, David, *Ideología*, México, Nueva Imagen, 1994.
- Monsivais, Carlos, *Entrada libre: crónica de la sociedad que se organiza*, México, Ediciones Era, 1987.
- O' Donnell, Guillermo, Philippe C. Schmitter, Laurence Whitehead (comps.) *Transiciones de un gobierno autoritario, 2. América Latina*, Argentina, Paidós, 1988.
- PCM, *Sobre la situación política actual y las tareas de los comunistas mexicanos. Informe de la Comisión Política al Pleno del CC del PCM, celebrado el 1 de diciembre*, México, Fondo de Cultura Popular, 4 de diciembre de 1956.
- , *XIII Congreso: Resolución general. Encauzar a la nación por el camino democrático e independiente. Comunicado de la Comisión Política acerca del XIII Congreso*, México, Ediciones del Comité del Distrito Federal del PCM, 1960.
- Peláez, Gerardo, *Las luchas magisteriales de 1956-1960*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1984.
- , *Historia del Sindicato Nacional de trabajadores de la educación*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1984.
- , *Partido Comunista Mexicano: sesenta años de historia. 1. cronología 1919-1968*, México, UAS, 1978.
- POCM: declaración de principios, programa, estatutos*, México, Ediciones Noviembre, 1958.
- Poniatowska, Elena, *La noche de Tlatelolco*, México, Ediciones Era, 1971.
- , *Fuerte es el silencio*, México, Ediciones Era, 1980.

Proceso, 1968: *el principio del poder*, México, 1980.

*Programa y llamamiento del movimiento de liberación Nacional*, México, 1961.

Ramírez, Ramón, *El movimiento estudiantil de México: julio-diciembre de 1968*, México, Ediciones Era 1969. 2 vols.

*Revueltas en la mira*, México, UAM, 1984.

Revueltas, José, *Los días terrenales, Obras completas, vol. 3*, México, Ediciones Era, 1979.

———, *Escritos políticos I, Obras completas, vol.12*, México, Ediciones Era, 1984.

———, *Escritos políticos II, Obras completas, vol. 13*, México, Ediciones Era, 1984.

———, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza, Obras completas, vol. 17*, México, Ediciones Era, 1980.

Reyna, José Luis, Olga Pellicer de Brody, *El afianzamiento de la estabilidad política, Historia de la revolución mexicana, 1952-1960, Tomo 22*, México, el Colegio de México, 1988.

Rudenco, B., M. Alperovich y A. Shulgovski (comps.), *Ensayos de historia de México*, Ediciones de Cultura Popular, 1972.

Semo, Enrique (coordinador), *México: un pueblo en la historia*, 8 volúmenes, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990.

Semo, Ilán, *El ocaso de los mitos (1958-1968)*, en *México: un pueblo en la historia*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990.

Solís, Leopoldo, *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*, México, Siglo XXI, 1991.

Souyri, Pierre, *El marxismo después de Marx*, Barcelona, Ediciones Península, 1971.

Stalin, José, *El marxismo y el problema nacional*, México, Ediciones Sociales, 1940.

———, *Los fundamentos del leninismo*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1975.

Tapia Valdés, Jorge A., *El terrorismo de Estado*, México, Nueva Imagen, 1980.

Torres, Blanca, *Hacia la utopía industrial, vol. 21 de Historia de la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México, 1984.

Tsetung, Mao, *Una crítica de la economía soviética*, México, Fondo de cultura Económica, 1982.

Unzueta, Gerardo, *Lombardo Toledano y el marxismo leninismo*, México, Fondo de Cultura Popular, 1966.

Valle, Eduardo, *Escrito sobre el movimiento del sesenta y ocho*, Culiacán, UAS, 1984.

Vallejo, Demetrio, *Las luchas ferrocarrileras que conmovieron a México*, México, MLN, 1967.

## ARTÍCULOS.

Aboites, Hugo, “El salario educador en México (1925-1982)”, *Coyoacán*, 16, enero-marzo, 1984.

Arguedas, Leda, “El movimiento de liberación nacional”, *Revista Mexicana de Sociología*, 39, núm. 1, enero-marzo, 1977, pp. 229-249.

- Barbosa, Fabio, “Las luchas obreras de 1958-1959 y la izquierda mexicana”, *Investigación Económica*, núm. 163, enero-marzo, 1983, pp. 89-120.
- , “Las utopías cambiantes”, *Nexos*, 68, agosto 1983, pp. 35-47.
- Bartra, Roger, “¿Lombardo o Revueltas?”, *Nexos*, 54, junio 1982, pp. 10-15.
- Campa, Valentín, “Sobre las huelgas ferrocarrileras de 1959”, *Solidaridad*, Segunda Época, No. 25, 31 de julio 1970.
- Córdova, Arnaldo, “Nación y nacionalismo en México”, *Nexos*, 83, noviembre 1984, pp. 27-33.
- Crespi, Roberto Simón, “José Revueltas (1914-1976): A Political Biography”, *Latin American Perspectives*, Vol 6, núm. 3, verano 1979, 93-113.
- Dominguez, Michael, Christopher, “Los marxismos mexicanos: batallas por la tierra baldía”, *Nexos*, 70, octubre 1983, pp. 25-32.
- Elster, Jon, “Note critique: un marxiste anglais. A propos d’une nouvelle interpretation du matérialisme historique”, en *Annales*, París, 1981
- Encina, Dionisio, “Sobre la unidad sindical de la clase obrera”, *Liberación*, núm. 3, abril 1957.
- “Entrevista con Dionisio Encinas”, *Historia Obrera*, 19, mayo 1980, pp. 6-14.
- “Entrevista con Edgar Woog”, *Oposición*, 58, 31 octubre 1973, pp. 19-20.
- Garza, David, “Factionalism in the mexican left: the frustation of MLM”, *The Western Political Quarterly*, núm. 18, 1964, pp. 447-460.
- Gática, Nora, “Sobre el partido de clase, su estudio regional: PCM, Puebla: 1958-1978”, *Boletín de Investigaciones del Movimiento Obrero*, 2, núm. 4, agosto 1982, pp. 107-134.
- Héctor, Cary, “La izquierda mexicana hoy (una mirada aproximativa y en perspectiva)”, *Mexican Studies*, 2, núm. 1, invierno 1986, pp. 1-33.
- Les *Annales*, “Histoire et sciences sociales. Un tournant critique”, en *Annales*, París, núm. 2, marzo-abril 1988, pp. 291-293.
- , “Histoire et sciences sociales: tentons l’expérience”, en *Annales*, París, núm. 6, noviembre-diciembre 1989, pp. 1317-1323.
- Loyo Brambila, Aurora y Ricardo Pozas H., “La crisis política de 1958”, en *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, núm. 89, julio-septiembre 1977.
- Popoca, Alfredo, “La increíble y triste historia del marxismo en la facultad”, *Economía Informa*, 113, Febrero 1984, pp. 35-45.
- Reyna, José Luis, “Estado y Autoritarismo”, en *Nueva Política*, vol. I, núm. 2, 1976.
- Rhí-Sausi, José Luis, “La parábola de la guerrilla mexicana”, *Coyoacán*, 1, núm. 3, abril-junio 1978, pp. 71-74.
- Santa Cruz, Fabila, Iris Edith, “El movimiento obrero en México: 1958-1967: estudios de sus luchas y dirección política”,
- Souyri, Pierre, “Queques aspects du marxisme aujourd’hui”, en *Annales*, París, núm. 6, 1970.
- , “La crise de 1974 et la riposte du capital”, en *Annales*, París, núm. 4, 1983.
- Unzueta, Gerardo, “La debilidad esencial del movimiento revolucionario de México”, *La voz de México*, 25 de Octubre 1958.